ENTRE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Ramón D. Rivas

Ilobasco

de los recuerdos

De las muchas cosas que pasaban



COLECCIÓN DIRECCIÓN DE CULTURA
UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE EL SALVADOR

Ilobasco
de los recuerdos
De las muchas cosas que pasaban

972.842 6
R618i Rivas, Ramón Douglas, 1958-
Ilobasco de los recuerdos : de las muchas cosas que pasaban / Ramón
sv Douglas Rivas. -- 2ª ed. -- San Salvador, El Salv. : Universidad de
El Salvador, 2016.
438 p. : il. Guillermo Contreras ; 22 cm.

ISBN 978-99961-48-71-2

1. Ilobasco, Cabañas, El Salvador-Historia. 2. Etnología-Ilobasco,
Cabañas, El Salvador. 3. Cultura popular. I. Título.

BINA/jmh

Entre Antropología e historia
ILOBASCO de los recuerdos
De las muchas cosas que pasaban

Autor: Ramón D. Rivas

El contenido de esta obra es propiedad del autor.
Citas o publicaciones que hicieren referencia al contenido requieren de la autorización del autor.

Fotografías de portada e interiores proporcionadas por el autor y colaboradores.

Diseño Digital y Diagramación:
Guillermo Antonio Contreras
Ana Cecilia Sisnados de Ayala
Santiago Arnulfo Pérez

PRIMERA EDICIÓN **ISBN 978-99961-48-13-2**
Noviembre 2013
Universidad Tecnológica de El Salvador
Tecnoimpresos, S.A. de C.V.

SEGUNDA EDICIÓN **ISBN 978-99961-48-71-2**
Diciembre 2016
Editorial Universidad Tecnológica
Tecnoimpresos, S.A. de C.V.

Con la colaboración de:
Jenny González
Guillermo Antonio Contreras

Ilobasco
de los recuerdos
De las muchas cosas que pasaban

Ramón D. Rivas

"Recordar es fácil para quien tiene memoria,
olvidar es difícil para quien tiene corazón."

—Gabriel García Márquez—

A mis hijos Max Otto y Daphne Gissele, que solo le han dado un vistazo a Ilobasco; y que con este relato espero que sepan desenredar el terruño de la niñez de su padre.

A Wilma, mi esposa, para que con estos recuerdos divise ahora, desde ultramar, este variopinto lugar difícil de entender; y a Frans Van Ballegooy, para que al leer la obra viva el Ilobasco que no conoció.

Gracias

Patentizo mis agradecimientos a las autoridades de la Universidad Tecnológica de El Salvador, ya que por su interés en transmitir la cultura de nuestros pueblos han visto en una publicación como esta un retazo de nuestra historia. Las costumbres culturales ilobasquenses han sido contadas por sus mismos personajes protagonistas en la línea del tiempo. Muchas personas, en el terruño de Ilobasco, me brindaron su confianza y apoyo al contarme sus anécdotas y vivencias, que han sido una de las bases principales del contenido de este relato; y sin la ayuda de estos hubiera sido imposible reflejar al Ilobasco de mis recuerdos.

Agradezco también a doña Elia Abarca vda. de Reyes, que estuvo dispuesta a sacar de su álbum familiar las fotografías del Ilobasco de antaño que aquí aparecen, así como también a Rosalinda Martínez, Luis Abarca, Hugo Sigfrido Herrera, Joel Acevedo Herrera, Ricardo Martínez, Sonia Elizabeth Abrego e Iván Montesinos. A la licenciada Ana Cecilia Sisnados de Ayala por su profesionalismo en la diagramación del libro y a Guillermo Antonio Contreras, que diseño la mejor portada para esta edición; y a Ana Dinora Rosales de Benitez, quien contribuyó de gran manera en la digitación de este libro. Sea extensivo este agradecimiento para todos los que de alguna manera me han dado su apoyo incondicional.

Presentación al libro por el Dr. Héctor Samour*

DR. RAMÓN RIVAS... MUCHAS GRACIAS por este magnífico libro que hoy, reimpreso pero sobre todo ampliado, lanza al espacio público y por la deferencia de seleccionarme para hacer su presentación en una ocasión irrepetible. Gracias no solo de mi persona sino, también, de parte de los innumerables lectores que se beneficiarán y sorprenderán con la armoniosa articulación que usted ha logrado con los variados e incontables esfuerzos académicos y de investigación aquí concentrados.

Nos muestra maestría al presentarnos, en una forma muy sencilla, como sin esfuerzos, salida de un flujo natural de ideas, atrás de una taza de café o en una conversación de amigos, el arduo, largo y, a veces, tedioso trabajo de la labor del investigador serio, tales como la definición del problema o los problemas a tratar, la delimitación de los tiempos a visualizar, la identificación del sujeto de la investigación, la metodología a emplear, cuales son los actores o sistemas a estudiar, el trabajo de campo, las entrevistas, la repetición de las entrevistas, la verificación de la información o conclusiones, la recolección y sistematización de datos, su procesamiento, la búsqueda de

---

* Catedrático e Investigador de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" UCA.

la coherencia interna del informe y la selección de las mejores formas de la exposición de resultados.

A estas laboriosas tareas se agregan los trabajos para la publicación del libro, es decir pasar por los exigentes procesos arbitrados que las universidades y/o casas editoras hacen para garantizar la calidad de sus publicaciones, las sesiones para adecuar lo escrito con los requerimientos editoriales o consejos del editor, los cálculos presupuestarios y todo el proceso de "taller" técnico de la producción del libro.

GRACIAS por tan armonioso resultado que hoy vemos sale a buscar a los lectores y las opiniones que son de una gran variedad en nuestro medio cultural e intelectual.

Unas palabras más sobre la fase de edición. Sin lugar a dudas, es una edición muy cuidada, un proyecto editorial esmerado en su concepción, diseño, diagramación, edición, impresión, encuadernación y empastado.

El color de las pastas, de las fotografías, de los títulos y subtítulos, de los pies de fotografía, prestan al libros, con esa diversidad de "sepias", un aíre del "pasado", de "lo que fue" pero que ha quedado en nuestra identidad actual, en nuestro subconsciente", en nuestros "genes" culturales condicionando nuestra identidad actual. Identidad con retazos de cultura local, comunal y familiar, tal como nos lo cuenta la abuela, los viejos sabios del pueblo, los que lo oyeron de sus mayores y que nos lo cuentan en las esquinas del barrio (¿o también ya "pasaron", Ramón?, y que adquieren vida en nuestro diario vivir.

Felicitaciones a la editorial de la Universidad Tecnológica de El Salvador y a sus especialistas en esta pequeña y grande obra de editar y publicar un libro con calidad, habilidad artística y utilizando las imprescindibles TIC. El autor también tiene parte en estas magníficas decisiones de la edición de su libro.

¿Y de qué trata de convencernos, de qué quiere que dialoguemos, de qué trata el libro de Ramón Rivas?

Una impresión inicial que tuve en la lectura del libros es que Ramón Rivas había elaborado una etnología de "lo ausente", con la que trata de retener "lo que fue", "lo que está por desaparecer ante nuestros ojos y ante nuestra actitud de incapacidad por mantener actualizado el pasado que se diluye como agua – no quiero decir arena – de nuestras manos.

Una etnografía de lo perdido pero que aún está con nosotros como una huella indeleble en nuestra vida individual, que tiene un fin real, pero también en la vida colectiva, que tiene una duración indecible, y que es ahí donde perdura "lo que ocurre".

Es una mezcla transdisciplinaria difícil. La casa editora la clasifica en su portada entre la antropología y la historia. En efecto, "ILOBASCO", el libro, tiene una dimensión de la antropología si la pensamos como un término general para una serie de estudios que incluyen etnología, etnografía, antropología social y cultural, estudios de folclore y otros. Durante la lectura recordé la reciente definición de antropología de David Schneider como el estudio de la cultura definida como un sistema de símbolos y significados que tienen que ver con "las formas de vida" es una buena y relativa sinopsis de lo que Rivas nos muestra en su libro. Pero es un sistema de símbolos

y significados que estando aun presente en la realidad de una ciudad actual, está también "pasando" y ha dejado de ser "lo que era".

Es historia, por supuesto, pero de una "historia del presente". Rivas retoma desde nuestra actualidad, desde El Salvador en que por primera vez gana las elecciones un partido de izquierdas con representantes militantes, digo Rivas retoma "aquellas cosas que pasaban" y las persigue desde sus inicios, desde aquel "pueblo de indios" (término peyorativo de los colonizadores) que llegó a ser luego "San Miguel de Xilobasco o Hilobasco" situado en la región de San Vicente de Austria y Lorenzana hasta su existencia como la actual ciudad de Ilobasco.

Es muy difícil atrapar la producción que hoy comentamos en una sola de estas disciplinas, pues podría ubicarse también, sin desmérito alguno, en el campo de la literatura, por lo bien narrado que está y por la maestría de la narración de bellísimas realidades, en las que se requiere creatividad, dominio del lenguaje y capacidad de profundizar en el alma de los personajes, en este caso una comunidad en cambio con una infinidad de personajes que le dieron "alma y vida" a ese período en el que se centra, que va desde la primera década hasta los 50 o 60 del siglo XX.

Podría situarse, por otra parte, en el género de las "Memorias" pues aunque no es un recuento sobre sus experiencias en el campo de sus decisiones íntimas frente a momentos definitorios para su persona, lo descrito es parte de la vida de Ramón que queda pincelada en estos 56 cuadros o "unidades de observación o análisis" en que nos sitúa el estudio de "ILOBASCO", que

recuerdan la escuela "impresionista" ante los paisajes que fueron y ya no son.

Hay una parte que nos mueve a pensar lo autobiográfico o Memoria de esta obra. Rivas nos dice que en la comunidad de Ilobasco la gente se ha caracterizado por ser "gente activa y laboriosa. Eso sí, "metidos en todo". Por eso les llamaban los "pirres". Acto seguido, nuestro amigo Ramón nos confiesa que nació y creció en el mero barrio de los pirres. Nos dice "sin ambages":

> *"Allí crecí y llegué a conocer de memoria su color, las manchas de las paredes de sus casas, los cercos de piedra, los piñales y hasta los patios de las viviendas, así como también los hoyos peligrosos en los andenes rotos; y hasta reconocer que doña Lidia Nerio, frente a la plaza de la entonces ermita de El Calvario, disponía de la mejor tienda en donde se podía comprar de todo; desde cuajada, manteca de cuche, huevos por unidad o por docena, maíz, frijoles, arroz y maicillo libreado y por cuartillos y hasta por medios; y también que en una de las primeras refrigeradoras que llegaron al pueblo, toda una novedad en ese entonces, se guardaba para ofrecer al público bien heladas las chibolas, los topoyiyos y los bolis de todo sabor."*

En verdad, Rivas nos ha regalado un libro extraordinario con un título impresionante por su exactitud y coherencia con la materia académica desarrollada. El libro lo titula el autor: "ILOBASCO (con mayúsculas grandes) DE LOS RECUERDOS (con mayúsculas de tamaño más reducido), De las muchas cosas que pasaban" (con tamaño más pequeño).

"Pasar" es un verbo con diferentes acepciones. Pasar es "ocurrir", "suceder". "Pasar" es también "transitar" o "deslizarse", ¿"desvanerse"? Rivas creo se refiere a esas dos o quizás más significados. Me recuerda una poesía que nos recuerda el paso del tiempo en nuestras vidas, se trata de aquella poesía de Antonio Machado:

"Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar"

O la otra estrofa:

"Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar."

Decía que al inicio de la lectura tuve la sensación de que estaba ante una etnología de la ausencia, los mismos títulos de los 56 focus de atención del autor nos reforzaban esta impresión. Son títulos sumamente atractivos y muy añorantes. Solo quiero hacer unos ejemplos (hay que comprar y leer el libro):

- De lo que queda de las ventas de jarcia
- De doña Tránsito y su automóvil, que fue el primero que circuló en el creciente pueblo
- Del arribo de los turcos (Palestinos, nos aclara después el Dr. Rivas)
- De cuando llegaban los húngaros
- De aquellos dorados años que el viento se llevó
- De cuando la patrulla reclutaba para la platada
- De la "calle de los bolos" y la cantina El Tenampa

Al finalizar el libro creo haber comprendido que el verdadero sujeto del libro, la verdadera búsqueda de Ramón Rivas es el "cambio social", el "cambio cultural" que ocurre en nuestras comunidades y que se hace sobre nuestras cabezas, sobre nuestras formas de vida, sobre nuestros valores y costumbres, sobre nuestras maneras de ganarnos la vida, sobre las formas productivas y de pensar, y lo hace de una manera inmisericorde y sin que, a veces, comprendamos estos cambios en toda su magnitud y significación, y sin sentirlo, sin poder explicarlo...

Daré un solo ejemplo, por el tiempo ya transcurrido en esta presentación, de cómo impacta el paso del tiempo, los cambios tecnológicos, los cambios administrativos en nuestra vida cotidiana y nos impacta. En uno de las unidades de recuerdo titulada "De las aventuras de Lázaro con la fotografía", Rivas nos cuenta las experiencias de Lázaro en un párrafo:

"Nunca pienso usar cámaras digitales. Nunca. Los fotógrafos profesionales no debemos usar eso. Eso se llama fraude a la profesión. Los profesionales como yo hacemos la foto y la revelamos en nuestro propio cuarto oscuro, usando químicos, papel de fotografía, revelador y fijador y el lápiz para retocar los negativos (...) Por mis cámaras han pasado los diferentes personajes alcaldes y sus personajes; presidentes como (...) pero la foto que yo considero más importante es la de Juan Pablo II, en su primera visita a El Salvador."

En otro párrafo, Lázaro continúa:

> *"Sigo tomando fotos porque me gusta, pero el negocio ahora es malo. Con las fotos de estudios tradicionales hoy estamos en quiebra. El Gobierno dio el trabajo a la empresa*

privada; y así estamos hoy, todas las fotos para licencias, DUI y para lo que sea, las hacen empresas privadas. El Gobierno nos llevó a la quiebra."

Sin comentarios, Rivas nos presenta como se vuelve "ausente" una actividad que por muchos años tuvo un apogeo con cierta tecnología y ciertos mercados que al cambiar dejan atrás a quienes se mantienen tratando de mantener el "cómo se hacía antes" y la ausencia, la desaparición van ganando terreno, "las cosas pasan" aunque por un tiempo mayor muchos de esos valores y comportamientos se mantienen en la gente y en los recuerdos de un mundo que ha seguido su marcha implacable e indetenible.

GRACIAS... RAMÓN

Interesante: el autor hace renacer con sus recuerdos y los de la comunidad con los que hace este ejercicio de "memoria histórica" o de "memoria cultural"

Índice

De cuando se fundó Ilobasco 1

De la visita y descripción de Ilobasco 5

De algunas observaciones hechas por Lorenzo López 9

De los primeros frailes doctrineros y
constitución de la primera iglesia 13

De la imagen de San Miguel Arcángel 23

De las antigüedades ilobasquenses 31

De las entonces actualidades de la ciudad 35

De las fuentes de abastecimiento de agua 39

De la iglesia de San Miguel con título de parroquía 43

De la presencia de los padres Paulinos de la Congregación
de la Misión "San Vicente de Paúl" 67

De doña Tránsito y su automóvil, que fue el primero
que circuló en el creciente pueblo 79

De ese fervor religioso y alegría popular que se perdió
la fiesta de la Virgen de Concepción 85

De la fiesta de la Inmaculada Concepción de María
a la fiesta de San Miguel Arcángel 105

Del cine y otros cuentos del pueblo 107

De ese desgarre de alegría entre los pobladores
con música instrumental 111

De los recuerdos de la barbería de don Chepe 123

De cuando los campesinos pasaban rumbo
a las cortas de café 131

De las pocas talabarterías que aún quedan 135

De la orfebrería y las joyerías 139

De cuando había lugares que servían como espacios
de socialización 143

De la celebración de la fiesta de todos los santos
y el Día de los Difuntos 157

De la "calle de los bolos" y la cantina El Tenampa 165

De esos personajes que siempre existen y subsisten 171

De cuando florecieron las zapaterías 175

De esa leal y honrosa generación del barro 179

De cuando existió El Danubio 185

De la celebración del mes cívico 191

De cuando empezó la farmacia Cruz de Magdalo 197

Del recuerdo de las moliendas en noviembre 201

De cuando los jueces de Paz provenían de gente "notable" 205

De las virtudes de la camioneta de Rafa rumbo
a Sensuntepeque 209

De cuando se despedía el Año Viejo 213

De lo que queda de las ventas de jarcia 217

De cuando el cine Palace era lo que fue 221

De las aventuras de Lázaro con la fotografía 225

De la función social de aquel desfile bufo 229

De cuando la Calandria fue la revelación del pueblo 233

De cuando los panaderos recorrían a buena mañana
el pueblo cargados de bolsas de pan francés 237

De cuando la gente se regocijaba con la celebración
de las tradiciones 241

De aquellos años dorados que el viento se llevó 247

De cuando los dentistas extraían las piezas dentales
que la gente quería 251

De cómo se celebraba la Semana Santa 255

De cuando cerró los ojos y al abrirlos ya no tenía nada del oro 265

De aquellas navidades 269

De los primeros buses que circularon en el pueblo 273

Del legado musical de don Juan Ábrego 279

Del oficio de sastre de don Rafael Cea 285

De don Lito y su venta de periódicos 289

Del concurso de glotones de pupusas 293

De la historia, fe, tradición y arte: remembranzas
de Semana Santa 297

De cómo la gente vivía la Semana Santa 305

De los recuerdos del maestro Oliverio 315

Del arribo de "los turcos" 321

Del comercio y de todo lo que se vendía y sucedía 331

De cuando llegaban "los húngaros" 343

De cuando la patrulla reclutaba para la platada 347

De cuando los del pueblo no querían nuevas ventas de guaro 351

De las virtudes de don Félix Rivas en la cura de huesos descompuestos y las medicinas que recetaba 357

De la fiesta de la cerámica 371

De una afanosa tarea sin fin 377

De las migraciones en Ilobasco y como hoy se ve y se hacen las cosas 391

Del Ilobasco antropológico 403

Panorámicas de Ilobasco 407

Referencias bibliográficas 425

Glosario 427

De cuando se fundó Ilobasco

Los orígenes de Ilobasco se remontan a finales de 1600, en un humilde y empinado ranchería rodeado de riachuelos a escasos kilómetros de su ubicación actual. Nos referimos al lugar que un siglo atrás había sido designado como "pueblo de indios", en lo que hoy es el Sitio Viejo.

El poblado estaba conformado solo por un pequeño grupo de indígenas asentados alrededor de una iglesia y custodiado por un par de soldados, llamados lanceros, probablemente estacionados en un destartalado edificio público, de construcción sencilla, para celar el orden y frenar posibles alzamientos. Se trataba, en primer lugar, de pacificar esa región que en potencia tenía mucho que ofrecer, como punto de paso y ordenamiento del comercio de la naciente producción del añil al resto de la región, principalmente al punto de encuentro, que era San Vicente de Austria y Lorenzana.

Hasta más o menos 1810, todavía vivió un reducido número de familias indígenas en el Sitio Viejo.

Ya como pueblo paraje comenzó a resurgir a mediados de 1600, en el territorio actual, con el nombre de San Miguel de Xilobasco o Hilobasco. Es entonces cuando se edifica la primera

iglesia, en el corazón de lo que hoy es la ciudad de Ilobasco. Las bases de piedra encontradas en 1972 cuando se adoquinaban las calles que rodean el parque, y que hoy en día se encuentran en el costado derecho del atrio de la iglesia y la pila bautismal, datan de esa primera edificación.

Desde sus inicios, el lugar descrito fue puente entre los comerciantes, primero indígenas y luego españoles y criollos. Sin embargo, no fue muy apetecido para vivir por la abundante humedad, tanto en el Sitio Viejo como en el lugar de traslado. Todo el sitio —de acuerdo con los relatos con que lo describen los que lo visitaron— es "húmedo y frío la mayor parte del año y cruzado por abundantes riachuelos".

En un informe que presentó Lorenzo López, elaborado en 1858 por encargo del gobierno, se lee: "Ilobasco en su origen fue habitado por sólo familias aborígenes y el número de sus habitantes no pasaba de 200, según está averiguado por el dato que han suministrado aquellas autoridades, por la pequeña extensión que ocupaba el caserío donde primitivamente se hallaba el pueblo, cuyos vestigios existen sobre una colina distante como a dos leguas de la población actual al Norte de la misma".

Sin duda, el traslado se vio motivado por las pocas posibilidades que presentaba el lugar para extenderse en el territorio. El santo patrono, desde los orígenes del poblado, fue san Miguel Arcángel, pero desde sus inicios este fue motivo de disputa entre los indígenas que se lo apropiaron como su protector guerrero y los pocos españoles en el lugar, que también lo querían.

El mismo Lorenzo López, haciendo referencia al santo y al lugar, continúa: "Se cree por las mismas tradiciones, que el primer lugar ya relacionado era insalubre e incómodo, y los padres doctrinarios, consultando los medios más adaptables y que ofreciesen menos resistencia, tomaron el de la traslación del santo y así lo lograron.

"Mucho tiempo después de esta traslación, siguió habitado el pueblo por sólo los indígenas; pero ya a mediados del siglo próximo pasado, comenzaron a avecindarse de los llamados impropiamente españolas. Crecido el número de estos, el de los llamados mulatos y mestizos, se creó un alcalde pedáneo y un suplente de este para que les administrara justicia en lo civil y criminal, con entera independencia de los indígenas que tenían sus alcaldes y gobernadores; rigiendo este sistema hasta el año 1812 que se publicó la Constitución Española; y entonces fue que se erigió un ayuntamiento compuesto de un alcalde, cuatro regidores y un síndico...".

La producción de añil en las haciendas fue el motor que generó migración a la región; y así fue que criollos y españoles procedentes de otras partes del país y hasta venidos de España, ya establecidos, poco a poco comenzaran con las primeras pulperías, boticas, herrerías, talabarterías, ventas de tela, carne salada, etc. Esto hizo, desde sus inicios, que Ilobasco fuera convirtiéndose en el centro de la comarca en donde la gente llegaba para comprar y vender productos, principalmente de carácter agrícola.

Hubo un tiempo, hasta principios de 1800, en que en Ilobasco los comerciantes de añil llegaban para comprar con anticipación la cosecha. El añil, y luego la producción de loza

utilitaria: tazas, ollas, comales, jarros, platos, entre otros, que tenían demanda hasta en las poblaciones hondureñas de los hoy departamentos de Lempira y La Paz en Honduras, eran de los productos que se comerciaban y que los transportaban a lomo de mula y en zurrones.

De la visita y descripción de Ilobasco

Esta villa se halla situada sobre la planada de una colina de poca elevación, por lo que se divisa desde algunas distancias hacia el este, sur y oeste; menos por la parte del norte, por estar cubierta con otras colinas de más elevación. La distancia que hay de Ilobasco a la capital de la República es de 16 leguas, poco más o menos, caminando por Cojutepeque hacia el occidente; y casi por el mismo rumbo, un poco más al noroeste, le queda esta cabecera departamental a diez leguas de distancia. El clima es siempre templado y saludable".

Posee 18 fuentes de agua potable en sus cercanías y en derredor; y se llaman: Los Hornos, El Chorro, El Carrizal, Colco, Pacún Palón, El Curtidero, El Varío, El Chagüite, Cirico, El Tejar, la pila del Padre, Contamal, Las Pilitas, El Zapote, El Obío, la pila de Pío y la pila de don Manuel Iraheta; todas de poca agua, pero permanente. Además tienen los siguientes ríos: el de los Frailes, al occidente; las quebradas del Jute; las del Agua Caliente, al sur; el río de Menjívar, al noroeste, y el Río Grande, al norte, los cuales son útiles para baños y para abrevaderos, a ellos concurren también las lavadoras de oficio a lavar ropa ajena. Hay otros tres ríos de regadíos

en sementeras particulares, y, aunque escasos de agua, son permanentes. No se sabe si tienen peces. En los trascorrales de las casas del centro hay 32 pozos artificiales que proveen agua en abundancia no solo suficiente para el gasto de dichas casas, sino también para regalar a cuantos vecinos la solicitan. Pozos hay que, a dos varas de profundidad, vierten el agua necesaria.

En su jurisdicción están comprendidas tres haciendas regulares para el cultivo del añil y la crianza de ganado; y, además, se encuentran los caseríos o aldeas siguientes: Cerro Colorado, Azacualpa, San José Oratorio, Sitio Viejo, Los Llanitos, Cucurucho Mestizo, San Francisco Martel, Maquilisgua, El Zapote, Trilladera, Agua Zarca, Los Hoyos, El Potrero, Calera y Huertas, Tejutepeque, La Labor, Santa Cruz y San Francisco de Iraheta, habiendo en cada uno un comisionado de justicia. A una milla de Ilobasco, aproximadamente, hay una mina de carbón de piedra sin explotarse, y dos de cal de no muy buena calidad. Por esta razón, y por ser pobres sus propietarios, se explota en pequeño.

Sus calles, en el interior, son empedradas y bastante regulares; aunque algunas de ellas están cortadas por otras casas en dirección opuesta. La plaza es amplia, sembrada de grama que se conserva en sus verdores y fresca las cuatro estaciones del año. El territorio que ocupa la población es un poco irregular, pues tiene sus desniveles, ya sea para llegar a la plaza o para salir de ella, en dos puntos diferentes hacia el sur.

Como se ha dicho, la población de Ilobasco está sobre una colina, desde donde se ven hermosos paisajes porque, a mayor abundamiento, los campos se mantienen en su

verdor, contrastando con los variados verdes de cementeras entrecortadas por las cercas. Y aunque hay plantíos de café y se cosecha maíz, frijol, arroz, azúcar y panela, no bastan para el consumo del lugar; pero concurren con estos víveres y otros los vecinos de Santo Domingo, Cedro y Cojutepeque, cuyos precios corrientes figurarán en el cuadro referido.[1]

Hay muchas casas construidas con esmero y solidez, a mucho costo por la suma escasez de madera; pero no tienen todo aquel lucimiento que era de esperarse por tener interpolado otras de paja con corredores de teja; en los barrios abundan las pajizas. Se ignora el número de casas existentes.

La ocupación principal de aquellos vecinos es la agricultura; pero muchos de los indígenas son fabricantes de loza del país, y, comparativamente con la de los otros pueblos de la República, es la más fina. Hay sastrerías, zapaterías, carpinterías, herrerías; pero que solo alcanzan a llenar las necesidades básicas de la vida; visten pantalón y camisa, la mayor parte; pero entre las gentes del centro usan ropas con regular elegancia, tanto los hombres como las señoras: son aquellos vecinos sencillos pero laboriosos, sin que se adviertan en ellos sus preocupaciones. La clase indígena no es demasiado rústica. No son inclinados a la carrera militar. Antes bien, huyen desesperados en las épocas de conscripción o de alarma. Solamente son aficionadas al baile y a la música las familias del centro.

Ilobasco no tiene volcanes que describir. Los medios de comunicación que tiene son: al oeste, con esta ciudad; al sur, con Cojutepeque; y por el mismo rumbo, con San Vicente. A

[1] Sus producciones se verán insertadas en el cuadro que más adelante se presenta.

poca distancia del camino, al pasar por Santo Domingo: al sudeste con San Sebastián y al este con los pueblos del distrito de Sensuntepeque."[2]

[2] Este texto es retomado de Lorenzo López quien hizo importantes anotaciones del lugar en 1858. Véase al respecto: Lorenzo López, Estadística General de la República de El Salvador. 1858. Tercera Edición. Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador. (La primera edición se publicó en 1858. Imprenta de Gobierno. San Salvador). Segunda Edición. Imprenta Nacional. San Salvador. 1926-1974.

De algunas observaciones hechas por Lorenzo López

El clima de Ilobasco, de por sí, es benigno y además propicio para el cultivo de las flores de jardín, como se dan cuando no se apuran los esmeros del cultivo; rosas de varias clases, con vólvulos de muchas especies, amarantos, nardos vocamelia, lirios, margaritas, alelíes colación y otras estimables por su delicadeza, por su color y aroma. Gracias a la bondad del clima, se empieza a propagar el árbol que da la almendra que nos viene del extranjero. Se dan además los frutos nominados en la estadística de esta ciudad; si no todos, la mayor parte de ellos; lo mismo que las plantas de forraje, industriales, alimenticias y medicinales, que sería largo mencionar. Las estaciones del año están sujetas a los mismos períodos referidos en las estadísticas; en lo que tiene que ver con las lluvias, su abundancia y su influencia en los vegetales, así como los vientos, su dirección y tiempo en que soplan con más fuerza.

Las enfermedades que se padecen son, como en los demás pueblos del departamento, fiebres intermitentes y algunas diarreas, unas y otras en los meses de octubre y noviembre producidos estas dos enfermedades por las mismas de la

estación referida. Las fiebres se curan con el sulfato de quinina y con el cocimiento de la flor borbona o poinciana; y las diarreas con la bebida de limonadas frías y con hierbabuena.

Los precios del jornal, de artefactos, fábricas y salarios no tienen diferencia con los demás pueblos. El pan, la carne y otros alimentos de esta naturaleza son escasos, siendo muy pocos los días en que se come carne fresca y buen pan.

Hay un cabildo con sus correspondientes oficinas y sus cárceles. El primero, con la decencia y comodidad posibles, y las segundas, con su correspondiente seguridad. Estas obras se deben al esmero y celo patriótico de don Juan Bonilla y otros vecinos.

Existe una iglesia que es un calvario por su estado de ruina; pero al presente sus vecinos tratan de reedificarla, para lo cual están haciendo acopio de materiales; lo mismo que para otra iglesia, que está en paredes de buena construcción, dedicada a Nuestra Señora de los Desamparados.

Se está trabajando un amplio cementerio al occidente del pueblo, con alguna lentitud por falta de recursos. La circunstancia, de ser necesario, de arrasar una loma que está en el interior de ese edificio dificulta más su conclusión. El dueño de esa loma es don Bernardo Perdomo, quien es digno de reconocimiento por su constancia en concluirla.

Hay una casa que sirve de escuela, bastante amplia y conservada, costeada con fondos municipales y dirigida por el mismo señor Bonilla en su fábrica. El fondo del trajo sostiene sus gastos; y asisten a ella de 50 a 60 niños, normalmente, a leer, escribir y a estudiar aritmética y moral. Hay un Juez

de primera instancia del distrito, que tiene su residencia en el propio Ilobasco. Sus fondos municipales ascienden, al año, como término medio, a 1.817 pesos. Los ramos que producen esta suma ya se han advertido en la estadística de esta ciudad."[3]

[3] Véase al respecto; Lorenzo López. Op. cit. pág. 37.

De los primeros frailes doctrineros y constitución de la primera iglesia

En la actualidad año 2016, el credo religioso predominante en Ilobasco es el de la religión católica. Un 80% de la población practica el catolicismo[4]. Un 10% es protestante y el resto de la población podría ser miembro de otras iglesias no católicas. En la ciudad hay tres iglesias católicas, la iglesia Parroquial San Miguel, en el centro de la ciudad, la iglesia Parroquial El Calvario, en barrio del mismo nombre El Calvario, y la iglesia Los Desamparados, en el barrio de Los Desamparados, próxima a convertirse en Parroquia. En el barrio La Cruz hay una ermita en la que una vez por mes se celebra misa[5].

Cada uno de los cantones tiene su propia ermita y hay algunos caseríos en donde también las hay.

---

[4] En un estudio que publicó, El Diario de Hoy en 1997 y que muy bien puede ser representativo en la actualidad, leíamos que en El Salvador; "por lo menos la mitad de la población asiste al menos una vez por semana a la misa en una iglesia Católica. 20% de la población es protestante. Un 26% dice no practicar ninguna religión y un 3% de la población es miembro de alguna secta. La mitad de la población se muestra en forma negativa ante la presencia de misioneros de sectas y más quisiera que salieran hoy del país que mañana". Al respecto: El Diario de Hoy. San Salvador. Septiembre de 1997.

[5] En el mercado hay un altar del Sagrado Corazón y, una vez por año, se celebra una misa con la solemnidad del caso.

La historia de la iglesia Católica en Ilobasco es muy rica en acontecimientos y a su vez, es la que, en gran parte, ha determinado el quehacer sociocultural y en algunas épocas, más abiertamente que en otras, el pensar y quehacer político de sus feligreses, principalmente entre la población campesina.

Para profundizar mejor en el acontecer religioso en la región conviene que hagamos un poco de historia, la que como veremos nos presentará, a su vez, un importante legajo.

Los frailes misioneros, en lo que hoy comprende Ilobasco, comenzaron a llegar pocos años después de la Conquista. Los primeros misioneros que incursionaron a la región fueron los frailes dominicanos procedentes de la Alta Verapaz, Guatemala, en 1580.[6]

Desde antes de 1609, y de acuerdo a Lardé y Larín, en base a los informes del cronista Fray Antonio de Remesal, el pueblo de Ilobasco era administrado, en lo religioso, por los monjes del convento de Santo Domingo de San Salvador, y en consecuencia, religiosos de ésta Congregación monástica fueron los que hicieron desaparecer por primera y segunda vez al patrono San Miguel y despoblar el hoy llamado Sitio Viejo, refundando la población en su asiento actual[7].

---

[6] Para un estudio sobre la historia de los primeros misioneros en El Salvador recomendamos la obra magistral de J. Delgado, Sucesos de la historia de El Salvador I. Introducción a la historia de la iglesia en El Salvador (1523-1821).Edición Sesquicentenaria. Colección Nueva Evangelización. Arquidiocesis de San Salvador, El Salvador. Imprenta Criterio. 1991, pp. 16, 55.

[7] De acuerdo a Jorge Lardé y Larín, citando el informe Municipal del 20 de diciembre de 1859 escrito por Lorenzo López, "Se cree, por las mismas tradiciones, que el primer lugar ya relacionado era insalubre e incómodo, y los padres doctrineros consultando los medios más adaptables, tomaron el de la traslación del Santo como se ha referido y así lo logaron ". Pero por otra parte se afirma que en ese lugar "habiendo desaparecido por primera y segunda vez la efigie de San Miguel, patrón del pueblo, y encontrándose sobre el tronco de un árbol que

En los primeros años, no se fundó iglesia alguna. Las visitas de los frailes no tuvieron otro objetivo que no ser el de bautizar y promover el credo católico. En 1620, se tiene conocimiento que frailes dominicanos llevaron la imagen de San Miguel Arcángel, la que pasearon por diferentes lugares de lo que hoy conforman los cantones del Municipio.

Fue entre los entonces indígenas del actual cantón. Las Huertas, en donde los frailes tuvieron mucha aceptación y muy pronto estos pasaron a convertirse en "soldados del patrón San Miguel Arcángel".[8]

---

había en el mismo lugar donde está la parroquia actual, el Cura doctrinero de aquella época, venciendo no pocas dificultades, logró persuadir a los indígenas de la necesidad de una traslación del punto donde se había encontrado el Santo. Se cree que el primer lugar era insalubre e incómodo, y que los padres doctrineros, consultando los medios más aceptables y que ofrecieron menos resistencia, tomaron el de la traslación del santo, como se ha referido, y así lo lograron". Al respecto, Jorge Lardé y Larín, El Salvador: Historia de sus pueblos, villas y ciudades. Ministerio de Cultura. Departamento Editorial. San Salvador. El Salvador, C.A. 1957, p. 184.

[8] Podemos decir que el actual baile que se practica y se conoce como el "baile de los moros y cristianos", tradicional entre los pobladores del cantón Huertas del Municipio de Ilobasco, es una manifestación que se instauró desde ese primer contacto entre conquistadores, frailes y los indígenas y en la actualidad corresponde ya a una costumbre que trata de honrar al Santo patrono que es San Miguel Arcángel.

"Los huerteños", como se les conoce, tienen la costumbre, aún hoy día, de efectuar el baile entre los Moros y los cristianos. Su preparación es objeto de especial interés por parte de los que organizan el baile y la comunidad. Todos aquellos que tienen una participación directa en la danza no escatiman esfuerzo para colaborar en lo que sea necesario: dinero para hacer los trajes, máscaras, sombreros adornados y demás utilería, tiempo para ensayos (por lo general éstos se llevan a cabo diariamente cuando empieza a oscurecer). Durante la ejecución del baile es notoria la seriedad – casi devoción – de los participantes. El baile puede durar; con intervalos, hasta cuatro a cinco horas.

Pitos, tambores, cohetes y una mayor algarabía rompen la monótona pelea.

En el baile entre los Moros y los cristianos es evidente ese afán de persuadir al indio para que abandone sus antiguos ritos; no obstante que la motivación de la danza es el choque bélico entre lencas y españoles, el discurso central gira alrededor de las creencias de ambos bandos poniendo énfasis en la necesidad del bautismo, en el poder de un Dios en cuyo nombre se emprende la batalla.

En el informe de Monseñor Pedro Cortés y Larraz, de su visita canónica que realizó en 1777 a la región, se lee que en 1755 Ilobasco fue sede de una Presidencia, dependiente del monasterio de los frailes Dominicos de San Salvador.

La primera iglesia en Ilobasco, en honor a San Miguel Arcángel que se edificó en lo que hoy es el corazón de la ciudad pudo haber sido construida entre 1640 y 1660, pero los libros de bautismo que hemos encontrado en la iglesia datan desde 1747 y no dan información al respecto. En 1747, el sacerdote que bautizaba era "el cura doctrinario Fray Santiago Delgado. Hemos encontrado que en ésa época se hacía una distinción de los bautizados entre: españoles, ladinos, tributarios, mestizos e indígenas. La iglesia se encuentra registrada en los documentos originales como San Miguel de Ilobasco.

Entre 1747 y 1767, fueron bautizados en Ilobasco, 58 ladinos, 1 indígena, 37 tributarios, 6 españoles y 2 mestizos. Aunque compartimos la afirmación de Stone en lo referente a este tipo de registros, pues hasta cierto punto dudamos de su veracidad. Stone, citando a Ripodas Ardanzas: "en los registros parroquiales se hacia el apunte de sangre, no por confesión de los declarantes, es decir, de los padrinos o de los testigos, sino de acuerdo con el criterio de los sacerdotes o seglares que llevaban los registros. Se guiaban a veces por la apariencia exterior de las criaturas, y sobre todo por las noticias que tenían de casi todas las familias y ascendencias"...[9]

Esto puede tener mucho de cierto en Ilobasco por la discontinuidad que hemos encontrado en los libros de bautismo de la Parroquia

[9] Al respecto, Samuel Stone. El Legado de los Conquistadores. Las clases dirigentes en la América Central desde la conquista hasta los sandinistas. Editorial Universidad Estatal a Distancia. San José, Costa Rica. 1993, p. 129.

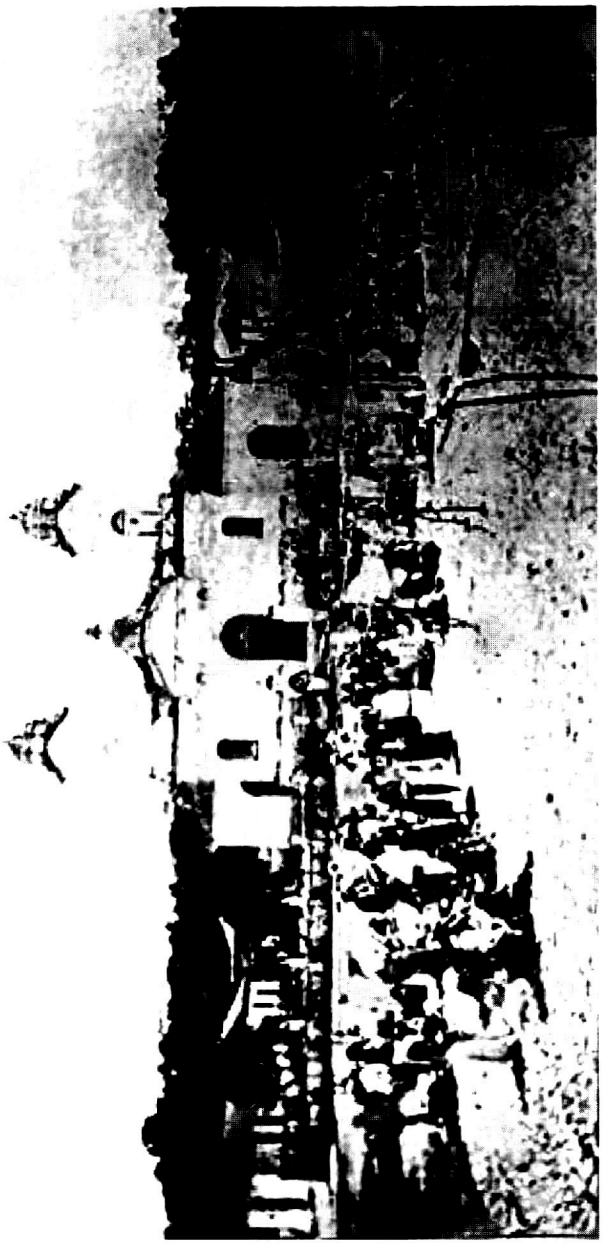
San Miguel. Los primeros frailes misioneros que llegaban a efectuar los bautismos desconocían el lugar y su gente por lo que no hay duda, se dejaban llevar por suposiciones o simplemente por el aspecto físico de la persona y de ahí sus anotaciones.



En los primeros años de 1970, cuando se removía la tierra en la calle, y frente a la iglesia Parroquial San Miguel, para efectuar el primer adoquinado en la ciudad, se encontraron los fundamentos de la iglesia antigua. Después de haber permanecido tirados por varias décadas en el Parque. En 1997, fueron colocados para ser apreciados como "curiosidad" en los andenes de la Alcaldía Municipal. En la actualidad se encuentran a un costado de la iglesia San Miguel.
Foto tomada en 1995 por Luis Abarca.



La pila bautismal, en la iglesia Parroquial San Miguel, data de la misma época en que se edificó la primera iglesia en la ciudad.
Foto tomada en 1995 por Luis Abarca.



Panoramica de la iglesia Parroquial San Miguel.

Foto proporcionada por: Arturo Martinez



Los moros y cristianos una tradición que en Ilobasco, desde los primeros años de la colonia, ha jugado un papel preponderante sobre todo entre los habitantes del cantón Las Huertas del municipio de Ilobasco.
Foto proporcionada por: Julio Martínez.



Instrumentos de música utilizados para el baile de los moros y cristianos.
Foto proporcionada por: Ramón D. Rivas.

De la imagen de San Miguel Arcángel

Para evitar los continuos pleitos con los habitantes del cantón Las Huertas por la Imagen de San Miguel Arcángel, los que desde mediados de 1700, a menudo llegaban al poblado reclamando la pertenencia de la imagen y enfurecidos, al no ser escuchados, realizaban estragos en el lugar, el Presbítero Aquilino Herrera, un año después de haber tomado posesión como Párroco en 1894 decidió darles la imagen a "los huerteños con la condición de que le dieran la debida veneración y respeto". Con esta decisión y, con ello, llevándose de una vez la imagen para la ermita de Las Huertas se terminaron muchos años de terror en la ciudad por parte de tan temidos habitantes.

De inmediato, el Presbítero Herrera mandó a hacer una nueva imagen de San Miguel Arcángel en San Vicente y esta fue bendecida con toda solemnidad, junto con el altar, por el Obispo Adolfo Pérez y Aguilar en 1898. En esa misma ocasión, el Obispo leyó una carta de la Santa Sede notificando el permiso que se otorgaba para seguir usando el título de Altar Mayor de la iglesia por el término de siete años más. El altar es de la misma época que la imagen que se quemó en Las Huertas y tendrá unos 250 años.

En Las Huertas todo fue bien hasta que por descuido, o por mala intención, sucedió lo que nadie se esperaba con tan venerada imagen. De acuerdo al Dr. Vicente Navarrete:

"La imagen de San Miguel era de madera y hecha con verdadero arte: fue incendiada juntamente con su nuevo altar y una parte de la ermita de manera contingencial, el 17 de mayo del año de 1934 en el cantón Las Huertas de la misma jurisdicción, lugar donde era venerada desde hacia muchísimos años"[10]

El mismo Navarrete al respecto:

"El referido altar era nuevo; el viejo es una verdadera joya artística con altos relieves y tiene la misma edad que la imagen. La Virgen del Rosario, la de Guadalupe, el Nazareno, los dos niños dioses y San Jerónimo, que se salvaron de ser pasto de las llamas, son asimismo muy antiguos".[11]

No obstante, "los huerteños", aún hoy en día, son aferrados devotos de San Miguel Arcángel y siempre recuerdan la fecha de "la desgracia del incendio (...)"

Ahora bien, sobre "el Patrono San Miguel Arcángel" hay varias historias que se refieren a la manera en cómo fue que se logró que el Arcángel quedara en el actual lugar, así: De acuerdo a doña Carmela Abarca, basándose en información oral de sus abuelos, afirma que "no había iglesia, aquí donde hoy es la ciudad de Ilobasco, sino que del cantón los frailes traían a San

---

[10] Al respecto: D. Vicente Navarrete. Discurso y algo más... 1962. San Salvador, El Salvador, C.A. Tipografía y Ediciones "El Sol". 1962, p. 19

[11] Ibid.

Miguel. Pero a San Miguel se lo llevaban los indígenas de Las Huertas pues ellos querían que ahí se le hiciera la procesión, pero el San Miguel se venía. En realidad no era San Miguel el que se venía sino que eran los españoles los que iban a traer y lo ponían debajo de un palo de Amate que estaba ahí en La Plaza, frente donde se construyó la iglesia Parroquial. Entonces cuentan que al día siguiente llegaban los indígenas de vuelta para llevarse a San Miguel, porque ellos querían que allá hicieran la ponderación, y los españoles se iban en la noche a robarse a San Miguel y se lo traían con un montón de gente porque, según los españoles, San Miguel quería su iglesia aquí y así sucedió, pues aquí la construyeron".[12]

[12] Entrevista con doña Carmela Abarca para este estudio por alumnas de la Escuela Unificada "Bernardo Perdomo". La entrevista fue coordinada por el profesor Alvaro Nerio Q.E.P.D. ha solicitud del autor.



San Miguel Arcángel, patrono de Ilobasco.

Foto tomada de http://sanmiguelarcangel.info/static/img/grupos-comunidades/9.jpg



San Miguel Arcángel, patrono de Ilobasco. 1993.

Foto tomada por: Carlos Guillermo Rivera.



Parroquia San Miguel Arcángel, Ilobasco. Junio 1942.

Foto Cortesía de: doña Elia Abarca vda. de Reyes.

De las antigüedades ilobasquenses

Ilobasco, en su origen, era habitado solo por familias aborígenes y el número de sus habitantes no pasaba de 200, según ha sido averiguado por los datos que han suministrado aquellas autoridades y por la pequeña extensión que ocupaba el caserío donde primitivamente se hallaba el pueblo, cuyos vestigios existen aún sobre otra colina distante, como a dos leguas de la población actual situada en el norte de esta.

No se sabe con certeza el motivo ni la época de la traslación de los antiguos moradores el tiempo que ahora ocupa, pero la tradición más sostenida, conservada de padres a hijos indígenas, es que, habiendo desaparecido por primera vez la efigie de San Miguel, patrón del pueblo, y encontrándose sobre el tronco de un árbol que había en el mismo lugar donde está la parroquia actual, el cura doctrinario de aquella época, venciendo no pocas dificultades, logró persuadir a los indígenas de que se trasladaran al punto donde se había encontrado el santo, y desde esa época incierta data la fundación de Ilobasco en el lugar que hoy ocupa.

Se cree, por las mismas tradiciones, que el primer lugar ya relacionado era insalubre e incómodo, y los padres doctrinarios, consultando los medios más adaptables y que ofreciesen menos resistencia, tomaron el de la traslación del santo como se ha referido, y así lo lograron.

Mucho tiempo después de esa traslación, siguió habitado el pueblo solo por los indígenas; pero ya a mediados del siglo próximo pasado comenzaron a avecinarse algunas familias españolas. Crecido el número de estos, el de los llamados mulatos, mestizos, se creó un alcalde pedáneo y un suplente de este, para que les suministrase justicia en lo civil y criminal, con entera independencia en los indígenas que tenían sus alcaldes y gobernadores, rigiendo este sistema hasta el año de 1812, año en que se publicó la constitución española; y entonces fue que se erigió un ayuntamiento compuesto de un alcalde, cuatro regidores y un síndico.

En lo religioso, la iglesia de Ilobasco estuvo, hasta 1785, subordinada a la parroquia de Cojutepeque en calidad de filial. Algunos frailes de las diferentes órdenes establecidas en los conventos de San Salvador administraban aquella feligresía con el título de *doctrinarios*. Fue hasta 1800 que se erigió en parroquia, siendo su primer cura el finado presbítero D. Juan J. Salazar, de quien cuenta con la fama de tantas y tan excelentes virtudes como hombre caritativo y como ministro del altar. Dicha erección en parroquia fue otorgada por el arzobispo metropolitano en Guatemala, D. fray Ramón Casaus y Torres.

Posteriormente le dio el título de villa (el 23 de febrero de 1828) y cabecera del distrito, decreto que fue derogado por el del 23 de enero de 830 por el cual se mandó agregar al departamento

de San Vicente con los pueblos de San Sebastián y Santo Domingo que le eran anexos. Después, por decreto legislativo de 20 de junio de 1835, fue otra vez erigido en cabecera de distrito con aquellos mismos pueblos, y hoy, por disposiciones legales vigentes, se le han segregado aquellos, comprendiendo únicamente el pueblón de Jutiapa con las aldeas o caseríos de ambas jurisdicciones.[13]

[13] Ibid. Págs. 38-39.

De las entonces actualidades de la ciudad

Una vez se han levantado de Ilobasco algunos hombres de progreso, poniendo término a la inmoralidad, se han dejado conocer adelantos notables y mejoras provechosas; así en las obras materiales como en la moral pública. Antes había inclinaciones a la bebida de licores fuertes, a las riñas y a los juegos de envite y azar; y hoy los hombres que componen la primera sociedad han sabido indemnizarla de aquellos males, procurando el aseo en lo ya trabajado y promoviendo obras de beneficencia pública. Por eso ahora la mayor parte de sus calles están empedradas y sus caminos mejorados con grandes trechos también empedrados. Ilobasco es un nombre de lengua indígena; y al decir de los habitantes de aquella villa significa 'hilo de oro'."

ILOBASCO

Estadísticas de las profesiones y ocupaciones por estado civil, sexo y edad de los pobladores de la villa de Ilobasco, departamento de Cuscatlán:

DISTRITO DE ILOBASCO		SOLTEROS	CASADOS	VIUDOS	Niños menores de 15 años	Hombres entre 15 y 50 años, solteros, casados y viudos	Totales
Ilobasco	Hombres	600	699	85	1.302	1.384	2.686
	Mujeres	900	699	262	1.908	1.861	3.769
Jutiapa	Hombres	332	208	95	365	635	990
	Mujeres	261	208	31	272	500	772
	Totales	2.093	1.804	473	3.847	4.380	8.127

PROFESIONES DE LOS INDIVIDUOS DEL DISTRITO

HOMBRES

1 agrimensor	5 herreros	4 impresores	114 labradores
1 farmacéutico	5 tejedores	21 comerciantes	1 abogado
1 pintor	5 silleros	2 médicos	21 calceteros
1 escultor	5 barberos	12 zapateros	2 eclesiásticos
1 grabador	1 curtidor	1 hojalateros	1 escribano
7 carpinteros	4 albañiles	1 cohetero	20 domésticos
9 sastres	4 alfareros	6 músicos	13 cesteros
13 estereros	7 buhoneros	1.471 jornaleros	2 esscribientes
13 matadores	13 talabarteros		

MUJERES

12 panaderas	894 zapateras	74 cigarreras	894 buhoneras
196 costureras	5 hilanderas	47 planchadoras	37 sirvientas
19 pupuseras	30 lavanderas	9 floreras	1 dulcera
894 molenderas			

VILLA DE ILOBASCO

Cuadro que demuestra el producto de granos y otros artículos que forman el patrimonio de la Villa de Ilobasco en el Departamento de Cuscatlán.

Artículos	Siembras	Productos	Valor parcial	Id. Total
Maíz	1,313 medios	4,966 fanegas	A 20 reales fanega	12,415.
Arroz	725 idem	1,614 idem	2 reales fanega	4,035.
Añil	————	746 tercios	A 100 ps. cada terc.	74,600.
Cerdos	Descuartiz	51 al año	A 5 pesos	125.
Reses	Idem	544 idem	A 10 pesos	5,440.
Chacras	————	12	Valor de ellas	3,500.
Panela	————	————	————	000.
Azúcar	————	————	————	000.
Frijoles	————	————	————	000.
			Total pesos	1000,115.

DISTRITO DE ILOBASCO

Cuadro que representa la parte criminal de la estadística correspondiente al distrito de Ilobasco y comprende los últimos diez años, desde 1849 al presente.

DELITOS

	Cuatreros	Heridas	Homicidio	Maltratos	Hurtos	Raptos	Estupros	Falsificaciones	Resistencias	Incendios	Perjurio	Estafa	Totales
Ilobasco	4	28	19	2	16	1	1	1	1	2	1	3	79
Jutiapa	0	6	3	0	4	0	0	0	0	0	0	0	13
Totales	4	34	22	2	20	1	1	1	1	2	1	3	92

Nota: del anterior cuadro resulta que en los diez últimos años se han cometido delitos en esta villa y 13 en Jutiapa, que hacen la suma de 92, en esta forma:- En el año de 1849 se cometieron en esta Villa ocho delitos.- En el de 1850, cuatro.- En el de 51, siete.- En el de 52, cinco.- En el de 53, cinco.- En el de 54, seis.- En el de 55, nueve.- En el de 56, cuatro.- En el de 57, cinco.- En el de 58, nueve.- Y en el de 59, diez.- En el pueblo de Jutiapa de este Distrito se cometieron en el año de 1849, dos.- En el de 50, ninguno.-En el de 51, tres.- En el de 52, nada.- En el de 53, uno.- En el de 54, uno.- En el de 55, uno.- En el de 56, dos.- En el de 57, uno.- En el de 58, nada.- En el de 59, dos.

Alcaldía municipal de Ilobasco, diciembre veinte de mil ochocientos cincuenta y nueve. [14]

[14] Ibid. Págs. 40-44.

De las fuentes de abastecimiento de agua

En 1933 fue cuando se instaló definitivamente el agua potable en Ilobasco, y para esa oportunidad se construyeron varios chorros públicos; dos en el barrio San Miguel, uno frente a la casa de don Herculano Platero, en la salida para el cantón Azacualpa, y el otro frente a la casa de don Agustín Abarca, también del mencionado barrio. Hubo otro chorro público en la esquina del costado norte del parque central y El Chiraco, hoy en día conocido como colonia Santa Marta. Había otro chorro público frente a la casa de don Manuel Hernández, en el barrio San Miguel, en dirección al caserío El Carrizal.

Las pilas que se construyeron por el tesón de don Bernardo Perdomo, setenta años atrás, fueron: El Chucho (sus restos se localizan a dos cuadras al noreste del Instituto Nacional de Ilobasco); El Papalón (en el barrio de La Cruz o Barrial); la pila de El Muerto, a más o menos un kilómetro al sur de la iglesia Los Desamparados, en la calle vieja a Sensuntepeque; El Barrial, también llamada El Brincadero, delante de Los Cerritos; y otra más en la parte de atrás de la antigua iglesia

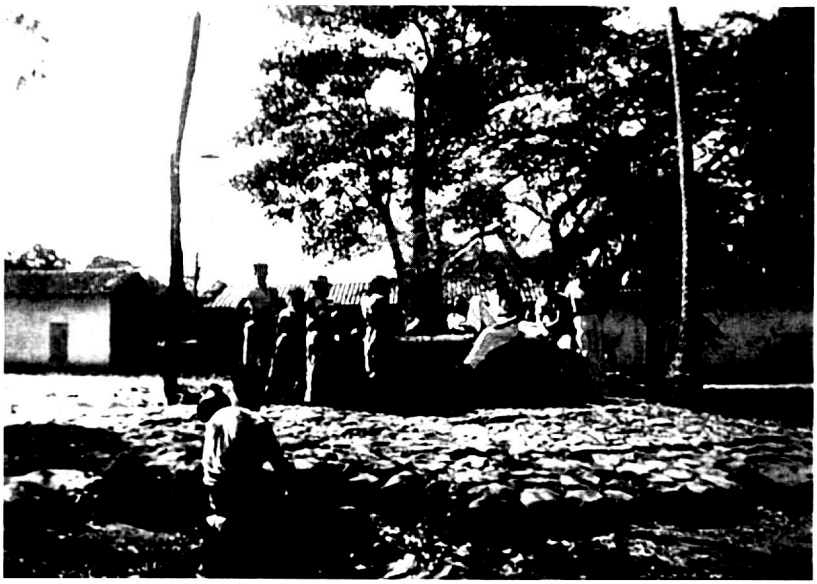
El Calvario, conocida como la pila de El Ciririco. Estas fueron perdiendo, con el pasar del tiempo, su valor, y poco a poco se fueron secando.

Las pilas ubicadas en el centro del parque Los Desamparados y frente a la iglesia El Calvario, a un lado de la avenida Carlos Bonilla, que era la principal, fueron construidas precisamente en el mismo período y sirvieron como fuentes de abastecimiento de agua a los pobladores hasta más o menos 1962.

El período edilicio de don Bernardo Perdomo se conoció como "el de las pilas". La mayor parte de esas fuentes públicas desaparecieron cuando a Ilobasco llegó el agua servida por la Administración Nacional de Acueductos y Alcantarillados, Anda, en 1948, siendo entonces alcalde don Miguel Ángel.



Don Bernardo Perdomo, en 1852, durante su período como alcalde municipal, aprovechó los manantiales de agua que se vertían por muchos lados en Ilobasco, mandando a construir pilas para suplir de agua a la población. La foto aquí inserta es de la que se conoció como pila de El Chucho.
Foto tomada por: Luis Abarca, 1995.



Pila en el barrio Los Desamparados, Ilobasco.
Foto Cortesía de: doña Elia Abarca vda. de Reyes. Junio 1942.



Pila del barrio El Calvario.

Foto proporcionada por: Ricardo Martínez

De la iglesia San Miguel con título de Parroquia.

Fue hasta 1800 que la iglesia, en el centro del entonces pueblo, se erigió nominalmente en Parroquia, y como ya antes mencionábamos, fue sólo hasta 1828 que Ilobasco obtuvo el título de Villa. Del informe escrito por Lorenzo López, en 1858, encontramos los siguientes datos referentes a la Parroquia de Ilobasco, así:

"En lo espiritual la Iglesia de Ilobasco estuvo, hasta por el año de 1785, subordinada a la Parroquia de Cojutepeque en calidad filial. Algunos frailes de las diferentes órdenes establecidas en los conventos de San Salvador, administraban aquella feligresía con el título de doctrinarios: hasta el año de 1800 que se erigió en Parroquia, siendo su primer Cura el finado Presbítero D. Juan J. Salazar; de quien cuenta la fama tantas y tan excelentes virtudes, como hombre caritativo y como ministro del altar. Dicha erección en Parroquia fue otorgada por el Arzobispo Metropolitano en Guatemala. D. Fray Casas Torres".[15]

---

[15] Lorenzo López, Estadística General de la República de El Salvador 1858. Op. cit., pp. 144-145

El presbítero Juan José Salazar fue nombrado primer Párroco de Ilobasco, el 28 de noviembre de 1803.

En 1972, cuando adoquinaban el centro de Ilobasco, precisamente frente a la iglesia Parroquial, se encontraron las partes de piedra que servían de bases de los pilares de la primera iglesia. Estos restos son los que, hoy en día, se encuentran dispersos frente al Parque Central. La Pila bautismal, en la iglesia Parroquial, es probablemente de la misma época pues tiene los mismos detalles de las bases encontradas a dos metros de profundidad, frente a la iglesia.

De acuerdo a don Rutilio Antonio Flores, basándose en información oral de don Pantaleón Apontes Martínez, un anciano ya fallecido de Ilobasco y que participó durante su vida en diferentes comisiones encargadas de reparar la iglesia El Calvario en el siglo pasado, cuenta que "la antigua iglesia del Centro de 1770 tenía forma de tecomate y fue demolida para construir esta otra".[16]

De acuerdo a don Alejandro Cotto; en 1875 estuvo en Ilobasco el Obispo José Luis Cárcamo y observó que en toda la región la feligresía crecía, pero que la iglesia además de ser pequeña, se encontraba en un estado de abandono y deterioro y ante tal hecho decretó la siguiente disposición:

"Art. 2°. Siendo la iglesia existente muy reducida, respecto a la población de esta Parroquia, se ha de procurar a toda costa su mayor extensión (...)"

---

[16] En febrero de 1997, el Alcalde saliente, el Sr. Alex Muñoz, les dio a estos buses "un lugar de honor" colocándolos en línea frente al edificio de la Alcaldía Municipal.

Luego sugiere formar con tres capillas una cruz latina, lo que considera se hará ´con menos gasto´ y enseguida continúa:

"deberá también tomarse mucho empeño en la pronta conclusión del atrio, procurando que quede cerrado por puertas grandes y con llave que puedan evitar la vista desde la plaza del interior de la iglesia cuando haya Exposición. El artesanado de la iglesia es otra cosa que interesa mucho que se concluya; además, a las imágenes sus velos para cubrirlas, principalmente cuando haya Exposición y algunos confesionarios una tela o lienzo ligero, que cubra los agujeros que tienen; muy grandes que tienen; las ventanas deberán cerrarse con aldabas, lo mismo que las puertas de la iglesia y Sacristía con llave; todo lo cual procurará que se haga el Señor Cura...".

Cotto, continua en su artículo: "el mismo día - 5 de mayo de 1875- Monseñor Cárcamo y Rodríguez, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Arsinoe ´in partibus infidelium´, y Coadjutor del Iltmo y Rvdo. Señor Obispo de San Salvador Dr. Don Tomás Miguel Pineda y Zaldaña, quien había hecho su última visita canónica a Ilobasco 25 años antes – 1850, autorizó algunos enterramientos en la iglesia para sufragar los gastos de la remodelación ordenada por cada uno de los cuales debería darse como limosna la cantidad de 300 pesos".

Así, de acuerdo a; "la reconstrucción de la iglesia duraría 13 años, 3 meses y 24 días. El 28 de septiembre de 1988, fiesta del patrono San Miguel Arcángel, la nueva iglesia era inaugurada y bendecida sin galas pontificales; su construcción había costado quince mil ochocientos cuarenta u cuatro pesos dos y un cuartillo reales. Cuando el Obispo Antonio Adolfo Pérez y Aguilar llegó en visita pastoral en diciembre de 1893, quedo

maravillado. Alejandro Cotto citando al Obispo Antonio Pérez y Aguilar:

En vez de una ampliación se ha renovado todo el referido templo que, por sus dimensiones y hermosa construcción es en la actualidad, uno de los principales de la Diócesis..."

Según Cotto: "Monseñor hizo un cálido elogio a la iniciativa del presbítero don Evaristo Falcó 'y a los esfuerzos perseverantes' de don José María Peña quien durante ocho años, consagró sus cuidados a la edificación de la obra". En el acta de su visita nos da cuenta que el costo del presbiterio fue de mil quinientos noventa y siete pesos dos reales e informa sobre la existencia de documentos en donde consta que el presbítero y doctor Norberto Marroquín recogió doscientos diez y ocho pesos, tres reales, para reparar la portada. Añade que la iglesia está suficientemente prevista de altares, imágenes, ornamentos vasos sagrados y demás utensilios necesarios. Alejandro Cotto citando al Obispo continúa:

"pero aún le falta el entabicado y el adorno de la columnas, en el atrio que le circunda, faltan las puertas que deben darle mayor seguridad y evitarle profanaciones. En tal virtud recomendamos al párroco que cuanto antes sea posible, emprenda dichos trabajos, excitando la piedad de los fieles, en quienes hemos notado mucho interés y los mejores deseos de que se lleven a cabo; y arbitrará los fondos indispensables con rifas, suscripciones, entradas, colectas, etc., para lo cual concedemos competentes facultades. Ratificamos el nombramiento del Tesorero de la construcción de la iglesia que ha tenido el señor don José Mara a quien damos expresivas gracias por el empeño e interés que tomó en la obra; y el

Párroco procederá de acuerdo con él para iniciar y llevar a cabo los nuevos trabajos".[17]

De esto vemos que la iglesia parroquial San Miguel fue construida bajo la gestión del Presbítero Evaristo Falcó. La fachada y las paredes se edificaron de una forma arquitectónica de estilo romano y de la época del clasicismo que es el estilo que hoy caracteriza a esa bonita iglesia.

En la visita que efectuó el Obispo Pérez en 1893, y de acuerdo a la información encontrada en los archivos de la Parroquia, Monseñor Pérez sustituyó al Párroco Manuel Antonio Mejía "por la forma descuidada que lleva los asuntos de la iglesia". El sustituto fue el presbítero Aquilino Herrera, a quien dio posesión el 16 de diciembre de 1893 y dio por finalizada la parte de la fachada de la iglesia que estaba en gran parte deteriorada.

En los archivos de la Parroquia San Miguel de Ilobasco encontré el siguiente documento que dice literalmente:

"San Salvador, Julio 28 de 1898

Señor Cura Párroco de Ilobasco.

El Excelentísimo Señor Obispo, en virtud de facultades obtenidas de la Santa Sede, declara privilegiado el altar mayor de esa iglesia, por el término de siete años.

I de su orden comunico a U- Suscribiéndome. Su Atento y servidor Capellán".[18]

---

[17] Véase al respecto: Alejandro Cotto. Un Templo que cumple 100 años... ¡Y tiene más!. La Prensa Gráfica. Lunes 26 de septiembre de 1888., pp. 6-31.

[18] Hay una rúbrica y el sello de la Secretaria Episcopal de la Diócesis de San Salvador. Nota del Autor.

En 1904, Mons. Pérez visitó Ilobasco y entonces era Párroco el padre Raymundo Lazo. Era probable que Mons. Pérez quiso enterarse de los adelantos logrados desde su última visita.

El presbítero Raymundo Lazo, viendo el estado deplorable de la iglesia cuando llegó a tomar posesión y admirado pues en tan poco tiempo se había deteriorado su construcción, se reunió con el Comité Eclesial "Pro-mejoramiento de la iglesia" organizado en tiempo del padre Olmedo y el 22 de marzo de 1903 instó al Comité para que se encargara de su reconstrucción, principalmente del techo que estaba por caerse. El Comité estaba integrado por don José María Peña, don Domingo López, el Dr. Manuel López, don Salvador Cortez, don Roque Osorio, don Rafael Henríquez, don Lázaro Hernández, don Daniel Bonilla, don José Martínez y el Dr. Samuel González.

En la reunión, el padre Lazo informó al Comité que había recibido de su antecesor, el padre Olmedo, la suma de 400 colones y como necesidad urgente dijo que había que "trastejar el techo de la Parroquia por tenerse informes de que el entablado se llueve y que esos se están cubriendo las naves del templo".

En esa reunión, se comisionó al miembro del Comité don José Martínez Gonzales para que mandara a fabricar dos mil tejas que son las que se calculaban se iban a invertir en dicho techo. Así mismo, se acordó primero comisionar al vocal don José María Peña, "para que haga una minuta de la madera que fuera necesaria para concluir el entabicado que falta y el precio a que pudiera comprarse la "Madera de California en la ciudad capital". También, el comité acordó que "para allegar fondos para el trabajo el Sr. Cura organice entradas en los valles,

barrios y centro de esta ciudad debiendo tener lugar la primera después de haber pasado la Semana Santa (...)"[19]

Pero el Presbítero Lazo no hizo lo que le había encomendado el Obispo y lo que también esperaba el Comité. Muy pronto, este sacerdote saldría de Ilobasco y la iglesia seguía en ruinas.

No fue sino hasta 1888 en que la iglesia fue restaurada y ampliada completamente, tomando la forma que en la actualidad presenta. De 1888 data su campanario y a la vez sus dos entradas principales a sus costados. La iglesia estaba terminada en 1888. Es más, el Obispo Luis Cárcamo, ordenó, ya cuando la iglesia estaba terminada, que una de las dos torres, en la del lado derecho se colocara un reloj con tres carátulas y "con una fuerte campaña para que todo el pueblo pudiera escuchar sus campanazos". El miso Obispo fue quien donó el reloj que, aún hoy en día, conserva la iglesia parroquial San Miguel.[20]

Desde 1888, la iglesia quedó otra vez en estado de abandono. Hay referencias escritas donde se puede leer que el Obispo que llegó, por ese entonces, en visita pastoral, se sintió tan defraudado que decidió cambiar al sacerdote, ya que este no mostraba iniciativa alguna para mejorar la iglesia. Se trataba del presbítero don Salvador Olmedo.[21]

---

[19] Información obtenida por el autor de los archivos de la iglesia Parroquial, San Miguel Arcángel.

[20] De acuerdo a informantes, un hermano del padre Domingo Pazzuelo, fue quien desde 1910 se encargó de brindarle mantenimiento al reloj. Cuando este murió, su hija, doña Julia Pazzuelo, al momento de este estudio, recluida en la Casa de ancianas, "San Vicente de Paul" En 1997, yo quise hablar con ella, la Señora Pazzuelo, pero por su mal estado de salud fue imposible verla.

[21] Importante de mencionar es el hecho de que hasta 1950, la propiedad de la iglesia estaba registrada como parte de la Alcaldía Municipal. Es precisamente,

Y en mayo de 1905, Monseñor Pérez nombró un nuevo Párroco que escribiría una brillante página en las labores parroquiales. Se trata del sacerdote Domingo Bartolomé Pazzuelo,[22] oriundo de Verona, Italia y que se quedó para siempre en Ilobasco "por un amor entrañable a la Virgen de Los Desamparados".

"La gente allí es tan buena – refiere el padre Pazzuelo que le dijo Monseñor-, posee grandes cualidades morales (...) La región tiene buen clima, hay una hermosa iglesia, aun inconclusa y también apenas comenzada, tiene una ermita de Nuestra Señora de Los Desamparados (...)"Algo extraño y sugestivo pasó dentro de mí –narra el padre Pazzuelo- Era como un llamamiento. "La iglesia estaba sin terminar y en las torres –narra el sacerdote Italiano-, crecían vetustos chichipates, matapalos y otros arbustos (...)" "Manos al arado (...) Y al surco" se dijo el sacerdote y comenzó la obra parroquial de mayor importancia en la historia de la iglesia de Ilobasco (...)[23]

---

durante el período presidencial de Jorge Lemus y siendo alcalde de Ilobasco don Herculano Platero, que se cambian las leyes y se ponen en práctica con la iglesia de El Calvario. Y es que en el siglo pasado, se siguió precisamente la política del Estado mexicano que confiscó las tierras de la iglesia. Durante la presidencia de Lemus es que se otorgó a la iglesia la personería jurídica y se ordenó que se devolvieran los bienes de la iglesia sin pagar.

[22] El padre Domingo Bartolomé Pazzuelo cantaba que Monseñor Perez D.G.M. recién venido de Honduras, le proponía la administración de este beneficio parroquial, con pena, su respuesta fue negativa por su falta de salud. Sin embargo, el prelado insistía ofreciéndole uno o dos coadjutores. Le hablaba de las bondades de sus moradores, de su buen clima y el estado de sus templos. Al nombre de la ermita de la Virgen de Ntra. Sra, de Los Desamparados, sintió algo extraño, sugestivo que le obligó pedirle tres días de plazo para resolverle. No le agradó la propuesta pero convino". Véase: "Gratos Recuerdos". Adicional folleto publicado en marzo reciente, con ocasión de los 58 años de sacerdocio del Presbítero, Domingo Bartolomé Pazzuelo, TF. Bodas de Oro. Pro Tempore. 1905 - 1955. A.M.D.G Ilobasco, 14 de julio de 1955. P. 9.

[23] Véase al respecto: Un Templo que cumple cien años... ¡Y tiene mucho más!. La Prensa Gráfica. Op. cit, pp.6-27.

En 1908, precisamente el día 5 de febrero, el nuevo sacerdote se reunió con el comité para dar continuidad a los trabajos de reconstrucción. El comité estaba por desorganizarse y fue éste sacerdote la persona que los reanimó.

Ya para 1910, Ilobasco contaba con un bonito templo como bien lo describe el Padre Antonio Comte: "(...) el templo parroquial es de los mejores de la República. La iglesia de Nuestra ´Señora de Los Desamparados´ muy buena, y El Calvario regular".[24]

El Padre Antonio Comte, cuando llegó a Ilobasco como miembro de la "Santa Misión" entre noviembre y diciembre (1910-1911) se refiere al fervor religioso que encontró de la siguiente manera:

"A Ilobasco llegamos los tres misioneros el 20 de noviembre. El 9 de diciembre nos alcanzó el padre Juan, recién vuelto de Francia. Éramos pocos los cuatro para hacer frente a tanto trabajo que nos ocupó por espacio de mes y medio, sin interrupción. La enseñanza doctrinal a los hombres se daba en el Parque de Los Desamparados. Hubo vez que reunimos más de 500, hasta alarmar a la autoridad militar; sin razón alguna por cierto, pues grupos más mansos y pacíficos no los había tenido en parte alguna. Todas las noches se llenaba de bote en bote el espacioso templo parroquial. 7200 almas ganaron la Santa Misión: (3000 hombres, 4200 mujeres), y 106 parejas recibieron el sacramento del matrimonio. Así, los miembros de las conferencias de San Vicente de Paúl, como las Señores de la Caridad, no perdonaron medio de procurar el mejor éxito de la Santa Misión, lo que lograra en grado superlativo

[24] Padre Antonio Comte, treinta años en tierras salvadoreñas. Citado por Dr. Vicente Navarrete. Op. cit., p. 20.

gracias al cielo apostólico del culto y venerable Párroco. Pbro. Domingo Pazzuelo, a quien recordamos siempre con gratitud y cariño. La cifra relativamente pequeña de matrimonios, se explica por las dificultades con que tropezaron en la Alcaldía buen número de interesados. Falta en el archivo las partidas de nacimiento de varios años por haber sido quemados los libros en 1890 por la soldadesca ebria de odio y de aguardiente. Hubo también, dicho sea para justificar las precauciones que recomienda el derecho canónico respecto a la libertad de estado de extranjeros, candidatos a segundas nupcias que tropezaron con las primeras (...)".[25]

A mediados de la década de 1930, el Padre Sergio Miranda, hizo un sin número de obras en beneficio de la comunidad, también permitió que los feligreses más acomodados de la ciudad mandaran a hacer sus propios reclinatorios. Estos reclinatorios se encontraban colocados en las primeras filas, cerca del presbiterio y en su tiempo fueron elegantes sillas de madera grabada y rodilleras esponjadas de color tinto y que de acuerdo a informantes, en los primeros años contrastaban con las bancas "comunes" que tenía la iglesia.

Estos reclinatorios disponían, a su vez, de una parte enllavada en donde los dueños guardaban sus respectivas velas y libros para rezar.

Algunos informantes cuentas que había parroquianos que en su reclinatorio guardaban también su frasco de perfume para contrarrestar los malos olores, sobre todo cuando la iglesia estaba abarrotada de gente los días domingo y fiestas.

---

[25] Ibid., pp. 20-21

Casos incómodos se presentaban cuando la iglesia estaba llena y el respectivo "dueño del reclinatorio" no había llegado, estos eran ocupados, pero si el dueño llegaba cuando la misa estaba a medias, le gustara o no a quien ocupaba el reclinatorio lo tenían que ceder al dueño. Además, por lo general, el dueño del reclinatorio, era de un estatus social más elevado. En la iglesia Los Desamparados ocurrió el mismo hecho y en la misma época con eso de que la gente más acomodada mandaba a hacer sus propias sillas de oración.

El coro, arriba de la puerta de entrada principal de la iglesia Parroquial San Miguel, se utilizó hasta finales de 1960. Este coro disponía de un elegante órgano que utilizó hasta principios de 1960. Posteriormente, don Regino Martínez, quien fue por muchos años el músico de la iglesia, utilizó un pequeño armonio que se colocaba cerca del presbiterio.

La iglesia Parroquial San Miguel, contaba también con un elegante púlpito labrado en madera fina, ubicado en la parte delantera de la iglesia y específicamente al lado derecho. Ahí los sacerdotes subían después de leído el evangelio para dirigir el sermón a la feligresía. Al momento de efectuar el estudio observamos el púlpito guardado en una de las bodegas de la iglesia Parroquial San Miguel.

Conviene hacer mención que todavía, hasta mediados de 1970, eran las clases más acomodadas de Ilobasco, las que ocupaban los puestos delanteros en la iglesia. Otro hecho de mencionar es que también, hasta principios de 1970, las mujeres no entraban a la iglesia, sino llevaban la cabeza cubierta con una mantilla de color blanco o negras. Las faldas tenían que cubrir hasta mucho más debajo de la rodilla. Hasta mediados de 1960 las pocas

mujeres que usaban pantalón en Ilobasco y las que llegaban, principalmente de San Salvador, no eran muy bien vistas cuando entraban a la iglesia usando pantalón. Las mujeres que no habían contraído matrimonio acostumbraban asistir a la misa de vestido blanco y las mujeres que habían quedado viudas acostumbraban frecuentar la iglesia vestidas de negro.

En la iglesia, por lo general, durante los oficios, los hombres ocupaban el lado derecho y las mujeres el izquierdo, pero siempre ha sido así, como por una especie de tradición, que los hombres han ocupado los puestos de atrás en la iglesia.

El atrio, con sus elegantes barandales de metal que, hoy en día, rodean la iglesia, fueron mandados a construir entre 1948 y 1950 por el Padre Chinchilla[26].

Entre 1955 y 1956, el Padre José van Dongen, originario de Holanda, mandó a edificar la Gruta de la Virgen Lourdes que se encuentra al lado derecho del atrio de la iglesia. Para su construcción, el Padre van Dongen ideó edificar la Gruta de la Virgen sólo con piedras de origen volcánico.

En 1964 se trajo de Italia un altar de mármol por iniciativa del Padre José Luis Cuéllar.[27]

---

[26] En la parte de la entrada principal de la iglesia, a mano derecha, antes de comenzar a subir las gradas hay una placa de metal escrita en Latín en donde se lee: "Populi Ellemosynis Parochus Reconstruxit" (X, 48-1,50).

[27] En una plaza en el costado izquierdo del altar se lee: "Homenaje de los buenos católicos al excelso patrono San Miguel Arcángel por iniciativa del Párroco José Luis Cuellar 1966. Consagrado el 8 de mayo de 1965" y en 1967 se amplió el presbiterio y se construyó una mesa para celebrar la misa bajo la dirección del padre Juan Groetelaars de origen Holandés.

En 1970, leíamos en el informe de la Diócesis de San Vicente, algunos datos sobre la Parroquia de Ilobasco: "Parroquia de Ilobasco, así: San Miguel Arcángel. Párroco Padre Marino Braspenning C.M. Territorio parroquial y habitantes: Comprende la jurisdicción civil de Ilobasco, son 234.99 kilómetros cuadrados con una población de 35,453 habitantes aproximadamente de los cuales 17,825 habitantes es población urbana y 29,229 habitantes es población rural".

Vida sacramental

Años	1965	1966	1967	1968	1969
Bautismos	1321	1333	1383	1317	1150
Matrimonios	105	144	135	91	120

Movimientos parroquiales: 45 centros de catequesis, Guardias del Santísimo, Apostolado de la Oración, Asociación de San José, Asociación de Hijas de María, Caballeros de Cristo Rey, Auxiliadoras Parroquiales, Legión de María, Hermandad del Santo Viacrucis, Consejo Juvenil Católico, Señoras de la Caridad, Cooperación de Ahorro, 35 Centros de escuelas radiofónicas y una Escuela Parroquial[28]

De acuerdo a información del Padre Juan Groetelaars, el número de bautizados y matrimonios entre 1995 y 1997 de las Parroquias de San Miguel Arcángel y El Calvario fue la siguiente:

[28] Fuente: Informe de la Diócesis de San Vicente. 1970.

Parroquia San Miguel Arcángel		**Parroquia El Calvario**
Bautisos	4122	2864
Matrimonios	285	354

Este dato, aunque se presenta en forma global, siempre nos da una idea sobre el número de sacramento administrados en comparación con años anteriores que en este estudio hemos presentado.

En 1972, a iniciativa del Padre Juan Groetelaars y con ayuda de los parroquianos, se restauró toda la parte interior de la iglesia Parroquial San Miguel Arcángel. El entabicado de madera, fue restaurado y las bases de los pilares que eran de tierra blanca, fueron hechos de cemento a los que se les dio la forma de lajas incrustadas. La madera del entabicado fue restaurada y su antiguo color blanco, así como, las partes doradas y celestes en sus bordes fueron reemplazados por un color gris claro que es el que tienen en la actualidad.

De acuerdo al Padre Juan Groetelaars; "por sugerencia del Obispo, Mons. Quintanilla, se quitaron los altares laterales y por respeto a la tradición se regalaron a las ermitas de los cantones".

En ésa misma época se repellaron las partes dañadas del exterior y la fachada de la iglesia recibió una nueva forma. A iniciativa del Padre Juan Groetelaars, sus dos ventanales principales, de fachada, que eran cubiertos por unas rejas de hierro, abajo del campanario[29], fueron reemplazados por unos

[29] La Parroquia de San Miguel Arcángel dispone de tres campanas con textos grabados con la siguiente signatura:

arcos de cemento. Lo mismo haría, casi dos décadas después, cuando en 1991 bajo su iniciativa y coordinación reconstruyó la iglesia de Los Desamparados; los arcos de cemento, serían el adorno de la fachada de la iglesia. En 1972 gran parte de los camarines de madera que adornaban a los santos fueron reemplazados por nichos de cemento[30].

En 1990, siempre a iniciativa del Padre Juan Groetelaars, la iglesia Parroquial "recibió una retocada general". La guerra que aún no terminaba había hecho estragos, principalmente en las paredes frontales de la iglesia y alguna que otra bala había deteriorado su estructura. Gran parte del interior fue restaurado y las imágenes de la iglesia sin sus respectivos camarines quedaron en la iglesia. La iglesia quedó totalmente restaurada en 1994.[31]

Campana número 1
"San Miguel Arcángel. Defiéndenos en el combate"
Homenaje del pueblo de Ilobasco a su Patrono.
Septiembre de 1946
P.P. Paulinos
Marcelino Alas A. Fundador
San Salvador.

Campana número 2.
Taller de Marcelino Alas A.
"¡Oh María concebida sin pecado, rogad por
Nosotros que recurrimos a vos!
P.P. Paulinos. Año 1946

Campana número 3
Aparece el nombre siguiente:
Robert Stainbanck, founders, London, 1868.

Información concerniente al campanario de la Parroquia San Miguel, brindada al autor por el Padre Juan Groetelaars.

[30] Algunos de los camarines, a mi juicio, eran verdaderas obras de arte. Es una lástima que no disponemos de datos sobre las personas que los construyeron.

[31] Elías Alvarado quien en 1972 trabajó como ayudante en la reconstrucción de la Iglesia Parroquial San Miguel Arcángel, ya para 1990 se había convertido en

En marzo de 1998 y cuando se preparaban para pintar el templo en su interior, se descubrió el deterioro en que se encontraban algunas de las bases que sostienen la estructura del templo. Desde ese momento, el padre Juan Groetelaars dio vos de alarma a la población, se constituyó un comité bajo la coordinación de don Oscar Menjívar, que en forma decidida y con el apoyo de la población católica se han dado a la tarea de renovar gran parte de las bases que sostienen el techo de la iglesia. Con una buena variedad de actividades; partiendo desde rifas, excursiones, coronación de la reina de la Parroquia, entre otras, se persigue conseguir los fondos necesarios y que de acuerdo a un artículo publicado en el rotativo de El Diario de Hoy, se necesitaba "medio millón de colones para efectuar la restauración.[32]

---

el maestro de obra y encargado principal de todo el trabajo. De acuerdo a sus comentarios: "(...) al finalizar la obra, en la entrada de la Iglesia y precisamente en la pared del costado izquierdo incrustamos una botella en la que escribamos la fecha en que habíamos comenzado con la reconstrucción y a su vez cuando habíamos terminado. Los nombres del Párroco y todos los que trabajaron en la obra de reconstrucción también fueron escritos. Con esta muestra, las generaciones futuras no tendrán dificultad en reconstruir la historia", fueron las palabras de Elías. Entrevista efectuada por el autor.

[32] Al respecto: Diana Rivas, "Parroquia de Ilobasco urge ser restaurada". El Diario de Hoy. Jueves 13 de agosto de 1998. Edición electrónica.

Prosecretario:	Sr.	Joel Herrera
Tesorero:	Sra.	Hilda Guerra
Protesorero:	Sr.	Arnoldo Meléndez
Síndico:	Sr.	Pedro Ángel Peña
	Sr.	Francisco Nery Amaya R.
	Sr.	Inés Guerra Castellanos
	Sr.	Abel Amaya
	Sr.	José Eliseo García
	Sra.	Consuelo M. de Peña
	Sra.	Rosa Amalia de Menjívar
	Sra.	Francisca Argueta de Rivas
	Sra.	Consuelo Gámez de Medina
	Srita.	Hilda Escobar Peña
	Sra.	Marta Valencia
	Sr.	Leo Osorio
	Sr.	Ricardo Acevedo Herrera
	Sra.	Ana Lara de Larios

El 9 de septiembre de 1998, el autor participó en una de las reuniones del Comité Pro restauración y fue testigo del entusiasmo y creatividad con la que el Comité viene desarrollando las actividades pro recaudación de fondos. Era la reunión número 16, de acuerdo al acta y después de haber leído y aprobado el acta anterior, se informó que la suma de colones recaudados era de 66,037.78 centavos. Después, a manera de información se dijo que "para finales de 1998 se tenían programadas las coronaciones de candidatas a reinas. Pro restauración de la Parroquia y en esta actividad sólo participarían jovencitas de la ciudad y que para 1999 sería la fiesta y coronación de las reinas de los cantones, (...) de la madera que se esta quitando de la iglesia y que ya no sirve se hacen crucifijos par la venta, (...) también se han hecho llaveros con la foto del padre Marino Braspenning y en los Estados Unidos hay Ilobasquenses que ya se están organizando para contribuir en la restauración.

Hasta septiembre, se tenían contabilizados 8,000 colones fijos en carácter de contribución y sólo de contribuyentes de la ciudad. Además, en la ciudad, había una persona encargada en cada manzana, quien, a su vez ´con libro en mano´ recorría periódicamente, de casa en casa, solicitando contribución". En la misma reunión se informó que don Francisco Durán; "pedía a las personas del Comité pasar por su casa a recoger una vaquita para que sea rifada".

El Comité estaba integrado por diferentes personas que trabajaba en carácter voluntario y se reunían cada semana. El Comité se constituyó el 13 de mayo de 1998. En el libro de actas del comité, que al momento de la visita estaba escrito de la página 1 a la 46, encontre el texto que escribió el Obispo

de la Diócesis cuando bendijo al Comité que lo visitó, el 26 de mayo de 1998. El texto dice así:

"Bendigo el comité Pro restauración de la iglesia de San Miguel de Ilobasco.

Dios y la Sma. Virgen los bendiga y recompense, así como también a todas las personas hermanos nuestros que de una u otra forma aportan su ayuda para tal causa.

San Vicente 26 de mayo de 1998

Mons. José Oscar Barahona C.
Obispo de San Vicente

La nómina de integrantes del Comité se constituía de la siguiente manera:

Asesor general:	*Padre Juan L. M. Groetelaars*
Presidente:	*Sr. Fermín Oscar Menjivar C.*
Vicepresidente:	*Sr. Pedro Guzmán*
Secretario:	*Sr. Roberto de Jesús Menjivar*

La labor que desarrolla el Comité Pro restauración es bastante y aún hay mucho que hacer. El medio millón de colones previamente presupuestados, ahora, viendo lo que verdaderamente hay que restaurar, no es suficiente y se considera que la restauración es una tarea para años.

El sábado 22 de mayo de 1999, a las 10 de la mañana, se celebró la misa concelebrada y en presencia de autoridades locales y nacionales para celebrar la nominación del inmueble como monumento nacional. El documento que apareció publicado

en el Diario Oficial decía. "Decreto No. 612: Se declara a la iglesia Parroquial San Miguel Arcángel de la ciudad de Ilobasco, Departamento de Cabañas MONUMENTO NACIONAL[33].

---

[33] Al respecto: República de El Salvador. América Central. DIARIO OFICIAL. Tomo No. 343. San Salvador, viernes 28 de mayo de 1999.

El documento dice:

DECRETO No. 612

LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR

CONSIDERANDO:

I Que de conformidad con el artículo 63 de la Constitución de la República, la riqueza artística, histórica y arqueológica del país forma parte del tesoro cultural salvadoreño, el cual queda bajo la salvaguarda del Estado y sujeto a leyes especiales para su conservación.

II Que según el artículo 3 de la Ley Especial de Protección al Patrimonio Cultural de El Salvador, forman parte del mismo, entre otros, los bienes culturales como los monumentos arquitectónicos relacionados con la historia a los que debe garantizarse protección y conservación.

III Que la Iglesia Parroquial de San Miguel Arcángel de la ciudad de Ilobasco, Departamento de Cabañas, es un edificio representativo de la arquitectura del siglo pasado y principios del actual y constituye un símbolo para el pueblo de Ilobasco, por su valor histórico y por los orígenes coloniales de la primera Iglesia construida en ese mismo lugar, destruida por terremotos.

POR TANTO:

En uso de las facultades constitucionales y a iniciativa de los diputados René Rodríguez Velasco, Sigifredo Ochoa Pérez, Rubén Orellana Mendoza, Roberto Serrano Alfaro, Marta Lilian Coto de Cuéllar.



Panoramica de la iglesia Parroquial San Miguel. 1946

Foto proporcionada por: Arturo Martínez



Panoramica de la iglesia Parroquial San Miguel. 1958

Foto proporcionada por: Arturo Martínez



Iglesia parroquial San Miguel en el centro de la ciudad. 1994.

Foto tomada por: Ramón Rivas.



Actividades pro reconstrucción de la iglesia.
Foto proporcionada por: Joel Herrera



Panorámica del costado izquierdo de la iglesia parroquial San Miguel Arcángel en el centro de la ciudad. 1994.
Foto tomada por: Ramón Rivas. 1994.



Padre Johannes L. M. Groetelaars, sacerdote de nacionalidad Holandesa que trabajó por cerca de 40 años en Ilobasco en la pastoral y en el desarrollo de la comunidad. A él se debe la reconstrucción, en la década de los 70 y en la década de los 90, de la iglesia Parroquial San Miguel quien con su decidido comité parroquial no escatimó el tiempo ni la fátiga para llevar a cabo esta magna obra. Este mismo sacerdote, a principios de los años 70, dió inicio a la construcción total de la iglesia El Calvario y no escatimó también tiempo ni fátiga hasta ver terminada la obra. Padre Juan Groetelaars. Q.E.P.D.

Foto proporcionada por: Joel Herrera

De la presencia de los padres Paulinos de la Congregación de la Misión "San Vicente de Paúl"

Muchos son los sacerdotes que han pasado por Ilobasco pero son pocos los que han dejado obra. No obstante sí es pertinente reconocer que, la iglesia católica en Ilobasco, por medio de los diferentes sacerdotes que a lo largo de la historia han liderado la grey católica del Municipio, han jugado un papel determinante en el acontecer socio-religioso. Hasta finales de los años treinta la Parroquia fue dirigida por diferentes sacerdotes del clero diocesano.

Pero fue a partir de 1942 que se establecieron los misioneros de la Congregación de la Misión de los "Padres Paulinos"[34].

[34] Los padres Paulinos llegaron a Ilobasco en noviembre de 1942. En 1992 se celebraron sus cincuenta años de presencia en la Parroquia. De acuerdo al Padre Eduardo López Molina, QEPD, en un documento elaborado sobre la estructura de la Parroquia de San Miguel: "Los padres Paulinos se hicieron cargo de la Parroquia por súplica de Monseñor Chávez y González en el año de 1942. La idea de aceptar la Parroquia era organizar una Parroquia misionera. En los primeros veinte años, más o menos, se trabajó a través de pequeñas misiones en los cantones y caseríos y se organizaron las asociaciones y poco a poco se pasó a la celebración de las fiestas patronales, que duraban de 2 a 3 días. Al principio se trabajó por medio de pequeñas misiones de varios días para la organización de las asociaciones, porque no había caminos. Todo tenía que hacerse a pie, o se viajaba en bestia. Sólo en los últimos 15 años, podemos llegar, -durante todo el año-, a todas las comunidades en vehículo, gracias a los caminos que ya son transitables todo el año. Los viajes eran tan largos que se necesitaban varios días para ir a celebrar la misa. Por ejemplo, para ir a una confesión a San José Calera se necesitaba un día entero. Todo cambió gracias al trabajo que hicieron los Caballeros de Cristo Rey". Al respecto: Eduardo López Molina, Parroquia de San Miguel, Ilobasco. 1995. P.I. (Manuscrito inédito).

El Padre Vicente García Artola fue el primer Párroco Paulino que llegó a Ilobasco en 1942. El padre Luis Cuellar, también fue otro sacerdote Paulino que ocupó el cargo de Párroco por más de quince años y quien organizó a los campesinos de la Parroquia en La Hermandad de los Caballeros de Cristo Rey[35].

Los sacerdotes oriundos de Holanda, el padre Juan Groetelaars y el padre Marino Braspenning[36] intercambiando períodos

---

[35] De acuerdo a don Aníbal Meléndez; "el Padre Luis Cuellar fue quien quiso introducir, entre los campesinos, que en lugar de usar el corvo mejor usaran un garrotillo, pero que se olvidaran del corvo, causante de tantas desgracias entre la población rural, sobre todo cuando se encontraban en estado de ebriedad. El lema del padre Luis Cuellar era: 'garrotillo por corvo'.

[36] El Padre Marino Braspenning C.M. falleció el 6 de julio de 1997 en la ciudad de Guatemala después de varios meses de enfermedad. Se trata de un sacerdote que se entregó totalmente a la feligresía de Ilobasco. El Padre Marino, como se le conocía, fue muy querido y estimado entre los Ilobasquenses y sin duda alguna su recuerdo y su obra perdurarán en Ilobasco en las generaciones venideras. Nació en Zundert, Holanda, el 29 de octubre de 1916. Ingresó al Seminario Mayor en 1934. Se ordenó Sacerdote de la Orden de San Vicente de Paúl en 1934. Misionero en China de 1944 a 1950. De 1950 a 1960 hizo obra misionera en los Estados Unidos. De 1961 a 1997 formó parte de la Providencia de Centro América y Panamá, siempre en la Congregación de los Misioneros Paulinos. En 1962 llega a Ilobasco, permaneciendo por más de 35 años. Sus restos reposan en la Gruta de Nuestra Señora de Lourdes en la Iglesia Parroquial de San Miguel, Ilobasco. Fuente: Recuerdo de la Misa de 30 días.

El Padre Marino Braspenning fue declarado inmediatamente, después de su muerte por la Asamblea Legislativa, como "Amigo meritísimo de El Salvador". El documento dice: DECRETO No. 1022

ASAMBLEA LEGISLATIVA DE LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR.

CONSIDERANDO:

I Que es facultad del Órgano Legislativo, conceder a personas, poblaciones, títulos o distinciones, por servicios relevantes prestados a la patria;

II Que el Padre MARINUS JAN BRASPENNING, quien ingreso a nuestro país en 1962, ha realizado obras que han beneficiado a la población de Ilobasco, departamento de Cabañas, tanto en lo económico, en lo social, cultural, como en lo moral especialmente en lo espiritual y además ha propiciado la unidad de la familia salvadoreña;

como párrocos, son los sacerdotes paulinos que más tiempo han permanecido en la Parroquia. Hasta el momento, cuando realicé este estudio, año 1997, ya casi tenían 33 años de servicio. Otros sacerdotes Paulinos que han trabajado en la Parroquia de Ilobasco y que posteriormente han sido nombrados obispos

---

III Que el espíritu altruista de tan noble ciudadano norteamericano, es digno de admirarse, ya que en forma desinteresada ha dedicado gran parte de su vida en la realización de obras en pro de un gran sector de nuestro pueblo, lo que hace merecedor de una distinción honorífica;

POR TANTO,

En uso de sus facultades constitucionales y a iniciativa de los Diputados José Victor García, René Oswaldo Rodríguez Velasco, Gustavo Rogelio Salinas Olmedo, Alfonso Arístides Alvarenga y Abel Laguardia Pineda.

DECRETA:

Art. 1.- Declarase al ciudadano norteamericano Padre Marinus Jan Braspenning, "AMIGO MERITISIMO DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR", por sus relevantes servicios prestados a nuestro país, especialmente en la ciudad de Ilobasco, departamento de Cabañas.

Art. 2.- El presente Decreto entrará en vigencia ocho días después de su publicación en el Diario Oficial.

DADO EN EL SALON AZUL DEL PALACIO LEGISLATIVO: San Salvador, a los diez y seis días del mes de abril de mil novecientos noventa y siete.

Mercedes Gloria Salguero Gross
Presidenta

Ana Guadalupe Martínez Menéndez
Vicepresidenta

Alfonso Arístides Alvarenga
Vicepresidente

José Rafael Machuca Zelaya
Vicepresidente

Julio Antonio Gamero Quintanilla
Vicepresidente

José Eduardo Sancho Castañeda
Secretario

Gustavo Rogelio Salinas
Secretario

Carmen Elena Calderón de Escalón
Secretaria

Walter René Araujo Morales
Secretario

René Mario Figueroa Figueroa
Secretario

son: Monseñor Jorge Mario Ríos Mont, Monseñor Bobadilla y Monseñor Ávila. Los tres de nacionalidad Guatemalteca.

Las obras materiales y misioneras que todos estos sacerdotes han realizado en beneficio de Ilobasco son muchas. Cabe hacer referencia que hasta 1975 muchos cantones de Ilobasco entre ellos San José Calera, Las Huertas, El Limón, San Francisco Iraheta y otros, tenían caminos casi intransitables a caballo y en las épocas de lluvia la situación era peor. El Padre Juan Groetelaars y "los Caballeros de Cristo Rey" fueron quienes hicieron llegar los primeros automóviles de tracción a esos lugares. Ya, desde inicios de 1970, el Padre Juan y los Caballeros de Cristo Rey, implementaron campañas para abrir calles y reparar caminos los que luego sirvieron para transitar mejor y a la vez para transportar los productos en una forma más fácil al mercado de Ilobasco. En todos los cantones, también, con la ayuda de los Caballeros de Cristo Rey, se promovió la reparación y apertura de caminos transitados y en algunos casos la construcción de ermitas. Hoy en día, a cada cantón, se llega en auto y no hay lugar en donde no exista una ermita con rasgos propios de la zona comenzando desde su altar hasta en su fachada como tal. De acuerdo al padre Juan Groetelaars; "fue precisamente hasta 1957 que entró el primer carro de doble tracción a San Francisco del Monte".

En Ilobasco ciudad, destacaremos sólo algunas obras de los misioneros de San Vicente de Paúl: Existen dos asilos para ancianos; uno para hombre y otro para mujeres: La casa "San José" y la casa de las ancianas "San Vicente de Paúl". La casa "San Vicente de Paúl" fue comenzada a construir en 1955 y terminada completamente en 1970.

En lo referente a la Casa de las ancianas "San Vicente de Paúl", el padre Juan Groetelaars comentaba que en uno de sus viajes

a Holanda, por allá por 1969, logró conseguir 3,000 colones para finalizar la construcción y especialmente para hacerle a la casa algunas remodelaciones. De acuerdo al referido sacerdote; "en ese entonces la casa no llenaba las condiciones necesarias para ser habitada dignamente (...)".

De acuerdo al Padre Juan Groetelaars, en la construcción, trabajaron muchas personas, especialmente; las Señoras de la Caridad "San Vicente de Paúl", los Caballeros de Cristo Rey y los acólitos quienes cada uno, en su forma, hizo lo que se le pidió. En 1997 cuando realice el estudio, la casa era habitada por unas 27 ancianas sin familia.

Por su parte, el Padre Marino Braspenning tuvo a su cargo, por mucho tiempo, la casa de los ancianos "San José" en coordinación con Los Socios del Apostolado de la Hermandad del Santo Viacrucis. El Padre Marino tuvo, por espacio de 15 años, la dirección de esta hermandad. En 1993, el Gobierno de la República por medio del programa del FISS (Fondo de Inversión Social Salvadoreño), reconstruyó y amplió dicha casa que estaba prácticamente en estado deplorable.

Al Padre Juan Groetelaars, se debe también que muchos jóvenes de Ilobasco, y del resto del Municipio, hayan llegado a los diferentes seminarios del país y Guatemala a prepararse en el estudio religioso sacerdotal. En los últimos quince años, hasta 1997, que realice el estudio, ya eran varios los jóvenes sacerdotes salidos de Ilobasco, los que directa e indirectamente habían sido motivados en su vocación por este sacerdote.

Desde 1993, hasta 1997 que realice el estudio tenía presencia también en Ilobasco la Clínica de los Caballeros de Malta. A ésta clínica llegaban a pasar consulta diariamente un buen número

de hombres. La clínica se encuentra localizada en un terreno de la iglesia Parroquial San Miguel en la calle que conduce al Cantón Azacualpa de la misma jurisdicción de Ilobasco. En este terreno estuvo establecida, por muchos años, la oficina de CARITAS de la Diócesis de San Vicente para la Parroquia.

También, el lugar ha servido, en el transcurso de los años, como Centro de Capacitación principalmente para los Caballeros de Cristo Rey. Cuando realice este estudio, se impartían cursos de albañilería, carpintería, soldadura, etc., para jóvenes de escasos recursos de la ciudad. El Padre Juan Groetelaars definía el lugar como "el rincón social de la Parroquia".



El Padre Marino Braspenning C.M. falleció el 6 de julio de 1997 en la ciudad de Guatemala después de varios meses de enfermedad. Se trata de un sacerdote que se entregó totalmente a la feligresía de Ilobasco. El Padre Marino, como se le conocía, fue muy querido y estimado entre los Ilobasquenses y sin duda alguna su recuerdo y su obra perdurarán en Ilobasco en las generaciones venideras. Sus restos reposan en la gruta de la Parroquia San Miguel.

Nació en Zundert, Holanda, el 29 de octubre de 1916.

Foto proporcionada por: Rosalinda Martínez



Padre Marino Braspenning en trabajo pastoral cruzando el río en Santa Cruz la Milagrosa.

Foto proporcionada por: Rosalinda Martínez



Padre Johannes L. M. Groetelaars

Padre Juan Groetelaars. Cuando los caminos hacia los caseríos y cantones de los municipios eran casi intransitables.

Foto proporcionada por: Ricardo Martínez



El autor, Ramón D. Rivas, con el Padre Marino Braspenning en el convento parroquial de la iglesia San Miguel en Ilobasco. 1995.

Foto proporcionada por: Ramón D. Rivas, 1996.



Trabajo pastoral.

Foto proporcionada por: Joel Herrera



Con el consúl honorario de los Países Bajos André Wevers en visita de proyectos de la comunidad

Foto proporcionada por: Joel Herrera



Desarrollo de la comunidad.

Foto proporcionada por: Joel Herrera



Visita a comunidades. Al lado izquierdo Hilda Barbón, su gran amiga-hermana inseparable y así me lo recalcó; "Hilda es como mi hermana-amiga salvadoreña."

Foto proporcionada por: Joel Herrera



Visita a comunidades.

Foto proporcionada por: Joel Herrera



Doña Angelita Urías de Rivera y miembros del Club Luisas de Marilac.

Foto proporcionada por: Arturo Martínez

De doña Tránsito y su automóvil, que fue el primero que circuló en el creciente pueblo

En invierno, la ciudad era atravesada por riachuelos, y en verano el polvo inundaba las calles y hasta los tejados cambiaban de color. Las ruedas de las carretas tiradas por bueyes hacían más áspero el lugar, ya que el barro rojo hacía un salpicón de lodo que hasta los animales más fuertes bramaban desde las entradas del pueblo hasta la plaza con la carga.

Doña Tránsito Mejía de López fue la mujer que introdujo el primer vehículo automotor en Ilobasco, que arribó en el verano de 1922. La máquina fue transportada en tren desde San Salvador hasta la terminal del ferrocarril en San Rafael Cedros, y desde allí el ingeniero italiano Uberto Goria lo condujo entre arrabales y parte del Camino Real hasta la casa de doña Tránsito en el centro del pueblo. Por la alegría de tener el vehículo, ella dejó a un lado su carruaje tirado por cuatro caballos blancos.

Don Romeo López Mejía, gerente general de Toyota, en San Salvador, por casi cinco décadas, me confirmó que el vehículo de doña Tránsito fue el tercer auto introducido al país, y que se trataba de un Alfa Romeo. «La fábrica envió los vehículos con

chófer, ya que nadie sabía manejarlos», me dijo don Romeo. El tercer automóvil que ella compró lo condujo ya don Miguel Vega. Doña Tránsito ordenó empedrar las calles principales del pueblo y el camino que conducía hasta su finca, El Tránsito, camino a Tejutepeque, para evitar percances con el vehículo. La gente se reía al oír el pito de aquel raro aparato que se movía sin ser tirado por animales y corría detrás él, para enojo de la señora. La gasolina la compraban en latas y solo en tiendas especiales en San Salvador.

Doña Tránsito, originaria de La Esperanza, Honduras, se casó en Ilobasco con el jurista doctor Domingo López, hijo de añileros y egresado de la Universidad San Carlos de Guatemala. Fue ministro de Hacienda. A doña Tránsito la trajo al país el doctor Marcelino Mejía, presidente de Honduras, en 1870, y abuelo de don Romeo López Mejía. «Ella era hermana de mi abuelo» —afirma don Romeo—. Y recuerda: «Cuando mamá Tancho —como él le decía— llegaba a Ilobasco, eran tres días y tres noches de fiesta con cantina abierta para todo el pueblo. Unos bolos se acostaban y otros se levantaban... El 15 de agosto cumplía años, y había también cantina abierta desde el 13 del mes con guaro barato para el pueblo; el segundo día, 14, era para la sociedad y amigos íntimos; y el propio 15 llegaba el presidente de la República con los ministros para terminar con la fiesta en la finca El Tránsito».

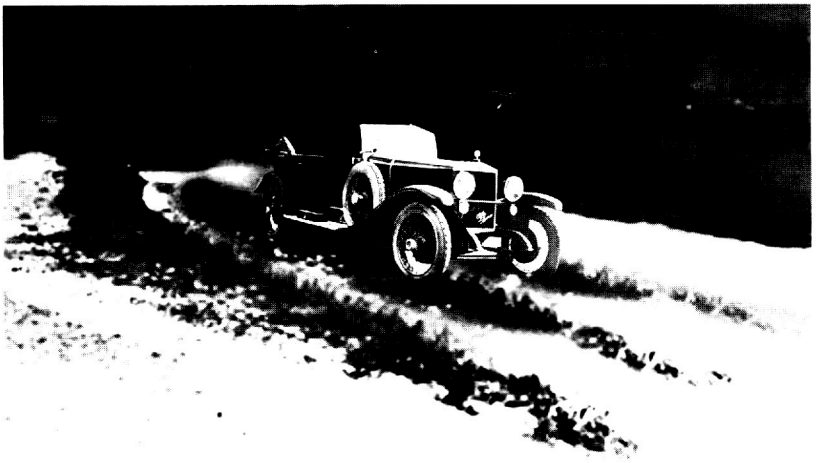
La fina señora, durante el invierno, pernoctaba en San Salvador, y durante el verano en Ilobasco. La señora era culta y altruista, amante de la lectura, tocaba piano, guitarra y a la vez cantaba. No tuvo descendientes. La iglesia de Los Desamparados fue reconstruida en las primeras décadas del siglo XX gracias a sus donativos; y los obispos y sacerdotes que llegaban al pueblo

preferían hospedarse en casa de la buena señora, evadiendo así los cuartos oscuros y sin comodidades del convento parroquial. Cuando su esposo murió hubo duelo nacional, y ella ordenó construir, en "el cementerio de los ricos", un mausoleo como nunca antes se había visto en toda la región; y fue doña Carlota Izaguirre quien se ocupó de trasladar los restos desde Ilobasco hasta San Salvador.



Ramón D. Rivas, en conversación con Don Romeo López Mejía, quien a sus 92 años ha sido un importante informante para muchas de las referencias descritas en este libro.

Foto proporcionada por: Ramón Rivas, 2016.



Vehículo Alfa Romeo, propiedad de doña Tránsito vda. de Mejía.

Año 1922.

De ese fervor religioso y alegría popular que se perdió. La fiesta de la Virgen de Concepción.

Para los habitantes de Ilobasco, el mes de diciembre, fue hasta más o menos 1960 quizás el mes más esperado de todos los meses del año. Durante todos los días del mes había festividad y los comités que existían en cada uno de los barrios, desde octubre comenzaban con los preparativos de las respectivas festividades; primero la de la Fiesta de la Virgen de Concepción, para después quedarse con los preparativos de navidad y año nuevo.

Durante todo el año, sin duda alguna, la celebración de la fiesta de La Concepción, fue la actividad más esperada en Ilobasco. La gente de los cantones y caseríos llegaba a Ilobasco para celebrar la fiesta y había también gente de otros pueblos y ciudades del país que llegaban a pagar "promesas" a la Virgen. Hasta 1930, muchos de los que llegaban para participar en la fiesta traían consigo su respectiva comida y a un lado de la iglesia "improvisaban hornillas para calentar la comida".

La fiesta de la Virgen de Concepción comenzaba con una novena el 30 de noviembre. Había misas cantadas durante toda la novena, las que se ofrecían a las ocho de la mañana y, a las cuatro de la tarde. Los rosarios eran solemnes con exposición

del Santísimo y quema de pólvora. La novena terminaba el ocho de diciembre que era el propio día de la Inmaculada. Reventaban muchos cohetes y participaba gente de todos los cantones. En la iglesia, principalmente el altar mayor, era adornado y arreglado impresionantemente con muchas flores, y se decoraban nubes pintadas de papel y algodón. En la década de los años cuarenta, los encargados de hacer todo esto eran doña Amparo Castillo, don Carlos Montes, doña Elba de Moreno y don Andrés Guerra. El siete de diciembre, por la tarde, la procesión de la "Inmaculada" recorría las principales calles de la ciudad.

Durante la fiesta de Concepción, cada barrio tenía su comité y su respectiva "Capitanía de Comité", encargada de dirigir y coordinar las actividades. Cada uno de los comités se preocupaba con esmero y dedicación por sobresalir en las festividades. Había un día para cada barrio de "Festejo Cívico" y la gente hasta se peleaba pues cada barrio quería ser el mejor: Los de El Calvario querían ser los mejores y lo mismo los de Los Desamparados y se peleaban hasta de palabras y se creaban enemistades de por vida por eso de las rivalidades entre los barrios.

El comercio, el que llegaba a Ilobasco de todas partes del país, se hacía presente desde finales de noviembre. Los comerciantes que llegaban eran conocidos popularmente como los achines[37] quienes ubicaban su mercadería consistente en ropa, telas, todo tipo de "colaciones" (dulces artesanales), perfumes, aceites para cabello, jabones, aritos, collares, juguetes de madera para

[37] En la actualidad en Tegucigalpa, Honduras por "achines" se conocen los vendedores ambulantes que se ubican en la calle peatonal del centro de la ciudad.

los niños, tales como: caballitos, carritos, trompos, capiruchos, chibolas de cristal, muñecas y espejos, peinetas de madera y de carey, etc., para los adultos.

Los achines se instalaban donde, al momento de este estudio, en 1997, se encontraban las oficinas de TELECOM. El resto de las ventas se ubicaban, comenzando desde el atrio de la iglesia hasta pasar frente a la Alcaldía. Los juegos mecánicos, popularmente conocidos como "las ruedas", se instalaban frente al edifico de TELECOM y el portal para terminar en la calle, frente al Parque Central.

Hasta 1920, "las ruedas" que llegaban a Ilobasco, para la fiesta eran manuales. En la primera década del siglo, los barrios y esquinas de las casas, para las fiestas, ya fuera bautizo, primera comunión, confirmación o casamiento, la gente acostumbraba divertirse en maromas que ellos mismos construían.

"Las ruedas" que llegaron posteriormente, para la fiesta, eran variadas y entre las que año con año, se veían estaban: "La rueda de caballitos" para grandes y pequeños, "la voladora" para grandes y una para los pequeños y la conocida como "La chicago". Con las ruedas llegaban también los payasos y algunas veces llegaba de una sola vez el circo que antes de la primera función desfilaba por las principales calles de Ilobasco para presentar sus artistas y los animales amaestrados. En el desfile se veían payasos y bailarinas con sus respectivas vestimentas rodeados de monos, caballos y algunas veces algún tigre enjaulado sobre una carreta tirada por bueyes. No faltaban en el desfile de presentación los enanos. En la fiesta siempre hacían presencia los magos que adivinaban la suerte leyendo la mano o por medio de las barajas. Todos los años llegaban también los coloridos

pericos enjaulados que con el piquito sacaban un papelito al que lo solicitaba, pues en los papelitos se podía leer la suerte. La gente bebía, comía y divertía.

Fue, hasta 1945, que comenzaron a llegar las ruedas que eran movidas con motores de combustible. Ya para principios de los años setenta comenzaron a llegar aparatos mecánicos más sofisticados como ser: "los carros locos", "el yoyo", "la sicodélica", "el martillo", "la ola", etc.

Las ventas de refrescos y comida se ubicaban a un lado, sobre los andenes y frente a los portales, ahí se vendía también comida improvisada como ser, pasteles, tamales, yuca con chicharrón y de frijoles con orejas de cerdo, la fritanga y la sopa de gallina india, no faltaban. Los dulceros con todo tipo de "colaciones y caramelos" como se les denominaba a los diferentes tipos de confites, se instalaban frente a las actuales oficinas de TELECOM, los que se vendían envueltos en tusa y papeles con colores brillantes. Se trataba de colaciones como ser: Dulce de leche, semillas de marañón, dulces de nance, dulces de leche de burra, dulces de chilacayote, coco rallado y los dulces de tamarindo y de papaya que eran muy gustados por pequeños y adultos.

Hay informantes que cuentan que más de alguna vez, hubo algún desgraciado, que después de haberse desprendido de "la voladora" había ido a caer sobre una cacerola hirviendo con manteca y repleta de pasteles. La gente dedicaba canciones a novias, amigos y familiares y las dedicaciones eran leídas en los altoparlantes. Grupos de música de cuerda procedente de los cantones se hacían presente y amenizaban canciones rancheras en las esquinas de la calle, pero siempre en el Centro, donde

se celebraba la fiesta. Los que asistían a la fiesta procedente de los caseríos y cantones se alojaban en casas de posada y otros amanecían amontonados en los portales y el atrio de la iglesia, pues ahí se construían ramadas.

Para dar una idea sobre la solemnidad con que la fiesta de Concepción se celebraba en Ilobasco, damos como ejemplo el año de 1941 y para ello hemos rastreado los medios de comunicación escrita en la época que se difundían a nivel nacional. Así, en una noticia de El Diario de Hoy, publicada en 1941 se informaba: "Notas de Ilobasco. Ilobasco, 12 de noviembre. La Fiesta de Concepción que se celebrará en esta ciudad durante los días 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12 de diciembre próximo, que a la vez es Feria, estará muy alegre dado a los preparativos que se hacen y al gran entusiasmo que reina. El comité general que preside el Alcalde Municipal don Camilo Ruíz, ya elaboró el programa correspondiente. Habrá alboradas, kermeses, Noche Veneciana, Diversiones para chicos y grandes en el Parque Enrique Hoyos, desafíos de Fútbol, bailes, etc. (...)".[38]

El mismo rotativo publicaba un artículo sobre Ilobasco en el mismo año que decía así:

"Ilobasco es el pueblo que, engarzado en la altiplanicie de una vertiente de montañas fronterizas a la hermana República de Honduras, aspira perennemente al progreso y por eso cada uno de sus hijos es un abnegado luchador. Las circunstancias del momento que a otros sirven de caballito de batalla para justificar su estacionario estado, no son aquí un poderoso

[38] Al respecto: El Diario de Hoy. Notas de Ilobasco. 12 de noviembre de 1941.

valladar que haga cambiar el ritmo de la vida, del trabajo y adelanto; al contrario, es la fuerza que estimula el espíritu de lucha. ´Ante la paciencia y la constancia, huyen despavoridas las dificultades y contradicciones´, dijo un pensador criollo, y esa máxima sagrada se materializa en esta hidalga ciudad donde reina armonía, entusiasmo y fe ciega de que algún día debemos llegar al pináculo y que Ilobasco sea el imperio de cultura, comercio y adelanto material que lo coloque al nivel de las mejores ciudades con que puede constar nuestro pequeño país. El localismo que es una lacra funesta que ha minado a varias comunidades de nuestro territorio, no existe en Ilobasco, la inmigración es uno de los factores de importancia que hace surgir a los pueblos olvidados, saliendo de la inercia a que lo sujetan esos desastrosos prejuicios lugareños, y nosotros compenetrados de este sabio principio, recibimos a todo ser humano que pueda apartarnos su contingente útil y valioso con el mismo cariño que se recibe a un hermano. No hay en mis conceptos nada de vanidad criolla. Quien haya visitado a este pueblo, ha de confirmar mis asertos y al que venga lo convencerán los hechos. Es un error creer que aquí tenemos como único patrimonio la industria del barro o cerámica; y, aunque esta industria le ha dado mucha fama a Ilobasco, la riqueza de este pueblo descansa en sus variedades industriales que son las mismas que se encuentran en todo el país y en la agricultura. Tenemos a las puertas la gran fiesta y feria de Concepción, la que tendrá lugar del 6 al 12 de diciembre próximo, fecha en que conforme la tradición un comité especial se encarga de los festejos. Este año, no obstante la crisis que agobia al mundo, Ilobasco ha dado prueba de su pujanza aportando su ayuda pecuniaria en una forma tal como raras veces se había contemplado. La coronación de la Reina de los Juguetes de Barro será un acto imponente, en el que

esta sociedad dará una demostración de su cultura. Estos habitantes, con su peculiar carácter alegre y placentero, darán al visitante la agradable impresión que no olvidará jamás".[39]

En la misma edición del rotativo se publicaba la foto de la Srita. Lilian Barbón y se leía: "Reina de los Muñecos de Barro que será coronada el 6 del corriente". En la nota que acompañaba a la foto se lee:

> *"La bella y culta Señorita Lilian Barbón, salió electa Reina de los Muñecos de Barro de Ilobasco. La coronación se llevará a cabo el día 6 con toda la pompa ritual, habiendo nombrado sus Damas de Honor entre ellas y elegantes señoritas de la mencionada población. Irá de esta capital el inspirado poeta don Francisco Monterrosa Gavidia, quien le hará la salutación de estilo. Hay gran entusiasmo en Ilobasco por ese acto".*[40]

La Prensa Gráfica, también publicaba una fotografía de la Srita. Lilian Barbón y la presentaba como Su Majestad Lilian I. El rotativo informaba de la siguiente manera:

> *"la señorita designada para empuñar el cetro es la bellísima Lilian Barbón. Un poeta capitalino llegará a declamar la salutación del rigor. Tan sugestivo acto tendrá lugar en un escenario ad-hoc que se construirá frente a la Alcaldía Municipal y serán colocados altoparlantes con el fin de*

---

[39] Jesús Perfecto Escalante. "Ilobasco celebra pomposamente La Fiesta de Concepción. La riqueza de aquel pueblo descansa en sus variadas industrias y en la agricultura". El Diario de Hoy, noviembre de 1941.

[40] Ibid.

que todos los concurrentes a las fiestas ilobasquenses oigan las palabras del bardo y de Su Majestad Lilian I. Enseguida de la Coronación habrá un regio baile en casa de Don Amilcar González en honor a la Reina de los Juguetes de barrio...".[41]

En ese acontecimiento, el señor Héctor Tomás Funes, declamó la salutación que aquí presentamos:

Su majestad
Lilian Barbón

Respetuosamente

Ante tu excelsa Majestad de reina
la torre de mi verso se desploma
forjando con el iris del idioma
que esparce la armonía que te peina

Cuando a tus labios la sonrisa asoma
el alma de los lirios se despeina
para rodar bajo tus pies de reina
que bañan a Ilobasco con tu aroma

Se admira la nobleza que te abraza
y al quemar el incienso de esta Raza
El manto de este cielo se festona
Porque el Sagrario de tu altar se enciende
bajo el arco de luz que se desprende
de los diamantes de tu Real Corona

Héctor Tomás Funes
Azul

[41] La Prensa Gráfica. Noviembre de 1941.

El 7 diciembre de 1941. La Prensa Gráfica publicó el siguiente artículo sobre Ilobasco:

> *"Con inusitado entusiasmo se están celebrando en la ciudad de Ilobasco las fiestas consagradas a la Purísima Concepción de María. El Comité ha puesto todo su empeño porque estas festividades alcancen verdadera resonancia y lo está logrando en forma brillante. Uno de los actos principales de esta festividad ha sido la solemne coronación, verificada anoche, de la Reina de los Juguetes de Barro, distinción recaída en la gentil y bella Srita. Lilian Barbón, de la sociedad de Ilobasco. La coronación de S.M. Lilian I., fue verdaderamente imponente y presenciada por una multitud que delirante de entusiasmo rindió el tributo de su admiración y su cariño a su gentil Reina del Juguete y su corte de Honor integrada por las señoritas Gloria Navarrete, Hilda Barbón, María Saca y Lilian Rodríguez. El entusiasmo es desbordante en toda la ciudad y después de la coronación se efectuó un regio baile en honor de S. M. Lilian I. y sus Damas de Honor (...).*[42]

El 10 de diciembre de 1941, el Diario de Hoy dedicó una página completa sobre la fiesta/romería que recién había pasado en Ilobasco y a la vez mostraba fotos de la iglesia Los Desamparados, la plaza pública, frente al edificio de la Alcaldía Municipal, la portada de la iglesia Parroquial y una vista del lado norte del Parque "Enrique Hoyos" que de acuerdo al rotativo es "lugar preferido por los vecinos de aquella población para recrearse". La información que presentó el Diario de Hoy el 10 de diciembre de 1941 decía:

---

[42] Coronación de la Reina del Juguete en Ilobasco La Prensa Gráfica, 7 de diciembre de 1941.

"Gratos recuerdos nos dejaron las recién pasadas fiestas y ferias dicembrinas, las que no fueron obstáculo esa especie de cantinela 'situación precaria' para que nuestro pueblo, por medio de su activo comité pro-fiestas haya hecho brotar corriente de colores. Bien hecho: por esta vez dicho comité actuó acatando el proverbio latino 'poco y bueno' lo cual rindió magníficos efectos. En verdad, solo a tres días se redujo el tiempo de esas festividades, según se programaron y cabe afirmar que todos los números del programa fueron presentados a satisfacción del público, sobresaliendo el suntuoso baile y turno a cargo de las señoritas del centro y la coronación de la Reina de los Juguetes de Barro su Majestad, Lilian Barbón, acto verificado en el Palacio de nuestro ayuntamiento, correspondiéndole al inspirado portalira bachiller don Francisco Monterrosa Gavidia, presentarle su respetuosa salutación, ante numeroso público. Después de ese acto como un regio tributo a la exaltada, más de cincuenta parejas se entregaron al baile amenizado con música de marimba y rociado con exquisitos licores, todo en perfecto orden. A ese acto concurrieron los principales elementos de nuestra sociedad como también de las ciudades de San Salvador, San Vicente, Cojutepeque y otras poblaciones que vinieron a presenciar nuestra fiesta y feria. Respecto a los actos religiosos también se notó desbordante entusiasmo en todos los fieles lo que dio más realce a ellos el ingreso que el día ocho hizo a ésta el nuevo ungido al sacerdocio, presbítero José Antonio González Marroquín, para celebrar su primera misa cantada en día siguiente en nuestro templo parroquial y ofrendar en el ara santa el Cordero sin mancilla (...).[43]

---

[43] Al respecto: El Diario de Hoy: Solemne resultó la coronación de la "Reina de Juguetes de Barro", Ilobasco, lo. de diciembre de 1941.

En abril de 1942, el Diario de Hoy, publicó el siguiente artículo:

> *"Nuestra Reina de los Juguetes de Barro, Señorita Lilian Barbón ya es algo así como la Emperatriz de Hilo de Oro, porque los Clubs Deportivos la coronaron el sábado cuatro del corriente, reina de los Deportistas. En un amplio salón al que concurrió el equipo de basketball femenino de San Vicente. El Chinchontepec, que ese día sostuvo un reñido encuentro con las Doraditas de esta ciudad, se llevó a cabo la coronación de la reina. Don Julio Urrutia dijo una inspirada salutación en verso y concluida la ceremonia todos los asistentes al acto se entregaron a una alegra danza. También el Sábado de Gloria tuvo lugar el gran baile de la Agrupación Cultural Femenina Ilobasquense, todo estuvo regio y asistieron distinguidas personas de la localidad así como varios elementos que se encontraban de vacaciones con motivo de Semana Santa...".*[44]

Para una idea, de cómo se celebraba la fiesta de la Inmaculada Concepción en Ilobasco, presentamos aquí, en detalle, parte del programa de las fiestas publicado y ofrecido en forma gratuita a los habitantes de la ciudad en 1951. Es de notar que cada barrio, de los seis que componían la ciudad y, en ese año también los estudiantes, se esmeraban por el buen éxito de las fiestas. La directiva de ese año estaba compuesta por un "Comité Central" constituido de la siguiente manera:

Presidente	Don Miguel Ángel López (Alcalde Municipal)
Vicepresidente	Don Alberto Moreno Mendoza
Tesorero	Don Camilo Ruíz

[44] "Cosas de Ilobasco". El Diario de Hoy. Ilobasco 8 de abril de 1942.

Secretario	Br. José Alfonso Hernández Cea
Pro-Srio.	Don Raúl Hernández Tobar
Síndico	Dr. Amado Sánchez

Vocales
Don Juan Saca
Don José Arístides Reyes
Don Arturo Fuentes
Dr. Adalberto Sotero Orellana
Don Luis Apontes Martínez
Don Carlos Cañas Infante
Don Rafael Coto Rederos
Don Francisco Apontes Martínez
Don Carlos Saca
Don Alfonso López
Don Manuel Méndez
Dr. Rafael Bonilla
Don Raúl Barbón
Don Julio Saca
Don Rodolfo Uceda Franco

Jefe de Programa: Don Luis Alonso Osorio

El Programa de ese año, no solamente nos presenta una descripción de las actividades sino que también sus salutaciones, que son una muestra del acontecer poético de entonces y por ello es que aquí lo reproducimos. El Programa comenzaba con un bonito y poético prefacio que decía así:

"¡...Oh! Virgen María, tu fiesta gloriosa. Viva Visión en Fátima (Portugal) y la visión viva de Juan Diego del

Tepeyac: tú Reina Purísima Inmaculada Concepción, consuelo de las ánimas del purgatorio tú Reina del Santísimo Rosario.

Vives el milagro de la mano artísticamente Ilobasquense. Hoy día grandioso en que Petardos, clarinadas, repicar de campanas, parecen ánforas del cascar de perlas puras, entonando Himnos Sacros, transportados por nuestro Divino Patrón San Miguel Arcángel y que nos aparten de las asechanzas del demonio.

En este día de alborada. Chispean los tizones. En torno de los comales, alegres cuchichean las flamantes parejas del parque. "Enrique Hoyos". Hay gritos infantiles, y hay regaños de viejas, el humo de cohetes parecen bandadas de palomas y las chispas que vuelan fingen puntos y comas. Y nuestra iglesia pura y blanca llena sus pulmones en las distintas naves con esa plegaria muy nuestra; de loor y cánticos a nuestra Amadísima Madre de Dios. Ilobasco se viste de galas y en todos sus habitantes parece haber una oración de profundo meditar. Dios mediante el próximo año nos conserve en vida para mejor pompa y buena salsa de ese programa, en tones de Religión Cristiana (...)"

El programa continuaba con una salutación del estudiante que rezaba así:

"Viva la alegría (...) La juventud que representa el futuro de Ilobasco celebra su día demostrando en el que ella también es capaz; y con su esfuerzo propio característica del alma inquieta de la juventud, abre las fiestas decembrinas con un himno que ha de llegar a los corazones de cada uno de los habitantes del pueblo

del barro. Segundo año que celebramos nuestro día para darle más realce a las fiestas de nuestro querido pueblo, a pesar de los obstáculos que a cada paso se nos presentan, hemos logrado vencerlos con el empuje de ánimo que nos caracteriza no omitiendo la colaboración de las personas que buenamente más han ayudado. Cuatro de diciembre amanecemos llorando y tus lágrimas de roció bordan el collar de estrellas que adornan las sienes de la Virgen Santísima. La música anuncia que se deje el trabajo y venga a nosotros la alegría y el descanso que justos merecemos. Porque tiene el ave su canto, el obrero su descanso, el niño en la Escuela su recreo, y bueno es que tengamos alegría. A la Fiesta de Ilobasco. A la Fiesta de la Virgen nuestra madre venerada. A reír y olvidar los pesares de la vida. Viva en nuestro pecho por siempre la alegría que nos brinda nuestra madre La Sagrada Concepción...".[45]

El día 4 de diciembre de 1951, fue coordinado por los estudiantes, los que a su vez habían definido las actividades de la siguiente manera:

Programa:

4 a.m. Alegrísima recordada con bombas y cohetes
11 a.m. Hermosísima carroza que recorrerá las calles principales de la ciudad.
7 p.m. concierto en el Parque "Enrique Hoyos" que amenizará la Banca Regimental de San Vicente
8 p.m. Paseo típico que finalizará en el Casino Ilobasquense
9 p.m. Regio baile en los salones del Casino Ilobasquense, que amenizará la famosa Orquesta "Internacional Polio".

---

[45] Ibid.

Naturalmente, sin faltar, el programa ofrecía diferentes partes satíricas en las que en forma directa e "indirecta" como un informante lo manifestaba; "sacaban a bailar a los pobladores más extrovertidos. Así en el programa de 1951, se presenta una sección de Avisos clasificados que dice así:

> *"Deseo relacionarme con Srita. Acomodada, la preferiré si pertenece a la sociedad del 'Club de las Coto'. No tengo foto apropiada para enviársela pero a cambio de ella le mando mi descripción. Soy así: tengo la cabeza como la de Soriano, los ojos como los de Delio, las orejas como las de RAULITO-BAR, la nariz como la de Lencho, la boca como la de Elpidio, los dientes como los de Galdámez, la barba como la de quijadita, el cuello como el de Memín, la caja torácica como la de Chayito, los brazos como los de Cruz Br. La cadera como la de Ruíz, los pies como los del Pagador, la tez como la del Negrito Alfonso, el cutis como el de Jorgito, la altura como de la Cañicas, el gruesor como el de Severo. Tengo el estilo de Cardo, camino como mendaco y me río como Ayala Control. Para evitar molestias suplico a las Sritas. Interesadas solicitar hora de entrevista al Tel. 100 Apartado No. 2 piso bajo. Edif. Len-chu...".*

Las festividades religiosas se especificaban en un cuadro que se leía de la siguiente manera: "Festividades Religiosas de Nuestra Excelsa Patrona la Inmaculada Concepción de María, en la iglesia Parroquial de Ilobasco.



Procesión de la Virgen de Concepción.

Foto proporcionada por: Ramón D. Rivas



Música y algarabía para la fiesta de la Virgen de Concepción.

Foto proporcionada por: Ricardo Martínez



La fiesta de la Virgen de Concepción, fue un acontecimiento religioso y social, en el que participaban candidatas de los diferentes barrios para elegir la reina de la ciudad. Las carrozas por las calles principales de la ciudad fue un gran acontecimiento. 1950.

Foto proporcionada por: Joel Acevedo Herrera.

De la fiesta de la Inmaculada Concepción de María a la fiesta de San Miguel Arcángel.

Desde que los primeros misioneros llegaron al lugar, San Miguel Arcángel fue instituido como patrono, pero su fiesta, hasta principios de la década de los años sesenta, se caracterizó por tener un accionar modesto. La fiesta por excelencia, como ya e otra parte de este estudio he descrito, era la de la Inmaculada Concepción de María. Esta fiesta se realizaba la primera semana del mes de diciembre.

A principios de 1960, es que comenzó a incrementarse más y más la actividad comercial en la ciudad y los representantes de la Municipalidad, entre ellos don Manuel Arévalo Peña, Alcalde, y su equipo de regidores, vieron que, en el mes de septiembre, era más atractivo el fenómeno del comercio.

Era la época del año más productiva en la región y los municipios y los gobernantes municipales notaron que convenía más, comenzar con la celebración solemne de la Fiesta de San Miguel Arcángel en vez de la Inmaculada Concepción, que era hasta la primera semana del mes de diciembre. En otras palabras, como lo refería un informante; "se trataba de comenzar la fiesta en Ilobasco, desde el 15 de septiembre, con las fiestas

patrias, para terminar hasta en enero, es decir, disponer de cuatro meses de intensivo comercio en Ilobasco aprovechando que eran los últimos meses del año y que la gente disponía de más dinero".

Es más, en 1960 cuando estuvo de Alcalde don Miguel Arévalo Peña, se quiso establecer la costumbre de las visitas de San Miguel Arcángel a Tejutepeque, para la fiesta en esa localidad y San Rafael, que es el patrono de Tejutepeque, que viniera en procesión hasta Ilobasco cuando el pueblo celebraba la fiesta de San Miguel Arcángel.

Llevaban la imagen de San Miguel Arcángel en procesión hasta Tejutepeque y después de la misa, los acompañantes cansados y hambrientos comían y bebían de lo que los vendedores en la plaza del pueblo les ofrecían. Informantes cuentan que los propietarios de los negocios eran los mismos organizadores de la fiesta. Lo mismo sucedía con los acompañantes de San Rafael que llegaban en procesión desde Tejutepeque a Ilobasco. A esto le llamaban "la visita de los compas", como imitando la tradicional visita qu se da entre los compas de Jayaque y Cuisnahuat en el centro-occidente del país Esta actividad, de llevar y traer a San Miguel y a San Rafael solo la realizaron por espacio de dos años. A la gente como que no le calló en gracia esa tradición infundida.

Del cine y otros cuentos del pueblo

En Ilobasco el cine fue introducido en 1930 por don Segundo Covelo, español radicado en la ciudad. Un viernes por la tarde, y ya cuando el sol había mermado, unos hombres cargando una escalera caminaban sobre las polvorientas calles en busca de aquellos postes y esquinas de mayor visibilidad. Ya más tarde, en los anuncios que colgaban en forma de cuadros y con letras decoradas se leía: "Gran estreno. Mañana sábado. Película para todo público titulada 'Hacia el abismo', con Tom Tyler. Hora: 7.00 p.m. Lugar: corredor de la casa de la familia Covelo, esquina opuesta de la iglesia parroquial". Esa fue la primera película en exhibirse; y la segunda que se presentó llevó por título "Repique de tacones".

De acuerdo con don Romeo López Mejía, en el amplio pasillo del corredor y ocupando buena parte del patio empedrado, don Segundo Covelo había armado una especie de palenque en su casa, utilizando, además, un velacho para protegerse de la lluvia, pero con sillas y bancas sin respaldo y movibles, dividido en primera clase (luneta) y galería. Tres reales costaba ver la película en primera clase. El cine que ya se presentaba en San Salvador por fin llegaba a Ilobasco.

La gente recibió con beneplácito aquel acontecimiento. Antes de que la función iniciara, se llamaba a la gente ya reunida en la plaza por medio de un parlante que colgaba allí de las ramas de un árbol. Las películas, en un principio, eran presentadas solo a gente adulta, quizá porque las funciones se realizaban de noche. Era un negocio privado. Don Segundo Covelo alquilaba la película a la Casa Dada Dada & Cía., empresa propiedad de un salvadoreño, miembro de la familia Dada, que en México había estudiado producción de cine. Por eso es que, en los créditos de las películas en la pantalla, se leía: "Dirección y Producción: Jorge M. Dada".

Siempre había que unir las cintas en los carretes, para después ponerlas como una sola en el proyector montado inteligentemente sobre una tarima fabricada de madera. Se ponía un disco cuyo sonido era proyectado por un parlante; y era un hombre apodado en el pueblo como Lislique el que se encargaba de esa parte técnica; y como el hombre, entre rollo y rollo, siempre se tardaba un poco, la gente era entretenida con música de orquesta o marimba.

La primera película fue muda, pero con subtítulos en español; y la gente se divertía, aunque había muchos que asistían al evento solo para ver, y como para cerciorarse, que era de verdad aquel curioso invento que reflejaba gente que se movía sobre una pantalla. Aplaudían, se reían a carcajadas de los ademanes y proezas de los actores, y había mucho descontento cuando se rompía la cinta o cuando se iba la luz. Era solo una función por semana, que terminaba a las nueve de la noche.

Las primeras películas que se proyectaron eran cortos cómicos y de vaqueros, con actores como Charles Chaplin, Marlene

Dietrich, John Wijnen y Buck Jones. Pero el momento más esperado durante el año era cuando llegaba la Semana Santa, ya que todas las noches se proyectaba "Vida, pasión y muerte de Jesús", de la productora Pathé Frères, dirigida por Ferdinand Zecca; "El beso de Judas", de Armand Bour; el actor Jean-Sully Mounet era Judas, y Albert Lambert, Jesús. Eran las únicas películas que recibían el apoyo del párroco, quien invitaba a los pobladores para asistir a verlas por tratarse de la Semana Mayor.

De ese desgarre de alegría entre los pobladores con música instrumental

Por muchos años, y desde los primeros tiempos como conglomerado poblacional, la gente de Ilobasco gustó de la música instrumental que ya sea en forma profesional o improvisada se amenizaba en las plazas y reuniones especiales. La gente se desbordaba por montones al ruido de la banda, la orquesta, la marimba o una simple guitarra.

Ya en 1920 existían, desde hacía mucho tiempo, tres reconocidas orquestas en la ciudad; una en el barrio El Calvario, la otra en el barrio de Los Desamparados y la del barrio San Sebastián. La música de orquesta tenía en ese entonces, tanta resonancia y valor entre la ciudadanía, que el mismo presidente Quiñónez, en su período presidencial,[46] regaló a la ciudad una Marimba en representación de don José Dolores Castillo. La Marimba tocó por un período de quince años y se llamaba "Marimba Atlacatl". Cada semana la Marimba alegraba la plaza y cuando habian serenatas se hacía con la Marimba.

---

[46] Alfonso Quiñónez fue presidente del país en tres períodos; el primer período fue del 29 de agosto de 1914 al 28 de febrero de 1915. El segundo período fue del 21 de febrero de 1918 al 28 de febrero de 1919 y el tercer periodo fue del 1 de marzo de 1923 al 28 de febrero de 1927. Al respecto. Ítalo López Vallecillo. El Periodismo en El Salvador. UCA editores, San Salvador, El Salvador, C.A. 1987, p. 464

Hasta finales de 1930, y según los datos que he podido recabar, nos indican que, Ilobasco era una ciudad que gustó mucho de la música de orquestas.

De acuerdo al músico y compositor don Regino Martínez, quien a sus 84 años, me dio una muy buena referencia, con lucidez y datos precisos, a pesar de su avanzada edad; "el acontecer musical de Ilobasco cambió rotundamente en los primeros años después de haber llegado al poder el General Maximiliano Hernández Martínez en 1932".

De acuerdo a don Regino: "El General Martínez fue el Presidente que le dio chicharrón a todas las bandas municipales. Antes era bonito aquí en Ilobasco, había repasos y música todos los fines de semana, aquí, en la plaza. En las fiestas patronales en el pueblo y en algunos cantones, eran las bandas de entonces las que comenzaban y terminaban con las fiestas. El músico contaba, era tomado en cuenta y a la gente le agradaba la música (...)", afirma don Regino. "la banda tocaba en cualquier procesión o entierro. Recién instalado Martínez en al poder, la Banda Municipal de Ilobasco le envió un telegrama solicitándole aumento y el presidente contesto ´no hay aumento de salarios, solo hay bajas¨. Después de Martínez, por algún tiempo, las Bandas Municipales sólo fueron de trompeta y tambor, (...) pero, la plaza se llenaba de gente cada vez que la Banca tocaba".[47]

Por allá, por 1932, recuerda don Regino, "como no había Parque, la Banda tocaba en el portal del Cabildo (la Alcaldía) cada martes, jueves, sábados y domingo, de siete a nueve de la noche. El pueblo llegaba a pasear. La gente llegaba a divertirse y a escuchar música a la luz de las lámparas de gas

[47] Entrevista del autor con don Regino Martínez.

y de carburo que alumbraban la plaza engramada. La gente disfrutaba de lo que la Banda tocaba: música popular, valses, tangos y marchas. La gente aplaudía y se divertía. Cuando habían conciertos, sobre todo los días jueves y domingo, tocaba la Marimba ´Hilo de Oro´. La gente asistía con gusto, aplaudía y disfrutaba de la música".

Durante los últimos 150 años, Ilobasco ha tenido buenos músicos y compositores, pero desafortunadamente, el pueblo, en los últimos años, es poco lo que ha sabido valorar a estos nativos talentosos. Entre los músicos y compositores que le dieron alegría y orgullo a Ilobasco tenemos figuras como:

Don José María Alférez
Don Jesús Martínez
Don Gregorio Hernández
Don Carlos Martínez
Don Ernesto Abrego
Don Rodrigo Henríquez
Don José Antonio Abrego

Todos estos señores mencionados ya han fallecido y se destacaron hasta mediados de la década de 1950.

Después de 1950, hubo otra generación de músicos y compositores de los que, al momento de hacer este estudio, nos encontramos con los únicos que aún viven como ser; don José Regino Martínez (ya fallecido), don Juan Abrego (ya fallecido), don Luis Huezo (ya fallecido) y doña Carlota Abrego (ya fallecida). Doña Carlota Abrego, dedicó su vida a impartir la educación musical a los niños y jóvenes de Ilobasco.[48]

---

[48] Cuando realice el estudio en 1997, todos ellos aún vivían.

Durante el estudio, observamos la fotografía de doña Carlota Abrego de Bonilla[49] que, como una muestra de reconocimiento, adorna una de las paredes de la Casa de la Cultura de Ilobasco.[50]

En la actualidad, también hay una destacada señora, descendiente de una familia de músicos que ha dedicado ya gran parte de su vida a la población infantil de Ilobasco en la formación musical, y es la Sra. Lucía Candelaria Martínez, hija de don José Regino Martínez.

Otros músicos de la misma generación, ya fallecidos, pero que aquí los mencionamos por sus méritos musicales, son: Don Rafael Guerra, don Humberto Garay, don Juan Cea, don Pedro Huezo, don Juan María Abrego, don Carlos Umaña, don Paco Apontes y don Edifio (Fito) Apontes.

En 1978, a iniciativa de la Alcaldía y como un intento por preservar la música de Banda, surgió la idea de formar una

---

[49] Nació en Suchitoto el 13 de septiembre de 1912. Se inició en la música a los 8 años; a los 10 años ya tocaba violín y cantaba en coros. A los 16 años ingresó a estudiar canto y violín con maestros italianos y salvadoreños en el Conservatorio de Música, por un período de 6 años. Desde temprana edad sus padres la trajeron a Ilobasco. En el año 1947 fue nombrada oficialmente en la Escuela Sor Henríquez. Por muchos años, también dio horas clases en diferentes centros educativos de Ilobasco. Compuso varios himnos, de cada uno de los Centros Educativos de Ilobasco. Compuso canciones como "Ilobasco Bello". "Suchitoto" y otras dedicadas a su querido Ilobasco. Trabajó en la escuela Parvularia Gabriela Mistral, recibiendo el 15 de septiembre de 1976 un Diploma y una Medalla de Oro en honor al Mérito pro su abnegada labor educativa, por parte de los maestros y padres de familia. Se jubiló en 1977, a los 65 años, siendo felicitada por al Ministerio de Educación. Después de su jubilación fue contratada para trabajar en el Kinder del Colegio "Presbítero Marino Braspenning". Al momento de finalizar el estudio en 1997 residía en esta ciudad considerada por ella como su ciudad natal. Información retomada de Programa Oficial festejos Patronales Septembrinos en Honor a San Miguel Arcángel. Ilobasco, 1997. Al momento del estudio residía en el barrio El Centro de Ilobasco.

[50] Don José Regino Martínez, al momento de la entrevista me mostró composiciones inéditas y, ojalá interesados y entendidos en la materia, algún día brinden el tributo que este material merece.

Escuela de Música. Don Francisco Apontes Martínez fue nombrado como director de la dicha escuela. Salieron muchos jóvenes de esta escuela. Lo triste del caso, comenta don José Regino Martínez: "es que desde hace ya varias décadas se creó un estereotipo sobre el músico en todas partes y ahora quien dice músico, dice chichipate. La música no vale nada", me terminó diciendo un laureado y reconocido compositor de Ilobasco que en su juventud tuvo que emigrar a otras partes del país para poder lograr el reconocimiento que nunca tuvo en su pueblo natal.

Hoy en día, no existe banda musical en Ilobasco. Los músicos vienen de otras regiones de El Salvador y para acompañar las procesiones o cuando se trata de algún acontecimiento festivo, los músicos salen a pedir para poderse pagar. En los últimos años se ha visto pasar recolectando dinero incansablemente a don Juan Abrego, uno de los pocos músicos que se honra Ilobasco en tener aún con vida, para poder pagar los músicos que tocarán para las procesiones del calendario festivo religioso católico.[51]

Es como que no existe interés por parte de las autoridades municipales y el pueblo por revivir tan bonito acontecer de la música de banda. Por muchos años, la Banda Regional de Ilobasco, llevó el nombre de Banda Regional "Enrique Hoyos".

De acuerdo a don Rutilio Antonio Flores, "en la década de los años cuarenta la Banda Regional de Ilobasco llegó a ser muy conocida y su nombre era "La Ilobasquense".[52] Además, el mismo

---

[51] Año 1999, a iniciativa de la Casa de la Cultura y con la coordinación del entonces Consejo Nacional para la Cultura y el Arte. CONCULTURA, hoy en día Secretaria de Cultura de la Presidencia, se efectúan las gestiones para la creación de una Orquesta Juvenil en la ciudad.

[52] Entrevista para este estudio con don Rutilo Antonio Flores por alumnas de la Escuela Unificada "Bernardo Perdomo".

informante cuenta que en Ilobasco hubo varias marimbas tocadas por Ilobasquenses y, entre estas se destacaban: "La Marimba Hilo de Oro", "La Marimba Alma Ilobasquense", y "La Marimba Pequeña Alondra". La Escuela "Sor Henríquez" tuvo también una Marimba y otras que eran de carácter comercial propiedad de don Toño Abrego y don Francisco Apontes.[53]

El primer instrumento musical que llevaron a Ilobasco y que al darle cuerda repetía palabras, y que en la ciudad fue presentado como "victrola", arribó en 1928. De acuerdo a los informantes; "el instrumento fue llevado a Ilobasco precisamente para una fiesta de la Inmaculada Concepción de María". Los informantes narran que pusieron a tocar aquel instrumento a un lado de la Plaza y un hombre le daba cuerda. De aquel instrumento, según los informantes, salía una voz monótona que decía y volvía a repetir: "Púyenle el culo a la culebra, púyenle el culo a la culebra...". La multitud reunida se reía a gritos ante aquel raro instrumento.

Para la misma época, y de acuerdo a don Regino Martínez; "don Alfonso López introdujo un ´organillo´ que, para sacarle música, había que hacer girar un manubrio. Don Adolfo había instalado el organillo sobre la cama de una carreta la que, a su vez, era tirada por un caballo. La pieza valía cinco centavos, lo que significaba un gran dineral para aquella época. Todos los cipotes íbamos detrás de aquella carreta que cargaba aquel gran cajón".[54]

En 1920, aparecieron los primeros radios y fonógrafos en Ilobasco, los que fueron traídos por la familia Bonilla, don

---

[53] Ibid.

[54] Entrevista.

Segundo Covelo y la familia Saca. Los radios los traían de San Salvador, pues sólo ahí se vendían. El primer radio que hubo en Ilobasco lo trajo don Salvador Ayala Cabichón en 1928. En 1950 arribaron los primeros televisores a Ilobasco.

Durante mi gestión como Secretario de Cultura de la Presidencia 2014-2015, antes de mi renuncia (aunque en los medios de comunicación aparece que fuí despedido) hice las gestiones pertinentes para la contratación y conformación de una orquesta filarmónica juvenil, lo cual año 2016 es una realidad.



Maestro y compositor don Regino Martínez, incansable músico consagrado por muchos años a la "música sacra". Escribió sus propias creaciones y divulgó la música de grandes compositores universales.

Foto proporcionada por: Arturo Martínez



El Maestro Regino Martínez escribiendo solfa.

Foto proporcionada por: Arturo Martínez



Nació en Suchitoto pero vivió en Ilobasco la mayor parte de su vida. Se dice que fue una de las primeras mujeres en ejecutar el violín en El Salvador, laboró en el magisterio nacional hasta que se jubiló. Fue mi maestra de formación musical en la escuela primaria "Sor Enriquez"

Foto tomada por el autor en el museo de Fundeartes (Fundación educativa para las artes de San Esteban Catarina).

De los recuerdos de la barbería de don Chepe

El terremoto en San Vicente de 1936 hizo que don José Braulio Gutiérrez (don Chepe) emigrara a Apastepeque, luego a Cojutepeque para pasar a San Rafael Cedros y llegar a Ilobasco, en 1938, para quedarse, de una vez, hasta el último día de su vida en 1984. Aprendió el oficio de peluquero experimentando con sus hermanos.

Recién llegado a Ilobasco, don Chepe, trabajó de peluquero en la barbería de don Napoleón Alvarado, quien recién había alcanzado los 98 años. Antes de abrir su propia peluquería trabajó con don Belisario Cea, peluquero y padre del conocido sastre don Rafael Cea. En la casa en donde don Óscar Saca instaló el más grande y elegante almacén, conocido como El Tecolote, en la entrada principal avenida Carlos Bonilla, don Chepe instaló su peluquería, La Central. Allí, los clientes solicitaban los estilos pato bravo, francesa oscura o clara, bolcheviche o el estilo soldado, es decir, casi completamente rapado. Antes, los hombres solicitaban más el corte de pelo y barba en una sentada.

Sillones para barbería, manta, peinador, tijeras y máquinas de mano, y sin faltar la filosa navaja que se la asentaba frotándola por ambos lados en una gruesa faja de cuero sujetada al sillón y otros accesorios eran las herramientas que el peluquero utilizaba para el corte del pelo y rasurar la barba de los clientes que demandaban tan necesario servicio. Para hacer la espuma para rasurar se usaban los jabones Olé, Para mí o Cuatro rosas. Las aguas mentolada y florida y el perfume de rosa no debían faltar. Algunos de estos productos se compraban en la farmacia La Cruz de Magdalo. Se talqueaba y se cepillaba al cliente al terminarse el corte, con el cabello bien peinado y embarrado de brillantina. «Antes había más gusto», me comentó don Julio González, quien en compañía de su hermano, don Lombardo González (don Beto), continuaron el oficio de su padre.

«Nosotros aprendimos viendo y practicando, a pura verga». De esto vivimos, y nos sentimos honrados de lo que aprendimos y hemos hecho siempre» —recalca el orgulloso peluquero—. La peluquería, en tiempos de don Chepe, deambuló por varios lugares en la ciudad. Fue precisamente frente a la casa de doña Elisa Abarca, en la esquina de la farmacia antes mencionada y justo contiguo al inmueble que ocupó el Casino Ilobasquense en la década de los 40, que mucho tiempo atrás había sido el local del cine, que continuó don Carlos Cañas.

La peluquería La Central era todo un espectáculo, muy elegante y de cómodos sillones. Don Lombardo me mostró la tabla aún en uso que, de acuerdo con él, «ha sostenido las nalgas de todos los niños, ahora viejos, de Ilobasco». Era la tabla para acomodar bien sentados a los pequeños. Al decir del mismo don Lombardo: «Hoy la mayoría de barberos no trabajan cuando se va la luz. Nosotros aprendimos a cortar

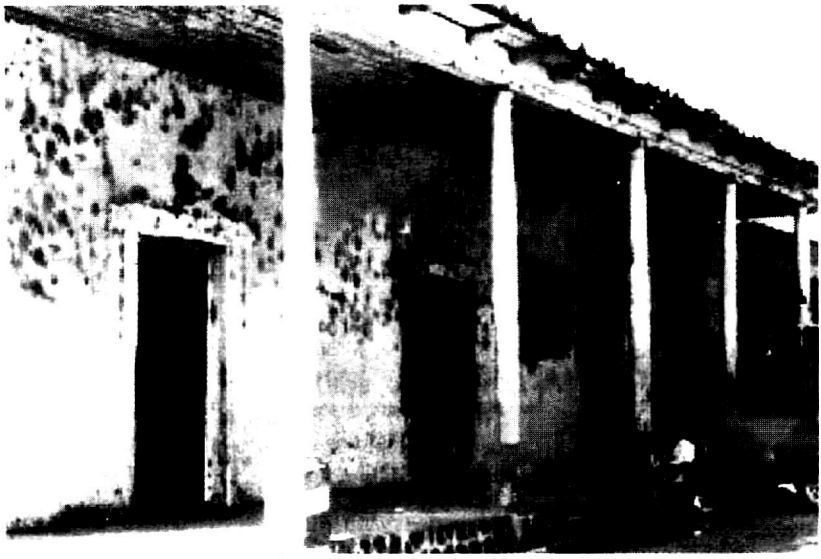
el pelo con tijera. El oficio da para vivir, siempre habrá que cortarse el cabello».

Hoy la peluquería se localiza frente al convento parroquial; y desde que murió don Chepe se llama Peluquería González. Los dos hermanos que han mantenido el oficio hablan ya de José Moisés González, nieto de aquel buen hombre que, al igual que muchos otros, buscó otros rumbos después de la catástrofe del terremoto.



En estos portales dormían los campesinos que iban y regresaban de las cortas de café, principalmente en el occidente del país. 1995.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Cientos de campesinos se amontonaban en estos portales y dormían esperando hasta que, al día siguiente, a tempranas horas de la madrugada, los camiones los transportaran a las fincas de café. 1995.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Calle céntrica con vista de la casa parroquial de la iglesia San Miguel en el centro de la ciudad. 1967.

Foto: Cortesía de Rosalinda Martínez.

De cuando los campesinos pasaban rumbo a las cortas de café

Hasta 1970, ya entrado noviembre, cientos de campesinos de los pueblos aledaños a Ilobasco, entre estos Cinquera, Jutiapa, Tejutepeque, y hasta de aquellos lugares allá en los cantones de Chalatenango y de poblados como Potonico, Dulce Nombre de Jesús, San José los Ranchos y de los dieciocho cantones del municipio, llegaban en masa a la ciudad. Los campesinos, hombres mujeres y niños se abarrotaban hasta hacerse un puñado, durante la noche, en el parque y en las aceras frente al parque; y los que habían llegado primero se resguardaban del sereno y frío nocturnos debajo de los portales.

Era el tiempo en que, desde mediados de octubre, el viento no dejaba de soplar; y entrada la noche y la madrugada una densa neblina cubría el pueblo. Era la época en que el deseo por ganar algunos centavos cortando café se hacía realidad, pues se presentaba la oportunidad de conseguir para el estreno de Navidad y Año Nuevo.

Las cortas de café, año con año, se habían convertido para algunos una tradición; y allá en el occidente las fincas guardaban

todo el tiempo la lista de la gente que estaban seguros de que se iba a mover a esos lugares fríos, boscosos y recónditos del país. Hombres y mujeres que iban de camino arribaban al pueblo con sus alforjas, canastos, petates, tecomates, corvos y cumas, y no les faltaba su tanate de ropa. Familias enteras se agrupaban, recién entraba la noche, como para aplacar el frío; y muy pronto los ronquidos y los pedos se confundían con el soplido del viento que levantaba ese polvo que no se veía, por la oscuridad de la noche, pero si se sentía.

Papeles sucios, y quién sabe qué más, eran amontonados por ese inclemente viento a uno y otro lado de los andenes. Y más de algún recién nacido, que era parte de la caravana, lloraba a gritos, a lo mejor pidiendo comida en medio de la larga noche. Ya, a primeras horas de la madrugada, aquella grulla de gente se disputaba los asientos de los buses, y para los que ya no había asientos iban sujetos como bultos viejos de la parrilla del techo de la destartalada camioneta rumbo a San Salvador.

En las fincas, la cosa no era mejor; dormían en el suelo debajo de rústicos galerones y las chengas con frijoles chucos no faltaban. El día de pago, la finca se convertía en fiesta, ya que vendedores de todo y hasta circos llegaban al lugar para ver cómo ellos también se lucraban de las míseras ganancias de los cortadores. Era una lucha de sobrevivencia entre pobres.

A pocos días de Navidad, la gente volvía a sus lugares de origen; y los centavos que habían ganado iban a parar a los almacenes de Ilobasco. En los negocios de los turcos abundaban sombreros, barbiquejos, camisas y pantalones baratos de *tricot,* lámparas de mano, de gas y hasta de carburo.

En todos los demás almacenes no faltaban las telas y hasta los zapatos "siete leguas". Uno que otro cortador llegaba a ver los escaparates de "la Phillips", atendida por don Saúl, allá cerca del mercado —para entonces la única casa con electrodomésticos—, con la intensión de comprar un radio transistorizado para escuchar su música, las tan afamadas rancheras. Uno que otro hombre atrevido se refundía en los chalés del mercado y se afianzaba por un rato una de las prostitutas que quizá por solidaridad, o a lo mejor por lástima, hasta cobraban la mitad por el atrevimiento.

La caravana volvía a sus lugares de origen donde eran recibidos con tamales, chaparro, marquesotes, quesadillas y hasta con cohetes, pero solo los que tenían suerte volvían bien de salud. El frío en los cafetales era para ellos indescriptible. Lo ganado ya había sido gastado, primero en las tiendas de la finca y luego en Ilobasco; y ahora solo les quedaba esperar hasta que los vientos de octubre, y con ello el pasar de los azacuanes, les diera otra vez el aviso de que la temporada de las cortas de café estaba por llegar.

De las pocas talabarterías que aún quedan

Fue el abuelo, don Toño Romero, que nació en Ilobasco, quien dio inicio al negocio de la talabartería hace unos ochenta y seis años. Era el tiempo en que la gente se transportaba en caballos y carretas, también tiradas por animales, y cuando usar una buena montura era como tener carro nuevo. Siguieron el negocio, don Rigoberto y ahora su hijo Reynaldo Romero.

El taller se localiza ahora[55] en una casa de alto, sobre un bordo, precisamente frente a la "Casa San José", que alberga a los ancianos sin familia de la floreciente ciudad. Desde allí se ven las nuevas colonias en torno al estadio; y allá, a lo lejos, se divisa el caserío Los Frailes.

En la talabartería —que es una casa-taller—, a un lado de la puerta, colgados en la pared y sobre unos estantes improvisados, se exhiben aparejos, monturas, coyundas y otros accesorios de ese tipo. Para Reynaldo Romero, el oficio de talabartero es «nada más ni nada menos que el arte de trabajar el cuero». También se elaboran monturas, cabezadas para frenos, gamarrones, vainas, tenedoras, cinchas y albardas,

[55] La entrevista la llevé a cabo en el 2006.

cartucheras para pistolas, carteras, billeteras de correa; pero también se confeccionan las coyundas que sirven para amarrar la cabeza de los bueyes al yugo. Todos los productos son elaborados de puro cuero.

La materia prima la consiguen en Santa Ana, que hoy en día es uno de los principales lugares de procesamiento. El cuero se compra por pie y a veces por libra. Las herramientas que se utilizan son las mismas de antes: martillo, alicate, lesna, cuchillo, desarmador, piedra para afilar, parrilla para cocer y el nylon, que reemplazó al cordel de algodón, conocido entonces como hilo de empacar.

«Es uno de los pocos oficios que mantiene la tradición, no hay cambios, se trabaja con las mismas placas metálicas, las mismas chongas y trenzas de cuatro, igual que como se hacían hace cien años» —afirma don Reynaldo—. Antes era el mismo talabartero quien pintaba la suela con camotillo; eso es lo único que ha cambiado, ya que hoy se pinta en la fábrica.

Es desde los años 70 del siglo pasado que el procesamiento del cuero se tecnificó. Ahora solo son los campesinos los que compran el producto artesanal, que poco a poco va quedando en el baúl de los recuerdos. Hasta hace unos treinta años, Ilobasco disponía de varias destacadas talabarterías, como las de don Agustín Abarca, don Rafael Quiñónez y don Chus Flores.

En la actualidad el de talabartero es un oficio que nadie quiere aprender. Por ahora solo existen dos talabarterías en Ilobasco. Los mismos artesanos son de la opinión de que ya es poca la demanda, y ello es por causa del desarrollo de la tecnología. Todo se está tecnificando: «La gente compra porque le gusta

recordar el pasado. Se vende solo en aquellos lugares del país donde aún hay agricultura; San Miguel, por ejemplo, y la gente de Honduras que viene a comprar.» Hace unos veinte años aún había bastante demanda; enero y febrero eran los meses buenos para la venta.

Ahora hay talabarteros que son de la opinión de que, «en cuanto más carreteras se abran, será menos la demanda de los productos de la talabartería, ya que la carretera lleva vehículos y los caballos son menos utilizados. Y con todo ello la modernización llegó; y cuando despertamos nos dimos cuenta que en un santiamén todo es recuerdo».

De la orfebrería y las joyerías

El arte de fundir y moldear metales para efectos decorativos es quizás tan antiguo como la humanidad misma. Se trata de una cultura universal, ya que casi en todo pueblo se presenta. Buscar la pureza de las aleaciones metálicas para hacer objetos preciosos es un entretenimiento antiquísimo. Hoy en día, en Ilobasco existen doce joyerías; pero la más antigua, por haber seguido la tradición de los grandes joyeros ilobasquenses, es El Jade, ubicada en el mero centro de la ciudad.

En 1930, don Joaquín Enríquez aprendió el oficio de orfebre en San Salvador, y en 1966 se establece en Ilobasco, y con don Saúl Cruz, relojero, se dedicarían a aquel oficio. Don Manuel Alfredo Rivas García aprende el oficio con ellos, y lo sigue defendiendo con orgullo hasta el día de hoy, pues es un trabajo honroso y creativo. En "El Jade. Joyería y reparación de relojes" se hacen anillos, pulseras, argollas, dijes, aritos, aretes, cadenas, cruces y otros adornos. Todo se confecciona al gusto del cliente. Las prendas de oro son las más solicitadas y se elaboran de cualquier quilataje.

«El oro de 24 quilates es el puro —recalca don Manuel—. Si el cliente ya posee el oro y lo trae para hacerle otra joya, a eso le llamamos 'oro en chatarra'; pero si nosotros lo adquirimos en

una distribuidora lo compramos como oro granulado.» El oro se funde en crisoles. Es un trabajo de mucho cuidado y destreza. Si es cadena la que se hará, el oro se estira en una maquina llamada laminador, y luego se pasa por hileras. Se enrolla en almas para sacar argollas y armarlas. Ese es un trabajo muy fino. «Hay que hacer las cosas bien puliditas, ya que se trata de sacar bien las prendas» —me dijo don Manuel—. Plata es poca la que la gente gusta usar. El oro de 14 quilates es el más vendido; y ya 24 quilates es más rebuscado entre la gente. Las mujeres gustan de comprar aritos, collares y pulseritas para los recién nacidos; y muchas gustan comprar coralitos rojos, ya que, de acuerdo a la creencia popular, protegen del mal de ojo a los recién nacidos.

A lo largo de la historia, Ilobasco ha tenido joyeros finos, como don Eladio Pineda, que —se afirma— tenía la destreza de separar el poquito de oro de la broza que viene directamente de la tierra, y de una vez hacía los anillos. Por lo que más pregunta y compra la gente son los anillos, las cadenas y las pulseras; y son en un 90 % mujeres las que más compran. «Es en diciembre, en la víspera del día de los enamorados, y el 10 de mayo, que la gente más compra» —afirma don Manuel—. Pero me aseguró que son las mujeres las que durante todo el año más frecuentan el establecimiento, ya sea para ver las novedades o para que les reparen prendas.

De acuerdo con don Manuel, «la mujer es la más amante de la joyería». No obstante, los hombres gustan de anillos y pulseras, cruces y medallas. Lo que gasta la gente en el pueblo varía entre 30 y 100 dólares por prenda. Don Manuel afirma que la joyería es un oficio que requiere de creatividad y que, para cualquier tipo dedicado, es rentable. «Un joyero que trabaja las

ocho horas y no tiene vicios la pasa muy bien con este trabajo. Eso sí, se necesita de mucha fineza y honradez.»

Las herramientas que hoy en día se usan para la elaboración de las joyas son las mismas de antaño, y para ello el joyero requiere de laminador, tenazas, limas, hileras (para estirar el oro), martillo, tas (yunque), balanza y un motorcito para pulir, así como pastas, que entre las más usadas están la melina, el rojo inglés y los ácidos, que van desde el sulfúrico, úrico y atencar o bórax, que se puede comprar en las farmacias.[56]

[56] La entrevista con don Manuel Alfredo Rivas García, la llevé a cabo en el 2006.

De cuando había lugares que servían como espacios de socialización

Cuando se pierde un espacio de socialización comunitaria desaparece también un lugar de conformación de la identidad comunal y de re-racionamiento cotidiano, lo cual influye en la formación de capital social. Antes, en Ilobasco, jóvenes y viejos acostumbraba ir a «dar una vuelta al parque central todas las noches, sobre todo en los meses de verano». Se entretenían caminado en su contorno y platicando en grupos. Otros esquineaban debajo de los faroles, esperando que saliera la novia de la casa, que inventaba cualquier pretexto a sus padres para poder salir.

Un apretón de manos y, cuando había suerte, un beso fugaz era lo que el novio conseguía después de varias horas de espera. Esas esperas no respetaban ni los meses de invierno. Aquellos que disponían de permiso de los padres se sentaban a la puerta de la casa de la novia desde después de pasada la cena hasta las nueve de la noche; y allí platicaban y platicaban. Otros, los más atrevidos, invitaban a la novia a salir al parque central o a comprar pasteles, panes rellenos o pupusas de la niña Delfa, o se iban de paso a las oscuridades del parque Los Desamparados. Los fines de semana, los más atrevidos,

en esas aventuras de amor, llegaban hasta Los Cerritos, hoy lugar rodeado de colonias. Las lunadas eran los eventos más importantes que los pretendientes y los novios aprovechaban para satisfacer sus sueños y suspiros de amor, lo mismo que para las épocas de fiestas religiosas, sobre todo para los actos, procesiones y vigilias nocturnos.

Pero era el tiempo en que la privacidad y el supuesto anonimato suponían una norma y un valor social importante, sobre todo si se trataba del quehacer de un pueblo. La vida, y con ello la diversión correspondiente, hasta finales de los años sesenta, se desarrolló en la ciudad, y salvo en casos necesarios se salía a otros pueblo y ciudades. Tejutepeque fue siempre el lugar predilecto para las escapadas. Allí, de acuerdo con el decir popular, se encontraban las mujeres más bonitas de la región. Quizá por ello era que la muchachada en Ilobasco esperaba con entusiasmo las fiestas en ese pueblo.

Fue hasta los primeros años de 1970 que las escuelas comenzaron a planificar excursiones de fin de año con los estudiantes y padres de familia.

Los paseos no llegaban más lejos que al balneario de Amapulapa, en San Vicente. Una escuela que planificaba excursión a Los Chorros o al mar era porque estaba en la capacidad de organizar algo grande.

Un gran acontecimiento ocurrido en 1973, cuando el entonces presidente de la República, el coronel Arturo Armando Molina, por gestiones la profesora Ángela Urías de Rivera[57], premió a la

[57] La profesora Ángela Urías de Rivera, ha dado mucho a la formación de profesionales en Ilobasco. Creó el Instituto Nacional y ojalá, algún día, su incansable labor en pro de la educación que ejerció por muchos años hasta que se jubiló, sea valorada y por ende reconocida.

primera promoción egresada del nuevo edificio del bachillerato con un viaje a México; y en bus.

La gente siempre gustó de paseos, y estos, en un principio, eran de carácter religioso a romerías a otros pueblos; y la gente iba a pie.

Desde 1950, cuando ya la carretera era un poco más transitable, es que los pobladores comienzan a viajar hasta Esquipulas, en Guatemala, y a visitar al «santo más milagroso de todos los santos», San Antonio del Monte, en Sonsonate. Los desastres sociales y naturales de las últimas décadas terminaron con ese sentimiento de colectividad; y ahora la gente pulula en una ciudad confundida en el desorden en busca de quién sabe qué.



Parque central de Ilobasco.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes. Junio 1942.



Parque central de Ilobasco.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes. Junio 1942.



Parque central de Ilobasco.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes. Junio 1942.



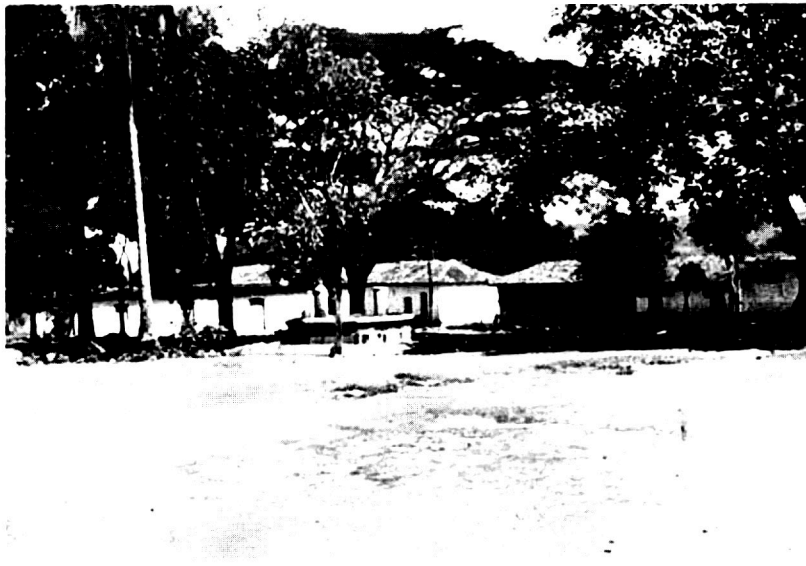
Quiosco en el parque central de Ilobasco. Junio, 1942.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes.



Parque central de Ilobasco. Junio, 1942.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes.



Plaza frente a la iglesia del barrio Los Desamparados en Ilobasco. Junio, 1942.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes.



Caminar por el poblado después del medio día era una costumbre cotidiana. Al fondo, plaza del barrio Los Desamparados. Junio, 1942.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes.



Plaza frente a la iglesia del barrio Los Desamparados en Ilobasco. Junio, 1942.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes.



Plaza frente a la iglesia del barrio Los Desamparados en Ilobasco. Junio, 1942

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes.

De la celebración de la fiesta de todos los santos y el Día de los Difuntos

En Ilobasco, como en cualquier otro poblado del país, se le rinde tributo a los familiares difuntos, pero ya no como antes. Siempre se les guarda respeto a los muertos, quizá más que a los vivos. Se le teme a la muerte, pero al mismo tiempo hay burla contra la muerte; se hacen chistes sobre ella y se habla de ese momento con facilidad y frialdad. Pero en los cantones y caseríos la gente cree en otra vida después de la muerte.

El campesino aún es temeroso y respeta las prácticas que, a su vez, son producto de una amplia tradición. A los muertos se les reza, se les respeta, se guarda luto por ellos y se les ofrecen velas encendidas y flores. A los muertos se les brinda tributo y devoción. En los cementerios, los hombres se quitan el sombrero en señal de respeto; hay que persignarse ante la tumba de los difuntos. La fiesta del 1 y 2 de noviembre es ya mezcla de culto religioso y un trasfondo popular tradicional.

Hasta 1940, era como que la gente buscaba en el difunto la oportunidad para entregar sus ahorros al sacerdote para que este hiciese los responsos por la nutrida cantidad de ánimas

en el purgatorio. La ofrenda consistía en obsequios y una cantidad de dinero definida; y el sacerdote soltaba nombre tras nombre. Eran responsos rezados y cantados; unas frases en latín urgente; una rociada con agua bendita bastaba para cumplir con el sacro deber de honrar a los muertos. El sacerdote, pasado el mediodía, recorría el cementerio. Se bebía aguardiente, y los familiares reunidos comían a un lado de la sepultura. Se hablaba, enfloraba, había música y hasta llanto con profusas lágrimas. Entrada la noche, los cementerios iban quedando solos. La iglesia, el cementerio y la cantina eran los tres instantes de un proceso en el Día de los Difuntos.

El 1 de noviembre se celebra en el cementerio de los ricos, y el 2 de noviembre en el cementerio de los pobres. Si bien es cierto ya no se efectúan responsos a domicilio, es ahora en las iglesias en donde se celebra la misa a los santos; pero la gente, desde muy tempranas horas, abarrota los cementerios. Las tumbas son limpiadas y a su vez pintadas. Los familiares que se congregan y vienen de todas partes del país aprovechan para visitar a sus familiares e ir juntos al cementerio para ver la tumba de sus familiares difuntos: los recuerdos de cómo era en vida vienen a la mente.

La tumba se adorna con la debida dedicación con flores naturales, de papel encerado, gallardetes, etc. En otros tiempos, en los cementerios eran buenas cantidades de hombres y niños los que se dedicaban al trabajo remunerado de limpiar, chelear con agua y cal y pintar bóvedas y letras desteñidas, ofreciendo color dorado o plateado. En coro se escuchaba el grito de niños y adultos: «¡Le pintamos las cruces y le damos la letra dorada!». En la calle y en la entrada de los cementerios son cientos de comerciantes, ofreciendo desde flores, cortinas, candelas,

bebidas, pasteles, hojuelas con miel de panela, tamales y hasta jícamas, ya que es la época cuando inicia la cosecha de este tubérculo. «Es un deber para los que quedan visitar y enflorar a sus seres queridos ya muertos en el Día de los Difuntos.» Ese deber se nota muy claramente en Ilobasco.

Mientras tanto, en el cementerio de los ricos, así como en el cementerio de los pobres, —como son conocidos por los pobladores— cientos de personas se congregan el 1° de noviembre —en el cementerio de los ricos— y el 2° de noviembre —en el cementerio de los pobres— para enflorar a sus muertos y saludar a familiares y amigos.



Entrada principal del cementerio de los pobres. Año, 1995.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Entrada principal del cementerio de los ricos. Año, 1995.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



El cementerio de los ricos en Ilobasco.

Foto proporcionada por: Joel Acevedo Herrera.

De la "calle de los bolos" y la cantina El Tenampa

En la calle conocida en Ilobasco como "la calle de los bolos", precisamente en la 2.ª avenida Norte, se encuentra la cantina El Tenampa, uno de los catorce expendios de aguardiente que en el 2005 había en la ciudad. En la pared cuelga una foto plasmada en un calendario del año, promocionando una bebida alcohólica con una tejana con sombrero y botas de cuero de cocodrilo en un semitransparente biquini y unos ojos de 'mírame y haz lo que quieras'. En la pared de enfrente cuelgan dos calendarios con rubias cubriéndose las partes pudendas con hilos dentales. Sobre un destartalado estante en forma de vitrina hay amontonadas botellas de plástico y de vidrio con aguardiente, y contra la pared se ubican dos estantes repletos de botellas de todo tamaño y marcas, sobresaliendo Troika, Tropicana, Los Cheros, El Chamaco, Zapote, Tropicaña, Petrov, La Cristalina, Caña rica, Venado y Tic-Tack.

Desde las cinco de la mañana, el cantinero abre las puertas del negocio para servirle a la retahíla de bolos que se deshacen desde la madrugada por mojarse la boca y el hígado con el aguardiente. «Tiemblan de la goma frente a la puerta a buena

mañana en busca de la agüita loca», me dijo don Óscar Herrera, más conocido como Coky, asegurándome que considera su labor más de carácter social que por lo que gana. «Me alegra atender estos hombres enfermos que necesitan que uno les alivie por un rato el producto del vicio. Se vende por botella pero si vienen muriéndose de la goma les tengo que vender por lo que traigan de dinero, pues no se les puede dejar morir de la goma. Cerramos a las siete de la noche, pero hay veces que la gente llega a tocar más noche...».

El guaro más caro que se ofrece es Venado Light y Venado de Oro, pero el preferido entre los chichipates, que en grupo de nueve como fieles vigilantes cuidan la cantina todo el día, es el que caiga, y de preferencia El Chamaco, que es el más barato. Se da guaro fiado, pero solo a los conocidos. «Los bolos tirados sobre el andén hablan todo el día entre sí, y se oye de todo, pero solo babosadas dicen.»

«Los bolos son tranquilos, se protegen entre sí; pero no falta más de alguno pendenciero, y son ellos mismos los que se las arreglan» —comenta Coky—. «Se acostumbra darles boquitas, y estas van de acuerdo con la época del año; y varían desde jocotes, pepino, tajadas de naranja hasta mango verde. Los bolitos se embadurnan el trago, y con boca de asco me dicen de inmediato: 'Coky, dame el Pollo Campero' o 'Coky, dame el cóctel de conchas', para referirse a la boca. Gracias a Dios no se ha muerto nadie en la calle».

«Hay veces que hasta cuarenta bolos se congregan en la calle, sobre todo los días domingo. Los que la fondean pasan así de una a dos horas, que es lo que les dura la zumba. Los bolos son solidarios, y cuando alguno la fondea y le da el sol lo mueven a

otro lado donde hay sombra. Otros comparten el trago cuando ven que llega alguno desesperado por la goma y no tiene los 15 centavos para el trago. Le dicen: 'Vení, pues, tomate este charquito'» —relata Coky—. Los bolos más conocidos son El Seco, El Negro, El Cuche, La María, El Trompudo y La Chica.

Hay bolos que han convencido a Coky por su forma desenfrenada de beber, y más de alguno de un tirón se empina una botella, y sin tiempo para agarrar aire la deja vacía. Hay bolos que dicen que «los traguitos ya no me hacen nada, son solo un salivazo». Pero mientras tanto la sociedad se ha acostumbrado a ver esta desgracia que contamina a otros; y así pasan los días, vienen y se van los meses, y estos desgraciados se mueren ante una sociedad indiferente.



Alcohólico en la cantina El Tenampa.

Foto tomada por: José Gerardo Peña Herrera.

De esos personajes que siempre existen y subsisten

Todo pueblo tiene o ha tenido personajes que de una u otra forma le dan identidad al lugar. Así, en Ilobasco, la Joaquina, la Lionza, Nardo, Paco y don Chepito son de esas personas que desde inicios del siglo XX sobresalieron por sus debilidades y virtudes. Han sido temidos, odiados y queridos entre los pobladores. Estos hombres y mujeres deambularon y durmieron durante la mayor parte de su vida en las esquinas de las calles, corredores y portales.

De la Lionza nadie sabe cómo, cuándo ni de dónde llegó. La mujer transitaba las calles sucia, despeinada y sin voltear a ver a nadie. Ella hablaba consigo misma, y al momento menos pensado gritaba, para espanto de jóvenes y viejos. La mujer gritó durante toda su vida, día y noche. Algunos creen que no distinguía la noche del día. En la época de la guerra fratricida que sufrió nuestro país, en los momentos más crueles y en la oscuridad de la noche, sus gritos se confundían con el estruendo de las bombas. En la ciudad se dice que fue la única mujer que desafió las balas del conflicto armado.

La Joaquina —conocida como "la loca Joaquina" — era la más temida, ya que, en su imaginación, la gente siempre hablaba mal de ella, y así lo decía. Se dice que los niños aprendieron las malas palabras de ella, pues la mujer no sabía hacer distinción entre niños, jóvenes o adultos. Se ganaba la vida vendiendo verdura durante el año y pichinguitos de barro durante la Navidad. Se dice que la gente le compraba —ella se colocaba en lugares de paso— más por evitar sus "putiadas" que por lo bueno del producto que ofrecía. Era descendiente de influyentes familias de la región; y en sus ratos de rabia gritaba a media calle y a cualquier hora, repitiendo que había sido despojada de todo por su familia.

En la década de los sesenta, los gritos de la Lionza y las putiadas de la Joaquina se fundían con los pitazos de los serenos que rondaban los barrios haciendo la vigilancia a media noche. La muerte les llegó a estas mujeres a edades avanzadas, viejas, en la calle y durante la noche.

También Nardo —apodado Siete palos— era otro: joven, pero por su estilo harapiento parecía anciano. Cargaba un manojo de palos y de su boca expelía una constante baba que se limpiaba con el revés de la manga de la camisa sucia que usaba. Era jorobado. Maldecía a gritos a todo el mundo y golpeaba las paredes con los palos.

Paco, el Mudo, es también recordado. Era sordomudo, jorobado y con un bocio nunca antes visto en el pueblo. Se ganaba la vida como mecapalero en el mercado, frecuentaba las esquinas, y la gente mal intencionada le hacía "la señal de la cruz", lo que significaba, para él, muerte pronta. Con esa señal, el apacible hombre se transformaba y era capaz de todo; y la gente lo sabía.

Ya viejo, el sordomudo murió en la ciudad bajo las llantas de un vehículo. Si en vida estos "personajes" deambularon y sufrieron la burla, el desprecio o simplemente la indiferencia, que es peor, ya muertos fueron llevados a la iglesia para la celebración de misas, y en procesión se los condujo al cementerio.

En vida queda, con sus más de noventa años, don Chepito, hombre tímido y servicial, que hasta no hace muchos años se vistió de cotón de manta. Nunca anduvo calzado. Siempre ha usado barba, ahora blanca, cosa poco común entre los hombres de la región; y toda su vida ha sido emisario de la alcaldía con los líderes de los cantones. En 1995, la alcaldía le reconoció los servicios a este gran hombre, que no deja de caminar, y que hasta hace poco cambió su alforja por una bolsa de plástico.

De cuando florecieron las zapaterías

La última zapatería en Ilobasco fue la de don José Manuel Herrera Tobar, quien aprendió el oficio cuando apenas tenía doce años. «La gente ahora manda a hacer sus propios zapatos más por melancolía que por deseo. Antes uno de pobre tenía que aprender el oficio en el pueblo; y fue en la zapatería-taller de don Edifio *Fio* Apontes que aprendí. Tenía ya doce años y nunca había usado zapatos; y para mi papá eran bien caros. Yo quería ponerme zapatos, y le conté eso a don Edifio; y me dijo que agarrara el material y que los hiciera... Los primeros zapatos que me puse yo mismo los hice, un poco ajustados por aquí y flojos por allá, pero tenía ya zapatos», me dijo don José.

Hasta 1960, abundaban en Ilobasco los talleres que elaboraban zapatos: estaban los talleres de don Rolando Garay, don David Palacios, don Lito Borja, don Ramiro Escobar (apodado Flor de caña), don Chepe Gómez, don Manuel Amaya y el taller de la familia Apontes Martínez, famosa en el oficio. Todos ellos fabricaban zapatos solo para hombres, no existía en el pueblo calzado especializado para mujeres. Fueron las fábricas en San Salvador, a inicios de la década del 70, las que votaron el mercado del zapato hecho a mano.

La gente llegaba mucho antes de las fiestas, sobre todo en la víspera de Semana Santa, a encargar sus zapatos. Los estilos eran variados y los zapateros eran diestros en diseñar modelos propios, y también expertos en imitar. Así, entre los estilos que más sobresalían estaban las botas puntudas y las de punta cuadrada; las de boca de pichel y las de boca redonda.

La gente pedía botas con dibujos en alto relieve o simplemente lisas. El cuero o el estilo del tacón, que podía ser recto o cubano, los definía el mismo cliente. Hubo un tiempo en que los hombres querían imitar al artista mexicano llamado El Piporro; y las botas eran la moda. Estaban también los estilos punto visto, suecos, cosacos (medio botas con hebillas), apaches y Boston; las zapatillas italianas, de una sola suela. El zapatero hacía el estilo que la gente pedía.

«El trabajo era bien remunerado y alegre, se trabajaba en talleres, se bromeaba y uno se divertía del trabajo» —afirma don José Manuel—. El dinero alcanzaba. En los talleres, los zapateros se dividían en dos ramas: los alistadores, es decir, los que hacían los cortes sobre las hormas (que eran los moldes de madera de los diferentes estilos: chatos, redondos y cuadrados), y el ensuelador, que teniendo como base la horma cortaba y le daba forma a la suela.

El cuero lo traían de San Salvador, y se compraba principalmente en el almacén de don Carlos Saca, que era el más surtido de toda la región; pero también doña Tina de Abarca vendía cuero de vaca para suela y badana, que era piel curtida de cerdo y se utilizada casi solo para los forros. Había clientes exigentes; y de vez en cuando aparecían algunos que ordenaban zapatos de cuero de culebra, de lagarto y hasta de garrobo. Si el cliente traía el cuero listo, era complacido. Algunos pobladores aún

recuerdan a don Rubén Amaya, remendador a domicilio, quien arreglaba zapatos en las esquinas de las calles.

Hoy únicamente está don Eugenio Flores —conocido como el "zapatero completo"—, pero que solo hace remiendos y permanece en la entrada del antiguo cine Palace; y don José Manuel Herrera Tobar, que aún fabrica zapatos y es el único que hace botas; y quizá con el último taller. Ellos afirman que si no fuera por los remiendos no pudieran sobrevivir, ya que el oficio pasó al olvido, y ahora esa labor la hacen las máquinas. ¡Adiós noble oficio de la paciencia y la creatividad!

De esa leal y honrosa generación del barro

Cuando las calles de Ilobasco eran empedradas y los vientos de los primeros días de noviembre levantaban polvo, sombreros, faldas y hasta la basura suelta de la calle para ir a reposar en las esquinas de los zaguanes y andenes, era cuando las jugueteras desempolvaban los pichinguitos, que eran el trabajo de un año, para ofrecerlos tendidos sobre los andenes de las calles y bajo la sombra de los árboles del parque central "Enrique Hoyos".

Los vientos y el frío de la noche anunciaban la Navidad. Había que ir pensando en adornar los nacimientos con los muñequitos, también conocidos como pichinguitos de barro, tradición que aún persiste.

Entre las muchas y variadas pequeñas figuras de barro estaban la Cigüanaba, Chepe Toño 'sopapeándose' un botellazo, el Duende, el Cipitío, la pareja de guardias nacionales; los viejitos canosos que les temblaba la cabeza, porque de cuello tenían un diminuto resorte; los novios y los músicos. Tampoco faltaban los abundantes retoños de maíz, maicillo y arroz, figurando grandes y verdes sembradíos. Los montones de musgo para la venta

esparcidos sobre los andenes adornaban el ambiente callejero. San José, la Virgen, el Niño Dios y chivos blancos guiados por pastores relucían entre la gran cantidad de muñequitos. Los barbudos reyes magos se veían impecables sobre los camellos. En los nacimientos no faltaba el "palo de zope", árbol sin hojas cargado de esas negras aves de rapiña vigilando, como para volar hacia el animal muerto tirado en el suelo y devorarlo. Valga decir que todos los muñecos son elaborados de barro.

La gente iba pensando en los chiriviscos de café que colocaría como árbol navideño. Los cipotes encumbrábamos piscuchas. Las clases, a esas alturas del año, ya habían terminado. Los cortadores de café dormían en los portales, de donde partían rumbo a las fincas en el occidente del país.

A la orilla de las pozas de los ríos que circundaban la ciudad y a un lado de los cañales en flor, los cipotes titiritábamos del frío sobre los talpetates que bordeaban el agua. Otros chimboleaban y cangrejeaban río abajo. Engañábamos el estómago chupando caña. Los cañales en flor anunciaban el olor y la miel de las moliendas.

Los muñequeros, artesanos del barro, eran especialistas en hacer figuras y diseños. Doña Marta Rosales de Solís creó los palos de zope; y en su casa las muñequeras se repartían el trabajo: unas armaban los palos, otras los zopes, otras los resortes que hacían que pareciera que las aves prendidas del palo se movían como para alzar el vuelo. En la calle, sobre el andén, se asoleaban las partes que iban a componer el palo de zope, para, ya secas, armar la obra, hornearla y pintarla.

El barrio El Calvario era el distinguido como "el de los muñecos de barro"; pero las muñequeras se encontraban dispersas en

toda la ciudad y se especializaban solo en elaborar partes. Se acostumbraba comprar por brazadas; se encargaban brazadas de zopes, de resortes, de palos y hasta de chuchos muertos. Los pichinguitos se vendían en Ilobasco y se exportaban a todo el país.

La primera semana de diciembre llegaban los camiones desde Guatemala, y las jugueteras enviaban el producto de todo un año para ofrecerlo en la capital chapina y otros pueblos del país; y así se exportaba la tradición. Gratitud a aquellos artesanos del barro: don Miguel Nerio, que por muchos años, en esa esquina —hoy a un lado de la iglesia El Calvario—, hizo del taller de loza todo un acontecimiento, ya que su producto modelado en el torno hizo llegar al pueblo comerciantes de todo el país y hasta de Honduras; doña Dominga Herrera, que diseñó e institucionalizó las miniaturas; don Juan Córdova, famoso por sus bien ponderadas pistolas; don Ramón López, Moncho, con sus finos y variadas producciones; doña Tomasa Rosales, doña Marta Rosales de Solís, don José Antino Herrera y muchos otros, también ya fallecidos. Todos estos crearon e hicieron del barro cosas bonitas en Ilobasco y proyectaron la ciudad. Ellos ya murieron, pero han dejado un legado que perdura y hace de Ilobasco lo que es, la "ciudad del barro".

Mientras tanto, artesanos como Gerber Romero, José Aarón Flores, María Veraliz Estrada, el maestro alfarero Marco Antonio (Toño) Hernández, entre otros, pues son verdaderamente muchos que, hoy en día no solo proyectan la ciudad nacional e internacionalmente sino que forman nuevos artesanos y con ello contribuyen al desarrollo de la creatividad y ofrecen las herramientas necesarias para que ellos puedan ganarse el sustento diario. Esto es digno de apreciar y valorar.





Don José Antino Herrera con ceramistas de la ciudad. Año, 1975.

Foto proporcionada por: Iván Montesinos.



Pichinguitos de Ilobasco.

Foto proporcionada por: Esteban Erasmo Flores.

De cuando existió El Danubio

En la década de los sesenta, la tranquilidad en el centro de Ilobasco era tan grande que había ancianos que hacían la siesta hasta recostados en los largos y amplios sillones de cemento colocados debajo de los almendros y los palos de mango, a uno y otro lado del centro del parque. De esquina a esquina se divisaba, con frecuencia, uno que otro perro aguacatero, con la lengua de fuera, atravesar los pasillos encementados del parque para ir a salir a las calles empedradas que rodeaban ese punto de encuentro. Eran esas calles empedradas que resplandecían por el ardiente sol del mediodía. Los zapateros, los limpiabotas y los vendedores de sandías alejaban el sueño de la tarde, espantando moscas que no dejaban en paz las tajadas de la fruta sobre una mesa listas para la venta; y los otros pasaban el día contando leperadas.

A las dos de la tarde, los ancianos despertaban al sonido de los campanazos de la iglesia. El sacristán abría las puertas del templo y los viejos dejaban los sillones y se encaminaban al santo y fresco recinto para rezar o para seguir durmiendo. Las rezadoras —conocidas por todos y amigas de los padres— atravesaban el parque en carrera para pasar la calle que daba directamente a las gradas de la iglesia; y entraban apresuradas

al templo. Un temor de ser piropeadas por los bolos y los lustradores de zapatos se apoderaba de ellas, por eso más de alguna caminaba entre el parque y las calles con camándula en mano.

En los chalés de las señoras Hilda Herrera, Teodolinda Euceda, la Lola y Marquín Andrade, entre otros, a un lado del portal, se ofrecían frescos, gaseosas, licuados y cervezas a los empleados de la alcaldía, los juzgados y a las vendedoras de almacenes. Era el lugar de la plática, de encuentro; no había salones, y ofrecían también música ranchera para los del campo los fines de semana y música de trío y boleros para los del pueblo. Era en el parque y sus alrededores en donde se informaba de las tristezas y alegrías de los lugareños.

Pero fue cuando doña Hilda Herrera crea el cafetín El Danubio que la cosa cambió, ya que es entonces cuando se conforma el primer cafetín formal en la ciudad y el punto de reunión de clubes altruistas y deportivos. El Danubio fue el centro de convenciones del Club Deportivo El Roble;[58] y más que cafetín, para muchos, el lugar era considerado como una especie de club social. Frecuentado por conocidos y extraños, fue el primer cafetín que introdujo la cultura de las boquitas: chacalines, jocotes, mangos, galletas con jamón, costillas al gusto y plátanos fritos, que acompañaban las cervezas, a 40 centavos al tiempo y a 50 heladas.

---

[58] El club deportivo El Roble es un tema digno de estudiarlo por separado ya que este equipo de fútbol da para mucha historia que contar y desde sus orígenes ha hecho que sus pobladores, en algunos momentos mas que otros, se sientan orgullosos de su lugar de origen y por ende de su equipo. No obstante recomiendo ver: Ramón D. Rivas: Ilobasco. Una aproximación histórica y antropológica. Tecnoimpresos. San Salvador, El Salvador, 2000. Págs. 379-380.

De un tocadiscos, de acetatos de 45 revoluciones por minuto, se escuchaban canciones de Pedro Infante: *"¡Amorcito, corazón, yo tengo tentación de un beso...!"*, y de Javier Solís: *"¡Si me llaman el loco... porque el mundo es así...!"*.

El Danubio, con sus cortinas de pajillas con cajuelas, fue también famoso por sus licuados de naranja, cebada, melón y plátano, hechos a mano en coctelera, trasto sencillo que se utilizaba para batir, ya que no existía la licuadora eléctrica, y los espumosos batidos con molinillo de madera. Pero los licuados de tiste —una ricura de maíz tostado, canela, vainilla y azúcar— eran los preferidos por todos y hasta por los engomados. Allí se planificaba cómo hacer negocios, conquistar una novia, ganar una diputación y hasta se coordinaban las estrategias electorales para ganar la alcaldía; pero también se lloró por pérdidas y decepciones del alma.

«El Danubio fue invento de mi mamá; y nos hizo lo que somos» —me comentó el abogado Sigfrido Herrera—. En este restaurante no solo se experimentó con la primera licuadora, sino que también se instaló la primera fábrica de hielo de la región, que fue conocida como fábrica de hielo ardiente, comprada por doña Hilda a doña Julia *Hielo ardiente* Cantor. La emprendedora señora adquirió, además, la fábrica de helados con todo y las fórmulas del producto a los hermanos Anchieta, que habían llegado de Santa Ana. Ilobasco se ha caracterizado por ser cuna de gente laboriosa y emprendedora, y con ello nos dejaron un buen ejemplo.



Doña Hilda Herrera, propietaria del cafetín El Danubio. 1972.

Foto: Cortesía del abogado Hugo Sigfrido Herrera.



Doña Hilda Herrera al lado del cafetín El Danubio, acompañada de sus hijos Livania Herrera, Sigfrido Herrera, Hilda Cecilia Herrera y Marvin Herrera. 1972.

Foto: Cortesía del abogado Hugo Sigfrido Herrera.

De la celebración del mes cívico

El 15 de septiembre, las escuelas de Ilobasco, desde antaño y por tradición, celebraban la independencia nacional de España en 1821. En el entonces poblado, desde mediados de 1900, la municipalidad y las escuelas eran las de la iniciativa de tal celebración; pero fue hasta 1957, bajo la presidencia de José María Lemus, que se decretó el calendario cívico escolar y se estableció oficialmente el 15 de septiembre como Día de la Independencia Nacional. Desde entonces, Ilobasco no fue la excepción; en las escuelas, desde el uno de septiembre, se celebraban actos cívicos. Formados y firmes frente al pabellón nacional, los alumnos dedicaban un día a cada país centroamericano toda la primera hora de la mañana, y se cantaba el himno del país elegido, pero después de haber cantado el nacional. Un alumno sobresaliente de cada grado rezaba la "Oración a la Bandera". Los símbolos patrios nacionales y de otros países centroamericanos se colocaban sobre un improvisado altar; corredores y paredes eran adornados de banderas y fotografías de los próceres.

La alcaldía, desde el primer día de septiembre, colocaba en las principales calles banderas y gallardetes de color azul y

blanco, hechas de papel de china; y frente al edificio se izaba la bandera todos los días acompañado del retumbo pausado de morterazos a las seis de la mañana; y se guardaba hasta las seis de la tarde con el mismo estruendo. La fachada de la iglesia San Miguel era adornaba con los colores del Vaticano y del país.

Los actos cívicos terminaban el 15 de septiembre a las seis de la tarde. Ese día, los estudiantes desfilaban por las principales calles de la ciudad bajo el ardiente sol o la persistente lluvia de la época.

Ya desde 1950, cada escuela iniciaba el desfile en la entrada de la ciudad. Desde allí partían los estudiantes hasta el parque central en donde las autoridades civiles, religiosas y militares recordaban en sus discursos las hazañas de los próceres.

Encabezaban los desfiles los mejores alumnos que cargaban la bandera seguidos por una o dos cachiporristas, que bailaban empapadas de sudor sobre las empedradas calles al compás de las marchas que entonaba su "banda de guerra"; y seguían los alumnos, para terminar con un equipo con botellas de agua para auxiliar a los que sufrían de cansancio por el inclemente sol.

Desde finales de julio de ese año, ya se podía escuchar en toda la ciudad el retumbo de los tambores que ensayaban. El día esperado, todos los estudiantes asistían con uniforme nuevo, y los integrantes de las "bandas de guerra" vestían distintivos y elegantes trajes. Cada año eran diferentes. Cada escuela se elegía una cachiporrista.

En la década de los setenta, la escuela "Sor Henríquez" se distinguió con la profesora Virginia de León y Lilo Hernández; la primera, por su elegancia corporal; y el segundo, por ser aclamado por las jóvenes de la época. Los desfiles eran alegres y las cachiporristas y las integrantes de la banda mostraban lo que tenían; y ningún sacerdote se asustaba o gritaba que eso era indecente, o más bien pecado, como sucede hoy.

Cada escuela contribuía para esa festividad cívica con lo que podía. Había un gran esmero por sobresalir y ganar el primer lugar en concursos alusivos. Las fiestas patrias, con sus desfiles, han sido quizá las actividades que en otros tiempos dieron más trabajo a los sastres, padres de familia, docentes y a los alumnos; pero era un acontecimiento esperado por todos.



Alumnos de la escuela "Bernardo Perdomo", desfilando el 15 de septiembre en la avenida "Carlos Bonilla". Ramón D. Rivas tocando el redoblante al inicio del grupo. Año, 1969.

Foto proporcionada por: Lázaro Flores.

De cuando empezó la farmacia Cruz de Magdalo

La farmacia Cruz de Magdalo (entonces botica Cruz Roja), con su peculiar aroma —mezcla de químicos, medicinas, alcohol, y otros— avisaba su inmediata presencia en el lugar. Fue fundada cuando los mismos médicos preparaban las medicinas. El recetario era don Raymundo Acevedo. Él era quien preparaba las fórmulas, y de allí salían la pomada La hedionda, contra inflamaciones; el yodo y el azufre, para cicatrizar heridas y granos; el cerato simple, efectivo cicatrizante; El soldado, para curarse de las chichuizas, y el ungüento de Altea, que frotado cura el catarro de pecho; el Papel 50 curaba el dolor de muelas; los purgantes para limpiar el estómago; los jabones contra piojos; y el aceite de hígado de bacalao, para cipotes en edad escolar.

La Cruz de Magdalo es la farmacia más antigua de Ilobasco. Graduado de Medicina en la Universidad Nacional de El Salvador, en 1904, el doctor José Magdaleno Abarca emigra al poblado de Santo Domingo para fundar la botica local; pero en 1905 se radica para siempre en Ilobasco, cuando se casa con doña Elisa López, miembro de las familias fundadoras de la ciudad, y crea la entonces farmacia Cruz Roja. Era la botica del *Almanaque Bristol* y de los calendarios de fin de año que

colgaban de paredes y canceles en las casas del pueblo. Además de médico, el doctor Abarca fue alcalde, juez y diputado en la época cuando Maximiliano Hernández Martínez era presidente de la República, en compañía de todo su gabinete, quien lo visitó varias veces para almorzar con él.

Aquel era el tiempo en que a los médicos, la gente, en agradecimiento, les regalaba frutas, gallinas y hasta las primicias del maíz y frijol del año. El médico valía, se le respetaba. Estudiar medicina significaba saber francés, pues "el conocimiento venía de Francia". Hoy es doña Carmela Abarca la heredera de la tradición; y, aunque no es médica de profesión, es la mujer más conocida del municipio, y, a sus más de ochenta años, muchos radicados en los Estados Unidos añoran sus medicamentos y prácticas recetas.

«Mi papá me llevaba para que le ayudara, y así aprendí las fórmulas para hacer medicinas» —dice ella—. Los domingos se forma un desfile de gente preguntándole por cualquier medicamento. Cientos de medicinas albergan los estantes, y la buena señora sabe dónde se ubican y para qué sirven. «Fíjese, niña Carmela, que no me baja la leche, y por más que me aprieto la chiche solo una gotita me sale» —le decía una mujer—. «Tome levadura de cerveza o las pastillas de leche de magnesia» —le recomendó—. «Es que la mujer, desde que sale embarazada, debe comer bien y de cuando el cuando tomar vitaminas» —comenta—. Los casos graves son remitidos al médico, y nunca se ha atrevido a recetar penicilina. «Las reacciones en el cuerpo son diferentes; es peligroso» —afirma.

* Doña Carmela Abarca, Murió pocos años después que el autor llevara a cabo la entrevista con ella.

Los jarabes que se han hecho por décadas en la farmacia son el balsamito, la esencia coronada y el de hierbabuena, que son efectivos contra el dolor de estómago; pero el tónico y el agua de quina hacen que nazca el pelo. El invento de doña Carmela se llama Espíritu de la Ciguanaba, ungüento que cura las inflamaciones, el reumatismo y los dolores artríticos. En toda la región, mucho antes de que existieran las boticas, fueron las enfermedades asmáticas y las intestinales las más frecuentes. En 1940, el padre Ayala atribuía esas dolencias al hecho de que la ciudad era húmeda y a que en verano azotaban vientos cargados de polvo. Honor a aquellos que hicieron de la medicina un medio para sanar y probaban con lo que la naturaleza les ofrecía para curar. Era el tiempo de la creatividad, en donde aprender de memoria era perpetuar una práctica útil.

Del recuerdo de las moliendas en noviembre

Cuando los vientos de noviembre se dejaban sentir no solo levantaban el polvo de las calles empedradas, sino que traían diversos aromas entre malos olores. En Ilobasco, en la entrada de la ciudad y a un lado de la cárcel, estaba la molienda de don Pedro Escobar; y aunque la niña Paca, su esposa, no era mezquina con la dulce espuma, que se producía al hervir el jugo de caña en el perol, la gente prefería visitar las moliendas del contorno de la ciudad para degustarla. Allí eran famosas las moliendas de los Rivera, los Fuentes, los Alfaro, los Crespín, los López, los Abarca y muchas otras.

Por todos lados, en las partes planas que circundaban el municipio, se observaban los cañales, que cuando floreaban recordaban aquel inspirado poema de Alfredo Espino que rezaba: *"¡Eran mares los cañales que yo contemplaba un día...!"*.

En la época también abundaban los maicillales, que con el viento se mecían como arena floja en el desierto. Bandadas de codornices surcaban el cielo y los abundantes conejos cruzaban los caminos. Eso sí, en todas las entradas a Ilobasco se podían ver las carretas tiradas por bueyes, cargadas de caña

rumbo a las moliendas. Los caminos se llenaban de zanjas por el filo de las ruedas, y el hedor a desechos de vaca se confundía con el aroma que salía de las moliendas. Los cielos eran claros por efecto del viento, y no era extraño también ver bandadas de azacuanes que emigraban de norte a sur.

Eran procesiones de jóvenes y viejos, en grupo, los que se dirigían rumbo a las moliendas, y algunos hasta llevaban guitarra. Se cantaba solo por cantar, y se les entonaban canciones a las mujeres. Entrada la madrugada, la gente regresaba a sus casas en el pueblo. Más de alguno recuerda su primer encuentro, en la época de la zafra, con la que después llegó a ser su novia, y que ahora ya son abuelos o bisabuelos.

Durante la noche, el bagazo de la caña tendido sobre el suelo, retorcido por los dientes de los trapiches de palo, parecía una extraña alfombra natural al ser iluminada por los reflejos plateados de la Luna. La gente se arrimaba a los peroles para saborear a dedazos la espuma. La molienda, como tal, era toda una organización. Así, había cañeros, carreteros, moledores, un puntero que tocaba la miel hirviente para tantear el punto, sacatrapos y horneros. Todos tenían su propia tarea. Se trabajaba día y noche.

La primera espuma se conocía como mozote, y nadie la probaba; pero luego iba apareciendo la espuma negra; y, a medida que pasaba el tiempo y se atizaba el fuego, empezaba a salir, poco a poco, el vicio, la miel del dedo, la miel de mesa, que era la que ya casi daba el punto para sacar la perolada y cuajarla en los largos moldes de palo de mango, que tenían tallados a mano huecos grandes en forma de vaso, para producir el dulce de panela. Las mujeres, una vez frío y endurecido el dulce,

envolvían en tuzas dos trozos, uno junto a otro por uno de sus extremos, y lo ataban con pita de tule, por eso ya terminados se conocen como "atados".

En las esquinas y contra las paredes de adobe los montones de atados se apilaban, para luego ser colocados en una matata de pita para ser transportados en carreta los domingos a primera hora. Allá, en el pueblo, los compradores del dulce se apostaban a la entrada; y eran ellos los que se encargaban de distribuir el dulce por todos los rincones del país. La gente disfrutaba empezando por el jugo de caña para terminar con la miel del dedo, la melcocha y los batidos, y ya empalagados no quedaba más que correr en busca del cántaro de barro rebosante de agua fresca que estaba sobre un yagual hecho de bagazo de caña debajo de algún amate, que eran árboles que abundaban en la zona de la molienda. Una guacalada de agua era suficiente para calmar la sed, para pronto volver a los peroles llenos de rica miel hirviente y seguir saboreándola.

Mientras tanto, los encargados de batir la miel en los peroles no perdían tiempo; y con su movimiento hacían bailar las paletas de madera que golpeaban contra el perol la miel a todo vapor, produciendo un sonido hueco pero con ritmo. La gente improvisaba las cucharas de pencas de piña y de las mismas cáscaras de caña para saborear la miel, acostumbrados a reconocer el mero punto de cocción. Junto a los peroles con la miel hirviendo, se cuchareaba la espuma hasta volverse a empalagar.

Los bueyes daban vueltas y vueltas moviendo el trapiche que trituraba la caña, y el molendero los hacía caminar llamándolos desde "pajaritos" hasta "bueyes hijos de puta"... Más de algún emborrachado con chaparro, abundante en esos tiempos,

opinaba que a los bueyes ni tiempo les quedaba de bramar; a lo que otro compañero de la misma botella le respondía que a lo mejor los bueyes se habían mareado de tantas y tantas vueltas que le daban al trapiche, que hasta la hacían rechinar.

De cuando los jueces de Paz provenían de gente "notable"

Hasta más o menos 1930, en Ilobasco, además de los alcaldes, los regidores, los alguaciles, también conocidos como comisionados cantonales, existía el gobierno militar formado por un comandante, un sargento, la compañía de a pie y de montados, que se encontraban acantonados en el cuartel de la floreciente ciudad, precisamente a un lado del hoy excine Palace.

En cada cantón había comisionados, los que a su vez citaban a los hombres del municipio cuando se tenía que integrar una determinada misión ordenada por el alcalde o el sargento. Lo mismos comisionados eran los encargados de organizar la patrulla, campesinos lugareños que en forma desalmada se encargaban de cumplir al pie de la letra las órdenes. Eran ellos los que amarraban y golpeaban a los dueños de sacaderas, y no les importaba que fueran hasta sus mismos familiares.

Los patrulleros, en determinados períodos del año, se encargaban de perseguir y capturar, a como diera lugar, a sus mismos coterráneos, para luego ser remitidos a prestar servicio militar en los diferentes cuarteles, de los que abundaban en el país. En Ilobasco había toda una jerarquía en lo referente a los que celaban por el orden del lugar. Así, los jueces de Paz eran siempre

miembros del partido en el gobierno, y los secretarios en los juzgados eran sus vigilantes, ordenanzas solapados; y durante las fiestas hasta servían de meseros de los diputados, a su vez, el alcalde hacía lo mismo con los diputados del lugar.

Los secretarios del juzgado y la alcaldía eran empíricos; podían ser zapateros, albañiles, etc. Su deber solo era firmar; y si no podían se les permitía poner sus huellas digitales. Se cuenta que, una vez, en el reconocimiento de un cadáver, la descripción de juez decía que "el muerto tenía los ojos con rumbo al infinito".

Los funcionarios eran miembros activos de los partidos políticos. Fueron varias las veces que nombraron a un juez que no podía leer ni escribir; pero sí podían firmar, y eso era suficiente.

Hasta 1960, los alcaldes eran los que nombraban a los policías. También, en esa época, los diputados mandaban, quitaban y ponían autoridades en el pueblo. Por ejemplo, en Ilobasco, don Miguel Arévalo Peña, siendo diputado por el Partido de Conciliación Nacional, PCN, en la década de los sesenta, cambió la solemnidad de la fiesta de la Inmaculada Concepción, en diciembre, para la fiesta de San Miguel Arcángel, en septiembre (el mes de su onomástico).

Los jueces reconocían cadáveres, inspeccionaban terrenos, y esto, algunas veces, se daba a "control remoto" desde la oficina. La cuestión es que el secretario del Juzgado preguntaba, en el lugar de los hechos, si había persona alguna dispuesta a servir de testigo. De peritos se buscaba a dos personas honorables del pueblo, que supieran leer y escribir; y ellas se encargaban de señalar las heridas del muerto. Se buscaba informantes de credibilidad.

Don Roque Osorio, don Tomás Ticas, don Eulalio Guardado, don José Parker y el doctor Adalberto Sotero Orellana sirvieron, constantemente, como jueces de Paz. El primer médico forense fue don Magdaleno Abarca, y le siguió el doctor Gustavo Marenco. Los jueces hacían lo que decía la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda, y se basaban en los informes que dejaba el denunciante. Para proceder, era importante la opinión del sargento de la Guardia Nacional para poder pasar el caso al Juzgado de Primera Instancia (Juzgado Superior). Se trataban casos como robos y homicidios (por lo general a machetazos).

Era la época en que pobladores del cantón Las Huertas llegaban y se mataban entre familias durante las fiestas en el pueblo. Hacían su propia justicia. Se mataban en los alrededores de la cantina de doña Teodolinda Euceda, frente al parque central. Hasta los primeros años de 1990, los jueces eran nombrados a dedo. Se suponía que el puesto era alcanzado por méritos, pero la realidad era diferente.

De las virtudes de la camioneta de Rafa rumbo a Sensuntepeque

Aguilar-González es el nombre de la camioneta, y la ruta es 529. Ilobasco-Sensuntepeque es el trayecto. Rafael González, más conocido en Ilobasco como Rafa, es el motorista. Son tres viajes todos los días, y la jornada inicia a primeras horas de la mañana. Temprano y al medio día, abundan los estudiantes y maestros que el bus recoge a un lado de los amates y palos de mango a la orilla de la calle, para dejarlos en las escuelas que a uno y otro lado de la calle se avizoran a lo largo del trayecto entre las tres ciudades, ya que San Isidro está de por medio.

Hombres mujeres y niños suben y bajan en las paradas; pero las que más abundan son las comerciantes, que con sus canastos repletos de verduras, loza, gallinas y hasta quién sabe qué otros comprados y cosas bajan de sus cabezas sobre las gradas de la puerta de adelante del bus, para de inmediato arrinconarlos en los pasillos y meterlos por debajo de los asientos. El pescado fresco y oreado deja un olor que penetra hasta los últimos rincones de la conciencia de los pasajeros, a lo mejor más preocupados en prevenir que no les ensucien sus mudadas al inicio del día.

La gente, en el bus, casi no habla; aunque parece ser que todos se conocen. Rafa está siempre pendiente, lo conoce toda la gente que aborda el bus. Alguno que otro le cuenta sus travesuras, otro, alguna chabacanada, y por allí sale uno con algún presente. «La gente es buena. Me siento como un trabajador social. Hay veces que la gente me regala de cualquier cosa que traen, reconocen el trabajo que uno hace —afirma—. Es la misma gente con la que se trabaja, y, cuando hablan en el bus, siempre se refieren a lo mismo: hijos que no estudian, que se fueron para los Estados Unidos, que no cayó el agua, que la humazón de los buses y hasta de lo caro de la vida.»

La cuestión es que —de acuerdo con Rafael— también hace viajes de Ilobasco a San Salvador. «La gente que viaja de Ilobasco a San Salvador, da la impresión de que es otra; se ve más tensa, como más preocupada, mientras que aquellos que hacen el trayecto Ilobasco-Sensuntepeque como que, de una u otra manera, aún participan de la vida pueblerina. Son otros... más confiados, más amables, serviciales. Es como que hay más solidaridad. Por lo menos, esa es la impresión.»

Pero lo romántico de la viajadera en bus en el interior del país se complica cuando Rafael cuenta que el único que valora al motorista y al ayudante es el pasajero, ya que de los dueños de los buses no hay mucho que esperar. Cuenta el ejemplo de lo que recientemente está pasando en la ruta 111, de Ilobasco a San Salvador. «Aquí, el empresario ha obligado al dueño del bus a que el motorista pague por adelantado por cada salida.» Eso es como una garantía para el dueño del bus, en caso de que no haya muchos pasajeros. «Con esta medida hay días que el trabajador paga por poder trabajar. La disposición la han tomado los empresarios, argumentando que el dinero

entregado es una especie de ahorro para pagar al final de mes al motorista que ha abonado, pero cuando al final del día hay que hacer cuentas y no se ha llegado a la cuota establecida, ¡ay, mamita! Ahí sí que el ahorro se te va haciendo cada vez menos... Esa es una medida arbitraria que, en vez de favorecer, desfavorece al que quiere trabajar.» Así me dijo un desmotivado Rafael, que quiere trabajar, pero que el truco del empresario lo ha hecho meditar, y ahora comenta lo que está pasando con los motoristas en Ilobasco.

De cuando se despedía el Año Viejo

Entre alegría y tristeza, por el año que estaba por terminar, los logros, frustraciones y hasta pérdidas de toda índole ocurrida durante los doce meses que casi expiraban, la gente se preparaba para celebrar la Nochebuena. En el mercado, toda la semana las tumbillas cubiertas con redes mecate, con pequeños palos al centro para estas, enjaulaban a las gallinas y los chumpipes que iban a ser presa de la gente, y las amontonaban sobre los andenes como cualquier otro bulto.

La costumbre era comer gallina o chumpe en la Nochebuena. En las salidas del pueblo y a la sombra de los copinoles y a la orilla de los cercos de piedra, los días previos a la fiesta, las revendedoras se abarrotaban para negociar con los campesinos que llegaban desde sus cantones con las gallinas y los chumpipes bajo el brazo, como si se tratara de periódicos enrollados.

Bestias con la leña a cuestas eran atajadas también por los comerciantes, quienes negociaban la carga, ya que era codiciada, pues la gallina o el chumpipe tenían que ser cocinados con fuego atizado de leña de cicagüite; de lo contrario —de acuerdo con la creencia popular— el sabor de la carne no era como debía

ser. Las mujeres cocinaban toda la mañana para, al mediodía, tener listos los tamales, los nuégados y el plato principal: el gallo en chicha o el chumpe horneado.

El resto de la familia se alistaba para la fiesta, que daba inicio al empezar la tarde. Los radios y tocadiscos retumbaban de casa en casa; y como coro desafinado se escuchaba: *"¡Yo no olvido al año viejo, porque me ha dejado cosas muy buenas! ¡Me dejó una chiva, una burra negra, una yegua blanca y una buena suegra! ¡Ay, yo no olvido...!". "¡Faltan cinco pa' las doce, el año va a terminar, me voy corriendo a mi casa a abrazar a mi mamá...!"*. En el parque, los vendedores de billetes de lotería a gritos pronosticaban el "gordo" de inicio de año.

Algunos años llegó un hombre con una jaula, y en ella tenía tres canarios que sacaban con su pico una tarjeta al que pagaba; y se la entregaban a este. En la tarjeta estaban los augurios del nuevo año. Pero también, a tempranas horas del día, la gente se vestía con las mudadas compradas para la ocasión, y los cipotes, al caer la tarde, ya quemaban pólvora; para rematar, con todo, a medianoche, cuando el reloj de la parroquia comenzaba a marcar el primer campanazo antes de las doce de la noche. Algunos, en la ciudad, los alternativos, pasada la reventazón, brindaban al unísono con el poema "Brindis del bohemio", de Guillermo Aguirre Fierro.

La gente asistía a la misa a las 11 de la noche para procurar estar en sus casas a las doce en punto, antes de la "reventazón". Cuando el reloj marcaba las doce en punto, era la hora de los abrazos de Año Nuevo. La gente salía a las calles a recorrer los barrios para dar el abrazo; y era la única vez en el año que pobres y ricos se abrazaban, y los jóvenes se aprovechaban

de la ocasión para concretizar lo esperado todo el año y poder abrazar a la bicha de sus sueños, aunque fuera un abrazo estilo rozón.

Pero la fiesta seguía, y a medida que se hacía más de madrugada la reventazón iba mermando; pero en muchas casas las fiestas familiares se habían convertido verdadero encuentro de conocidos y desconocidos; se bailaba, se comía, se bebía y más de alguno terminaba llorando de alegría o de tristeza o simplemente por el efecto de la embriaguez. En la calle se seguía gritando... ¡Feliz año nuevo!

De lo que queda de las ventas de jarcia

En las ventas de jarcia, el plástico está reemplazando los productos tradicionales; y esto lo constaté en la tienda de don Manuel Francisco Estévez, quien atiende el negocio que heredó de su padre, don Manuel Estévez, hace casi cincuenta años, cuando decidieron, de una vez, radicarse en Ilobasco, en el centro del mercado y frente a los puestos de pescado seco, queso duro, verduras, medicinas, fritanga y muchas ventas más. Es uno de los pocos negocios que comercia infinidad de variadas cosas, como los derivados del henequén, cuero y hierro en todo el poblado.

Seguro es que, al desaparecer los campesinos, desaparecerán también estos productos. La venta de jarcia —que ofrece productos ya utilizados en las épocas prehispánica, colonial y contemporánea— ha tenido un fuerte carácter utilitario; y ahora se ve entre el desprecio y el olvido por una sociedad que, ya sea por factores tecnológicos, modernistas, demográficos y principalmente por los efectos de la migración, dentro de poco se podría echar al baúl de los recuerdos.

Un hecho evidente es que lo sintético está sobresaliendo. En otros tiempos, los campesinos llegaban a la tienda, cuando

querían equipar una bestia, y pedían utensilios para ensillar un caballo de montura, para lo que usaban frenos forjados de hierro, cabezada y cincha de montura de henequén, riendas de cuero crudo, montura de cuero curtido y herraduras (hay herrajes para mulas y para caballos. La mula tiene el casco más pequeño). El jinete necesitaba también de espuelas de hierro para puyar el animal.

Los machos de carga requerían de aparejo de cuero crudo y de cincha de puro cuero o de henequén para socarlo contra la panza de la bestia; cinchas de rienda para amarrar la carga sobre el aparejo, también de henequén; una tenedora colocada debajo de la cola del animal, de puro cuero, que servía para sostener y para que la carga no se resbalara para adelante; correa para amarrar la cincha del aparejo, de puro cuero; albardón, manta hecha de tule y tejido montada sobre el lomo del animal; herrajes, jáquima de hierro, camorra de metal puesta en la trompa para mantener amarrada la bestia.

Pero la tienda de don Francisco ofrece más, ya que allí había cebaderas (para manguear, llevar almuerzo, pescar y para que no mamen los chivos), matates, escobas; lazos normales y trenzados, que se venden por varas y brazadas; pitas para encordelar camas, todas de mescal; petates de tule y pliegos de henequén para las tijeras; mantillones de lana (pelero para las bestias), escobas de palma, sombreros, barbiquejos, piedras de afilar, machetes y guarizamas, puntas para arar y hasta cepillos cola de caballo, conocida como cerda.

Son los campesinos los que compran estos productos, pero el futuro se avizora incierto en la tienda, ya que la gente del campo también emigró, dejó sus tierras, sus animales, y ya

no se dedica a la agricultura. Es solo cuando van a trabajar la tierra que los campesinos necesitan de la cuma, la puya, el chuzo y la piedra de afilar. En los lugares donde se producía el henequén, allá en oriente, la gente también emigró; y con la facilidad del vehículo, son pocos los que aún prefieren el caballo. Ahora lo que hay son campesinos ya acostumbrados al plástico; y los que han podido ya cambiaron los caballos por camiones, y con ello a la venta de jarcia le espera un futuro incierto, quizás de extinción.

De cuando el cine Palace era lo que fue

Comenzando la década de los sesenta se inaugura un lujoso, moderno y elegante edificio en Ilobasco que serviría como cine y demás presentaciones. Su nombre sería Cine Palace, y se estrenó con una película del actor mexicano Mario Moreno, *Cantinflas*, titulada "La vuelta al mundo en ochenta días". De una vez, el Palace se convertiría en la única diversión en el poblado, desplazando la sala de cine de don Carlos Cañas, ubicada frente a la farmacia Cruz de Magdalo, y que luego se transformaría en el billar de los hermanos Garay.

El cine Palace se convirtió en el atractivo de todas las noches, y la gente entraba a ver la película no sin antes haber comprado su cartucho de cacahuete o pepitoria y las garrapiñadas, que eran los cacahuetes acaramelados en pequeñas bolsas de papel de celofán. La sala de cine se dividía en luneta y preferencia. Las parejas de novios buscaban el mejor rincón. Las películas preferidas eran las mexicanas.

Los domingos por la mañana se ofrecía la *matiné* con películas de aventuras de Tarzán; de lucha libre, con El Santo, el enmascarado de plata, como ídolo, y sin faltar las de vaqueros.

Los momentos tensos de las películas eran interrumpidos por algún gracejo que gritaba expresiones obscenas, como: "¡Por qué tan callados hijos de...!". Que de inmediato era respondidos por otro desbocado con la frase: "¡Porque se murió tu madre...!". La gente celebraba con silbatinas.

Como muy bien lo definía el periodista Iván Montesinos: «El cine fue un espacio que llegó a romper las barreras sociales de la época». En sí, Ilobasco era una sociedad clasista en donde los grupos sociales clasificados como "jailai" (de *high light*), "las mengala" y "los fueranos" se disputaban a diario un espacio social. La gente asistía a los espectáculos ofrecidos en el cine, pues también allí se presentaban veladas, recitales de poesía, conciertos de música de cuerda y de viento por orquestas locales e invitadas, y hasta las escuelas graduaban a los estudiantes en ese flamante local, con entusiasmo y con el deseo nato de divertirse.

La guerra a inicios de los ochenta, y con ello los constantes estados de sitio, contribuyó al deterioro del edificio, lo que lo llevó al abandono y, por ende, a su muerte como el centro ilobasquense de los espectáculos. Desde esos años, el edificio en abandono ha sido utilizado esporádicamente para actos públicos. Y hoy en día, la parte de arriba es sede de la Cruz Roja, y en la entrada han sido ubicados los que limpian y remiendan zapatos.

Ya con la creciente tecnología, en la que la televisión transmite películas novedosas que se pueden comprar pirateadas por doquier, el cine recibió el tiro de gracia; y con ello murió una sana costumbre que sirvió como forma de socialización de la comunidad. Por ahora, el destartalado pero aún en uso inmueble se encuentra en una disputa entre la alcaldía

y el Ministerio de Gobernación, pues la primera reclama el terreno y el segundo el inmueble. Sea lo que sea, este impase ha impedido que instituciones socioculturales aprovechen el espacio para rescatarlo y ponerlo al servicio de la cultura, sobre todo en una ciudad pujante en el comercio pero que carece de espacios recreativos.

De las aventuras de Lázaro con la fotografía

Llegó a Ilobasco a la edad de los 12 años procedente de San José, uno de los dieciocho cantones que conforman el municipio. Su nombre es Lázaro González. En otro tiempo se caracterizó por una espesa barba y uñas largas, pero ahora, con su barba recortada, comienza a recordar cosas del pueblo y a narrar las peripecias de su oficio. Primero trabajó como ayudante de albañil, luego de sastrería y hasta de zapatería.

Fue en la entonces Foto Versiano, de don Miguel Ángel Serrano, donde, al ver las fotos que colgaban de las paredes como reliquias del pasado, supo que había nacido para ser fotógrafo. «Ya de pequeño me gustaba pintar, y aún guardo un cuadro de 2x2 pulgadas. Cuando niño pensaba que el dibujo y la fotografía era lo mismo, me gustaba hacer dibujos» —me dijo—, a la vez que abría la puerta que daba a una bodega en su pequeño estudio, donde guarda cientos de fotos desde mediados de los sesenta.

Allí, entre el montón, estaba el cuadrito, que interpretaba un paisaje de montañas y nubes. «Este es el cuarto de los recuerdos. Aquí guardo en fotos la historia física de la gente y

los cambios que ha sufrido Ilobasco desde que era empedrado, luego adoquinado y hoy ya asfaltado. La fotografía es mi vida», decía mientras me mostraba diferentes cámaras que ha usado en su oficio y arte.

«Nunca pienso usar cámaras digitales. Nunca. Los fotógrafos profesionales no debemos usar eso. Eso se llama fraude a la profesión. Los fotógrafos profesionales como yo hacemos la foto y la revelamos en nuestro propio cuarto oscuro, usando químicos, papel de fotografía, revelador y fijador y el lápiz para retocar los negativos. He fotografiado desfiles, fiestas, jornadas deportivas, casamientos, bautizos, confirmaciones y miles de caras de todas las edades; pero también he fotografiado calamidades. Los fotógrafos grabamos recuerdos y los detenemos en el tiempo, los revivimos. Las fotos dan alegría, pero también dan tristeza. He fotografiado celebridades del pueblo, del país y del mundo. Metido es que soy —recalca—. Por mis cámaras han pasado los diferentes alcaldes y sus personajes; presidentes como Fidel Sánchez Hernández, Arturo Armando Molina, Napoleón Duarte; hasta Carmen Elena Figueroa, Miss El Salvador; pero la foto que yo considero más importante es la de Juan Pablo II, en su primera visita a El Salvador.»

Ilobasco ha tenido estudios fotográficos que han hecho historia, como son las fotos (estudios fotográficos) Orellana, de don Juan Orellana, primer estudio formal en Ilobasco; México, Larios, de don Jacinto Larios; Rosales, Atlanta; Visión, de Luis Abarca; Aguilar, que aún existe como Centro, y la García. La más nueva de todas es la Foto Salinas, de don Joaquín Salinas. La fotografía llevó también a Lázaro —como se le conoce en Ilobasco—, en la década de los setenta, a ser

colaborador de los periódicos *El Mundo* y *Diario Latino*. «Sigo tomando fotos porque me gusta, pero el negocio ahora es malo. Con las fotos de estudio tradicionales hoy estamos en quiebra. El Gobierno dio el trabajo a la empresa privada; y así estamos hoy, todas las fotos para licencias, DUI, y para lo que sea, las hacen las empresas privadas. El Gobierno nos llevó a la quiebra.»

De la función social de aquel desfile bufo

La fiesta de la Virgen de Concepción, el 7 y 8 de diciembre, era la más esperada en todo el poblado. Con esta fiesta se iniciaba el fin del año para terminar en Navidad y Año Nuevo. Cientos de comerciantes, conocidos como *achines*, llegaban de todas partes del país. De Honduras también bajaban indígenas lencas, atravesando cerros y cañadas con sus cacasques forrados de hojas de huerta repletos de granadillas. Los indígenas, encorvados, entraban en silencio por las empedradas calles de Ilobasco para irse a ubicar con su mercancía bajo el portal.

A pesar de que la ciudad estaba lejos de todo, ya para inicios de la década de los sesenta, abundaban las organizaciones altruistas: el Club 20-30, el Club de Leones, la Sociedad de Obreros "Bernardo Perdomo" eran ejemplos de ello. El Club X-9 y La Cuchilla eran organizaciones de jóvenes de familias con capacidad económica. En 1964 surge la Organización de Estudiantes Ilobasquenses (OEI), que dio cabida a aquellos que no eran de la clase alta en la ciudad. Estos se organizaron con la idea de desarrollar actividades de carácter social.

Aunque no había por qué aburrirse en vacaciones, se buscaban nuevas formas de diversión, ya que no eran suficientes los hoy desaparecidos sitios naturales que el lugar ofrecía: las pozas El Frío, La Golondrina, El Colco, El Lagarto, la pila de agua caliente y los muchos ríos que cruzaban el lugar, entre ellos el río Los Frailes.

La creatividad y el deseo de expresar lo que no gustaba se percibían entre los jóvenes. La OEI se convierte en una instancia de carácter crítico del orden establecido en la localidad, llámese este religioso, social, educativo y hasta político. Estos jóvenes fueron los únicos que tuvieron la osadía de hacer críticas al sistema local. Durante las fiestas patronales de la Virgen de Concepción se acostumbraron los famosos desfiles bufos, que la población esperaba con entusiasmo y nerviosismo, por lo que los estudiantes pudieran revelar.

Entre baile y chiste se le mentaba la madre a cualquier fulano, que en vez de enojarse se reía por no llorar de cólera. Durante el desfile, el propio 7 de diciembre, se vendía un programa, que se acababa en un dos por tres, y en él se despedazaban al cura, al alcalde, al diputado y a toda aquella personalidad notoria y extrovertida. En el desfile, los jóvenes se disfrazaban de reinas y cachiporristas preñadas, ciguanabas nalgonas, cipitíos panzones; y otros arremedaban a cualquier persona considerada antisocial.

Todos los de la OEI eran hombres y mujeres del pueblo. Se paraban en las esquinas, se bailaba, se leía el bando, se repartían hojas sueltas y el desfile seguía. La gente los acompañaba, y otros veían el desfile desde puertas y ventanas. La banda tocaba y se quemaba pólvora. "¡Allí viene el desfile

bufo!..." —gritaban—. «Todo aquel que estaba patas arriba, en el pueblo, era criticado», me dijo el periodista Iván Montesinos. El desfile tenía una función social. Sencillamente había que portarse bien durante todo el año para no ser objeto de burla.

Naturalmente, no todo era 'pan blandito', ya que la gente de influencia reaccionaba; y algunas veces se dieron casos de excomuniones por parte del sacerdote; y se recuerdan aún las regañadas desde el pulpito del padre Luis Cuéllar.

Más de alguno amenazó hasta con las balas a los estudiantes; pero los de la OEI se protegían mutuamente. Prueba de ello es que el programa se mimeografiaba en un lugar secreto y nadie revelaba el contenido. Pueden dar testimonio de esos osados y recordados años, entre otros, Eduardo Escalante,[59] Aquiles Montoya (QEPD), Manuel Abrego, Roberto Ríos y Fio Herrera.

[59] Eduardo (Guayo) Escalante Q.E.P.D. murió cuando se estaba en la etapa final de producir la primera impresión de este libro.

De cuando la Calandria fue la revelación del pueblo

La vida, y con ello la diversión de los pobladores de Ilobasco, hasta entrada la década de 1960, se desarrollaba en la misma ciudad; y salvo en caso necesario se salía a otros pueblos. La gente buscaba el cómo divertirse y hasta liberarse de quién sabe qué de otras formas.

Era el tiempo, en Ilobasco, en el que el supuesto anonimato suponía una norma y un valor social importante, sobre todo si se trataba de la vida en un ambiente en donde aparentemente todo se sabía; y era mejor pasar por no saber nada. En este sentido, las trabajadoras del sexo y las casas de cita en la ciudad, si bien es cierto todo mundo sabía dónde se localizaban y quién la frecuentaba, cada quien hacía como que no sabía nada.

Algunos hombres —hoy de mediana edad y los ya ancianos— recuerdan con suspiros los encantos, fragancia y *charme* de la Calandria, que, según recuerdan, «por su belleza era la reina de todas; se veía siempre fresca, labios frescos y bien pintados, estilo, cuerpo de marfil, pura artista, en fin, una revelación... .

La Calandria es y será la mujer más natural que jamás existió en el pueblo». Eso sí, los hombres afirman que no comulgaba con

cualquiera. Le gustaban los hombres apuestos y bien vestidos; pero a nadie le negaba una sonrisa y hasta algún pispileo.

Un informante me comentó que «la mujer podía, en nuestro medio de pobreza y pueblerino, darse el taco de ser elitista, pero a todos nos caía bien». Y es que, por los relatos, la mujer llegó a crear mitos entre aquellos que afirmaban compartir el placer de la ilusión y la realidad consumada en fantasía. Pero además de la incomparable Calandria, en la creciente ciudad había mujeres que la misma miseria las había empujado en ese trabajo, y con ello poder alimentar a sus hijos que cada vez pedían más comida y a lo mejor estudio. Y los hombres, casados, solteros y cipotes ya atrevidos, no les daban la espalda, "siempre y cuando prevaleciera la confidencialidad".

En la esquina de la hoy famosa calle Tobogán, en unos cuartos con las paredes de bahareque destartaladas de un mesón, la Mulona, la Culo de hierro, la Gustosa, la Flor de mayo y la Chus peseta, atajaban a los jóvenes y viejos que rondaban el lugar con cara de babosos, pero como disimulando buscar una aguja de en medio del empedrado de la calle.

Los niños, de camino a la escuela, que tenían que pasar frente a las decididas mujeres sabían, como por intuición, que había que cuidarse de algún guacalazo de agua con quien sabe que porquería que las afanosas tiraban a la calle después de cada consumación. Pero allá en El Bambú, a un lado del "cementerio de los ricos", la "viejita Rosa" y tres pupilas más, en día domingo, atendían la fila de hombres que nunca terminaba, ya que cada vez se agregaban más de los recién llegados de los cantones.
Pero cuando se iniciaron los trabajos de la presa del Cerrón Grande, en 1972, frente a La Ceibita, los burdeles improvisados,

desde las once de la mañana hasta bien entrada la noche hacían derroche de música ranchera; y allí mujeres y aguardiente con los trabajadores del Cerrón eran el "con qué" de cada día. Esto no quiere decir que alguno que otro atrevido de Ilobasco no visitó esos lugares en donde tres y hasta cuatro mujeres bailaban desorbitadas al son de la cinquera.

Entre todas esas mujeres, especializadas en escuchar deseos y frustraciones, desahogos, romper corazones y hasta consejeras, fue la "viejita Rosa" la que aseguran que más resistía los embistes de los visitantes. "Era tranquila y no mostraba cansancio." Pero de todas ellas, fue la Calandria, la que más destacó y la más buscada y deseada por viejos, jóvenes y adolescentes.

No era de extrañar ver salir a los ya satisfechos atrevidos con cara de orgullo y mas de alguno silvando la canción: *"¡En una jaula de oro pendiente de un balcón estaban una calandria cantando su canción...!"*.

De cuando los panaderos recorrían a buena mañana el pueblo cargados de bolsas de pan francés

Aún no había aclarado y ya los gallos se disponían para saludar con su último canto; y pronto se veían venir los panaderos con las bolsas de manta, las mismas que habían servido para guardar la harina y el azúcar, repletas de pan francés. En medio de seis grandes bolsas blancas repletas de pan, a los hombres solo se les veía mover los pies sobre los empedrados y andenes de las calles apresurados en dirección a las tiendas. Las mujeres trasportaban el pan francés en canastos.

Daba gusto y hambre sentir ese primer olor a pan recién horneado en las primeras horas del amanecer. En el parque y frente a la clínica del doctor Sotero Adalberto Orellana, Toño Acevedo dejaba, cada mañana, una bolsa de pan a la vendedora de atol "shuco", que desde las cuatro de la madrugada ofrecía en guacaladas calientes a los que viajaban a San Salvador y a los bolos consumados, para terminar la olla con los feligreses que salían de misa de seis de la mañana.

En la década de 1960, ya tres panaderías abastecían la población de Ilobasco; la de la niña Fina Miranda, en el barrio

Los Desamparados; la de la niña Tina Platero, en el barrio San Miguel; y la de la niña Fina Tamacas, en El Calvario, única panadería que aún persiste, aunque ya con otro propietario, don Fredy Hernández.[60]

El trabajo de panificación siempre fue y es duro. El panadero empieza a hornear a las tres de la mañana. Los hornos artesanales que aún existen solo son unos quince en la ciudad, ya que la mayoría ahora son de gas. Los hornos artesanales hay que barrerlos, prenderles fuego, dejarlos reposar y después hornear. El panadero hornea toda la noche y descansa durante el día. En las panaderías se hace, desde hace mucho tiempo, el pan francés y el pan dulce; pero el pan preferido de los cipotes era y es la cemita mieluda para matar de una vez el hambre.

Pero hay más, ya que la variedad en el pan dulce era y es grande; y, por ello, las tres panaderías horneaban peperechas, honradas, chambergas, semita alta y pacha, María Luisa, chachama, torta de leche, torta de yema, el cachito liso y las viejitas, etc. Los nombres de pan abundan, y algunos son producto de la chabacanería popular o de su creador. Así, las peperechas son bien pintadas y las honradas no llevan color; y de la María Luisa se dice que viene de San Vicente. Las panaderías, desde hace mucho tiempo, no solo aplacan el hambre con la costumbre hecha tradición del pan con café, sino que alimentan al pueblo y a la vez premian la bondad de la gente que asiste a los velorios con un pedazo de pan y con una taza de café o chocolate. Si se muere la persona en la noche, hay que ir a tocar puertas para ver que panadería abre.

---

60 En el 2005, cuando se hizo el estudio que ahora recreamos en este libro, el propietario era don Fredy Hernández.

De acuerdo con don José Alberto Herrera —mejor conocido como Chibeto, panadero desde niño y propietario de la panadería "Trigo Molido"—, «desde hace cerca de cuarenta y cinco años, cuando don Daniel Alvarado me bautizó como Chibeto por andar siempre 'bien chivo', es decir, bien vestido, no me pude destrabar ese nombre. Don Daniel, en broma, pero delante de un pijo de gente, me dijo que me quedaba mejor Chibeto, sin imaginarme que sería de por vida». Y sigue relatando: «La gente, hay veces que viene y me dice: 'Mire, ya está (el pariente) en las últimas, prepáreme el pan'. Y uno tiene que ir preparando el pan para el velorio; pero hay gente que se queda con el pan y hasta con la caja, ya que el familiar no se muere».

El mismo Chibeto afirma que las panaderías juegan un papel social en la ciudad, puesto que son fuentes de trabajo y sostén familiar. En la actualidad, hay cerca de cincuenta panaderías en Ilobasco con un promedio de entre tres y cuatro panaderos en cada una.[61]

El pan que producen nutre a la gente todos los días, y además lo utilizan en los velorios y en las fiestas y en otras actividades. Curioso es que ahora todos los que venden pan en el mercado tienen su propia panadería, y si antes las panaderías suplían el mercado, ahora son ellos mismos los que lo hacen.

61 Este dato valía para el año 2005

De cuando la gente se regocijaba con la celebración de las tradiciones

Cientos de campesinos de los diferentes cantones y pueblos aledaños llegaron a Ilobasco durante la guerra en busca de refugio y se quedaron. Se establecieron en la ciudad con sus tradiciones, su religiosidad y su deseo por seguir guardando y cultivando sus costumbres, que los vivifica, los une, se crean alianzas entre familias y los vecinos y, a la vez, es una forma de control social y de sobrevivencia. En la colonia Elen, que se pobló durante la guerra, los habitantes, todo el mes de mayo, han celebrado el culto a la Virgen María entre la quema de cohetes de vara, música y comida.

Y es que la gente espera con entusiasmo y fe el poder celebrarle una "Flor" a la virgen. En la iglesia El Tránsito, de la colonia, el mayordomo y los pobladores son los encargados de organizar la Flor. La gente, en forma voluntaria, se apunta; y cada quien sabe qué día del mes le tocará. Este año, se organizaron tres flores por día, equivalente a noventa y tres flores.

La tradición consiste en llevarse de la iglesia la imagen de la Virgen para la casa que ha decidido celebrar la Flor. Se le edifica un altar y la gente colabora adornando el ambiente con flores de la época. Se hacen collares de flor de mayo, que cuelgan por

montones de una pared a otra. La gente, invitada o no, llega a la casa y se dirige al altar; se persigna ante la imagen, la toca, coloca las flores que lleva consigo, no importa dónde pero allí cerca; se levanta y se dirige a saludar a la familia anfitriona de quien de inmediato recibe café, refresco, pan, tamales de gallina y marquesote hecho en casa.

En la vivienda se canta y un grupo de música de cuerda ameniza la fiesta. En la calle, otros se encargan de construir una carroza y en el centro se coloca la imagen, que es protegida en círculo por mujeres y niños durante todo en el recorrido de la procesión que la sigue por las calles de la colonia. No falta, durante el recorrido, la pólvora; se canta al compás de la música de guitarra, violín y guitarrón. Hay alegría; y todo por la Virgen.

El sacerdote no asiste a este acontecimiento. Es una fiesta celebrada solo por la comunidad. Rosa Elida Nolasco me dijo que «organizar una 'Flor' es lo más bonito que a uno le puede suceder. Se gasta, pero se hace con gusto. Hay que ahorrar, y se comienza a hacerlo ya desde diciembre...». Allí, en la celebración de la "Flor", estaban los ahora ilobasquenses pero originarios de Carolina, Las Huertas, San José Calera, San Nicolás, Llano largo, Güiscoyol, San Francisco del Monte, Palacios, Las Minas, El Mestizo y Chigüelas, campesinos todos pero con el ferviente deseo de hacer persistir su tradición.

Y es que los pobladores, en esa celebración, hacían una combinación de aspectos meramente religiosos pero con sabor popular. Desligados de la directriz eclesiástica, hacían lo suyo pero con sana devoción. Un momento de encuentro, un momento de diversión, de alegría, teniendo como imán la imagen de la

Virgen; y en torno a ella, cantando rancheras, alabados... Y es que solo faltó que alguien bailara. Hay ocasiones que hasta eso se da. Mayo terminó, y la gente se dispone a recordar la "Flor" y a pensar en la celebración del próximo año. Son momentos de encuentro muy deseados entre la comunidad, que unen; y en la mayoría de casos la integran más.



Reinas de los cantones en carrozas recorren las principales calles de Ilobasco. 1976.

Foto proporcionada al autor por el padre Juan Groetelaars.

De aquellos años dorados que el viento se llevó

Dueño de una de las haciendas más grandes de la región y de casi todo San Francisco Iraheta, uno de los dieciocho cantones del municipio de Ilobasco. Hombre de buen físico, y hasta dicen que apetecido por las mujeres, nunca trabajó en su vida; los colonos se encargaban de llenar sus arcas con los productos de la cosecha que compartían a medias; el dinero no le faltaba, y con ello mantenía un sequito de bolos, todos los días, desde las tres de la tarde y cuando el sol comenzaba a bajar, en uno de los portales de las casas más suntuosas que rodeaban el parque de Ilobasco.

Los chichipates consumados, que bebían durante todo el año día y noche, y hasta don Abraham Castellanos, que no deseaba nada pues todo lo tenía, pasaba frente a esos valientes hombres, por el alcohol, todas las tardes, arriando una pacota de cabras; y miraban con envidia aquel puñado de bolos despreocupados de la vida y 'privilegiados', que al compás de las mecedoras y cobijados por el amplio portal, entre trago y trago, ni veían pasar el día, los meses y los años, sin percatarse que la hacienda se iba acabando.

La cosecha de bolos no se ha acabado, y en la actualidad las cantinas en el pueblo abundan más que las escuelas; y hasta hay una calle conocida como "la calle de los bolos" a un lado del parque. Hasta la década de 1960, solo había cantinas en cada uno de los barrios, los más grandes: en el centro de la ciudad, en el barrio San Miguel, en San Sebastián y en El Calvario. Y aunque más de algún poblador se daba el lujo de beber una guacalada de chaparro proveniente de las sacaderas clandestinas de Las Huertas, los del pueblo preferían el guaro ofrecido en las cantinas, ya que la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda pegaban tan duro que hasta mataban cuando se les pasaba la mano. Beber chaparro o chicha era de los peores pecados, pero beber del producto que ofrecían las cantinas era hasta bien visto por las "autoridades". Con esto se contribuía al país, y ese era el lema que anunciaba radio nacional.

Siete cantinas habían en el pueblo, pero la preferida era la "Aquí me quedo", en la propia entrada a la ciudad y precisamente en el barrio El Calvario. Era de las entradas y salidas obligadas en el pueblo. La cantina de Cucaracha, a dos cuadras del mercado y en la esquina opuesta a los Rivera, frente a la panadería que fue de la niña Fina Tamacas, era también preferida, ya que vendía a cualquier hora de la noche. Era curioso ver salir a los hombres de las cantinas con un bulto bajo el brazo envuelto en papel de diario y con una cara como que habían cometido el peor pecado. Hay quienes afirman que «antes los bolos no se morían de beber, ya que el guaro era puro; y no como ahora, que es adulterado».

Hombres con rostros hinchados y rojizos, como requemados, golpeados por el vicio y revolcados por los otros bolos por el

solo hecho de disputarse un trago, en medio de la borrachera, pululan hoy en día por el parque, haciendo gestos de pordioseros, ya perdidos en este mundo que nunca entendieron y que nadie en el pueblo hace algo por ellos. Dentro de esta descabellada e ilógica situación de desgracia en la que los borrachos deambulan pidiendo dinero para enjuagarse la boca con un trago, hay hombres y mujeres de diferentes edades. Lo paradójico es que en este pueblo de creyentes y bien intencionados cristianos y en donde se habla de progreso y desarrollo, la indiferencia hacia lo humano brilla por su presencia.

De cuando los dentistas extraían las piezas dentales que la gente quería

En Ilobasco, desde hace mucho tiempo, han existido los dentistas empíricos, conocidos entre los pobladores como "los sacamuelas"; personas que con un mínimo de instrucción, o simple destreza natural, aprendieron acerca del uso de la anestesia por medio de la inyección para extraer una muela o un diente picado. Ellos mismos se han especializado en la fabricación y colocación de dientes de oro, muy solicitados entre la gente del campo.

Y es que, entre muchos pobladores, aún el uso del oro en la boca significa pertenecer a un status económico alto. En todo caso, el "adornarse" la boca con el precioso metal es una práctica muy antigua, que entre los pueblos prehispánicos ya se utilizaba, sobre todo entre los de la alta jerarquía.

El primer dentista de profesión que se conoció en Ilobasco fue el doctor Adalberto Sotero Orellana, en la década de 1940, que sin mezquindad enseñó a muchos, entre los que ha sobresalido don Abel Amaya por su destreza, conocimiento y cuidado. Un buen número de ahora autonombrados como mecánicos

dentales, están dispersos por todo Ilobasco y sus cantones; y saben muy bien que para tratar cada diente se necesitan ciertos instrumentos y particularidades y tratos especiales.

Es cierto que la extracción de la muela "del juicio" puede ser muy peligrosa; que los caninos hay que sacarlos de una forma especial y que los dientes están divididos en centrales, verticales, caninos, premolares, molares y cordales. Un técnico dental —como ahora se denominan— me dijo que no se trata de que el paciente solo abra la boca y sacarle el diente. «Hay que conocer un poco sobre la estructura de la dentadura» —afirmó—. Claro me quedó que hay muchos de esos mecánicos dentales que no tienen el control y cuidado necesario de los instrumentos que utilizan y que casi todo se lo dejan a la "mano de Dios".

«Hay casos en que la gente llega —entre ella muchos campesinos— pidiendo que les saquen los dientes buenos para ponerse una placa, pues a lo mejor han visto a alguna persona que conocen y que luce una placa 'bonita'. Es un tipo de gusto tonto, pero se presenta con regularidad», me dijo el técnico dental. No existe la idea de conservar los dientes, sino de sacarlos por cualquier causa. Es como quien compra un collar de oro.

Otros llegan con sus dientes o muelas en buen estado solicitando que les sean sacados, pues lo ven como una prevención, ya que no quieren padecer el futuro dolor. En otros tiempos, los tapones de ruda o de tabaco era un efectivo remedio para el dolor de muelas. Ahora mejor prefieren usar una placa dental.

El mecánico dental hace también endodoncias, es decir, extraer el nervio del diente o la muela. Saben hacer placas parciales,

utilizadas cuando faltan algunos dientes, y placas completas; para ello se usan materiales como la porcelana y el acrílico. Dicen que antes se hacían los dientes de colmillos de elefante, de marfil. Los rellenos se hacen de plata o de porcelana. Los de porcelana se parecen un poco a los dientes naturales y son preferidos ahora por la gente de la ciudad. Los rellenos de plata se hacen agregando una gotita de azogue (mercurio) al polvo de plata. Se seca en segundos. Esta es la masa que se mete a presión en el agujero del diente ya limpio. La plata se compra en polvo. Para los dientes de oro, o las "coronitas", también de oro, este hay que derretirlo y ponerlo en un molde de la pieza dental que se hace previamente.

Me dijeron que, «con eso de las anestesias, solo hay que saber que la cara se divide en dos partes: si le inyectas a un lado, está bien, pero hay que saber, ya que de lo contrario... ». La práctica no es legal, pero muchos pobladores persisten con una tradición que pareciera jugar a la ruleta rusa; y los técnicos dentales abundan, aunque dicen ejercer ahora bajo supervisión de verdaderos odontólogos.

De cómo se celebraba la Semana Santa

Recién aclaraba el día y ya la gente se veía venir de todos lados para irse a congregar en el atrio a la iglesia El Calvario. Algunos llevaban consigo manojos de palmas de coyol, otros algún adorno, pero también de la misma palma. A las ocho en punto de la mañana partía la procesión. Domingo de Ramos, en Ilobasco es una tradición religiosa de la iglesia y feligresía católica que cada año inunda las calles por donde pasa la procesión de "Jesús ensalzado" en su recorrido hacia la iglesia del centro. En 1910, el padre Domingo Bartolomé Pazzuelo, oriundo de Italia, fue quien instituyó que para ese día de guardar se celebrara una misa en la entonces ermita de El Calvario, a las siete de la mañana, para que después la feligresía saliera en procesión hacia la iglesia del centro de la entonces creciente ciudad.

La gente acompañaba la procesión llevando consigo palmas de coyol, abundantes en la época. Antes de la disposición del padre Pazzuelo, la procesión salía de la iglesia del centro y recorría solo las principales calles de la ciudad. La melodía de las entonadas notas de la banda que acompañaba con música alegre la procesión se confundía con el chillido de las chicharras

que por montones, a un solo tono y prendidas de las ramas de los árboles de jiote y conacaste, no dejaban de hacer bulla.

Algunos viejos afirmaban que esos animales "lloraban la muerte de Jesús en la cruz". Otros decían creer que los tres puntos brillantes que esos animales tienen sobre la cabeza y entre los ojos "son los tres clavos de la cruz". La niña María Hilda Barbón, de ochenta y tres años,[62] me dijo que «desde 1920, para el Domingo de Ramos, su abuela, doña Sara García de Barbón, acostumbró prestar una mulita mansa, la que solo servía para que montara la imagen de Jesús con su rama de palma de coyol. Amarraban la imagen sobre la mansa mula y unos hombres a cada lado se encargaban de cuidar de Jesús montado».

Con la procesión del Domingo de Ramos daba inicio la Semana Mayor. Desde el Jueves Santo hasta el Sábado de Gloria, toda la gente en el pueblo acostumbraba no hablar muy fuerte, tampoco correr, y se inculcaba a la gente a pensar en la pasión y muerte de Jesucristo. Había procesiones durante toda la semana, que eran acompañadas por la banda que tocaba música de recogimiento.

La Semana Santa en Ilobasco era todo un acontecimiento que invitaba a la reflexión cristiana entre los pueblerinos pero también para disfrutar platillos propios de la época. Sería la década de 1930, pero ya doña Angelina Marroquín, desde el Miércoles Santo, recorría todo el pueblo pidiendo flores para adornar el anda en que se llevaría a Jesús Nazareno el Viernes Santo, y precisamente en el *Vía crucis*. Era la costumbre de cocinar, comer y servir a los parientes y amigos el pescado seco

62 La entrevistada aún vive y la entrevista me la concedió en el 2006.

calzado, pero también se servían torrejas y también el dulce de mango o de jocotes abundantes en la época, acompañados del chilate, rico atol hecho a base de maíz joco, un poco de jengibre y pimienta gorda.

Doña Angelina recorría los barrios de casa en casa, y en su andar decía: "Para mi hombre, pido flores", refiriéndose a Jesús Nazareno. El Viernes Santo partía el *Vía crucis* a las once de la mañana de la iglesia del centro y era acompañado por hombres vestidos de soldados judíos. Las mujeres llevaban la imagen de la Virgen para el encuentro. Verónica, acompañada de tres señoritas salía, por el mercado, al encuentro del Señor para limpiarle el rostro. La que representaba a Verónica era "una niña muy bien escogida en el pueblo". Muchos hombres iban vestidos de cucuruchos. Simón, el cireneo, era apresado para ayudar a Jesús a cargar la cruz. Jesús era crucificado entre las doce y la una del mediodía en el atrio de la iglesia El Calvario y bajo el ardiente sol de la época...



Via Crucis *en 1951, en un poblado de casas con paredes blancas, techos de teja y calles empedradas.*

Foto: Cortesía de Rosalinda Martínez.



Vía Crucis *de Viernes Santo en 1993.*

Foto tomada por: Ramón D. Rivas.



Vía Crucis *del Viernes Santo. 1993.*
Después de haber limpiado el rostro del Señor Jesús,
Verónica carga el manto.
Foto tomada por: Ramón D. Rivas.



Durante la cuaresma, cada viernes por la tarde, la gente adorna las estaciones para el paso del Vía Crucis, *que hace el recorrido de la iglesia parroquial San Miguel hacia la iglesia parroquial El Calvario, 1993.*

Foto tomada por: Ramón D. Rivas.



Procesión del Santo Entierro en Ilobasco. 1983.

Foto proporcionada por: Joel Acevedo Herrera.

De cuando cerró los ojos y al abrirlos ya no tenía nada del oro

El poder de manipulación de la humilde gente. ¡Sálvese quien pueda! La niña Juana Mendoza (nombre ficticio), desde que llegó a Ilobasco procedente de uno de los dieciocho cantones para radicarse de una vez allí, construyó una casita en los alrededores de la ciudad. A los cipotes los puso a la escuela, y con los centavos que le mandaban sus familiares de Estados Unidos pensó un día que, aparte de utilizarlos para los gastos de la casa y la comida, con ese dinero iba a comprar joyas solo de oro. Una de sus hijas, la mayor, le secundó la idea; y entre directa e indirectamente le decía a la gente que a ella, al igual que a su madre, le gustaba eso de las joyas.

Hablaba de collares, pulseritas, dijes, cadenas, anillos, cordones, medallitas, cruces y aritos. "Si son de oro, bienvenidas" —decía—. Gustaba de lucir las adquisiciones que su mamá compraba en las joyerías de la ciudad; las de la gente que, a la falta de dinero, empeñaban a los usureros que las vendían de inmediato y que ella, a su vez, les compraba, y hasta de las que adquiría en las joyerías de San Salvador. "La niña Juana, a la que le gusta el oro", le decían en la cuadra. Nunca recibió empeños, ya que era de la idea que obtener así el dinero era lo mismo que robarlo.

Sabedora de la cantidad de ladrones en el pueblo, que no amagan, llegando hasta dejar mujeres con las orejas desgarradas y con las raspaduras de uñas en el pecho después de arrebatarles uno de esos preciosos colgantes, la niña Juana, como precaución, no las lucía; pero sí, su gusto era deleitarse viendo esas maravillas de la orfebrería en su propia casa.

Una mañana, ella descansaba meciéndose en la hamaca que colgaba en el corredor cuando escuchó que desde la puerta de la calle alguien le gritaba, llamándola por su nombre. Eran dos mujeres que la saludaron de una manera jovial y aparentando que la conocían. "¿Compra oro?" —le preguntó una de ellas—, con lo que la otra, de inmediato, se sacó del pecho una franela roja que desenvolvió para mostrar una cadena maciza del puro metal dorado. Por lo menos, esa era la apariencia. "Bonita está" les dijo la niña Juana, que después de regatear acordó comprarla por una cantidad para ella justa, ya que, por tanta compra realizada y después de ver vitrinas y comparar precios por todos lados, no la engañaban para nada en eso de los precios del oro.

"Mire, a usted que le gusta el oro, debería de dejarnos hacerle un conjuro a las joyas, y va a ver que no habrá alguien que quiera robárselas. Yo soy buena para hacer conjuros, y me dan efecto" —le dijo la más gorda—. La niña Juana, convencida de la propuesta, que consideró necesaria, sacó de un baúl la puñada de alhajas y las tendió sobre una mesa de fina madera de laurel con reluciente barniz, y de inmediato la gorda puso las manos sobre el montón de relumbrantes joyas, y con una jerigonza no entendible cerró los ojos como en señal de oración.

"Bueno —dijo— ahora cerremos los ojos, las tres, por cinco minutos. Pero no hay que abrirlos, pues si se hace no da efecto el conjuro..." "Tengo que invocar más" —insistió—. No más habían cerrado los ojos; y en un santiamén, y sin el menor ruido, salieron corriendo las mujeres con todo y joyas. Cuando la niña Juana "despertó", porque se la habían "dormido", las mujeres de seguro ya habían agarrado el bus que a dos cuadras del lugar sale cada cinco minutos para San Salvador.

De aquellas Navidades

En las casas, la gente se 'remiraba' con los nacimientos. Pero Ilobasco tenía algo más típico. Eran los muñecos de barro hechos en la misma ciudad. Todos ellos colocados en medio de un decorativo ambiente de pobreza, soledad y romanticismo eran las características de la mayoría de esas recreaciones navideñas. La gente abría las puertas de sus casas de par en par para ofrecer estas recreaciones al público. Los cipotes lucían sus estrenos y esperaban los tradicionales regalos de sus parientes.

El veinticuatro de diciembre, a media noche, según la tradición, nace el Niño Dios; y era colocado en el cajón donde comen las bestias, llamado pesebre. Pero ese mismo día, desde muy tempranas horas de la tarde, los niños comenzaban a quemar pólvora en las calles y en el parque, haciendo un ruido que, poco a poco, se iba extendiendo y haciendo más estridente. Ya cuando caía la noche toda la ciudad parecía un campo de batalla, pues entre trago y trago los osados jóvenes confundían la tradición con el vandalismo, haciendo estallar morteros con la potencia hasta para derribar una puerta. No era extraño ver en las calles caballos y perros que, al estruendo, corrían en desbandada.

En el portal, cientos de cortadores, más pobres que como pasaron mes y medio atrás, ahora venían de las fincas de café para pernoctar por la noche allí, confundiéndose sus ronquidos con la jerigonza de los bolos de todo el año, la gritolera de las dos locas de la ciudad y el retumbo de la pólvora. Entre morterazo y bombazo se veía cruzar calles y esquinas procesiones de gente con las tradicionales Posadas, al son del ruido de los niños con pitos de barro, lo que hacía más bullicioso el lugar en el ambiente de la época.

No faltaba más de un cipote quemado y la abuela empapándolo con frescas tajadas de tomate para aliviar el ardor. En las casas, la fiesta se hacía notar desde muy lejos al sonido de las cumbias y canciones como "Aquellos diciembres", de los Falcones; "El año viejo", de Tony Camargo; "Cantares de Navidad", de la Billo's Caracas Boys; "Otra navidad", de Celio González... Se repartía a todo el que llegaba a la puerta de la casa, para luego entrar, tamales, horchata, fresco de chan, refrescos embotellados, y, entre vaso y vaso con piquete, hombres y mujeres bailaban de un lado a otro. Era una tradición visitar todas aquellas casas en donde previamente se sabía que habría fiestón, y se iba dejando un espacio en el estómago, ya que en cada casa abundaba la comida. En esas fiestas era como que todo mundo olvidaba los pesares y las rencillas de pueblo.

A las doce en punto de la noche, la gente se hacía presente a la iglesia San Miguel para admirar primero el nacimiento hecho por el señor Guerra y luego asistir a la "misa del gallo", para después pasar a cenar en casa entre familiares y amigos. En todo Ilobasco había fiesta y la gente bailaba, se comía, se repartían panes rellenos y otros arreglos especiales de la época.

Los acomodados —que nunca faltan— se jactaban de realizar cenas en las que se invitaban solo entre ellos y se brindaba con "guaro importado"; se comía uvas por montones y se hartaban de pavo cocinado con ingredientes también importados. Las mujeres, en el pueblo, se emborrachan con ponche; pero el populacho bebía el tradicional y pernicioso guaro Tic-Tack; y no debían faltar los tamales de gallina y de tunco. En la madrugada, los compadres, al calor del alcohol y la música de la época, se abrazaban deseándose feliz Navidad...

De los primeros buses que circularon en el pueblo

El primer medio de transporte mecánico utilizado en Ilobasco para llevar pasajeros comenzó a circular cerca de 1927. Según la *Crónica familiar*, escrita por don Fidel Torres, "en 1927 ya había un descoyuntado automóvil marca Graham Brother, que hacía el viaje Ilobasco-El Espinal todos los días, esto si había pasajeros. El dueño era un personaje llamado Hipólito y el chófer un 'semihéroe' llamado Tatiana, que tenía un ayudante".

Varios años más tarde, en 1934, circuló un carrito de don Miguel Vega, que hacía viajes solo hasta San Rafael Cedros y hasta El Espinal, que en la actualidad alberga las ruinas de la estación del ferrocarril. Pero fue "La Mercantil" el primer bus formal que circuló en la creciente ciudad, haciendo recorridos hasta San Salvador. Luego circuló una camioneta de nombre "La Siatenza".

De acuerdo con don Romeo López Mejía, La Mercantil transitaba despacio por las empedradas calles; la mitad de adelante era para pasajeros y la parte de atrás para carga, y de ahí que se

conocía como mixta, es decir, para pasajeros y carga. Cabían unos quince pasajeros. Salía a las tres de la mañana a recoger a los clientes, y el ayudante, apodado Brocha, despertaba a los viajeros tocando las puertas de sus casas. Pero el cobrador conocido como Chele Horchata era el más famoso en la ciudad por su galantería y espíritu de servicio para con los viajeros. Era un bus de carrocería de madera hecha por carroceros en San Salvador. El viaje duraba cinco horas, y de San Salvador partía a las dos de la tarde "sin saber si volvería", ya que durante el invierno, en algunos tramos, había que esperar hasta que bajaran los ríos.

La Siatenza era propiedad de don Samuel González, hijo del doctor Samuel González. Por esa época, además, la familia Iraheta puso al servicio una camioneta pequeña también de madera. Estos fueron los primeros buses de los que dispuso Ilobasco. Ya en 1940 circulaban el bus de la empresa Santa Marta, de la familia Osorio, La Cabaña y Mi Negra. En esos primeros años del servicio de buses la gente reservaba el asiento un día antes, y la camioneta salía a las cuatro de la mañana a recoger los pasajeros. El pasaje a San Salvador costaba cincuenta centavos. En el mero centro de Ilobasco y frente al parque se encontraba la oficina llamada La Agencia de la Camioneta. En esta agencia la gente podía depositar, un día antes, sus maletas, y por cada pieza de equipajes que se entregaba el encargado de la oficina proporcionaba un número.

Por esa época ya había mucha gente que negociaba en San Salvador con granos, gallinas, huevos, jolotes, etc. A finales de los años cincuenta, empezó a circular una camioneta propiedad de don Rodolfo Uceda Franco, que se la vendió un turco. La camioneta se llamó Estrella de Oriente, primera de las que

después serían parte de la empresa que, junto a la Ángel Exprés, de la familia Ángel, jugaría, hasta finales de los setenta, un papel de importancia como medio de transporte. Un bus muy conocido en Ilobasco, y hasta en Cinquera y Tejutepeque, en la década de los sesenta, fue La Chata Caledonia, que los informantes la describen como «una camionetona amplia y elegante, que apenas cabía entre los caminos y calles de Ilobasco». Hoy en día, los buses salen de la ciudad cada cinco minutos.



La Ángel Exprés en El Punto de Ilobasco, frente al edificio del mercado municipal en 1960.

Foto: Cortesía de Rosalinda Martínez.

Del legado musical de don Juan Ábrego

El 5 de diciembre la puerta de la casa de don Juan Abrego retumbaba, pues la Banda Regimental de San Salvador le cantó "Las mañanitas". El buen hombre estaba cumpliendo noventa años. Nacido en el barrio Concepción, en San Salvador, pero radicado desde la edad de tres años en Ilobasco. Don Juan apreció al gentío de músicos frente a su casa, que como un reconocimiento a los tantos años que dedicó a la música y a su fomento en la ciudad estaban presentes.

Él era especializado en la tuba de la banda, a don Juan siempre se le vio tocar la tuba. «Me la regaló mi tío Rodrigo Henríquez, que vio que yo tenía afición por la música. Me hizo cantar lecciones que me daba escritas del compositor don Enríquez Tamacas, célebre músico de Ilobasco. Aprendí solfa de doña Carlota Abrego; participé en orquestas de hasta ocho integrantes» —recuerda. También menciona con nostalgia los años de gloria de la música en la ciudad y los nombres de músicos y compositores del lugar fallecidos en la segunda mitad del siglo pasado: José María Alférez, Jesús Martínez, Ernesto Abrego, Rodrigo Henríquez, José Antonio Abrego, Regino Martínez, Francisco Apontes Martínez, Edifio *Fio* Apontes, doña Carlota

Abrego de Bonilla, Juan Cea, Humberto Garay, Rafael Guerra, Pedro Garay y Carlos Umaña, entre otros.

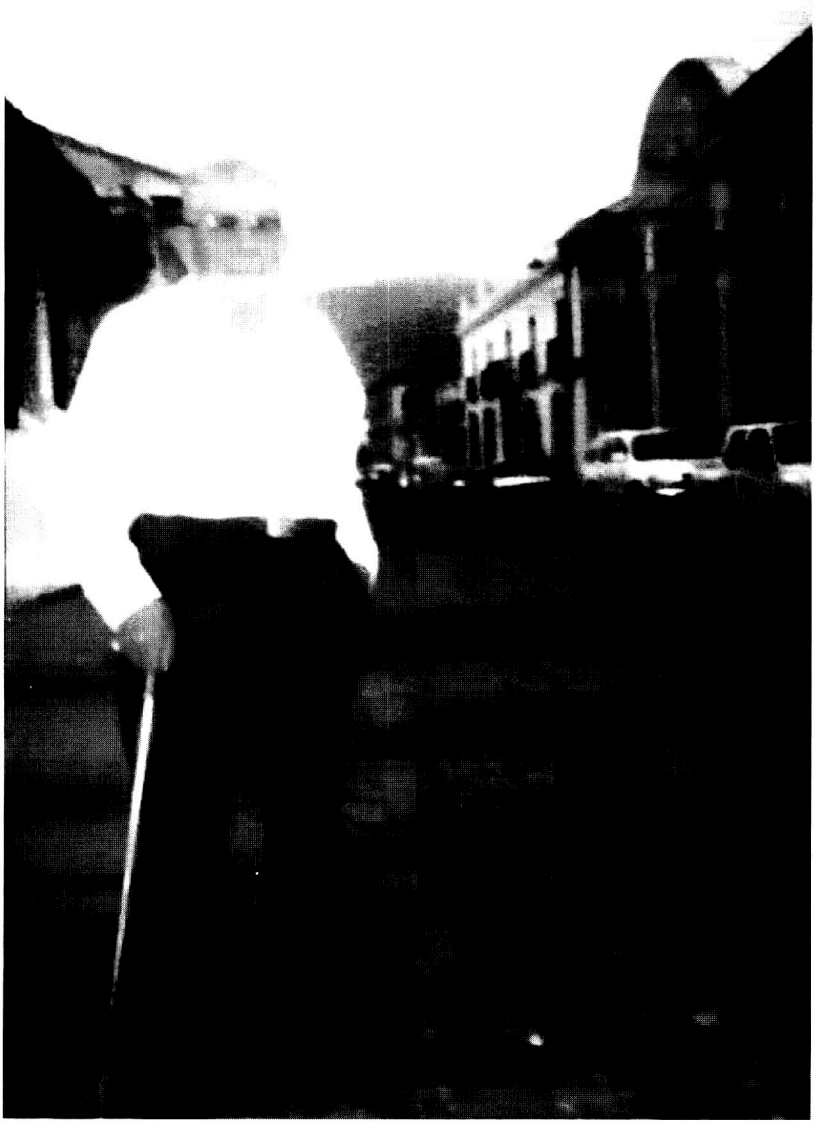
En los años cuarenta, la Banda Regional llegó a ser muy conocida, y su nombre era La Ilobasquense. Aunque don Juan recuerda que también existieron varias marimbas tocadas por gente del pueblo, como la Hilo de Oro, la Alma Ilobasquense y la Pequeña Alondra. Hasta la escuela "Sor Henríquez" tuvo su propia marimba. Para 1920 todavía existían, desde hacía mucho tiempo, tres reconocidas orquestas en la ciudad: la de los barrios El Calvario, Los Desamparados y San Sebastián.

La música de orquesta tenía tanta resonancia y valor entre la ciudadanía que el mismo presidente de la República, don Alfonso Quiñónez Molina, regaló a la ciudad una marimba en representación de don José Dolores Castillo; y se llamaba Marimba Atlacatl. Cada semana la marimba alegraba la plaza, y cuando había serenatas se hacían con la marimba.

«En su tiempo la orquesta valía —afirma don Juan—. El Día de la Madre, en las fiestas patronales y en Semana Santa nos lucíamos con marchas fúnebres de compositores del pueblo: "María al pie de la cruz", "a número cinco de Tamacas", la preferida de don Pantaleón Apontes. Con la música había sentimientos de amor, tristeza y alegría en el pueblo. Se amenizaba en la calle, en los bailes de salón y en la iglesia; y éramos los mismos músicos. Para todo teníamos música. Los aparatos musicales se fueron metiendo poco a poco: el primer instrumento musical que llevaron a Ilobasco, que al darle cuerda repetía palabras y que fue presentado como 'vitrola', arribó a la ciudad en 1928. El instrumento fue llevado a Ilobasco para una fiesta de la Inmaculada Concepción de

María; lo colocaron a un lado de la Plaza y un hombre le daba cuerda. De aquel instrumento salía una voz monótona que decía y volvía a repetir: *'¡Púyenle el culo a la culebra..., púyenle el culo a la culebra (...)!'*. La multitud reunida se reía a gritos ante aquel raro instrumento.»

Pero se acabó la música en Ilobasco. Don Juan Abrego ha sido quien, después de desaparecidas las bandas en 1970, afanado como para no perder la tradición, ha tenido que recolectar dinero por las calles del pueblo para poder contratar músicos de otros lugares que acompañen las procesiones de Semana Santa.



El maestro don Juan Abrego, desde temprana edad dedico el resto de su vida a la música; su instrumento favorito era la tuba, participó en muchas orquestas en Ilobasco y en el resto del país. Formó muchos musicos en una escuela que el mismo fundó y dirigió en Ilobasco.

Foto proporcionada por su nieta: Sonia Elizabeth Abrego Sánchez

Del oficio de sastre de don Rafael Cea

Antes, desde muy temprano, había que aprender oficio. En la escuela del pueblo solo se aprendía lo elemental: saber leer, escribir y contar era lo más importante. Llegar a bachiller era toda una proeza; y los bachilleres valían, se respetaban. El título era cosa seria. Los que no lograban la oportunidad de estudiar tenían que aprender un oficio. Don Rafael Cea, al igual que muchos artesanos en Ilobasco, aprendió a temprana edad el oficio que lo iba a sustentar el resto de su vida. Nunca se imaginó que ese oficio lo marcaría para siempre.

Mucho antes aprendió a dominar el arte de los telares. «Fue después que llegó desde San Sebastián un artesano de los telares que mi papá, Belisario Cea, se entusiasmó y me dijo que me iba a comprar, a mí, un telar para que aprendiera a hacer telas. Así fue. Fuimos con mi papá hasta San Sebastián; sería por allá por 1939. Compramos el peine y armamos el taller en Ilobasco...»

Era en el tiempo en que llegaban los indígenas lencas a Ilobasco con sus cacasques cargados de fruta para venderla, y, ya

vaciados, los volvían a llenar pero ahora de loza y de perrajes, cobijas y nagüillas, estas eran las que más se vendían y que eran producidas en el pueblo. Se hacían rollos de hilo de hasta 18 yardas; y hasta eso se llevaban.

Otro gran comprador era don Carlos Saca, que tenía uno de los almacenes más grandes del pueblo. Don Rafael Cea cuenta que, desde principios de 1900, en Ilobasco había otros talleres. Conocido era el telar de doña Felipa Pineda, madre de don Tito Pineda, que, además de fabricar telas, la gente allí era donde compraba los bollos de hilo al por mayor y menor. Conocido es el hecho de que los procesos mecanizados en San Salvador y las telas que comenzaron a llegar desde fuera del país hicieron que los dueños de los telares quebraran y ya no siguieran con el oficio de tejer. «Por lo menos, eso pasó con nosotros. Mi papá era peluquero, y yo ya había dejado el telar, pues no daba para mucho» —me comentó don Rafael.

«Un amigo llamado Luis Salazar fue quien me entusiasmo para que aprendiera el oficio de sastre; él era sastre. Aprendí viendo; nadie me enseñó. Y fue en la sastrería de don José Leoncio Montesinos, padre del periodista Iván Montesinos, donde aprendí las técnicas del oficio. Primero solo me ponían a hacer ojales. Costaba eso. Era lo que hacían los primeros días todos los aprendices. En ese tiempo, la gente era gustosa y estricta e iba con la moda. Si no les gustaba la hechura, no agarraban la prenda.» Así me comentó el hombre de experiencia.

Los estilos que más solicitaban eran el pantalón pachuco, muy pegado en el tobillo; el chapetón, tirado de atrás por una hebilla que iba adelante; y el ancho parejo. Los hombres escogían entre el ruedo americano o liso. «Por un tiempo, trabajé en

San Salvador con don Felipe Peña, propietario de 'El Mundo Elegante'. Hubo un tiempo en que mi papá le quitaba el pelo a don Julio Saca; iba hasta su casa, pues, eso sí, aunque era un poco calvo, no pasaba ni un día sin que mi papá le cortara el pelo... Era toda una tradición. Yo, por otra parte, me daba gusto haciéndole los pantalones a mucha gente del pueblo, ahora ya vieja. A los hijos de don Julio Saca yo les hacía los pantaloncitos. Todos me recuerdan, me saludan y hablan de aquellos tiempos de niños. He visto crecer mucha gente.» Los años se vinieron encima; pero el entusiasta don Rafael Cea habla del pasado, y a la vez con alegría se refiere al futuro. «Los años han pasado» —dice con resignación.

De don Lito y su venta de periódicos

Rafael Antonio Mejía se llama, pero en el pueblo todos le conocen como don Lito. Pronto cumplirá los ochenta años; y desde muy temprano sube y baja las empinadas calles de la ciudad vendiendo el diario *El Mundo*. Es vendedor ambulante. «Es llegando el periódico —me dijo— me pongo los huesos de punta y no descanso sino hasta las diez y media cuando he vendido todo.» Son cinco colonias las que recorre de extremo a extremo. El periódico lo recoge a las seis y media de la mañana en el parque, que al despuntar el alba ya es un hormiguero humano. El matutino sale de la terminal de oriente, de San Salvador, en el primer bus.

El buen hombre llegó a Ilobasco a la edad de tres meses, y, si bien no nació en la ciudad, se considera "ilobasquense a toda honra". Su vida ha sido de experiencias y desafíos; y afirmó haber repasado todas las instancias públicas que la ciudad ofrece. En el Juzgado, después de ser auxiliar empírico pasó al cargo de secretario; y por varios períodos fungió como juez de Paz, y hasta llegó a cubrirle las vacaciones a notables abogados como los doctores César Linares y Antonio Valdivieso, y hasta al doctor Ernesto Arrieta Peralta.

Don Rafael afirma que en su tiempo aprendió a dominar el lenguaje y las leyes en que los abogados eran fuertes. Del Juzgado pasó al cine Palace; y se siente complacido de haber llevado diversión a tanta gente, que disfrutaba de las películas que solicitaba a don Jorge Parker Escolán, gerente de esa institución, y que él mismo iba a traer al Circuito de Teatros Nacionales, en San Salvador. En la alcaldía trabajó en la sección de cédulas de identidad personal; y de allí pasó al negocio del billar, ya que se hizo de una amplia casa en el mero centro del parque, en donde por varios años se familiarizó con el sonido de las bolas de "marfil".

En ese negocio aprendió a lidiar con los bolos que no querían pagar, pues su familia inició en la misma casa un negocio en donde la gente no solo se conformaba con tasas de café, espumosos, paletas y pasteles, sino que de una vez pedía cervezas. Lo bueno del negocio fue aquella caja de música llamada rocola, que más de alguna vez contribuyó al reencuentro de parejas peleadas o a revivir sueños imposibles al compás de la música de Leonardo Fabio, Los Ángeles Negros, Mocedades, José Luis Perales o Camilo Sexto. Allá, en las mesas del fondo, se veían los gestos de las atrevidas parejas de estudiantes, del entonces plan básico, haciendo hasta lo imposible por lograr lo deseado; y la música seguía sonando.

Don Lito es de la opinión que *El Mundo* es un periódico aceptable, en razón de que sus noticias son resumidas y veraces. Me dijo que «a la gente le gusta leer crónicas. Lunes y miércoles son los días más esperados, y los jueves la gente espera con impaciencia la lista de la lotería. La 'Sopa de letras' es algo que a todos les gusta. Créame que me siento feliz de vender *El Mundo*, ya que, en primer lugar, me sirve de ejercicio y contribuyo en algo bueno y sano».

A su edad, pero con la vitalidad que lo caracteriza, después de haber terminado de vender el último periódico, don Lito pasa el resto del día entretenido en una de las calles que ahora ya se hizo mercado, divirtiéndose frente a un puesto de venta que unos amigos de él han instalado, donde ofrecen zapatos, ropas y lo que sea. Desde allí saluda y ve cómo la gente vende y a aquellos que se divierten comprando. Ya en la tarde, se hace la pregunta de cuál la noticia principal que *El Mundo* ofrecerá al día siguiente.

Del concurso de glotones de pupusas

Temprano de la mañana, el quiosco ya lo tenía reservado el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional para su acostumbrada actividad; pero Isilma Rojas, directora de la Casa de la Cultura, dialogó con ellos y les explicó que la actividad que la Casa había programado para ese día se trataba de un "magno evento nacional". Los del Frente —entre ellos un diputado— dijeron que iban a colaborar, pero ella les dijo que por favor no mezclaran el acto con política. Y así fue. Comenzó con una introducción sencilla. Se habló sobre la importancia y el significado de la pupusa. Participó un diputado del Frente y también Isilma. Mientras tanto, cuatro mujeres calentaban la plancha para empezar a tirar las pupusas que iban a servir para la gran comilona organizada para ese memorable día.

Había bailes folclóricos, pero el gran atractivo era la competencia para elegir al que se comiera más pupusas. Desde el inicio de la mañana ya se habían inscrito diez participantes; gente del campo y la ciudad. Se les explicó las bases que regirían la competencia. El que comiera menos de ocho pupusas tenía que pagarlas, y entraban a participar en la competencia solo aquellos que se comieran más de ocho. Delante del quiosco

estaba una gran mesa donde enumeraron a los participantes del 1 al 10. La regla era que el participante que se comiera la mayor cantidad de pupusas en treinta minutos ganaba.

Las cuatro mujeres afanadas no dejaban de tirar y voltear pupusas en la caliente plancha, y los jueces de mesa controlaban a los concursantes. Todo arrancó bien, y los glotones hasta empezaron comiéndose las pupusas con sendos pocos de curtido y gaseosas, como que si aquellas no eran suficientes. Conforme avanzaba el tiempo, con micrófono en mano, Isilma animaba el ambiente y explicaba, a su vez, al público presente congregado en torno a los comelones cómo iba el concurso. Pasaban los minutos, y las barras animadoras surgieron del montón de gente para apoyar a su preferido. Luego de cierto tiempo se retiraron los primeros; varios fueron descalificados, ya que no alcanzaron a comerse las ocho pupusas de base; otros fueron retirados por tramposos, pues tiraban los pedazos de pupusa debajo de la mesa.

Las barras se animaban más y más. Y, de pronto, comenzaron a destacarse dos concursantes que aventajaban a los otros y comenzaron a disputarse el primer lugar. A los veinte minutos ya se habían tragado diez pupusas cada uno. Un campesino, viejito, flaco, piel curtida, tragaba y tragaba de esa masa aún acompañada de chiloso curtido. El hombre parecía no impresionarse por la bulla de las barras; y había un bolo de camisa roja que lo apoyaba. El viejito tragón no perdonaba cada pupusa.

Ya para cerrarse el concurso, los dos últimos contrincantes, juntos, se habían tragado un total de treinta y seis pupusas.

Los ojos y la cara de enfermo que empezó a semblantearse en el más joven, lo delataba que estaba a punto de dejarle el triunfo al viejito campesino.

Las barras seguían gritando con más ahínco. Pero cuando se llegó al tiempo límite una confusión opacó la ocasión; y ni las barras sabían quién había ganado. Cuando Isilma anunció al ganador, con un total de veintiuna pupusas tragadas, el bolo de camisa roja arremetió a gritos contra la directora de la Casa de la Cultura, que sin más defendió el evento con el coraje merecido. El premio fue de 25 dólares; y estoy seguro de que, con o sin competencia, la gente de este país ama y gusta de una pupusa caliente de loroco, revuelta, de frijol, de frijol con queso, de ayote y hasta quién sabe de qué más.

De la historia, fe, tradición y arte: remembranzas de Semana Santa

Aprendí en la doctrina que recibí en aquella entonces mal cuidada iglesita del barrio El Calvario que la Semana Santa, o Semana Mayor, es uno de los acontecimientos más importantes del credo cristiano, en la que se conmemora la pasión y muerte de Jesús, Cristo. Recuerdo también que, para esa época, el chillido desesperante de la multitud de chicharras prendidas de los palos de jiote y conacaste, desde que amanecía hasta que anochecía, parecía como que se hacían una sola con el inclemente calor de la época.

Recuerdo, sí, la vistosidad y devoción en la religiosidad de la gente, que desde la procesión triunfante de Jesús, el Domingo de Ramos, hasta la procesión de resurrección año con año acompañaban esa noble conmemoración con el debido respeto y sentimiento de fe de la gente que se hacía presente. Miles de pobladores del campo y la ciudad se hacían un solo mar de gente para salir desde la iglesia de El Calvario hasta la iglesia parroquial en el centro de la ciudad. Ese olor a tierra mojada, por las lluvias que ya iniciaban, y la frescura de las palmas de coyol que la muchedumbre llevaba hacían más ameno el ambiente. Era la procesión de Domingo de Ramos.

Una vez el padre Marino Braspennig, cuando era párroco, aceptó montar sobre una burra a un hombre rubio vestido de "Jesús". El hombre era originario de Tejutepeque. La gente no mostró entusiasmo alguno, y más de alguna mujer se expresó en voz alta diciendo que a ese hombre sobre la burra no se le podía rezar. Gente de todos los caseríos y cantones llegaban a la ciudad para participar en los actos. Bueno era eso.

Si es que desde el Miércoles Santo por la tarde nos inculcaban que, por respeto al Señor, había que hablar suave, no escupir, caminar despacio y hasta no bañarse... y ¡cuidado con decir malas palabras! Así nos había enseñado la catequista Hildita Barbón. Ahora, rememorando, me doy cuenta de que esta semana de guardar, además de su importante significado para el que cree, es un tiempo privilegiado para las expresiones cristianas; es uno de los acontecimientos de mayor vistosidad y devoción en la religiosidad del pueblo católico.

Esto se ve reflejado en prácticas sacramentales, oraciones, expresiones artísticas y en tradiciones populares donde se articulan la creencia religiosa con prácticas culturales y sociales de las comunidades que viven y practican esa expresión de fe. Qué bueno es eso, pues se reafirma una vez más lo que científicos sociales de la talla de Max Weber investigaron en el sentido que la religión cohesiona, une, y a la vez le da sentido a la vida. Pero, cuidado con esto, pues también la religión y lo religioso es manipulable, y de esos 'expertos' hoy en día abundan; y nuestro país no es la excepción.

Y es que, en las procesiones durante la Semana Mayor, se observan imágenes de diferentes formas y tamaños: Cristo, la Virgen, María Magdalena, Verónica, Simón el cireneo,

san Juan y hasta de Judas el traicionero; y se pueden ver expresiones y miradas de desconsuelo y hasta desgarradoras en las imágenes. Así, las imágenes de Jesús presentan cara de triunfo (el Domingo de Ramos) y sangre y heridas en su cuerpo el resto de la semana. Pero también las otras imágenes que evocan al recuerdo de los pasajes bíblicos expresan alegría, serenidad en sus rostros, a lo mejor como parte de la reflexión que hace la iglesia católica a sus fieles durante este momento de las celebraciones enmarcadas en el calendario litúrgico: la Semana Santa.

El fervor se manifiesta en procesiones, altares, alfombras y actividades que van más allá del interior de las iglesias, en donde la gente a título individual y colectivo tiene un papel destacado. Se trata de un arte que conlleva a una catarsis y, por ende, a una sublimación de sentimientos piadosos. Este tipo de arte surge después del Concilio de Trento (Concilio ecuménico de la iglesia católica romana que tuvo lugar en Trento, Italia, entre 1545 y 1563) precisamente para mover al creyente a la compasión por medio del sufrimiento del hijo del hombre en el Gólgota. La imagen de Cristo me impactaba; veía a ese hombre, Dios, golpeado, martirizado, con cara de aflicción y sufrimiento, y no comprendía por qué tanta maldad.

Era yo apenas un niño de 6 ó 7 años. Y es que, siendo acólito, me di cuenta de que muchas imágenes y ornamentos que forman el patrimonio de las iglesias, en Ilobasco, permanecían guardados durante la mayor parte del año, allá, arrinconadas. No obstante, durante la Semana Mayor forman parte de los altares y procesiones. Tampoco entendía eso. Y es que en esos días de observancia estas imágenes lucen sus mejores galas y sus más selectos adornos, entre los que destacan las pelucas

elaboradas con cabello humano; y así me lo dijo don Beto —el sacristán—, que eran de pelo humano dado como ofrenda o como pago de una promesa.

El Jueves Santo, a las tres de la tarde, en la iglesia parroquial se hacían los santos oficios; me llamaba la atención ver como el sacerdote, agachado, lavaba los pies de los que hacían de apóstoles. Todas las imágenes se tapaban en la iglesia con paños morados y no se volvía a repicar las campanas hasta el Domingo de Resurrección. En vez de campanas se tocaban matracas. Esa procesión del *Vía Crucis*, del Viernes Santo, era lo que más esperaba durante el año. Jesús cargando la cruz recorría las empedradas calles de Ilobasco, saliendo la procesión desde la iglesia parroquial, en el centro de la ciudad hasta El Calvario.

Cientos de hombres vestidos de judíos romanos acompañaban la procesión. Atrás de Jesús cargando la cruz le seguían una tras otra la Virgen María y María Magdalena, cargadas solo por mujeres; y San Juan, que era cargado por hombres. En un determinado lugar del recorrido, precisamente de la casa de las niñas Alvarenga, —niñas, pues nunca se casaron— salía una muchachita interpretando a Verónica al encuentro de Jesús para limpiarle el rostro. Después del mercado, precisamente donde era la Unidad de Salud, salía Simón el cireneo, que era capturado por los judíos romanos para que le ayudara a Jesús a cargar la cruz. Los cucuruchos, naturalmente sin mostrar su rostro, marchaban en profundo silencio al lado de Jesús.

Un olor de gente de palmas de coyol e incienso se impregnaba entre la multitud. La gente se esmeraba por mostrar lo mejor en la estación que le tocaba arreglar, y que año con año era

la misma gente. Las estaciones eran adornadas con elegantes cortinas de tela, que colgaban de los balcones de las casas, y con flores de la época. Ver la matonería de los soldados romanos, que eran aquellos hombres buenos que yo siempre veía en las calles y esquinas del empedrado pueblo ahora vestidos con ropas, para mí, extrañas, con cara de malos, era algo que me llamaba poderosamente la atención.

El caso es que dentro de la religión católica han existido, históricamente, grupos que preparan las distintas actividades de Semana Santa. Por ejemplo, en Ilobasco eran los miembros de la Hermandad del Santo Vía Crucis, una agrupación de varones, entonces notables, los que se encargaban de ello. Por lo menos eso era lo que decían, que eran notables. Además, ellos eran quienes tenían el privilegio de cargar sobre sus hombros la urna para el Santo Entierro las primeras estaciones; pero además custodiaban o participaban en las representaciones durante las procesiones. Sí me daba tristeza ver cómo los cargadores deshacían las elegantes y coloridas alfombras que la gente desde muy temprano de ese Viernes Santo comenzaba a diseñar, utilizando aserrín de múltiples colores.

Por la tarde, la costumbre era que cientos de pobladores se encontraran en eso de ver las alfombras. Los miembros de la Hermandad vestían de traje negro, camisa blanca y corbata.

Entre las miles de candelas encendidas, al momento de salir el Santo entierro, pues ya había oscurecido, esos hombres me parecía que relumbraban. Para ellos, esto de servir y cargar era una cuestión de honor y símbolo de sus convicciones. Ellos eran quienes además se encargaban de vender las tarjetas para poder cargar la urna, y eso no era barato; pero el cargar, para el

que lo hacía, no solo era motivo de estatus sino que, a su vez, lo liberaba. Así se decía.

Era la época del año en que yo veía cargar hasta gente indeseable por sus actos en el pueblo; pero allí estaban. Como que el cargar les limpiaba sus pecados para seguir haciendo trampa al terminar la conmemoración religiosa. El sonido de las trompetas y el tambor pausado me impresionaba. Los rostros de las imágenes era lo que más me impactaba, y hasta tenía sueños feos.

La procesión de Jesús vendado, el Jueves Santo por la tarde, me impresionaba, ya que al finalizar la procesión se encarcelaba a Jesús en una celda hecha en el atrio de la iglesia del centro. Eran miles de visitantes los que llegaban a adorar la imagen y a dejar su ofrenda. Un hombre hacía sonar unas cadenas de cuando en cuando, y decía: "Jesús está preso en el huerto y no tiene más consuelo que el ruido de las cadenas". La "Procesión del silencio" salía a las once de la noche rumbo a El Calvario por las empedradas calles, y solo participaban hombres y en un rotundo silencio. Solo el sonar de una trompeta y un sostenido redoble de tambor como que por un instante despertaba a la gran multitud de hombres que caminaban con pausado paso.

En El Calvario, y a media noche, el padre Daniel Chacón, del que se decía que era un gran predicador, con voz y ademanes se dirigía a la multitud. El Viernes Santo, en los hogares y en el silencio de las familias, pues Jesús recién había sido crucificado y colgaba de la cruz en El Calvario, y quemadas por el inclemente sol, la gente degustaba del pescado calzado, las torrejas o los jocotes en miel. Otros, los más atrevidos, y como

desafiando la tradición, se refrescaban en las pozas de los ríos, que con su agua cristalina abundaban en los contornos de la creciente ciudad.

Hoy me doy cuenta, y reflexiono, de que hay múltiples posibilidades de mirar estas imágenes y la Semana Mayor como expresiones de fe en donde se conmemora la pasión y muerte de Jesucristo, y las imágenes como objeto de arte, de culto, o como bien patrimonial. Hay quien ve en ellas lo artístico, y le interesan las técnicas de manufactura, los materiales, el autor o el período histórico al que pertenecen. Pero hay otros —y son la mayoría— que las mirarán como objeto de culto y se interesan más por los aspectos litúrgicos, el valor simbólico, lo que representan y el sistema de creencias que las sustentan. Sin más, estas imágenes son parte de nuestro patrimonio nacional; aunque algunas veces se vean solo como objetos de culto, ocupan un lugar importante en la historia de las expresiones artísticas de la sociedad salvadoreña y forman parte del desarrollo histórico de una gran cantidad de comunidades en el país.

En muchas localidades las imágenes se han modificado e intervenido con el afán —según la gente— de embellecerlas o modernizarlas para darles una apariencia de nuevas. Con estas modificaciones, muchas obras han perdido parte de sus características originales. Algunas evidencias de desgaste, ya sea por el uso, el tiempo o por la práctica de los fieles de tocarlas, son parte de esa historia que no debemos ocultar porque si no se borra su identidad y su valor patrimonial. Historia, fe, tradición y arte se conjugan en la Semana Santa; y esto es digno de aplaudirse.

De cómo la gente vivía la Semana Santa

En el Ilobasco de entonces, durante la época de Semana Santa, el calor sofocante que invadia la región durante todo el día empezaba a mermar a medida que iba entrando la noche. Era, curiosamente la época de las frutas y abundaban, los mangos, las sandías, los melones, la aceitunas, los marañones y una infinidad de frutas que poco a poco con el transcurrir de la época iban apareciendo. Los arboles estaban ya por dejar sus últimas hojas como para que al llegar las primeras lluvias a finales de abril empezaran otra vez a reverdecer. En ese ambiente caliente y de bondades frutales, que daba la tierra, era que se celebraba la Semana Santa en el país y los todos sus confines.

Y es que la Semana Santa es el acontecimiento religioso que la feligresía en Ilobasco, a lo largo de la historia, ha celebrado con la mayor devoción y contrición. Este acto religioso comienza con el primer día de cuaresma, el Miércoles de Ceniza.

Desde tiempos inmemoriales, para el miércoles de ceniza, la iglesia del centro, que era la única que ostentaba el título de parroquia, se llenaba de campesinos y gente de la ciudad para recibir ceniza. El miércoles de ceniza, el sacerdote dibujaba

con ceniza la señal de la Cruz en la frente a cada feligrés para recordar que "somos de polvo y en polvo nos hemos de convertir". Ese día, en la iglesia Parroquial, se oficiaban hasta cuatro misas durante la mañana.

Llegado el día viernes, después del "miércoles de ceniza", se iniciaba con el primer *Viacrucis* al que le seguirían los otros viernes, a las cuatro de la tarde, desde la iglesia del centro hasta la entonces ermita de El Calvario.

En 1930, durante el *Viacrucis* del viernes por la tarde, había una señora llamada Angelina Marroquín, ella se encargaba de recoger las flores en todos los barrios para adornar la imagen de Jesús Nazareno. Desde tempranas horas del día, la buena señora, recorría, todo el pueblo en busca de flores, "para mi hombre", decía, refiriéndose a Jesús Nazareno. La gente adornaba las estaciones con flores de la época que curiosamente, aunque el sol parecía que quemaba todo, siempre habían flores ya sea en los jardines de las casas o en los cercos de piedra que rodeaban los caminos reales o los árboles que se revestían de muchas y variadas flores de colores. Durante el recorrido se rezaba y la Banda Municipal tocaba "música de recogimiento".

María Hilda Barbón, que murió ya a una edad muy avanzada, me dijo que, desde 1920, para el Domingo de Ramos, su abuela, la Sra. Sara García de Barbón, acostumbró "prestar siempre una burrita mansa, la que sólo servía para que montara Jesús con su ramo de palma de coyol en la mano".

En 1910, el Padre Domingo Bartolomé Pazzuelo, fue quien instituyó que para el Domingo de Ramos se celebrara una misa en la iglesia de El Calvario a las siete de la mañana para que

enseguida la feligresía saliera en procesión hacia la iglesia de El Centro. La gente acompañaba la procesión llevando consigo ramas de palma de coyol, abundantes en la época en los potreros y en las riberas de los ríos que cruzaban diferentes partes del municipio... Antes, la procesión salía de la iglesia Parroquial y recorría sólo las principales calles del poblado retornando a la misma iglesia.

Ya, desde 1930, la costumbre era que para el Jueves Santo, por la mañana, "en la iglesia de El Centro", se hacían los oficios y posteriormente se efectuaba una procesión dentro de la iglesia. Era una procesión muy solemne que terminaba con la instalación de Jesús en el sagrario y el sacerdote entregaba las llaves del sagrario al Sr. Alcalde Municipal. Se llevaba al Santísimo en el copón y se colocaba en el baldaquín del monumento. El Alcalde invitaba a todos los empleados de El Cabildo y "personalidades" de Ilobasco para que estuvieran presentes al momento de recibir las llaves del sagrario.

Otro dato, es el hecho que, desde épocas inmemoriales, en la iglesia de El Centro, se ha acostumbrado a que después de "los oficios de Jueves Santo" las imágenes de los santos se cubrían con mantas de color morado. El Padre Domingo Pazzuelo, en 1908, instauró que, el Viernes Santo durante la noche, en cada iglesia se cubriera también el altar mayor con un gran manto morado y en la parte de enfrente, de cada iglesia, la Cruz, fuera custodiada por dos jóvenes, los que se reemplazaban a cada hora.

Desde el Jueves Santo, hasta el Sábado de Gloria, en todo el poblado, se acostumbraba no hablar muy fuerte, ni tampoco correr y se inculcaba a la gente a pensar en la pasión y muerte

de Jesucristo. Existía la creencia entre la gente y, aún hoy en día, que las chicharras que chillan por montones, prendidas de las ramas de los árboles de jiote y conacaste, durante la época de Semana Santa; "lloran la muerte de Jesús en la Cruz". Hay otros que afirman que los tres puntos brillantes que tienen las chicharras sobre la cabeza "son los tres clavos de la Cruz".

Antes de que llegara el Padre Pazzuelo a Ilobasco, en 1905, las estaciones Eucarísticas de Jueves Santo se llevaban a cabo de otra manera "se practicaban contorno al templo matriz, y ahora: van al Calvario y al Santuario de Nuestra Señora de Los Desamparados", me dijo una entrevistada.

Desde el Jueves Santo por la tarde, ya no se repicaban las campanas, y en su lugar, se instalaban en el campanario matracas de madera. En algunas procesiones, como ser la de el *Viacrucis*, un grupo de señores y acólitos iba adelante haciendo sonar las matracas.

El Jueves Santo, por la tarde, había una procesión por las calles principales del poblado con Jesús vendado, vestido completamente de blanco. Era una procesión en la que participaban sólo hombres. La procesión finalizaba en el atrio de la iglesia de El Centro. Ahí encerraban a Jesús en la cárcel tocando una flauta y haciendo sonar un tambor y decían: "por la redención de Cristo, una limosna por el amor de Dios". Otro hombre hacía sonar las cadenas y acostumbraba decir: "Jesús está preso en el huerto y no tiene más consuelo que es el ruido de cadenas". Hasta las once de la noche, la gente llegaba a adorar y a rezar frente a la imagen de Jesús Nazareno "preso en el huerto".

A las once de la noche salía para la iglesia de El Calvario la procesión del silencio. Era una procesión en la que también

participaban sólo hombres. Los informantes cuentan al respecto que "era algo impactante ver cómo aquellos hombres caminaban en la oscuridad de la noche sin decir palabra. Cada persona llevaba consigo una vela de cera encendida. Adelante, un hombre tocaba en forma pausada una corneta y un tambor". En el atrio de la iglesia, el sacerdote que acompañaba la procesión, acostumbraba decir un sermón a las doce de la noche en punto. Después del sermón, la procesión regresaba a la iglesia de El Centro llegando de madrugada.

Las tres iglesias de la ciudad se mantenían abiertas hasta muy tarde de la noche y la gente recorría el pueblo, en grupos, visitando los altares para rezar las estaciones durante su caminata por la calle y el rosario en cada una de las iglesias.

El *Viacrucis* del Viernes Santo, que partía a las once de la mañana de la iglesia de El Centro, era acompañado por hombres vestidos de judíos. Las mujeres llevaban la imagen de la Virgen Santísima para el encuentro. La Verónica salía, por ahí por el mercado, al encuentro del Señor para limpiarle el rostro. Tres señoritas acompañaban a la Verónica. La Verónica era, por lo general, "una niña muy bien escogida en el pueblo".

Hubo una época en la que se estableció que para el *Viacrucis* del Viernes Santo, los hombres se vistieran de cucuruchos, los que se tapaban con un gabán morado de la cabeza hasta los pies. Un hombre que imitaba a Simón el Cirineo, era apresado de entre la multitud por los judíos, durante el Viacrucis y obligado a ayudarle a Jesús a cargar la Cruz. La imagen de Jesús era crucificada en el atrio de la iglesia de el Calvario, bajo un radiante sol de verano, entre las doce y una del mediodía. En el atrio de la iglesia, toda la tarde era de oración. En la década de 1960 la Hermandad de El Santo Viacrucis dispuso instalar altoparlantes

en el campanario y, desde ahí, después de la crucifixión, se escuchaba música de reflexión en todo el poblado.

Para el mismo Viernes Santo, por la tarde, un hombre vestido de judío llamado El Martirio, acostumbraba recorrer el poblado. Este hombre llevaba consigo una enorme cadena de metal con la que hacía ruido por las calles empedradas.

Para el Viernes Santo, en sus casas, la gente acostumbraba comer torrejas en miel, turrón crudo, coyoles, jocotes en miel y pescado envuelto en huevo conocido popularmente como pescado calzado.

Toda la tarde de el Viernes Santo, había gente que se dedicaba a hacer decorativas alfombras, las que eran elaboradas, en su mayoría, de aserrín colorado, sal y flores de la época, por donde iba a pasar la procesión del Santo Entierro. La gente acostumbraba, después de haber visitado la Imagen de Jesús Crucificado en El Calvario, recorrer las calles para ver a la gente elaborando las alfombras sobre las calles empedradas, estampas que eran una verdadera obras de arte.

El Viernes Santo, por la noche, a las seis y media de la tarde, comenzaba el sermón del sacerdote en el atrio de la ermita de El Calvario y posteriormente se daba inicio a la procesión del Santo Entierro que recorría, de punta a punta, el poblado. La procesión era acompañada por toda la gente. Todo mundo que participaba, vestía de negro y se alumbraba con una candela de cera. Además, la procesión era acompañada por todas las asociaciones de la Parroquia. Las Hijas de María, iban con los estándares en donde se indicaban los siete dolores de la Virgen María y las Guardias del Santísimo llevaban los estándares con las siete palabras de Jesús. La Verónica y las tres Marías acompañaban vestidas de negro esta procesión.

Los miembros de La Hermandad del Santo Entierro, iban vestidos de saco y corbata. Para cargar la urna había que pagar y los boletos se vendían desde tempranas horas de la tarde. Los boletos no alcanzaban y era motivo de tristeza para aquellos hombres que no podían hacerse de uno, ya que el hecho de cargar era más que todo un acto de penitencia, por lo menos esa era la intensión aunque entre los cargadores se encontraran, bebedores, chivos de prostitutas, reconocidos ladrones de vacas los llamados cuatreros, prestamistas de esos que tenían mala fama, solo para nombrar algunos.

Hasta 1935, la urna en que se encuentra la imagen de Jesús crucificado y que se usa para el Santo Entierro era liviana y de vidrio. En 1935, a iniciativa de don Juan Saca, se mandó a construir la actual urna con la colaboración de la feligresía y el Municipio. Un grupo de hombres acompañaron, por algún tiempo, a éste señor en su visita a los diferentes cantones y casas de la ciudad para solicitar contribución para la construcción de la urna. En cada cantón organizaban lo que se llamaba entradas. Estas actividades se realizaban precisamente en la entrada de cada cantón. Los mayordomos de las ermitas, y su grupo de apoyo, en cada uno de sus cantones, unos días antes de que les tocara su "entrada" mandaban a hacer rosas de papel y para el día de "la entrada", aquellas personas que colaboraban con cinco colones, tenían derecho a una rosa. El recibir una rosa era motivo de honor y fervor religioso.

El Sábado de Gloria, por la mañana, era la bendición del agua; animales, candelas, estampas y semillas en el atrio de la iglesia parroquial San Miguel, eran bendecidas por el sacerdote.

Por la tarde del Sábado de Gloria, era la Procesión de La Soledad. En esta procesión se acompañaba a las imágenes de San Juan, la Magdalena y la Virgen Dolorosa. Estas imágenes

eran cargadas por las señoras de la Guardia del Santísimo y unos jóvenes cargaban Ángeles vestidos de blanco. La procesión recorría las principales calles de Ilobasco. En ésta procesión sólo participaban mujeres.

El mismo Sábado de Gloria, por la tarde y ya entrada la noche, salía la procesión de la Cruz en la que participaban sólo mujeres. Un buen grupo de mujeres caminaba cargando la Cruz y rezando el rosario.

También, el Sábado de Gloria por la mañana, acostumbraba salir un hombre con un niño a pedir dinero para hacer un muñeco grande simbolizando a Judas Iscariote. El muñeco era hecho de zacate y lo colgaban de las ramas de un frondoso árbol de mazapán en la plaza de El Calvario y le daban fuego a las propias seis de la tarde. La gente gritaba: "están quemando a Judas" y alguno que otro bolito esquinero también se unía al coro gritando; "quemen a ese hijo de puta".

El Domingo de Resurrección, la iglesia de El Calvario no se cerraba toda la noche, pues desde ahí saldría la Procesión de Jesús Resucitado por las principales calles de Ilobasco con rumbo a la iglesia Parroquial San Miguel. A las cuatro de la mañana comenzaban los hombres a correr por las calles del poblado cargando la imagen de San Juan "llevando y trayendo mensajes entre Jesús Resucitado y la Virgen Santísima", a lo que la gente gritaba: "qué le dijo, qué le dijo", "San Juan y María Magdalena daban el aviso que Jesús había resucitado". Música de la Banda Municipal y cohetes alegraban todo ese acontecimiento de la fiesta de la resurrección.

El Domingo de Resurrección, la gente acostumbraba, después de la misa de las ocho de la mañana en la iglesia Parroquial San

Miguel, ir de paseo al río El Molino, la poza El Frio, a los frailes, río Titihuapa y otros se iban hasta el río Lempa. Era toda una semana de acontecimientos religiosos y con la bañada en las pozas de los ríos que circundaban el poblado en medio de los cañales y los potreros terminaba esa semana de contrición y más de algún borrachos, en las esquinas del poblado gritaba a toda voz; "por fin ahora a chupar como manda la ley..."

De los recuerdos del maestro Oliverio

Son muchas generaciones de ilobasquenses los que aprendimos de su conocimiento y destrezas. Recuerdo una vez cuando en clases nos contó que recién graduado de maestro lo nombraron para ir a trabajar a Ilobasco, y como sabía "que la misión del maestro era enseñar donde fuera" no le importó dejar su pueblo en oriente y partir para establecerse para siempre en Ilobasco. Don Oliverio Zelaya fue el profesor "de los de antes": con la misión de enseñar a como diera lugar.

El profesor decía que "el alumno tenía que aprender, y aprender para la vida". "Los padres mandan en la casa, pero en la escuela mandamos los maestros" —afirmaba—. Era de la idea de que "si en la casa los padres no saben cómo educar a sus hijos, pues es tarea del maestro en la escuela enderezarlos". No era partidario del dicho "árbol que nace torcido nunca su rama endereza". "Para ser algo en la vida —decía— hay que sacrificarse, ya que esta presenta solo una oportunidad, y si esta oportunidad no se aprovecha, perdiste el tiempo". Esto nos lo recordaba a menudo.

Aún recuerdo al noble maestro caminando rumbo a la escuela desde su casa por aquellas calles empedradas del Ilobasco de antes y bajar la empinada ladera, ahora conocida por los pobladores como calle "El Tobogán" para luego, desde "El Chiraco", emprender la subida hasta llegar a la escuela. En invierno era toda una odisea transitar por el famoso Chiraco por el lodazal que se formaba; y durante el verano el polvo y el mal olor a basura podrida que inundaba el lugar era para hacer correr hasta al más valiente. Esa calle —hoy muy bonita— servía de botadero.

No era de extrañar ver de cuando en cuando un montón de zopes disputándose el cadáver de un perro. "La gente nunca aprende. Si hubieran ido a la escuela no serían tan puercos", decía don Oliverio tapándose la nariz por la inmundicia del lugar. A menudo, yo procuraba acompañarlo desde su casa hasta la escuela. Y es que yo vivía a escasas dos cuadras de donde él, en el mismo barrio El Calvario.

De niño, yo tenía un tanto de miedo pasar solo por donde iniciaba la calle que conducía al Chiraco, pues habían tres o cuatro prostitutas que, sentadas en la puerta de su negocio desafiantes, enseñaban sus encantos hasta de sobra a todo el que pasaba por allí, y no escatimaban edad, y chuleaban con insistencia a niños y ancianos; y hasta más de algún piropo nos tiraban las alegres mujeres.

Más de alguna vez me dijeron: "Vos vení, 'bicho', aquí te hacemos hombre". Para pasar por otro lugar se tenía que dar una gran vuelta. Además, la curiosidad de niño era más fuerte que el miedo; y era para mí gracioso escuchar lo que las atrevidas mujeres decían y ver las muecas que hacían con la boca y los

movimientos de sus manos. El profesor me decía que al pasar por ese lugar caminara "a paso rápido".

Don Oliverio acostumbraba llegar a la escuela antes que todos los alumnos; vestía siempre traje entero, lucía pelo recortado y bien peinado. En clases repetía que "los maestros deben dar el ejemplo a los alumnos para que ellos los respeten, y eso hay que hacerlo todos los días; lo que uno enseña tiene que complementarse con cómo uno se viste y cómo uno se relaciona con los demás". Era de la opinión que "el ser humano debe de tener tres cualidades: vivir siempre aprendiendo, vivir siempre en armonía con los demás y ser estricto con lo que se piensa y hace". Fue mi profesor cuando cursé el sexto grado en 1969, en el entonces recién edificado edificio que llevaba por nombre Escuela Urbana Mixta "Bernardo Perdomo". Era una escuela pública que tenía ocho salones de clase, y no seríamos más de cien estudiantes, entre niños y niñas. Es quizá la mejor escuela que yo he tenido en mi vida. Era una escuelita edificada en medio de una finca de frondosos árboles de zapote, ojushte, cedro y de magos "indios" tan abundantes como los de guayaba.

Recuerdo a todos los profesores, y veo, al cerrar los ojos, la plaza donde jugábamos al trompo, a las pepas, al ladrón librado, pero sobre todo esos inolvidables mascones de fútbol el último recreo y donde más de alguna vez me agarré a trompadas con otro compañero. También veo las cuatro cajas de colmenas debajo de los naranjos en los que una vez, por travieso, queriendo cortar naranjas, unas quince abejas me dejaron los brazos y la cara hinchados.

La escuela estaba a la salida de la calle que conducía al caserío El Milán, justo en el mismo lugar donde hoy se

encuentra, solo que ahora es un gran edificio en medio de toda una urbanización. Aún veo al profesor Oliverio dibujando en la pizarra esas primeras imágenes que aprendí para la vida: el cuerpo humano, plantas, continentes con sus ríos, volcanes y desiertos del mundo; pero también recuerdo los dibujos de pájaros, abejas, etc., y su importancia para la vida humana.

Don Oliverio era un artista para dibujar en la pizarra. Aún recuerdo, también, al profesor enseñándonos a sumar, restar, multiplicar y dividir, al grado que hasta cantábamos con él ejercitando sumas; por el ejemplo, como cuando para que no le tuviéramos miedo a los números nos enseñaba a sumar cantando, así: *"¡Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho, ocho y ocho dieciséis!"*.

Un buen día, en la clase, nos dijo que teníamos que traer cada uno de los alumnos por quince días consecutivos, mañana y tarde, una piedra, y que al terminar de recolectarlas íbamos a empedrar la entrada de la escuela; y así sucedió, y ya no hubo más lodo en los corredores.

Ese sexto grado con el profesor Zelaya fue un año de muchos acontecimientos; y allí estaba el maestro explicándonos lo que sucedía. Por ejemplo, en ese año se dio la guerra entre El Salvador y Honduras; allí estaba él listo para decirnos cómo teníamos que actuar en caso de emergencia, pero también fue el año en que por vez primera el ser humano puso pie en la Luna, cuando las noticias eran que Neil Armstrong había dicho desde allá: *"Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad"*, algo que a mi edad era incomprensible. De nuevo el maestro se informó acerca de

esta hazaña para contarnos los pormenores, que muchos aún ven con desconfianza; pero el profesor Zelaya nos explicaba en detalle —con la seriedad que lo caracterizó —la posición de los planetas y en especial la de la Luna.

"Es una lástima —nos dijo esa vez— que el ser humano ya encontró cómo llegar a la Luna, cuando aquí la gente se muere por enfermedades que muy bien pudieran ser curadas, como ser la de los parásitos." Y añadió: "Fíjense que estos 'gringos' han llegado ya a la Luna, y nosotros aquí con tantas dificultades llegamos a San Rafael Cedros", haciendo referencia a la carretera que en el verano era un desastre de polvo y en invierno los buses patinaban en la cuesta del cerro Colorado.

Aquel fue también el año en que El Salvador se la jugó con todo para poder asistir al Mundial México 70. Pero el profesor dijo que lo importante eran las clases; y ¡cuidado como uno de nosotros se quedara esquiniando para ver un partido! Pero, además, era en el tiempo que en Ilobasco solo unos pocos podían disponer de televisión. La suegra del profesor, doña Tomasa Rosales, sí tenía un televisor en blanco y negro, del tamaño de un cajón para guardar ropa; y era mucha la tentación por quedarnos viendo aquellas imágenes deformadas que se transmitían entonces.

Del arribo de "los turcos"

En 1910 llegaron al floreciente pero alejado poblado algunas familias de origen palestino, a los que muy pronto toda la gente los nombraba como los turcos. En realidad eran migrantes de origen palestino, pero llegaron al país con pasaporte turco, pues su país en ese entonces se encontraba bajo el dominio otomano. Estos emigrantes, en muy poco tiempo, comenzaron a darle auge al comercio, lo que sin lugar a dudas vino a contribuir al desarrollo socioeconómico de Ilobasco. Pero la llegada de los turcos a Ilobasco parece haber comenzado con el arribo de Juan, Elías, Carlos y Matilde, todos de apellido Saca.

Muchos afirman que se trataba de gente muy trabajadora y emprendedora. «Los tres, muy pobres, llegaron al pueblo en 1910, con un costal sobre sus hombros y jalando un caballo. Uno de ellos traía consigo un tanate de ropa...» Poco tiempo después, don Juan Saca inaugura una farmacia que le vino muy bien a la población no solamente por las medicinas que allí se compraban, sino también por el esmero y la atención con la que este hombre atendía a los pobladores.

Cuando llegaron los turcos, se repartieron hojas sueltas por todo el pueblo anunciándolo, y a la vez presentaban su farmacia. Los informantes cuentan que don Juan Saca era médico idóneo y que estaba disponible, al servicio de la comunidad, las veinticuatro horas del día. Pero el lado fuerte de esta familia fue el comercio. «El almacén de los Saca, ubicado en la casa que había sido de doña Tránsito vda. de Mejía, en la avenida Carlos Bonilla, fue el primer negocio bien surtido en todo el departamento...» Se trataba precisamente del establecimiento comercial de don Elías J. Saca, llamado Casa Comercial. Los turcos llevaron, en la medida de lo posible, progreso a Ilobasco, o por lo menos se preocuparon por ello.

Don Carlos Saca, como contribución a la ciudad y viendo la necesidad existente, donó en 1955 el predio que en la actualidad ocupa el centro penal. Esto acontecido durante el período presidencial del teniente coronel Óscar Osorio, que estuvo en la primera magistratura del 14 de septiembre de 1950 al 14 del mismo mes de 1960, y como ministro de Justicia estaba a cargo el señor Edmundo Canessa.

En 1926, *La Prensa Gráfica* informaba a la nación que don Juan Saca había instalado una imprenta en Ilobasco y que este, a su vez, anunciaba que editaría un periódico. La imprenta funcionó solo por algún tiempo y no continuó por falta de demanda. Muy pocos eran los habitantes que sabían leer y escribir.

Pero Ilobasco no solo ha tenido personas de descendencia palestina. En 1925, también, por algún tiempo, vivieron en el poblado dos señores emparentados de descendencia china.

Si bien, ambos tenían nombres españoles, Joaquín y Miguel González, no hablaban muy bien la lengua española. Estos dos chinos se habían casado con mujeres del lugar y también eran propietarios de bien surtidos almacenes. La cuestión es que «así como aparecieron estos chinos en Ilobasco así también desaparecieron, de la noche a la mañana».

Para el terremoto de San Vicente, en el año de 1936, llegaron a Ilobasco muchas otras familias provenientes de la zona afectada. La mayoría de estos emigrantes eran personas que habían perdido todo durante la catástrofe. Muchas de las familias que llegaron en ese flujo migratorio desde San Vicente se establecieron para siempre en Ilobasco.

El doctor José Luis Saca Meléndez me decía que «la casa de la esquina de la iglesia San Miguel Arcángel se la compró mi papá a don Salvador Suvillaga en tres mil colones; y se compró exactamente en 1939. En 1940 mis papás compraron también la finca en el cantón Azacualpa, la que de inmediato bautizaron con el nombre de Jerusalén. El precio de la finca fue de 5.000 colones. En la casa que compró mi papá en el mero centro de la ciudad muy pronto se inauguró un grande y elegante almacén con toda clase de artículos necesarios para el vestir y utensilios necesarios para el hogar».

Don Julio Saca instaló su elegante almacén en la esquina derecha de la iglesia central y esquina opuesta al parque central. Aún hoy día se pueden leer, en la parte principal de la fachada de la casa, las letras en alto relieve, de cemento, en donde resalta el texto que dice: "Almacén Julio Saca. Fundado en 1922". El establecimiento comercial de don Julio se llamaba Gran Casa

Mercantil. La fecha de fundación del almacén, en 1922, como aparece en la fachada de la casa, parece ser algo simbólico.

El doctor Saca Meléndez me resumió la historia de su padre, así: «Mi papá llegó a El Salvador en barco, al puerto de La Libertad, procedente de Palestina en 1921. Tenía solo 17 años; había nacido en 1903. Su verdadero nombre era El Saca.

»Llegaron a estas tierras después de una travesía que duró tres meses. Ingresó al país portando pasaporte inglés, pues los ingleses ya habían derrotado al Imperio otomano. Con él llegaron sus tres hermanos: Juan, José y Francisco, precisamente un 25 de diciembre. En el puerto los estaba esperando un tío, que desde hacía algunos años radicaba en El Salvador. Se trataba nada menos que del tío Emilio Saca, que era hermano de su padre. En los primeros meses fueron ubicados en San Salvador, y allí permanecieron hasta que aprendieron el idioma. Entonces sus parientes les empezaron a dar mercadería consistente en telas y ropa en general, la que vendían en la Avenida, entre las prostitutas que vivían o deambulaban allí. En el negocio de vender mercadería comenzó a irles bien, y muy pronto comenzaron a salir en bestia a lugares como Sensuntepeque, Guacotécti, San Isidro, San Vicente y Santo Domingo, donde mi papá conoció a su esposa. Era un oficio de buhoneros, es decir, vendedores ambulantes que acarreaban la mercadería en burro y la dejaban fiada, y volvían después de algún tiempo a recoger el dinero.

»En 1926, junto con su hermano Juan decidieron fundar un almacén en Sensuntepeque, pero luego tuvieron problemas de carácter político, pues los quisieron alistar para que

participaran con los opositores del gobierno de entonces, en el movimiento que se dio antes de los sucesos de 1932. Mi papá, después de consultar a su tío, decidió emigrar a San Vicente. Y en esa ciudad permanecieron hasta que sucedió el terremoto de 1936. En Sensuntepeque fundaron el primer cine mudo, y la cinta con que lo inauguraron era titulada 'El signo de la cruz'. Era una película alquilada por la Casa Meardi.

»En 1936, cuando la catástrofe del terremoto de San Vicente apareció en primera plana en Palestina y la noticia mencionaba que toda la gente había muerto, la abuela de mi papá, que vivía en Belén, al leer las noticias, quedó paralítica de inmediato de la mitad del cuerpo a causa de un derrame. Es que la buena mujer creyó que su nieto había muerto. Tres meses después, la abuela recibía una carta en donde se le notificaba que los tres hermanos y su tío estaban ilesos. En 1937 es la fecha que mi papá llegó a Ilobasco para establecerse del todo. Es que 1922 es precisamente la fecha en que mi papá comienza en el país de buhonero.«

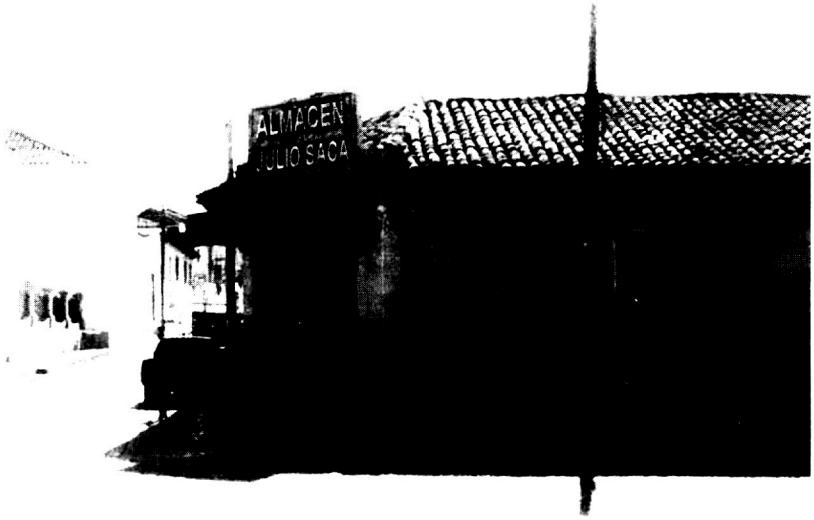
Algunos informantes cuentan que don Julio Saca ya era propietario de un almacén en San Vicente y que, motivado por la catástrofe de San Vicente, lo trasladó a Ilobasco. Él contrajo matrimonio con doña Gertrudis Meléndez. Ellos fueron los padres de personas muy conocidas en el acontecer socioeconómico y médico del país, como son: los doctores Alejandro Saca Meléndez y José Luis Saca Meléndez, ambos nacidos en Ilobasco.

Durante el transcurso de 1900, y específicamente en la década de 1960, se comenzó a dar un tipo de migración pausada a Ilobasco de parte de familias campesinas procedentes de

cantones del municipio, como Sayulapa, San Francisco del Monte, San José, El Carmen y hasta de otros municipios.

Las familias que emigraron a Ilobasco se establecieron en la ciudad para constituir almacenes y ventas de granos, especialmente de maíz y frijoles. Muchos de estos *maiceros* se ubicaron en el barrio San Sebastián, de ahí que este se conociera como "barrio de los maiceros".

La guerra que afectó a la población civil, y que se acrecentara en la década de 1980, hizo que mucha gente de otras regiones, principalmente de municipios de Chalatenango, Sensuntepeque y del municipio mismo, arribara en números elevados a la ciudad. Muchas de ellas se han dedicado por completo a la actividad del comercio. En la actualidad toda la ciudad es un desordenado mercado en donde confluyen comerciantes y compradores de los diferentes confines del país.



Desde 1920, hasta principios de 1970, los palestinos, conocidos popularmente como "turcos", jugaron un importante papel en el comercio de la ciudad y del municipio. En la foto inserta, el edificio del entonces elegante "Almacén Julio Saca" del mismo propietario don Julio Saca.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Calles y viviendas en el barrio San Miguel en el Ilobasco de 1942.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes.



Calles y viviendas en el barrio El Calvario en el Ilobasco de 1942.

Foto: Cortesía de doña Elia Abarca vda. de Reyes.

Del comercio y de todo lo que se vendía y sucedía

Hasta 1930, y desde hacía mucho tiempo, la plaza en donde se conglomeraban los mercaderes era lo que hoy se conoce como parque central y sus alrededores. La plaza era un engramado grande rodeado de portales, enfrente había unos frondosos amates en línea, los que protegían a los comerciantes del relumbrante sol. A un lado de esos portales, y a la sombra de los amates, se ponían las champas de tela, ramadas y cocinas improvisadas en donde se hacía comida para vender a toda clase de comerciantes que llegaban al pueblo. Cada producto tenía ya reservado su propio lugar, así: los vendedores de dulces se instalaban frente a lo que hoy día es la alcaldía municipal; las vendedoras de ropa y fruta, frente a la casa que fue de don Julio Saca, a un costado de la iglesia parroquial.

Los vendedores de granos se instalaban frente a la casa del conocido doctor Marenco donde hoy día es la farmacia, que fue la casa de la familia López, y casa de residencia y clínica del doctor Sotero Orellana, y la farmacia de don Ciro Hernández, etc., al costado derecho de la iglesia parroquial. Esa era la plaza del grano. Había también otras ramadas situadas en lo que hoy es el barrio San Sebastián. Allí se realizaba la venta de carne, queso, granos, pescado seco, comida...

A principios de la década de 1950, don Arnelio Molina era uno de los comerciantes en la ciudad que se encargaba de transportar sal, un producto muy codiciado principalmente en los bajos del río Lempa y en los pueblos vecinos de Honduras. La gente llegaba a comprar ese producto hasta Ilobasco. En la casa de la madre de don Arnelio había una tienda o "lugar de acopio de sal cocida y sal solar", en ese entonces conocida como troja de sal. La sal era transportada desde el cantón Las Palmas, en el departamento de La Unión. La sal fue, en un tiempo, un producto muy apetecido. Cabe mencionar que don Arnelio y su hermano don Eliseo fueron los primeros comerciantes en Ilobasco que dispusieron de camiones grandes para llevar y traer productos, ya fuera sal, arena, piedra o granos en general.

Los granos eran vendidos en la plaza, y para eso eran medidos en balanzas de madera o canastos, usados como libras. También se vendía por manos productos tales como las mazorcas de maíz y las panojas de maicillo. Cada mano constaba de cinco mazorcas. También se usaban cajones para vender los cuartillos, arrobas, medias arrobas, medios, etc. Otros usaban tarros calificados. En cada plaza, las medidas estaban sujetas a una determinada tradición de generosidad. Así, por ejemplo, entre los comerciantes de granos, siempre se dijo que para la compra era mejor hacerlo en Chalatenango, pues allí, por tradición, las medidas eran más grandes que en Ilobasco. Muchos comerciantes acostumbraban ir a comprar granos a Chalatenango y revenderlos en Ilobasco.

Cierta vez, don Agustín Abarca —que en paz descanse—, recordando las primeras décadas del presente siglo, me dijo: "Antes todo era baratísimo. Cuando yo era un niño, se

compraba en reales. Si usted iba a comprar —digamos— a las ventas de carne de res, decía usted: 'véndame un real de carne seca'; y ya venía la señora y agarraba una tira y la medía. Por brazadas la cortaba. Antes se pesaba o se medía. Lo mismo los huevos. Antes, cuando yo era niño, los huevos eran a tres por el cuartillo; el cuartillo era un centavo; medio eran seis centavos; un real eran doce".

Ilobasco también tuvo importantes y famosos talleres de producción artesanal, como eran: las zapaterías La chispa y Los Apontes. El propietario de la primera fue don Alcides Vega, y de la segunda, don Francisco Apontes. Hubo también un concurrido taller en donde se curtían y se elaboraban las pieles, dirigido por don Agustín Abarca, que en 1939 se constituyera en taller de talabartería.

En el barrio El Calvario hubo también una herrería en la que todos los días, desde las tres de la mañana, se escuchaba en todo Ilobasco el golpear sincronizado de los martillos que forjaban el hierro para irle dando forma. La herrería era de la familia Medina, y suplía a los campesinos de cinceles, machetes, cumas, azadones, herraduras, argollas, ganchos, puntas o cualquier otro utensilio metálico que se necesitara. Para realizar los perfectos acabados en hierro, la familia Medina hacia uso de utensilios tales como martillos, pinzas, yunque, prensa, fragua y un horno.

Hasta 1950, y de acuerdo a doña Carmela Abarca, refiriéndose a los centros de abastecimiento de productos en la población, «eran tienditas muy pequeñas las que vendían granos. La señora Nela de González tenía una tienda; la señora Consuelo y las señoras Burgos eran las personas que tenían sus tienditas».

Por 1925 se contaba con la tienda El gato negro, que era de don Luis Torres; la tienda-almacén de doña Lola Merino; la tienda de don Mincho Navarrete, que tenía el almacén frente a la farmacia Cruz Roja.

Esos eran los almacenes que había alrededor de Ilobasco. Doña Lola Merino tenía una pulpería bien surtida. En lo referente al origen del establecimiento de don Luis, en su tiempo de gran importancia en Ilobasco, el general Fidel Torres me contó: «Tenían, los Torres, unos dos años trabajando en San Salvador cuando un día don Félix llamó a Luis para decirle: 'Una señora, buena cliente de la casa, vende por motivos personales un negocio de ferretería y artículos en general, en Ilobasco. La Plaza es buena y el negocio ya está establecido, hay poca competencia y buenas perspectivas si se atiende bien, lo cual pueden hacer usted con sus hermanos'. Luis respondió: 'Don Félix, no tenemos recursos para poner un negocio pronto, pero la idea me gusta mucho y sé que gustará a mis hermanos'. No tenía ni idea de dónde quedaba Ilobasco...». Y sigue comentando: «Los hondureños, que estaban aislados por grandes distancias y caminos de herradura, comenzaron a dirigir sus trenes de mulas a Ilobasco, donde había un nuevo proveedor que les ofrecía buen precio y menores distancias que las de Sensuntepeque o Cojutepeque; llevaba velas, gas para alumbrado, telas, calzado, artículos para los oficios indispensables como carpinterías, zapaterías, etc. Fue la época de oro de El gato...».

Desde 1925 hubo en Ilobasco establecimientos comerciales que, ya para 1959, eran verdaderas empresas frecuentadas por mucha gente del municipio y hasta de otras ciudades, como Sensuntepeque, Tejutepeque, Jutiapa, Victoria y hasta

de Chalatenango por lo surtido que estaban. Así, en Ilobasco se contaba con el almacén El Águila, propiedad de don Óscar Saca. Este almacén se ubicaba frente al mercado, y en él se podían comprar las "últimas novedades", como sedas, algodones, perfumería y mercadería en general.

Estaba también la Casa Mercantil, propiedad de don Julio Saca, en donde se podían obtener algodones, ferretería, fantasía, novedades. En los comerciales de don Julio promoviendo su establecimiento se leía: "La casa mejor surtida, la que más barato vende y la que mejor atiende a su clientela. Prefiérala Ud.".

Estaba también la Casa Comercial, de don Elías J. Saca, que daba a conocer su establecimiento indicando que "había novedades en telas y fantasía. Un extenso y renovado surtido de artículos para señoras, señoritas y caballeros". También había un establecimiento comercial llamado Salón Principal en donde se vendían bebidas gaseosas, cervezas y paletas, al por mayor y menor, cuyo propietario era don Jesús vda. de Covelo.

En las tiendas de Ilobasco se ofertaban productos fabricados fuera de la región. Se ofrecían productos que aquí no se producían y que venían de San Salvador, como jabones perfumados, vaselinas y telas importadas de otros países. De San Sebastián venían colchas y la ropa llamada céfiros, que era hecha de céfiro, la tela más barata, y que usaba la gente pobre. Popularmente se le llamaba manta; una tela ordinaria medio de color blanco y que se compraba a treinta y hasta a veinticinco centavos la vara. Hay quienes comentan que los cuartillos y los medios eran unas moneditas chiquititas. Los medios los partían por mitad y las llamaban uña, y habían

también monedas de a peso que les decían bambas. Un billete que había antes era del Banco Salvadoreño, que desapareció cuando este dejó de funcionar como tal.

Los tipos de moneda que hasta 1930 usaba la gente en Ilobasco para realizar sus transacciones comerciales era una moneda de plata llamada bamba, que tenía el equivalente a cien centavos; el real, que era una moneda mediana equivalente a doce centavos; y el medio, que era una moneda pequeña con el equivalente a seis centavos.

El cuartillo era una moneda de tres centavos de colón. La gente hablaba también de la ración, que equivalía a un centavo y medio; pero esta cantidad solo estaba en la mente de las personas, pues no existía una moneda con ese equivalente. La gente decía, por ejemplo: "Véndame una ración de carne". Y es que, aún en las primeras décadas del presente siglo, en Ilobasco una vara era el equivalente a 36 pulgadas españolas. La vara equivalía, en la práctica, a cuatro cuartas o palmos (cuarta: distancia desde el extremo del pulgar al del meñique). Para eso, la gente se refería continuamente a "cuatro cuartas de tela, de madera, de tierra", etc.

Mitad de la vara era la que media cuatro cuartos de la vara, que equivalía a dos cuartas. Tercia: esta era el equivalente a doce pulgadas. La gente se refería, por ejemplo, a una tercia de tela. Yarda: era el equivalente a tres tercias. La gente se refería, comúnmente, en los almacenes, a una yarda de tela, etc. Brazada es el equivalente a dos varas. La gente llegaba a las pulperías y decía: "Me da dos reales de bofe". Medían una brazada, pero vendían dos reales. Media de carne de tunco, etc. El tiangue era un lugar bastante concurrido en Ilobasco. Y

desde sus orígenes este nunca se ha mezclado con el mercado tradicional. Al tiangue se llega a vender principalmente vacas y cerdos. Las bestias de carga y las cabras casi siempre son vendidas en transacciones de carácter doméstico, aunque la ley exige que se dé parte a la alcaldía municipal. Doña Gudelia de Parker recuerda que, «cuando yo era pequeñita, en la plaza Los Desamparados, pues así se le decía, el viernes y el sábado era 'día de tiangue'. Llegaba gente de todas partes a vender, principalmente cerdos».

Hasta 1920, los cerdos y las reses eran destazados en las casas de los mismos destazadores. La gente sabía exactamente cuándo y dónde se podía comprar determinada carne. En la década de 1930 se instituyó que este oficio se efectuara bajo estricto control del cabildo municipal y que, a la vez, se tenía que pagar el respectivo arbitrio por cada animal destazado.

El rastro municipal ha estado ubicado en diferentes partes de la ciudad. Hubo un tiempo en que estuvo en la calle recta de El Chiraco, precisamente cerca de donde en la actualidad se encuentra el edificio de la iglesia de los testigos de Jehová. Posteriormente pasó a La Ronda, en la entrada de la actual colonia Miranda, y desde la década de 1970 se encuentra en el edificio actual, en la calle hacia el caserío El Milán.

Esta forma de comercio desapareció en 1970, y para esa época el edificio que servía de mercado, que había sido inaugurado en 1931, no daba abasto por el aumento desproporcionado de la población y el comercio que crecía en la misma medida hasta llegar al extremo que, los domingos por la mañana, los vendedores tenían que poner sus ventas fuera del edificio. Para defenderse de las inclemencias del tiempo colocaban velachos

de manta sobre una vara y sostenidos por dos horcones; las puntas del velacho eran amarradas en los horcones.

Hasta 1976, el comercio se realizaba solo los sábados y domingos y hasta el mediodía, pero el edificio que ocupaba el mercado siempre estaba abarrotado de productos de lunes a viernes. Era solo los fines de semana que el mercado se llenaba de compradores, con la gente que llegaba de los cantones. Hoy en día el mercado está activo durante toda la semana, siendo su máximo día el domingo, que es cuando llegan los pobladores de los cantones, caseríos y pueblos aledaños.

Los molinos de nixtamal siempre tuvieron demanda entre los pobladores, desde que comenzaron a funcionar hasta el momento que llegó la electricidad a la población a finales de 1920. No obstante, la gente continuó utilizando las piedras de moler. Hay un dicho popular entre la gente: "La tortilla de piedra de moler no se compara a la tortilla de molino". Hasta mediados de los años setenta, los molinos eléctricos de maíz eran tres: uno en Los Desamparados, otro en el barrio El Centro y otro en el barrio El Calvario.

Los molinos comenzaban a laborar a muy tempranas horas de la mañana; ya desde las cuatro y media se veía caminar por las calles a las tortilleras con rumbo al molino para moler el nixtamal. Hoy en día, los molinos eléctricos comienzan a operar a las cinco de la mañana. En 1999 había diez molinos de maíz de este tipo en la ciudad. Este es quizás uno de los pocos negocios que han sufrido algo de transformación.

Pero también en el barrio El Calvario, hasta 1930, a un lado de lo que hoy es la cancha de basquetbol, había cuatro cocinas, y

sus dueñas eran las señoras Angelita Salinas, Simona Salinas, Cunde Guerra y Celsa de Martínez. Los viernes llegaba una buena cantidad de carretas, y los sábados por la mañana ya estaban cargadas y listas para salir. Venían a comprar maíz, y cuando salían ya iban cargadas de leña. Otras carretas salían de regreso cargadas de granos para San Rafael Cedros.



Comerciantes en Ilobasco en plena actividad. Mercado Municipal, 1960.

Foto: Cortesía de Rosalinda Martínez.



Comercio en Ilobasco. Mercado Municipal, 1960.

Foto: Cortesía de Rosalinda Martínez.

De cuando llegaban "los húngaros"

El barrio El Calvario se conoce, desde que se comenzaron a conformar los barrios en el pueblo, como barrio de los pirres. Nadie sabe quién fue el que ideó ese sobrenombre. La cuestión es que en Ilobasco se denomina pirre al metido, al que afirma saber primero lo que sucede e incluso hasta lo que va a suceder. En definitiva, los pirres de El Calvario son los primeros en informarse de los hechos, verdaderos o inventados. Además, los ilobasquenses siempre se han caracterizado por ser gente activa y laboriosa. Eso sí, «metidos en todo», me dijo alguien.

El barrio de los pirres es mi barrio. Allí crecí y llegué a conocer de memoria su color, las manchas de las paredes de sus casas, los cercos de piedra, los piñales y hasta los patios de las viviendas, así como también los hoyos peligrosos en los andenes rotos; y hasta reconocer que doña Lidia Nerio, frente a la plaza de la entonces ermita de El Calvario, disponía de la mejor tienda en donde se podía comprar de todo; desde cuajada, manteca de cuche, huevos por unidad o por docena, maíz, frijoles, arroz y maicillo libreado y por cuartillos y hasta por medios; y también que en una de las primeras refrigeradoras que llegaron al pueblo, toda una novedad en ese entonces, se guardaba para ofrecer al público bien heladas las chibolas, los

topoyiyos y los bolis de todo sabor. En unos botes grandes de vidrio, doña Lidia también ofrecía dulces de leche de burra, de chumelo, chupabesitos, caramelos en variedad de sabores y los gustados dulces de nance. La buena señora siempre tenía algo que ofrecer a los niños que íbamos de camino a la escuela o regresábamos. Yo siempre me sentí orgulloso de autodefinirme como pirre.

Pues sucede que a la plaza de ese barrio, frente a la tienda de doña Lidia Nerio, y precisamente frente a la entonces ermita y a la sombra de los palos de mazapán, hasta más o menos 1935, llegaba un nutrido grupo de hombres y mujeres con ropas diferentes a las acostumbradas a verse que usaban los pueblerinos. Se trataba de unos gitanos, que en el país se conocían popularmente como húngaros. Llegaban de repente el día de la semana menos pensado cada dos o tres años, y —según dicen— caminaban por la noche y no transitaban por la Calle Real; y era por eso que nadie sabía con exactitud cuándo llegaban.

Sí, en Ilobasco, al terminar el invierno y al sentirse los primeros y tan esperados vientos de octubre, la gente ya estaba pendiente de que podía aparecer la caravana de húngaros, que, como era costumbre, siempre llegaban al pueblo pero no cada año. Su estancia no duraba más de un mes. Aparecían en procesiones de carretas tiradas por bueyes, y ya en la plaza descargaban sus pertenencias y se acomodaban debajo y entre los mazapanes. Sabido es que, sobre todo las húngaras, alborotaban al pueblo, y especialmente a los hombres. A las mujeres las ponían celosas. El párroco —un padre de apellido Miranda— a diario arremetía en la misa de seis contra la caravana y amenazaba a los feligreses si hacían presencia donde estaba "esa gente alejada de Dios" para hacerles consultas o algún tipo de negocio. Esto se lo repetía todos los días el cura.

Se dice que lo único que a esas mujeres las hacía verse feas ante los ojos de los pobladores eran sus raros vestidos llenos de golas y estampados de abundantes y coloridas flores, así como la cantidad de argollas que se dejaban colgar sobre su pecho y brazos; pero que su cara, y a lo mejor su figura debajo de tanto trapo, sin lugar a dudas era toda una revelación.

Se decía, entonces, que no era de extrañar ver pobladores con ropa de espanto a media noche transitar las calles empedradas alumbrándose solo con la luz de la Luna, pues las pocas lámparas de carburo que la alcaldía había permitido que se colocaran en lugares estratégicos del pueblo eran quitadas al momento que se sabía que llegarían las húngaras por temor a que las lámparas se desaparecieran. Pues esos "bultos fantasmas", en dirección a la plaza de los mazapanes, desaparecían como por arte de magia en el lugar donde se ubicaba la caravana. Estas caminatas de "fantasmas" que se desaparecían donde se ubicaba la caravana sucedía a altas horas de la noche; y con todo eso del encierro en la oscuridad, de manera que solo se tocaban y sentían pero no se miraban debajo de las carretas forradas con trapos para protegerse del viento y los zancudos o camino abajo detrás de la ermita. Era también parte del trabajo de esta gente; había que comer y dar de comer a los cinco y más niños que estas mujeres llevaban consigo. Los maridos hacían como que no veían nada, y entre ronquido y pedos se pasaban la noche.

La caravana de gitanos llegaba o bien en octubre o bien en noviembre; y como haciendo pacto con los azacuanes, que emigraban también de norte a sur, así ellos llegaban al mismo tiempo que estas aves pasaban en bandadas por el aire.

Algunos, en el pueblo, decían que el mosquero que abundaba en Ilobasco por esa época tenía que ver con los azacuanes, que por miles sobrevolaban el pueblo. Otros decían que era que los gitanos los llevaban, pues estos no se bañaban. Los niños huían, ya que en Ilobasco se decía que las húngaras se los llevaban o les hacían maleficios. Los hombres —desafiando al padre Miranda— se acercaban por montones, puesto que las gitanas se ganaban la vida también adivinando la suerte por medio de cartas y leían las manos, y además se decía que eran diestras en dar consejos de amor. También ofrecían todo tipo de remedios en pomadas y bebidas, y explicaban a la gente la importancia de su uso.

Así como la caravana de húngaros aparecía en Ilobasco así, de la noche a la mañana, desaparecía; y la gente luego se quejaba no solo de gallinas y cerdos desaparecidos de sus corrales, sino del desgano y desinterés de los hombres en cosas referentes a la atención privada de sus propias mujeres.

De cuando la patrulla reclutaba para la platada

Me cuentan que una vez —sería a eso de las once de la mañana allá por 1942— Tito Chachama, hijo de una influyente familia de Ilobasco, se divertía sentado a la sombra del palo de careto y a la orilla de la pila en la Plaza de Los Desamparados, precisamente frente a la iglesia. Para que no se le fuera a acercar uno de los cerdos que los vendedores llevaban amarrados hasta con horquetas para la venta, ya que era 'día de tiangue', se había subido en la orilla de un lado de la pila que en su período como alcalde don Bernardo Perdomo había mandado a construir —según dicen— para ver si así podía ser reelegido. De la pila ya no quedaban más que las orillas con grandes grietas, pero sí tenía aún dos imponentes estructuras tipo pilares y de estilo gótico. Por dentro, el poco de agua que todavía tenía se había convertido en criadero de larvas de zancudo, que crecían junto a las larvas ya hechas ticuros que las ranas también habían dejado.

Un olor nauseabundo despedía aquella pudrición, pestilencia que se hacía más grande debido a que por la noche se orinaban los serenateros y durante el día alguno que otro cipote hacía sus necesidades, como si se tratara de una letrina pública. Pero los insufribles olores habían pasado, ya que, aparte de que

había comenzado a llover, una de las vendedoras de refrescos y cervezas que no muy lejos de la pila tenía su chalé había dicho: "El cipote hijo de puta que, de ahora en adelante, se cague aquí le mandamos a quemar el culo con tizón, o yo misma lo hago".

Dicen que cuando Tito Chachama vio para la esquina que daba con dirección a la iglesia, a media calle apareció un grupo de patrulleros bajo el mando de un comisionado cantonal. Los hombres —todos campesinos— venían armados de machetes desenvainados y lazos enrollados bajo los hombros, como si fueran a amarrar ganado, pero solo al comisionado que venía adelante se le veía que portaba pistola. Serían catorce hombres los de la patrulla, más el comisionado. En medio de los hombres también caminaban seis jóvenes amarrados con lazos de las manos, cuello y cintura y con cara de asustados; que si no hubiese sido porque caminaban, por la forma en que los patrulleros los habían amarrado no se diferenciarían mucho de los garrobos e iguanas que cuando era época, en pleno verano, la gente llegaba a vender a la plaza igual de maneadas que los reclutas, como se les llamaba a los capturados. Al pasar la patrulla cerca de Chachama, el comisionado levantó la mano como para saludarlo, diciéndole: "Ya ve, Chachamita. ¿No tiene usted también ganas de irse a hacer la platada?", pasando al lado y sin detenerse.

Los reclutas fueron llevados al trote a la cárcel que mucho antes que don Bernardo Perdomo fuera alcalde había sido construida en el patio de la alcaldía para encerrar principalmente a los borrachos pendencieros, que, sobre todo cuando era época de corta de caña o que volvían de las cortas de café, en diciembre, abundaban por montones en todas las esquinas de Ilobasco.

Era el tiempo del año en que las cantinas hacían de las suyas hasta entrada la noche. Las mujeres de la vida alegre dejaban sus cuartos de acción en la Avenida en San Salvador y llegaban para abarrotar el pueblo. Había que ganarle el dinero de los cortadores. En la calle que daba inicio al "barrio del tufo", dichas mujeres se acostaban a hora temprana, ya que un sentimiento de inferioridad caía sobre ellas al ver aquellas mujeres jóvenes llegadas de San Salvador que como mosca hacían el vuelo de prueba para luego irse a pegar al hombre que se descuidaba.

Pero bueno, los reclutas, ya en la cárcel de la alcaldía, eran encerrados con los presos comunes y ninguno de estos presos era dejado en libertad mientras no pagaran una buena multa. Allí también encerraban a los hombres que sorprendía la Guardia; y si estos descubrían que no habían pagado la vialidad, de la misma forma eran encerrados y dejados en libertad hasta que pagaban dicho impuesto.

Allí, en la cárcel, los reclutas, después de haber sido anotados, pesados y revisados: dientes y muelas, pene, ano..., partes estas dos últimas que —según decían— se revisaban con dedicación y hasta con lupa, como para cerciorarse de que no estaban padeciendo alguna enfermedad venérea o estaban infectados de ladías, tan comunes en ese tiempo como las garrapatas y los telepates; para ver si no tenían algún síntoma que luego llevara hasta infección, eran dejados tranquilos hasta que llegaba la orden de Sensuntepeque para ser trasportados al cuartel.

En Ilobasco se decía que al recluta que el controlador le introducía el dedo en el ano y no reaccionaba con un grito de Tarzán, pero de un Tarzán macho, era de inmediato dejado en libertad, pues en los cuarteles los oficiales se cuidaban de

dejar pasar a aquel que no fuera lo suficientemente macho. Los jóvenes rapados y amolados eran encerrados en la cárcel para esperar hasta que les llegara su turno, y luego, si había suficiente demanda, ser transportados a los diferentes cuarteles del país que los estaban requiriendo.

En la puerta de la alcaldía, los reclutas no habían tardado en llegar cuando ya se habían arremolinado esposas y familiares cercanos, principalmente los papás, para solicitar, pero sin el menor resultado, que los dejaran en libertad con el argumento de que se trataba del "hijo único", o que el reclutado ya era padre de familia, pero sin haberse casado, o que recién se recuperaba de alguna enfermedad. Los que tenían suerte regresaban a sus lugares de origen con la cabeza rapada y con el recuerdo del puyón de culo o de una o dos patadas recibidas en el cuartel de algún desalmado sargento que, como para poder ascender, demostraba a sus superiores cómo él sabía golpear, a costa de los reclutas.

Los reclutas que volvían a sus hogares era porque, "después de un riguroso examen", aparecían con alguna enfermedad; pero otros decían que los verdaderos motivos estaban en que en los cuarteles no necesitaban reclutas que supieran, por lo menos, un poco de lectura y escritura. Anemia y tuberculosis eran las enfermedades que se dice que más se presentaban entre los campesinos capturados. Mientras tanto, Tito Chachama a la vez que se divertía y gozaba de ser del pueblo, también lo hacía de hablar diferente, de vestirse diferente y hasta de provenir de una familia diferente, adinerada. Eso lo evadía hacer la tan fatigosa platada militar.

De cuando los del pueblo no querían nuevas ventas de guaro

Allá, en el pueblo, a finales de 1960, aparte de visitar los burdeles que recién se habían instalado frente al mercado, al otro lado de la ceiba, la segunda devoción que tenían los pobladores y los campesinos, después de todos los actos que tenían que hacer en la iglesia cada domingo, era la visita de los recién creados expendios de aguardiente con muchas nuevas variedades y marcas de bebidas alcohólicas nacionales y extranjeras. Pero —como dice el dicho— "el indio no prueba lo que nunca ha comido", y por eso, por más que los expendios ofrecían variedad de licores, los campesinos seguían prefiriendo el botellón o la pachita del aguardiente Barrilito. Además, los campesinos exigían el envase oficial de dicho trago, que lo tomaban de dos enviones, acompañado con boca de fruta de la época, ya fueran jocotes o mangos verdes...; y si no había más, una buena tajada de limón. Por más que inventaron otros nombres para esos lugares, la gente les siguió llamando simplemente cantinas.

Estos nuevos expendios se llenaban de hombres y también de mujeres, sin necesidad de propaganda. Eran los domingueros que llegaban del campo y los chichipates consumados del pueblo que rondaban por montones por las calles los clientes

fijos que tuvieron estos nuevos negocios del guaro. Frente al mostrador de la cantina El Águila, los hombres se veían reunidos a montón desde las cinco de la mañana, esperando a que abrieran, para comprar su "pachita de a media". Parecían los niños que, al otro lado de la calle, rodeaban la batea de la niña Paquita, esperando ser despachados con su pedazo de melcocha en tusa, dulces de nance y leche de burra.

La gente del pueblo pasaba renegando y diciendo que no le gustaba juntarse con los del campo, ni con el montón de chichipateros del pueblo. Es más, se quejaban de la pestilencia a mierda y orines que expedían y dejaban impregnado los bolos en los expendios. Un grupo de notables, se dice que propuso al alcalde la idea de abrir un expendio en el centro, a un lado del portal, frente al terreno baldío donde año con año se instalaba el circo con los payasos que llegaban a contar las nuevas jayanadas que se habían inventado al otro lado del país.

Ese predio era 'célebre'. La gente recuerda que, cuando uno de los recién instalados circos presentaba su función dominical a las tres de la tarde, sucedió que el hijo de uno de los turcos fue mordido por uno de los perros amaestrados, que por sus destrezas en la función hacía reír a niños y viejos. En un descuido —como el perro era nervioso y se metía entre los pies de la gente— el muchachito se paró en la cola del animal y de inmediato el animal le mordió la nalga derecha. Unos instantes más tarde apareció el turco fusil en mano, y en presencia de todos descargó los tiros en el lomo del animal. Esa misma tarde fue enterrado el perro como un héroe por niños y adultos al costado derecho de la plaza en el mero centro de la ciudad. Años más tarde se construiría allí la oficina de teléfonos.

Pues bien, ante los desórdenes causados por los campesinos en los barrios debido a las bebidas embriagantes que consumían, los hombres firmaron una petición en cuanto a abrir un establecimiento en el mero centro del pueblo para vender licor, pero que este fuera solo bebida importada; y fue aprobada con el consentimiento del alcalde. Alguien había dicho que 'los campesinos no bebían lo que nunca habían probado'.

En el nuevo establecimiento —que de una vez se nombró La Abarrotería— se mostraban en los estantes botellas de todos tamaños con unas marcas de colores, que muchos de los que se enorgullecían diciendo que habían bebido en los mejores chupaderos de San Salvador y Guatemala en su vida las habían visto. Así fue como esta cantina se hizo solo para los del pueblo; y si bien es cierto que los hombres y las mujeres, pues ya no solo eran los hombres los que se emborrachaban, tomaban aquel licor con etiquetas extrañas, no era porque sabía mejor, pues una vez alguien que se la llevaba de bebedor dijo que lo importante era el efecto y no el gusto. Según cuentan, la bebida tenía un sabor a esencia coronada de la que vendía doña Elisa en su farmacia La Cruz de Magdalo, a una cuadra de dicho expendio.

Pero no fueron todos los del pueblo los clientes de aquel establecimiento, sino que también los ricos y los que se la llevaban que tenían dinero los que nunca faltaban a comprar licor. Aunque era de conocimiento público en el pueblo que todo mundo se emborrachaba, salían de La Abarrotería con una mirada hipócrita como si habían comprado una "botella de pecado". Los que frecuentaban el lugar salían con las botellas envueltas en una toalla o en papel de periódico, y algunos hasta en bolsas que ellos mismos habían llevado para no dar

a la gente motivo para pensar de que iban repletas de botellas de aguardiente.

Eso sí, el guaro se vendía en cualquier parte; y si alguien prefería chaparro, pues solo había que encargarlo ya que en el campo, y sobre todo en el cantón Las Huertas o en San Francisco del Monte y hasta en San José Caleras, esta bebida destilada por los mismos campesinos y con sabor y efectos inigualables para los especialistas escurría como agua fresca de los barrancos de todos esos lugares.

Los borrachitos más pobres —los que agarraban zumba de hasta tres meses, y que si la sobrevivían quedaban enclenques por muchos meses hasta recuperarse para comenzar de nuevo— eran los clientes preferidos del turco Jalil, que en su almacén también vendía lo que él llamaba arcohol y que los bolitos lo mezclaban con el agua que salía del gran tecolote de cemento que hacía las veces de porrón y que se encontraba en la mera entrada del almacén de ese turco.

Cuando el turco murió, años después, en Ilobasco afirmaban que había muerto de dolor del alma, ya que en una de las visitas de la húngaras se había enamorado a escondidas de la que le había leído la mano pronosticándole el futuro y —según algunas lenguas— había terminado con la húngara durante el mes que estuvo debajo de los mazapanes en la plaza de El Calvario, todas las tarde en La Chacra, a la sombra de los palos de mango y a un lado de un tanque de agua repleto de peces a los que él mismo había acostumbrado para que le comieran los cayos de las plantas de los pies.

Era el lugar que más tarde él donara —por consejos de la húngara, según se supo— a la alcaldía para que se construyera

la cárcel que existe en la actualidad, pues la gitana le había dicho que en poco tiempo la cárcel a un lado de la alcaldía ya no daría abasto con tanto criminal por la delincuencia que ella leía en las cartas. El viejo se enamoró de la gitana y afirman que en su lecho de muerte y rodeado de su familia, sus últimas palabras fueron: "No me pude tirar a esa puta".

De las virtudes de don Félix Rivas en la cura de huesos descompuestos y las medicinas que recetaba

Era mi abuelo materno, hombre de pocas palabras. Nunca lo vi reír, tampoco llorar. Aún en la oscuridad de la madrugada despertaba a la abuela para tomar juntos café en torno a la hornilla de barro de una improvisada cocina pegada a la casona. En la casa-clínica siempre había un enfermo. Era, en su mayoría, gente del campo que llegaba zafada o quebrada de alguna de sus partes del cuerpo. Mi abuelo era el sobador reconocido en muchos kilómetros a la redonda y hasta en los arrabales de Victoria, en Cabañas, contiguo al río Lempa de donde había emigrado con toda la familia. En invierno era cuando más gente llegaba, pues los resbalosos caminos vecinales de los cantones, caseríos y la Calle Real hasta a los más arrechos hacían caer.

No era de extrañar, también, ver frente a la casa caballos, mulas, burros, vacas, y una vez hasta una cabra, amarrados o echados sobre la grama, que la gente había llevado hasta la casa en carreta por la dificultad de los animales para caminar. El abuelo observaba al animal y de una vez daba su dictamen. "Se puede curar" —decía—. A mí, y de seguro al resto de la familia,

no nos gustaba vivir en ese hospital de gente y animales. La cuestión es que mi abuelo, sin decir nada, hacía lo que quería, además, era el patriarca de la familia y, por consiguiente, el hombre mandaba.

Cómo hacía el abuelo para poner el hueso o los huesos en su lugar a la gente y los animales, para mí, siempre fue un misterio, pues una vez me dijo que nunca en su vida había visto un esqueleto. Solo se lo imaginaba.

Había gente que se quedaba en la casa acostada en una tijera de lona o sobre un petate en el suelo, dependiendo de dónde tenían el golpe o la fractura, por períodos de dos o tres semanas, hasta que el abuelo les decía que podían agarrar camino, no sin antes decirles lo que debían de comer y cómo cuidar la parte dañada. Eso sí, los domingos, como por tradición, antes de que cantaran los gallos, salía con un costal de jarcia a recorrer los campos, pero primero se pasaba bañando por la pila de agua caliente que se encontraba en la propiedad de don Nicho Salamanca, no muy lejos del pueblo.

La pila era un hueco natural intervenido hasta cierto punto por la mano del hombre, hecha en roca volcánica conocida por los lugareños como talpetate, y lleno de agua tibia. De ese nacimiento y de entre las hendiduras del talpetate era de donde comenzaba ese torrente de agua que iba a terminar al río El Molino al que se agregaban varias quebradas y pequeños afluentes que en invierno se hacían algo caudalosos y hervían de peces: desde juilines, arroceros, chacalines, mojarras, camarones, cuatro ojos, chimbolas de todo tipo, burras hasta bagres, y cangrejos debajo de las piedras.

Nadie, a no ser mi abuelo —aunque en la realidad todo mundo entraba y salía de esa propiedad y se bañaba en las ricas aguas de la pila—, tenía permitido entrar en aquellas tierras, pues, de lo contrario, corría dos riesgos: o dejar algún pedazo de cuerpo entre los colmillos de los perros de don Nicho o recibir un escopetazo de uno de los guardianes que, de acuerdo a las afirmaciones de los mismos jornaleros del lugar, tenían permiso de disparar a matar. Era una propiedad hondonada que colindaba con las haciendas de don Ceferino Rivera, de don Dagoberto López y de los Guardado. Yo, que muchas veces acompañe al abuelo, nunca vi hombre armado de escopeta; pero sí de una larga guarizama.

Los domingos, él abuelo Félix regresaba al pueblo un poco antes de la misa de nueve y se dirigía directamente a la iglesia. Se quedaba siempre en la parte de atrás, pues me dijo una vez que no soportaba los pedos de quien sabe quién se tiraba; y ya estos mezclados con el aroma del incienso, el olor de las candelas de cera, el ijillo, el Agua Florida, de Murray & Lanman, que las mujeres de adelante en sus bancas y reclinatorios privados se untaban hasta la exageración, quizá como repelente para espantar los malos olores, unido a los matates de pita de los campesinos repletos de cebollas frescas, ajos, pescado seco y quién sabe qué más, hacía que en la iglesia se produjera una tremenda pestilencia a saber a qué y que se regaba como vapor, haciendo insoportable la vida de los asistentes a la misa.

Mi abuelo también era el único ser humano, con permiso de palabra que tenía permitido recorrer el terreno de don Nicho a cualquier hora del día o de la noche. Yo sabía que el abuelo, a lo mejor de tanto pensar durante el día, padecía

de insomnio. Mi abuela decía que era por el hecho de que se acostaba muy temprano. Eso sí, a las cinco de la tarde, y aún con sol, el buen hombre ya se oía roncar en el escondite de su dormitorio; y había que guardar silencio.

Todo este acto de privilegio de don Nicho para con mi abuelo quizá se debía por el hecho de que, hacía varios años, le había enderezado una rodilla y remendado los huesos quebrados de una costilla, después de una caída de caballo que sufrió en uno de esos regresos de Ilobasco a su casa a medianoche cuando, no viendo que frente al caballo ya estaba la puerta de golpe cerrada, le metió con fuerza las espuelas a la bestia y que esta, sin más, había dado un salto que por milagro no había terminado en una desgracia mayor. Todo —según cuenta— le sucedió bajo los efectos del alcohol, que abundaba más que el agua de color turbia de aquellos arrabales.

Durante la noche, el abuelo, de vez en cuando, frecuentaba las propiedades de don Nicho; y era entonces cuando merodeaba las cuevas de los torogóces refundidas en los paredones llenos de cascajo en los empinados barrancos y los árboles de tecomasuche, conacaste, amate y chilamate, pues estos albergaban a otras aves nocturnas de las que mi abuelo usaba sus plumas para pasar sobre el cuerpo golpeado de la gente antes de proceder, por medio del sobado, a la puesta en su lugar del hueso o los huesos descoyuntados o lisiados.

En el día frecuentaba el lugar en busca de los panales de avispas conocidas comúnmente como "de guitarrón", que se encontraban en sus mortales enjambres, pegados de los palos de jiote o en las ramas de los frondosos árboles de conacaste o de copinol, que no eran fáciles de desbaratar y

que al alborotarse casi siempre las avispas volaban para irse a prender de la garganta y los genitales de todo ser viviente que encontraban. El panal de las avispas de guitarrón era utilizado como emplasto, que se envolvía en la parte golpeada. Pero los más buscados por el abuelo era los panales de las abejas de Castilla, que no solo eran codiciados por la gente por la rica miel que producían, sino también por el enjambre de gusanos que albergaban y que, de acuerdo a mi abuelo, era lo que, aparte de ser un secreto que nunca divulgó, le daba vitalidad para hacer lo que hacía, puesto que "estos gusanitos blancos" —según sus palabras— contenían una buena cantidad de fuerza para el cuerpo.

Ya eran varias las veces que con muchos inventos había intentado llevarse un enjambre con todo y troncón o rama para la casa, dependiendo de dónde se encontrara el panal. Su idea —y así me dijo— era colgarlo en uno de los dos frondosos palos de naranjo, al lado del palón de mango indio que tenía en el patio de la casa, a un lado de la letrina, y con ello evitar que los tacuacines llegaran a devorar a las gallinas que ocupaban de tapesco los naranjos. Sus esfuerzos no habían dado el efecto por él esperado. Además, mi opinión era que las gallinas serían las que iban a salir picadas por los insectos, a lo que él me decía que las plumas de esas aves era un repelente natural.

De sus vueltas por los terrenos de don Nicho, regresaba pasada la tarde con el costal repleto de toda clase de hojas, raíces y cáscaras. Una vez regresó hasta con plumas de algún extraño pájaro, de las que él afirmaba eran plumas de azacuanes blancos de la parte central de la Siberia, en Rusia, y que las guardaba no por sus efectos medicinales, pues había que examinar aún

sus propiedades curativas, sino por la distancia que las aves habían volado para venir a caer en los terrenos de don Nicho, y exactamente a un lado de la susodicha pila de agua caliente.

Él no cobraba por sus servicios y dejaba a la voluntad de la gente lo que quisieran darle. Mi abuelo disponía de un conocimiento increíble sobre las propiedades y usos de la medicina tradicional. Así, decía que la semillas de mango, y en concreto el jugo de la semilla machacada, era bueno para curar la diarrea; las semillas de tigüilote, conocida por la gente como *tapaculo*, que daba la misma función; el tamarindo, que era para lo contrario: "En caso de tapazón —decía—, hacer el fresquito, llenar un vaso y agregarle a este un dedo de sal"; el culantro, bueno para los lavados intestinales; las hojas de guayaba, "bien machacadas y revueltas en agua eran un santo remedio contra el empacho" —afirmaba—; las flores de pito que, en sopa de frijoles, servían para combatir el insomnio; las semillas de paterna que, además de ser ricas con limón, decía que eran un remedio efectivo para limpiar el estómago. La manteca de sapuyulo, de la que decía que era buena para limpiar los barros y otros abultamientos y suciedades de la cara; la manteca de gallina, que era buena para las frotadas en el pecho contra resfriados; la manteca de cuche que, además de ser buena para los "freídos", decía que era un medicamento eficaz, que utilizaba como sobador cuando le tocaba poner los huesos en su lugar a gente descoyuntada o quebrada; la manteca de cusuco que, según él, era buena contra el catarro de pecho, por lo que aconsejaba las frotadas en el pecho; la manteca de culebra mazacuata, que servía para lo mismo, solo que era más cara, pues además de ser escasa curaba más rápido; la manteca de tacuacín y la manteca de aceituno...

Sí, recuerdo que cuando llegaba el quebrado o zafado a la casa, el abuelo miraba el estado en que se encontraba el daño y de una vez la vez se refería a como se encontraba la posición de la Luna, pues según su conocimiento y cálculo de la Luna dependía su pronta o tardada curación.

Lo que también recuerdo es que de vez en cuando, en la casa, y concretamente cerca de la cocina donde él dormía, los ungüentos expelían un hedor tan desagradable como vaya usted a saber a qué. Disponía además de una infinidad de cáscaras secas, las cuales decía que había que meterlas en agua el lunes y sacarlas el viernes a mediodía, y entonces debía tomarse el líquido antes de las tres de la tarde.

Yo, en mi inocencia y con el deseo de saber, le preguntaba sobre el por qué tenía que ser a las tres de la tarde, a lo que el toscamente me respondía: "Porque a esa hora murió Cristo". Explicaba que el agua de las cáscaras, además de brindar vitalidad al cuerpo, protegía a la gente contra cualquier tipo de enfermedades. Disponía también de las cáscaras de mango, de aguacate, de guanaba, de quinina, de jiote, de conacaste y hasta de un bejuco que por lo áspero de sus hojas él le había puesto el nombre de "lengua de suegra".

En la cocina nunca faltaban las cáscaras del bejuco conocido como chupamiel. También tenía toda clase de hojas, como las de guarumo y de naranjo agrio, de las que decía que, en agua hervida, eran buenas para bañar a los que recién habían dejado una fiebre de paludismo, parido o después de una diarrea. Sabía las propiedades de las hojas de limón que, si bien es cierto en la mayoría de las casas se acostumbraba disponer de uno de esos frutales, decía que de esas hojas se aconsejaba

tomar el agua en forma de té, ya que alejaba el estado del mal humor después de la siesta, los enojos de los enamorados y hasta las envidias en las personas. Hablaba también —y eso sí que me daba un pánico terrible— de las pieles de culebra, entre ellas de la mazacuata, la bejuquilla, la cascabel y la temida víbora tamagás.

El anís, contra el dolor de estómago, era lo que la gente, sabiendo que el abuelo disponía de todo, más solicitaba. Cuando se le terminaba —como era muy consumido— aconsejaba a los que decían tener dolor de estómago irse a tirar boca abajo en los gramales de El Campo del Siete, cerca de la poza de La Golondrina en el río El Colco, lugar de retozo para la gente; de trabajo para las lavanderas del pueblo; así como de árboles frutales, principalmente de guayabo, no muy lejos de los famosos cerritos. Entre la grama del potrero, que además servía de cancha de fútbol del equipo del pueblo, abundaban las plantitas con sabor a anís; y el abuelo recomendaba comerlas.

Siempre dijo que el dolor de estómago era, por lo general, causado por las lombrices que pedían comida al estómago y este no se la daba. Aconsejaba oler y comer ajos para que las lombrices fueran vomitadas, o bien sentarse sin ropas menores sobre una olla de leche de vaca recién ordeñada y hasta con espuma, lo cual de inmediato alocaba a los parásitos obligándolos a salir, sin la necesidad del martirio del ajo.

Todo lo que recetaba mi abuelo tenía su respectiva función curativa. "La piel de culebra molida —decía—, cuando se revuelve en sopa de frijoles no solamente refresca el cerebro, sino que también protege a la gente contra el mal agüero y evita llagas", quizá como refiriéndose al cáncer.

La mayor parte de sus productos medicinales no eran desconocidos por nadie en Ilobasco, ya que, sobre todo en la época de lluvia, solo bastaba salir al patio de cada casa y cualquiera podía encontrarlos; crecían en abundancia. El abuelo Félix siempre estaba al servicio del que lo necesitaba; y ese estado de curiosidad que infundía había contribuido al alivio de los males de la gente que se acercaba a la casa para preguntarle qué podía usar para curarse y sin necesidad de preocuparse por el pago. Todo acto de curación o consejo lo hacía sin costo alguno. En la casa —quizá por ello— nunca faltaron las gallinas, los patos, los pollos, las palomas de Castilla y hasta las guacaladas de tamales; pero también quesadillas y marquesotes. La gente le llevaba todo eso como muestra de agradecimiento.

El abuelo me hablaba también de lo que él decía, "los avisos de la naturaleza" y me contaba que cuando las aves conocidas como güices; cantaban en algún árbol del patio de la casa, significaba que anunciaban visita o mal agüero; que cuando el fuego hacía ruido en las hornillas que habría muerto en la familia, que cuando la palma de la mano picaba, era señal, que muy pronto llegaría dinero; y que cuando las guacalchías están calladas en pleno mediodía es que la Ciguanaba anda cerca. Pero, además, que el ladrar y el aullar de perros durante el día —y no digamos durante la noche— era lo peor que podía suceder a todo ser humano, pues era el momento mismo en que el Diablo en persona anda rondando, y que podía suceder hasta un desastre. Se refería a los movimientos de tierra.

Cuando me llevaba a sus caminatas o que me invitaba a que fuera con él a comer mangos —que abundaban en su tiempo en todas las propiedades que circundaban el pueblo, igual que las moscas durante todo el año en los puestos de venta

de pescado en el mercado— y caminaba agarrado de su mano en medio de los matorrales, rodeado del olor a monte, el calor del día y los ruidos producidos por los pájaros y el choque de las hojas, aquellos vientos esporádicos y calientes hacían que, sin pensarlo, yo mirara y mirara para todos lados. Tenía miedo de lo que oía de él, pero me gustaba que me contara de todo eso. Me gustaba ver y sentir la soledad en aquellos potreros y montarrascales. Papá Félix me advirtió de que nunca tenía que dirigir la vista hacia atrás cuando me encontrara en lugares solos. Una vez le pregunté ingenuamente sobre el porqué de eso de no poder ver para atrás, a lo que él me respondió: "Así está en la Biblia". Y yo me quedé igual de ignorante. Hoy asumo que quizás se refería a eso por lo que le pasó a la desobediente esposa de Lot. Así era el abuelo Félix, para mí lleno de misterios interesantes y por eso lo admiraba. Tenía una sabiduría, una tranquilidad y una confianza que irradiaba todo su ser y que me inspiraba a saber qué. Era como mi héroe personal.

Algunas veces él me llevaba de la mano al centro de Ilobasco, lo que, para mí, era agradable y me sentía alegre cuando eso sucedía. Caminábamos de la mano desde El Calvario por la calle principal empedrada, y me gustaba ver las casas casi todas blancas y sus techos de tejas de un pardo rojizo. Casi nadie se veía en la calle. Acostumbraba irse a sentar en las gradas, precisamente en lo alto del portal de la tienda de don Leónidas y doña Virginia Escobar. Es que entre todos los hijos de ellos había una niña, casi de mi edad, de la que me gustaban sus ojos y su forma risueña y tímida de mirar. Me gustaba la niña; y yo solo tendría entonces unos siete años. El destino haría que años más tarde nos encontráramos; pero no pasó nada, todo quedó enredado en no sé qué. Aún no sé qué pasó. Más bien fue una confusión de esos duros y difíciles años de la adolescencia. Paso el tiempo y la vida siguió.

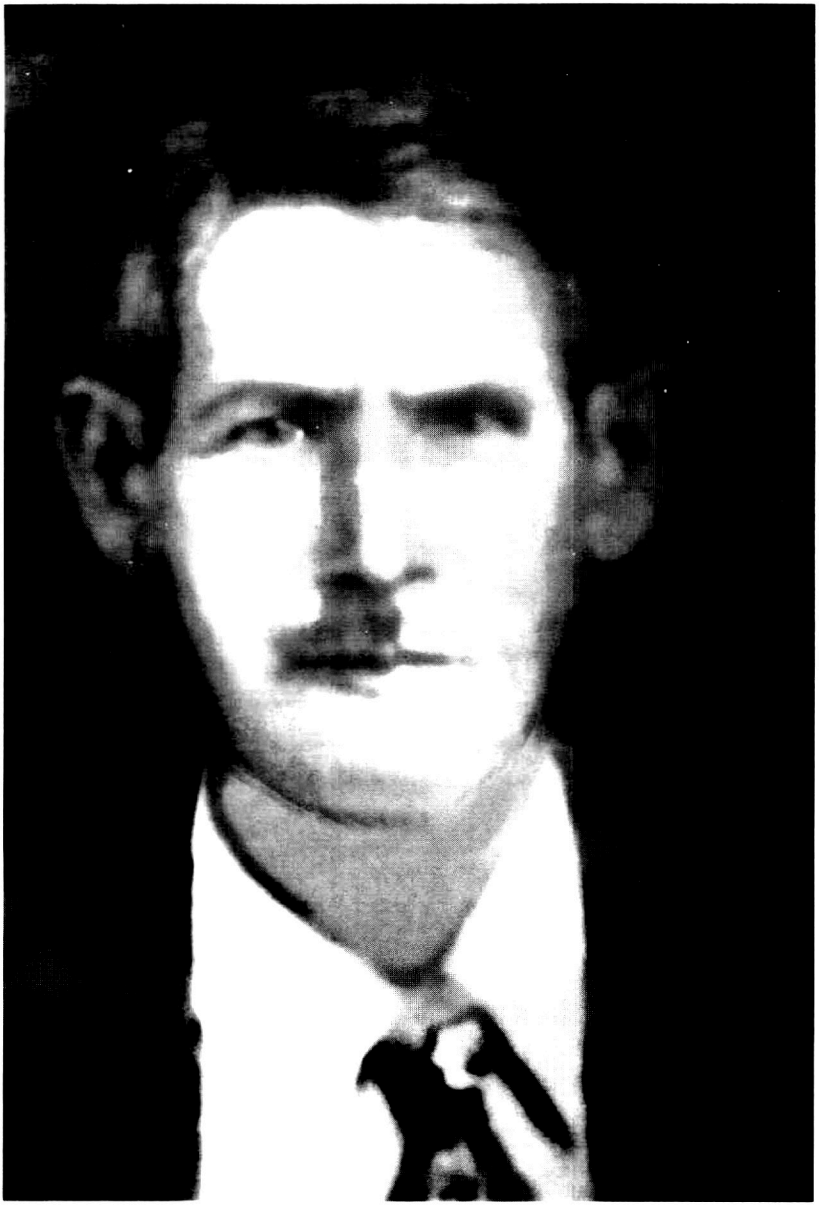
Desde el portal divisábamos el parque en donde dos o tres bolos durmiendo la goma sobre unos amplios sillones de cemento, y uno que otro perro aguacatero caminado lengua de fuera sofocado por el calor, mirando naturalmente con ojos de chucho muerto de hambre para todos lados. En una esquina, allá enfrente de donde el doctor Orellana, una mujer ofrecía mangos rayados con sal y salsa con chile, y también estaba un señor muy pequeñito que arreglaba zapatos. Frente al cine Palace, pero siempre en los linderos del parque, no faltaban los limpiabotas medio borrachos tirando piropos jayanes a cualquier mujer que pasara frente a ellos. Debajo de las gradas del portal estaban dos chalés en donde la Marguín y doña Esperanza Mejía vendían ricos espumosos de tiste, jugo de naranja con huevo, cigarros, churros, gaseosas y cervezas.

De repente, se veía que pasaban los pocos vehículos que había en el pueblo: un Willys de don Julio Saca, un Land Rover del doctor Orellana y un camioncito Ford de los Apontes. Todos los días, a las tres de la tarde, pasaba con rumbo a Sensuntepeque el carro del correo que venía desde San Salvador, y que en Ilobasco también había dejado la película que se iba a exhibir en la noche.

Entonces a mi abuelo le gustaba contarme repetidas veces —entre magayazo y escupida de las hojas que mascaba, que eran de las que le sobraban del tabaco que compraba para los puros que él mismo se hacía—, allí en las gradas del portal, todo sobre el desastre allá en Paratao y sus contornos en los bajos del río Lempa en donde él era propietario de fincas añileras, con obrajes, trapiches de madera y cañales; y que todo la lluvia de 1934 se lo había llevado y dejado a toda la gente solo sobre la arena con los brazos cruzados y sin nada.

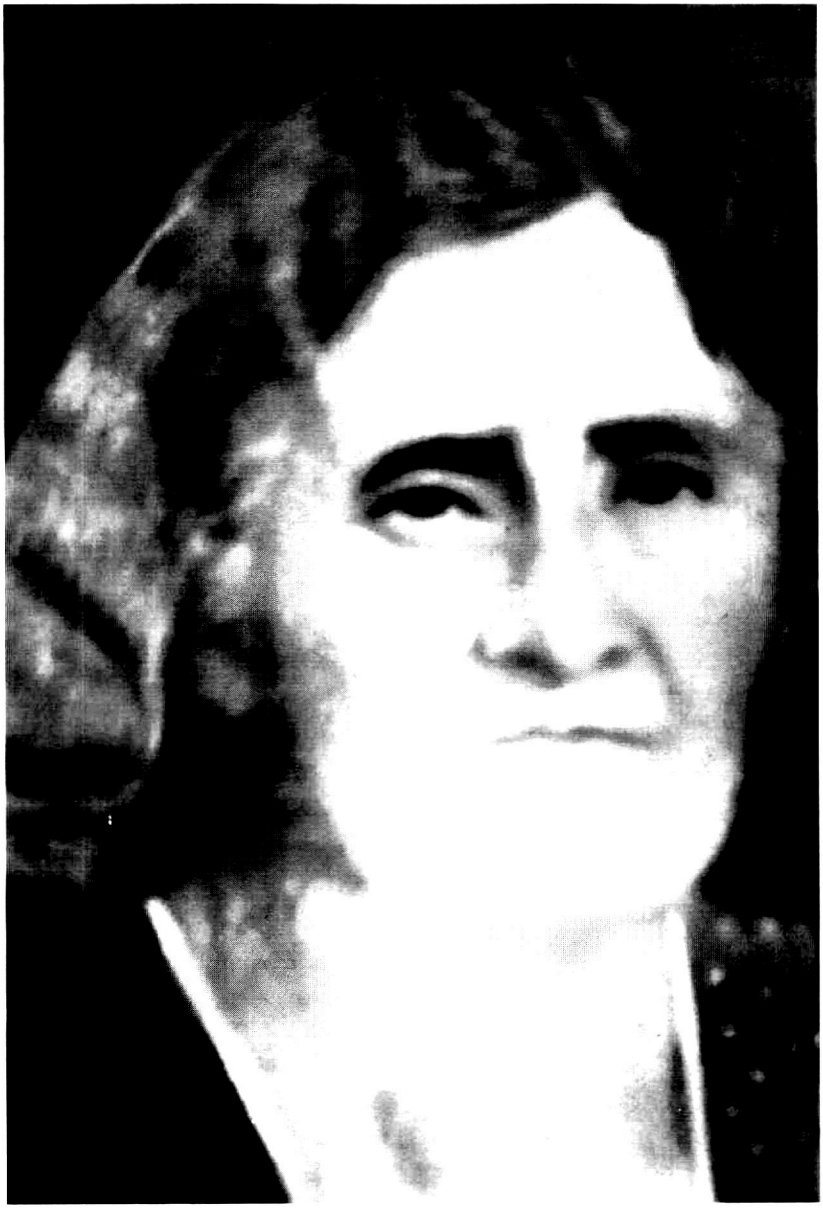
Me repetía que todos los cantones del municipio de Victoria, en Cabañas, habían quedado cubiertos de arena y lodo, y que con ello se había perdido no solo el deseo, el amor por el lugar, sino también las tierras que daban de comer a mucha gente. Con esa desgracia desapareció Ocotepeque, en Honduras, llevándose el poblado el río Lempa; pero también se transformaron valles y cañadas, y la gente no volvió a ser como antes. "Lo que sí ha quedado —me seguía contando— es lo que aprendimos de la familia, lo que yo sé, lo que yo te cuento, que también es tu familia, aunque ya no la vas a conocer pues todos nos regamos como agua llovida que no vuelve a ser la misma ni a caer en el mismo lugar, ya que la desgracia del diluvio, así como regó tanta agua así ha regado la descendencia Rivas, Reyes, Bonilla, Ramos y Callejas por todos lados."

La última vez que lo vi fue una mañana de enero de 1973, aún de madrugada. Me entregó un pañuelo con bastantes monedas y unos billetes. "Se cuida —me dijo—, pórtese bien, no le tenga miedo a la vida; siempre hay que ser lo que uno es, sobre todo no ahuevarse de nada ni de nadie. Con este dinero compra y come lo que aquí no se conoce y ni ha comido." Me abrazo y miró para otro lado, como para no mostrarme su cara de tristeza. Fue la última vez que lo vi. Dos años después supe que hacía año y medio había muerto. El viejo era mi héroe.



Mi abuelo, don Felix Rivas Callejas, de quien aprendí, sin saberlo, que el conocimiento se adquiere; observando–participando y escuchando lo que dice y hace la gente; que no es nada más, y nada menos que antropología. Es el viejo a quien le debo mi apellido y lo que soy.

Foto proporcionada por: Ramón D. Rivas.



Mi abuela, doña Felipa Reyes de Rivas, fuerza que impulso y apoyo todo lo que hizó el viejo.

Foto proporcionada por: Ramón D. Rivas.

De la fiesta de la cerámica

Septiembre era el mes del año màs copioso y desde que se dejó de celebrar la fiesta en honor la Virgen de Concepción, que era la fiesta por excelencia en Ilobasco, era el mes que más actividades cívico religiosas presentaba. Las fiestas bailables se llevaban a cabo en cada barrio y no importaba si llovía, los temporales de la época era como que para los pobladores pasaban desapercibidos. Había de todo tipo de bailes y música para todo los gustos desde marimba, cuerdas y hasta de la que estaba de moda y que se escuchaba en los radios de transistor y que también se vendía en San Salvador en la forma de disco *single o longplay*.

Pero la realidad demuestra que en el país siempre ha habido fiestas cívicos y populares e Ilobasco no era la excepción. Pero la tradicional Fiesta bailable de la cerámica, que en la actualidad se efectúa todos los años en el mes de septiembre, nació en 1955 como una fiesta específicamente de los estudiantes para recaudar fondos para celebrar su "despedida" como egresados del tercer año de Plan Básico. Uno de los primeros organizadores de esta fiesta de despedida, que aún no se denominaba como "Fiesta de la Cerámica" pero que posteriormente se llamaría así, como para poner el alto el patrimonio de la ciudad, fue el entonces alumno Cristóbal Elfidio Herrera, conocido en el pueblo con "Fio". El abogado Hugo Sigfrido Herrera me contó

que su hermano "Fio" una vez le había dicho que fue el profesor Tito Libio López quién había llegado a Ilobasco a trabajar como maestro en el entonces plan básico de orientación el que dió la idea a los estudiantes de organizar una fiesta que tuviera que ver con el patrimonio de Ilobasco y así fue como surge el nombre de "Fiesta de la Cerámica".

Años más tarde, se denominaría como Fiesta de la Cerámica y tomó el carácter específico para recaudar fondos entre el personal docente y el patronato de padres de familia, fondos que servían más tarde para sufragar necesidades de la Institución. En la década de los años setenta, el baile de la cerámica llegó a tener renombre a nivel nacional y la coronación de la reina, a media noche, era presenciada y aplaudida por un público visitante de diferentes partes del país. Pero bien, desde que se adoquinaron las principales calles de la ciudad, en especial la "Avenida Carlos Bonilla", muchas fiestas bailables fueron trasladadas a la calle. La "fiesta de la cerámica" ha sido una excepción pues siempre se efectúa en los locales de la institución; primero en su antiguo local del Plan Básico, y después en los locales del Instituto Nacional", es decir, "El Bachillerato". La maestra Ángela Urías de Rivera jugó un papel muy importante para perpetuar esta fiesta de los Ilobasquenses.

Cabe hacer mención, y de acuerdo a un informante, que "en sus primeros años, la Fiesta de la Cerámica, fue un acontecimiento anual en el que los asistentes se esmeraban por enseñar lo mejor de los trajes de vestir que con esmero mandaban a hacer. Asistir a la Fiesta de la Cerámica bien trajeado y rasurado era lo mejor que uno podía brindar a tanta mujer bonita que en compañía de sus padres llegaba con la frescura de una flor", me comentaba en tono emocionado y recordando con nostalgia aquellos años.

La actividad que, a principios de los años setenta, quedó propia de los alumnos fue la elección de la India Bonita, una fiesta bailable que se efectúo por algunos años. De ésta fiesta de la "India Bonita" se recaudaban fondos para las necesidades de los alumnos aunque para esta actividad siempre colaboraba toda la Institución.



Doña María Angela Urías Rivera de Rivera, incansable maestra de maestros, en la ciudad de Ilobasco. Fue fundadora del Instituto Nacional de Ilobasco y por muchos años dedicó su vida a la docencia; también una gran impulsora de la "Fiesta de la Cerámica" y la "Fiesta de la India Bonita" que por muchos años se llevó a cabo en los planteles de formación básica. En la actualidad, año 2016, a sus 87 años, vive con su esposo don José Guillermo Rivera Calderón, y narran el pasado haciendo parecer que el tiempo no ha transcurrido. No obstante, añoran ese pasado "donde todo costaba" y había que sacrificarse para llegar a hacer algo en la vida.

Foto proporcionada por: Carlos Guillermo Rivera

De una afanosa tarea sin fin

Desde 1841, precisamente en la época que don Bernardo Perdomo era Alcalde Municipal, Ilobasco comienza a dar saltos como para poder salir delante de su abandono como Villa. Hasta ese período, Ilobasco, había sido solo un poblado con una infraestructura miserable igual o peor que los demás lugares del departamento y el resto del país. Si bien, el poblado, ya poseía título de Villa, su infraestructura dejaba mucho que desear.

La Villa como tal, sólo disponía de dos iglesias en estado deplorable y algunas calles, sin embargo, la iglesia El Calvario hasta 1850, no era más que una ermita provisoria. La insalubridad en que vivía la gente lo describieron los viajeros de la época.

Sus pobladores no disponían de agua potable y durante las épocas de invierno, en algunas calles de los barrios, era imposible transitar por el estado deplorable en que se encontraban. Es más, no había edificio propio para escuela y los jóvenes en edad escolar deambulaban en diferentes casas. Tres cementerios existían en la Villa: El Barrial, que existió hasta 1850 en lo que hoy comprende el barrio de La Cruz[63] y que luego fue reemplazado por el cementerio de los ricos.

[63] Este cementerio se ubicó precisamente entre lo que hoy se conoce como el barrio La Cruz (popularmente conocido como El Barrial) y la Colonia San Carlos.

El Chaparral, hoy en día conocido como cementerio de Los Pobres y el cementerio de La Calavera en desuso.

Don Bernardo Perdomo, en sus diferentes períodos como Alcalde Municipal, realizó muchas obras materiales en beneficio de la ciudadanía; edificó obras como la iglesia de El Calvario, con la colaboración del estadista don Juan J. Bonilla, la primera casa que ocupó el entonces Cabildo (hoy día Alcaldía Municipal)[64], el cuartel y las cárceles públicas, que estuvieron ubicadas en el lugar que en la actualidad se encuentra el edificio en ruinas del antiguo Cine Palace, frente al Parque Municipal[65].

En 1851, don Bernardo Palomo dio inicio a la construcción del cementerio Antiguo, hoy en día "cementerio de Los Ricos", que fue terminado en el año de 1870[66]. También abrió calles, hizo la mayor parte de los empedrados de la ciudad, las pilas de las fuentes de El Chucho[67], El Palón[68], La Pila del Muerto a más

---

[64] En el tiempo de don Bernardo Perdomo, la casa del Cabildo era un miserable edificio que se encontraba ubicado precisamente entre lo que hoy es la Alcaldia Municipal y el actual edificio en ruinas del antiguo Cine Palace.

[65] Cuando el cuartel dejó de existir, en el lugar se improvisó una Plazoleta de juegos recreativos que llevaba el nombre de don Manuel Bonilla, otro ilustre hombre de Ilobasco.

[66] El cementerio conocido como "La Calavera" y que se ubicaba en la carretera vieja hacia Sensuntepeque, a medio kilómetro de la iglesia Los Desamparados, es mucho más viejo y si bien dejó de ser utilizado cuando en 1851 se inició la construcción del "cementerio antiguo" o de "los ricos", cuando llegaron las epidemias del cólera fue nuevamente utilizado. El cementerio de La Calavera se hizo impopular entre los pobladores por su lejanía y porque a la vez en épocas de lluvia, el lugar se convertía en pantano.

[67] Una ruina que en la actualidad se localiza a dos cuadras, más o menos, de donde se encuentra el Instituto Nacional de Ilobasco o mejor conocido como "El Bachillerato".

[68] Localizada en el lugar se conocía como el barrio de La Cruz o "El Barrial".

o menos kilómetro y medio de la iglesia Los Desamparados, en la calle vieja que conduce a Sensuntepeque; las pilas en El Barrial, llamadas también, El Brincadero, delante de Los Cerritos y otra más, en la parte de atrás de la antigua iglesia El Calvario, llamada la pila de El Ciririco, etc.

La capilla de la Iglesia Parroquial, que estaba en ruinas, fue reparada durante su período como Alcalde, y, en su calidad de diputado, obtuvo del gobierno del Mariscal de Campo, don Santiago González 6,000.00 colones que se emplearon en la compra del terreno en donde se encuentra el edificio que en la actualidad ocupa la alcaldía Municipal[69].

Don Bernardo Perdomo fue también la persona que coordinó para que se efectuara el empedrado de las principales calles de la ciudad, así como la construcción de algunos puentes.

Pero, por otra parte, todos los entrevistados coinciden que fue la luz eléctrica el motor que vino a cambiar el destino de Ilobasco en todos sus aspectos; los medios de comunicación se hicieron más efectivos e Ilobasco salió del asolamiento que, de acuerdo a muchos informantes había venido caracterizando al lugar.

El 12 de agosto de 1929[70], el ejecutivo aprobó el contrato entre la Municipalidad de Ilobasco y la Compañía de Alumbrado Eléctrico la que de inmediato pasó a ser instalada en la Municipalidad y sus contornos. La Municipalidad era en ese

---

[69] El edificio de fachada de la actual Alcaldía Municipal fue reconstruido por el arquitecto Hugo Navarrete, hijo del Doctor Vicente Navarrete en 1950.

[70] Véase al respecto: La Prensa Gráfica. Libro Diamante. San Salvador, El Salvador, C.A. Tomo I. 1915 – 1958. 1994. P. 174.

entonces dirigida por el Alcalde don Camilo Ruiz[71]. Fue hasta mediados de 1930 que la luz eléctrica comenzó a expandirse en las demás casas de los pobladores.

Hasta 1933 fue cuando se instaló definitivamente el agua potable en Ilobasco[72] y para esa oportunidad se construyeron, además, varios chorros públicos, como ser; dos en el barrio San Miguel, uno frente a la casa de don Herculano Platero[73] y el otro frente a la casa de don Agustín Abarca en el barrio San Miguel[74]. Hubo otro chorro público en la esquina del costado norte del Parque Central y en El Chiraco, hoy en día, conocido como colonia Santa Marta[75]. Había otro "chorro público", precisamente, frente a la casa del Sr. Manuel Hernández.

Las pilas que se construyeron bajo el esmero de don Bernardo Perdomo setenta años atrás, fueron perdiendo, con el pasar del tiempo, su valor y poco a poco se fueron secando.

Las pilas que aún se encuentran en completo estado de deterioro, frente a la iglesia Los Desamparados (en el centro de lo que es hoy día es el Parque) y la que se encuentra frente a la iglesia

---

[71] La esposa de don Camilo Ruiz fue la distinguida señora doña Ángela de Pajares, propietaria de la finca "El Socorro" a tres kilómetros de Ilobasco con dirección a Tejutepeque.

[72] No obstante hemos encontrado que el sábado 15 de mayo de 1915, la Prensa Gráfica anunciaba: "Se aprueba en la Asamblea la introducción del agua potable en Ilobasco". La Prensa Gráfica 1915-1965. Libro de Oro. San Salvador, El Salvador, C.A.

[73] Alcalde de Ilobasco por dos períodos (1989-1992).

[74] Calle con dirección al cantón Azacualpa.

[75] Popularmente esta colonia, por su ubicación geográfica, es conocida por los pobladores como "El Tobogán".

El Calvario, a un lado de la calle de entrada principal (Avenida "Carlos Bonilla") fueron construidas precisamente en el mismo período. Estas sirvieron como fuentes de abastecimiento de agua al público y abastecieron a los pobladores, hasta más o menos 1962.

Este periodo de Alcalde de don Bernardo Perdomo se conoció popularmente como el período de las pilas.

La mayor parte de estas pilas públicas desaparecieron cuando llegó a Ilobasco el ANDA (Asociación Nacional de Acueductos) en 1948 estando de Alcalde de turno don Miguel Ángel.

De acuerdo a don Rutilio Antonio Flores, refiriéndose al primer sistema de alumbrado eléctrico en Ilobasco; "antes, la electricidad venía de un lugar llamado 'El Chorreron', una Presa, delante de Cojutepeque y los focos eran de 25 watts que eran unos focos con luz opaca que alumbraban muy poco"[76].

De acuerdo a doña Luisa Lozano, "(...) hasta 1910, la gente se alumbraba por las noches con antorchas de Ocote, después hubo un alumbrado aquí que era de faroles. En las esquinas había unos faroles y en su parte interior se ponían unas candelas.

Eran contadas las esquinas que tenían faroles. Don Regino Martínez recuerda haber escuchado de su padre que en el tiempo de los faroles, se había popularizado en Ilobasco una canción que decía: "Farolito ya son las cinco de la mañana apaga los faroles (...)"[77]. Era una canción que hacía alusión a

[76] Entrevista.

[77] Entrevista.

los serenos encargados de encender y apagar con antorchas los faroles que se habían instalado en las esquinas principales de las calles de la ciudad.

En 1916 instalaron, sólo en la Plaza del Centro, que después sería el Parque Central, un alumbrado de sólo plantas de carburo.

De acuerdo a doña Lidia Nerio; "(...) antes de que existiera luz eléctrica en las esquinas principales de Ilobasco habían faroles, los que eran encendidos cuando empezaba a oscurecer y apagados a las nueve de la noche". Doña Lidia Nerio afirma; "yo tendría ocho años cuando pusieron la luz eléctrica. Primero la pusieron pública y sólo en algunas casas, las de los ricos tenían luz privada. La gente decía que la luz era bien cara (...)[78].

En 1965 se instalaron, en un buen número de calles, sobre todo las principales, postes de madera, de los que colgaba un foco de 50 watt. En 1978 se instalaron 10 lámparas de mercurio en puntos estratégicos de la ciudad y no fue hasta 1995 en que se cambiaron todos los focos incandescentes por lámparas de mercurio[79].

En la actualidad, un 96% de las casas en Ilobasco disponen de energía eléctrica y desde 1978 se comenzó a ampliar ese servicio, fuera de la ciudad, en sus cantones. Hoy día, año 2916,, todos los cantones y caseríos del Municipio, disponen de energía eléctrica, pero no todas las casas en los cantones hacen uso de ella.

---

[78] Entrevista del autor a doña Lidia Nerio, habitante del barrio El Calvario. Al momento de la entrevista en 1996 doña Lidia Nerio tenía la edad de 71 años.

[79] Esta iniciativa fue gestionada por el Alcalde de turno Alfredo Alejandro Muñoz y su Corporación Municipal.

Hasta principios de los años setenta, las calles de Ilobasco eran empedradas casi en su totalidad, aunque había algunas, sobre todo en sus contornos, que no lo estaban. Al respecto doña Carmela Abarca refiriéndose a las calles; "(...) eran empedradas, corría el agua cuando llovía. En medio de las calles eran grandes correntadas de agua, a veces hasta se llenaba de una casa a otra[80]. Don Bernardino Abarca al respecto; "(...) habían varias calles empedradas. No todas (...) y había aceras de piedra, no de cemento, sino que eran de piedra las aceras que habían al lado de las casas; y a las orillas de las aceras habían árboles de naranjo, de almendro, de capulines que eran los que más abundaban"[81].

Aunque Ilobasco lleva el título de ciudad desde hace muchos años, es sólo hasta 1964 que comenzó a dejar aquella característica de pueblo y es a partir de 1964, que Ilobasco como tal, alcanzaba un acelerado desarrollo en lo que se refiere a su estructura como ciudad. A vuelo de pájaro mencionaremos algunas de las obras que en ese lapso de tiempo se realizaron:

- En 1970 se pavimentó la carretera que une a Ilobasco con San Rafael Cedros[82].
- Se construyó el Estadio Municipal[83].

---

[80] Entrevista con doña Carmela Abarca para este estudio por parte de estudiantes de la Escuela Unificada "Bernardo Palomo". Doña Carmela Abarca, QEPD, residía en el barrio El Centro de Ilobasco.

[81] Entrevista.

[82] Esta carretera fue totalmente reconstruida en 1995/96 en un tramo que se hizo también hasta Sensuntepeque.

[83] Desde 1982, el Estadio Municipal de Ilobasco lleva el nombre "Mauricio Vides". Mauricio Vides estimuló el deporte en la ciudad. Por mucho tiempo, Vides, fue presidente de la Junta Directiva del equipo de Fútbol de la ciudad El Club Deportivo Roble. Hasta mayo de 1998. El Roble jugó en la primera división en el Fútbol Nacional salvadoreño. Vides murió asesinado en circunstancias aún no establecidas en los primeros años de la década de los ochenta.

- Se construyó el Instituto Nacional Académico.
- Se construyó la Escuela Urbana Mixta "Bernardo Perdomo".
- Se mejoró el servicio de agua potable.
- Se construyó el Parque Los Desamparados.
- Se construyó el Rastro Municipal.
- Se construyó el edificio de ANTEL[84].
- Se construyó el edificio de la Comandancia de la Guardia Nacional
- Se amplió el Mercado Municipal
- Se empedraron las calles frente al parque y desde la entrada hasta el centro de la ciudad.
- Se remodeló el edificio de la Alcaldía Municipal
- Se remodeló el parque "Enrique Hoyos"[85]

---

[84] En una placa a un lado de la entrada principal se lee: "Construido en la administración presidencial del Coronel Julio Adalberto Rivera, Junta Directica de ANTEL. Presidente: Teniente Coronel Mario Guerrero, Directores propietarios. Dr. Eusebio Martell, Dr. M. Guillermo Novoa, Teniente Coronel, Julio Cesar Cornejo, Ing. Mauricio Antonio Posada. Ilobasco, 21 de diciembre de 1966. Desde las primeras décadas de 1900 la oficina "telegráfica" estuvo ubicada en "un cuarto" en los locales de la Alcaldía Municipal. Hasta 1966, la oficina, había venido funcionando en la avenida principal de Ilobasco "Avenida Carlos Bonilla". La casa aún conserva la placa de la oficina de Telecomunicaciones.

[85] Hasta ese entonces, el parque central "Enrique Hoyos", era el centro predilecto de encuentro entre los pueblerinos. El cambio enorme que sufrió aquel amplio, elegante y sombreado lugar de encuentro, característico de los parques hispanoamericanos, de la noche a la mañana lo transformaron en una plaza desnuda y hasta cierto punto ordinaria. Sus elegantes sillones de cemento fueron arrancados y otros destruidos. En 1978 observé uno de estos sillones arrimados contra la pared de la Alcaldía Municipal y otro que pude observar en un parque de Cojtepeque. Por muchos años, "después de la remodelación" el parque no fue más que una plaza a la intemperie del sol. En 1997, cuando realice este estudio, Ilobasco no disponía de un parque central que los pobladores lo identificaran como un centro de encuentro y de descanso. Es más, unos servicios sanitarios en el mero centro de la ciudad, había transformado aquel lugar feo en un basurero insalubre y apestoso, dando la impresión que aquí presento para sus pueblerinos y visitantes. Año 2016, Ilobasco siente, otra vez, orgullo de su parque central.

Al momento de efectuar el estudio, en 1978, observé además que el partido político en el poder había pintado todo el lugar con sus colores. Estos son

- Se creo la Agencia de la A.B.C (Asociación de Bienestar Campesino) hoy en día el Banco de Fomento Agropecuario).
- Se repararon caminos vecinales
- Se construyeron varias escuelas rurales
- Se construyó la anterior unidad de salud y se construyó además la calle desvío que conduce a la ciudad de Sensuntepeque.[86]

Fue don Miguel Arévalo Peña, en su período de Alcalde, quien compró el campo de Fútbol donde hoy día se encuentra localizado el Estadio Municipal "Mauricio Vides" en los primeros años de la década de los sesenta, con subsidio de la Alcaldía Municipal. El costo fue de dos mil quinientos colones. La propiedad era de la Sra. doña Elba de Castro. Por muchos años, esos terrenos que servían de potrero se conocieron popularmente como "el campo el siete".

Como ya más arriba hacíamos mención, tradicionalmente Ilobasco se caracterizó por disponer de solo cinco barrios: El

---

hechos vulgares de los que se valen los partidos políticos para demostrar que existen cuando en la realidad, con estas acciones no solo demuestran lo ignorantes que son, sino que además perjudican y no les importa destruir un importante acervo patrimonial.

La ausencia de memoria histórica que siempre nos ha caracterizado, es la que hizo posible la destrucción del hermoso parque y el descuido en que encontré también el parque de Los Desamparados. Gran responsabilidad tienen también los distintos gobiernos municipales que han mal manejado el destino de la ciudad sin el más mínimo sentido de responsabilidad histórica y sin haberse preocupado por forjar en sus habitantes, una conciencia de lo que significa cuidad y valorar la ciudad que nos identifica, que es parte de nuestra identidad como originarios de ese lugar, todo esto en aras del pasado y en función del futuro de las nuevas generaciones. El patrimonio cultural es también un recurso no renovable como el agua, la flora y la fauna. De aquí que sea responsabilidad de todos los Ilobasquenses salvarlo y preservarlo.

[86] Al respecto. ILOBASCO. Una década de positivo progreso en la ciudad de Ilobasco, ciudad cabecera de su mismo nombre en el departamento de Cabañas. 1964 – 1974. República de El Salvador. América Central, p. 3.

Centro, Los Desamparados, San Sebastián y El Calvario. Estos barrios fueron el reflejo de Ilobasco hasta que en 1960 que comienza a surgir el barrio La Cruz.

En 1976, se da otro fenómeno en Ilobasco, y es el hecho que desde ese momento comienzan a surgir las colonias, En la década de los años setenta, surge la colonia San Rafael.[87]

La colonia San Rafael, vino en un principio, a crear recelo entre muchos pobladores ya que no era lo mismo estar acostumbrado a escuchar la palabra "barrio", que la de colonia, que era un término sólo usado en San Salvador y otras ciudades grandes del país. Además, el estilo de las casas de la colonia San Rafael no era del tipo al que la gente estaba acostumbrada ver y habitar en Ilobasco.

La guerra que azotó el país por más de doce años durante toda la década de los ochenta, vino a transformar, de una vez por todas, a Ilobasco en todas sus dimensiones. Aquel "desarrollo" socioeconómico y social, pausado, que se había venido dando, por años, desde su fundación como ciudad, así como también, las distinciones entre personas en lo particular y la distinción de clases que había marcado a su medio social se vino al traste durante y después de la guerra.

Muchos de los habitantes originarios, y los hijos de estos, emigraron hacia San Salvador o al extranjero y algunos desde mucho antes de que recrudeciera el conflicto bélico, pero

[87] El terreno donde en la actualidad se ubica la colonia San Rafael, fue propiedad de doña Olinda Cea, ella lo vendió a don Carlos Saca en 1940. Don Carlos Saca denominó el lugar como La Chacra que cuando lo compra manda a construir un tanque de agua, al estilo pila, para aprovechar una fuente natural que había en la zona. Yo aún pude ver las ruinas en 1977 ubicadas a un lado del Hospital General. Don Carlos Saca vendió el terreno a don Gonzalo Arévalo quien construyó las primeras casas de la colonia en a finales de 1976.

Ilobasco siguió creciendo, no solo en población, sino también en todos su aspectos, principalmente en lo económico y decirlo en desorden urbanístico.

A inicios de 1978, y precisamente en los momentos en los que la guerra empezaba a recrudecer, se dio inicio con la lotificación del terreno que posteriormente se iba a llamar colonia Miranda I y Miranda II.[88]

Para 1988, Ilobasco se había convertido en la metrópoli de la región. Y es que no solo habitantes de los caserillos y cantones habían emigrado a la ciudad, sino que también de pueblos y ciudades como Tejutepeque, Cinquera, Jutiapa y poblaciones del vecino departamento de Chalatenango, como ser: San José Cancasque, San Antonio los Ranchos, Potonico, Nombre de Jesús, y San José las Flores que durante el conflicto bélico fueron verdaderos campos de batalla y que afectó enormemente a la población civil.

En 1980, comienza a surgir la colonia La Palma, el lugar tradicionalmente conocido como "campo El Siete". En 1997, en este antiguo terreno y sus contornos utilizado para la siembra de caña de azúcar, se encontré seis colonias, así; colonia El Siete, colonia Alcaine, colonia La Palma, colonia Maracaná, colonia San Carlos y Zona Verde. Estas colonias son las que rodean el Estadio Municipal, "Mauricio Vídes".[89]

---

[88] El terreno, en donde se ubica la populosa colonia Miranda, era propiedad de don Jesús Miranda. De acuerdo a informantes, don Jesús Miranda heredó a sus hijos el terreno, quienes a su vez lo comenzaron a lotificar a finales de los años setenta. Conviene hacer mención en esta parte, existía un predio plano en donde los pobladores de la zona practicaban fútbol, por lo menos hasta 1997 fecha en que lleve a cabo este estudio. Se trata del predio que los pobladores de la colonia utilizan para practicar deporte. El lugar se conocía popularmente como "la cancha de lo Miranda".

[89] Gran parte de estos terrenos fueron propiedad de doña Elba Castro.

Y con el flujo de emigrantes que invadió Ilobasco, en la década de los ochenta, más y más colonias fueron surgiendo en los contornos del tradicional casco urbano, así; colonia El Carmen, Colonia Residencial, colonia Santa Elena, colonia El Milán, colonia El Recuerdo, colonia El Porvenir, colonia San Francisco, colonia Vega, colonia Sagrado Corazón, colonia San Carlos, colonia Helen, Lomas de Tepeyac, colonia San Luis, Santa Teresa, colonia Molina, Residencial San José y colonias Elen I y II.

En mayo de 1995, se estableció una oficina del Banco Salvadoreño y en agosto del mismo año comenzó sus operaciones una oficina pequeña del Banco Agrícola Comercial pero ya a finales de 1996, comenzó a operar el Banco Agrícola Comercial en sus nuevas instalaciones, que lo conformaban un moderno y elegante edificio en el barrio El Calvario, precisamente en el predio en donde año con año se ubicaba el circo y frente al puesto que estuvo por muchos años desde antes de la guerra, la temida Policía Nacional.

En 1996, encontré una ciudad que no solo había crecido poblacionalmente en un 100% sino que, a su vez, su estructura urbana y social era completamente diferente a como se encontraba diez años atrás.

Para 1996, encontré un Ilobasco transformado: un 69% de sus habitantes eran "gente nueva", gente que había tenido que emigrar de sus lugares de origen por la guerra. Desde entonces, entre muchos pobladores originarios del Ilobasco se habla de " los de Ilobasco" para referirse a la población autóctona y "los refugiados" para referirse a aquellos que llegaron a establecerse en el lugar durante la guerra.

Durante el estudio, en 1997, entreviste al Alcalde Municipal, el Sr. Alejandro Muñoz Hernández[90], quien manifestó que en su período se habían gestionado dos agencias bancarias para la ciudad. La entrevista nos da una idea sobre el movimiento económico ya en ese entonces en el Municipio. De acuerdo al Sr. Hernández: "Anteriormente todos iban a hacer sus gestiones hasta Cojutepeque..." y de acuerdo al mismo Alcalde: "Tradicionalmente, Ilobasco ha sido un corredor para movilizar dinero" y de acuerdo a sus propias estimaciones, solo en los primeros meses de 1994, se podrían haber movilizado en todo el municipio unos veinte millones de colones.

Al momento que realice el estudio, en 1997, Ilobasco contaba con dos hoteles, ya con unos dos años de servicio; el Hotel La Casona y el Hotel Ilobasco. Había, además, dos moteles "de mala muerte"; la Pensión Central y el Motel Sagitario, que desde la década de los años setenta servían como guarida de borrachos, delincuentes y prostitutas ambulantes.

En 1997, Ilobasco contaba con 23 barrios pero entre estos barrios se encuentran incluidos las colonias y las residenciales. En 1998, encontré un buen número de lugares ya listos para ser lotificados entre estos; lotificación "Mata de Huerta", en el kilómetro 51, cerca del desvío a Sensuntepeque, la lotificación Limares, etapa I y II, también en el kilómetro 51, la lotificación Cerro Colorado, en el caserío Las Flores de la jurisdicción de Ilobasco, la lotificación Planes de Ilobasco. La ciudad se expandía enormemente y la gente seguía llegando para establecerse.

---

[90] Conviene aquí hacer mención que fue este Alcalde y su Corporación Municipal que en la Alcaldía instauró un "Contador General" ya que antes que el fungiera como Alcalde, la Municipalidad se había caracterizado en la administración de los fondos solamente contando con un Alcalde, un tesorero y un secretario municipal.

En ese entonces, a Ilobasco le faltaba un buen y elegante restaurante, como la creciente ciudad se lo merecía. Si encontré 19 comedores populares y una pizzería que ofrecían comida a precios favorables. En el barrio El Calvario, se creó, en 1998, un bonito y necesario restaurante. Es más, por tradición, el mercado Municipal ha albergado un lugar especial en donde se ubicaban las vendedoras de comida, que suplían a un buen número de visitantes, principalmente del campo.

Hasta 1995, algunas calles de la ciudad presentaban el aspecto de antaño, calles empedradas y de tierra.

Al mismo tiempo estaba surgiendo la colonia Dr. Vidal Severo López a unas cuantas cuadras del desvío entre Ilobasco y Sensuntepeque.[91]

[91] Don Tulio Dagoberto López fue quien comenzó a lotificar en 1973 parte de una de sus enormes propiedades a la orilla de la carretera principal que une a Ilobasco con San Rafael Cedros. Al momento de efectuar este estudio en 1997, el proyecto de lotificación continuaba en su Segunda Fase, hasta llegar al "cementerio de Los Pobres"

De las migraciones en Ilobasco y como hoy se ve y sus pobladores hacen las cosas

Se van y no vuelven y los que lo hacen no son de aquí ni son de allá. Y es que, en el contexto histórico salvadoreño, se constata que las transformaciones socioculturales, —ya sea para bien o para mal— son el producto de trastornos sociales y naturales. Y me refiero aquí al tan sonado fenómeno de las migraciones.

Ante este esto hecho de emigrar, Ilobasco nos da pautas para redimensionar el fenómeno y constatar que el mismo, —la migración— hasta en la arquitectura y estilos de las construcciones de los inmuebles habitacionales ha influenciado enormemente la forma de construir. Las características del flujo migratorio contemporánea y de los pobladores de Ilobasco no son la excepción; es principalmente hacia los Estados Unidos y la misma ha evolucionado con el tiempo. Si antes de la guerra de la década de los ochenta, eran principalmente los pobladores de las áreas urbanas y una clase media las que emigraban, con la guerra y los años posteriores, la migración se generalizó a todos los sectores de la sociedad.

Tres períodos migratorios se pueden identificar: preguerra, guerra y postguerra. Antes de la guerra civil, había un flujo

legal de migrantes, de relativamente altos ingresos que desde pueblos pequeños iban y venían de los Estados Unidos. Se iban con fines de estudio, unión familiar —matrimonios— o simplemente diversión. Esto también ocurre en todas partes del país, e Ilobasco no es la excepción.

Hay dos casos de personas representativos en Ilobasco, —ambos hijos de terratenientes— que decidieron irse a los Estados Unidos; el primero en la década del cincuenta y el segundo en los primeros años de la década del setenta. El primero, ese que emigró en la década de los cincuenta a Estados Unidos, regreso al país después de 15 años y construyó una flamante casa tipo colonial precisamente en la parte frontal del desvío para Ilobasco y Sensuntepeque, a escasos dos kilómetros de la ciudad. Es una amplia casa que terminó de edificar a principio de la década de los ochenta, en plena guerra; de estilo colonial, amplios corredores, techo de teja de barro, pero con paredes de ladrillo de barro y bordes armados de piedra y cemento. El otro volvió para vivir definitivamente con su familia en la ciudad, pero su casa contrasta con todas en su entorno ya que es la única que hoy queda como testigo de lo que eran los estilos arquitectónicos tradicionales en forma y estilo en esa cuadra; casas de una sola sala, corredor, paredes gruesas de adobe, techo de tejas y hasta puertas de madera. Las puertas y ventanas ahora han sido reforzadas con sendas rejas de hierro.

Fue hasta la década de los ochenta que cientos de miles de salvadoreños emigraron en forma masiva. Durante esos años de guerra, el reclutamiento forzado por el ejército en áreas rurales, la violencia y la polarización política, empujó a una migración dominada por hombres jóvenes. La otra situación era el cierre de fuentes de trabajo. El campo se convirtió en un

lugar de guerra y por ende inseguridad, situación que también prevalecía en las ciudades.

En ese tiempo, un campesino, con la ayuda de un coyote emigraba directamente, desde su cantón, hasta las grandes urbes como por ejemplo. New York y con todas las consecuencias socioculturales del caso. Era gente que muchas veces ni la ciudad capital, San Salvador, conocía.

A mediados de la década de los ochenta, comenzaron a migrar mujeres, utilizando las crecientes redes sociales formadas en los Estados Unidos. Todavía constatamos que en el período de la postguerra, la migración continúa. Los hombres jóvenes siguen siendo el grupo más grande de migrantes, sin embargo, la composición demográfica de los que se van es mucho más heterogénea que antes, debido a varios factores, como la reunificación familiar, que impulsa la migración de miembros de la familia de tercera edad —en menor grado— y de niños en su mayoría.

En el caso concreto de Ilobasco se ha constatado que primero es uno de los padres el que se marcha y luego, —cuando todo va bien—, después de cinco o seis años se va la mujer; los hijos quedan al cuidado de los abuelos. Pero como muchos de los hogares en el país, —e Ilobasco no es la excepción— carecen de uno de los padres; por lo general son las mujeres las que son abandonadas y se quedan con los hijos, estas emigran y esperan que el hijo o la hija crezcan para llevarla a los Estados Unidos.

Todo esto ha propiciado, y sigue propiciando, una transformación en el núcleo familiar y en el resto de la sociedad. Las reunificaciones familiares, en el mayor de los casos, no son como se esperaba por el sencillo hecho de que tanto la madre como el hijo no se

conocen; son extraños y si se conocen, es solo por foto y esto hace que los dramas sociales muy pronto se presenten. El otro problema es que muchos niños de padres migrantes, por el solo hecho de saber que al crecer se van a ir para reunirse con sus padres hacen que no se motiven para prepararse en sus estudios de primaria y secundaria.

En fin, los problemas son muchos y variados; desde vagancia, holgazanería hasta delincuencia y naturalmente desintegración de las redes tradicionales de la familia. Muchos de estos jóvenes han pasado a formar parte de las pandillas e Ilobasco no es la excepción. Pero una cosa ahora es clara y es el hecho que si en un principio —antes de la guerra— eran solo los de la ciudad quienes emigraban, hoy en día, tanto campesinos como citadinos van y vienen.

También, en Ilobasco es sabido que hay un buen número de hombres que por temporadas van a trabajar a Alaska en la pesca del cangrejo gigante. Como sucede en otras partes del país, —ya que la migración es generalizada—, los que emigran de Ilobasco y sus cantones, se van porque no encuentran trabajo —y esta es la mayoría—, porque se reunifican con sus familiares —esto vale para los menores de edad—, pero también muchos se van —esto vale para los últimos diez años— por una especie de presión social. Hoy en día, en El Salvador hay que decir que se ha vivido en los Estados Unidos y esto ofrece, en amplios sectores de la sociedad, una forma de estatus en un medio ampliamente transculturizado como es la realidad social y cultural que caracteriza al país.

Y es que, en la escala social salvadoreña de muchos pueblos, ciudades y áreas rurales aquellos que reciben remesas son colocados en lo más alto. Esto se puede apreciar en las

diferentes comodidades que los "remeseros" muestran, así: aquel que recibe remesas, compra más ropa —de preferencia de marcas que están de moda, en el caso de que este resida en la ciudad— y esta varía de acuerdo al estatus social. Si es campesino, ropa floja —de preferencia *Jean*— camisetas flojas con colores chillantes y gorra. El uso del sombrero es ya parte del pasado y solo es utilizado entre los hombres mayores de edad. Pero también se nota que un pariente —hombre— de edad avanzada tiene parientes en los Estados Unidos, por la ropa que usa. Muchos migrantes no solo envían dinero sino que además envían principalmente ropa y zapatos.

No es de extrañar ver en Ilobasco hombres de avanzada edad luciendo zapatos tenis combinados con pantalón y camisa fuera de contexto. Se compran vehículos y los de la ciudad prefieren los sedan, contrario que los campesinos que gustan de conducir los *pick up*, "por si hay que ponerlo a trabajar". El sueño de todo migrante que ha regresado —y así me lo han manifestado— es el "poder sentirse grande conduciendo una troca" que son los mismos *pick up* pero más grandes.

La mayoría de los vehículos que usan los "remeseros", y los que regresan al país, son vehículos usados y comprados en los Estados Unidos. En Ilobasco, los hijos de los "remeseros" y los que han regresado por diversos motivos, ya entrada la tarde, conducen sus flamantes "naves" en las apretadas calles del poblado, con las ventanas abiertas y con estridentes sonidos de la música del momento que varía desde "Hip hop", "Reguetón" y "Tex mex" y por su puesto música ranchera. Si son de clara ascendencia campesina, escuchan de preferencia música ranchera, Tex mex y el género banda.

De las bandas populares más escuchadas entre los campesinos están "Capas de la sierra", "Tigres del Norte", Los temerarios", "Joan Sebastián" y "Marco Antonio Solis, El Buki", entre otros. Grupos tradicionales salvadoreños como "Los Hermanos Flores" son escuchados sólo para épocas festivas como Navidad. Durante el año, solo se prefiere música foránea principalmente aquella que trae recuerdos de la migración como por ejemplo los temas compuestos por "Los tigres del Norte" con temas como; "El Jefe de Jefes", "Mojado tres veces" y "La Banda del Carro Rojo".

Todo esto constituye parte de las transformaciones culturales a lo largo y ancho del país. En los años, en los que el flujo migratorio se dio con mayor auge, precisamente en las década de los ochenta, el que se iba no pensaba en irse para luego construir una casa en El Salvador, se iban porque querían salvar la vida. Es más, a muy pocos les importaba a qué país irse. Lo importante era salir del país que se desangraba en la guerra. Muchos pobladores, principalmente jóvenes, entre 20 y 35 años, salieron para México y otros para Belice. Estos migrantes, los que parten en la década de los ochenta y que llegan hasta los Estados Unidos, van a esperar —a lo mejor de forma inconsciente— hasta que termine la guerra para comenzar con las edificaciones de sus propios inmuebles, principalmente en sus lugares de origen. Lo curioso del caso es que, son relativamente pocos los migrantes originarios de los caseríos y cantones (los campesinos) los que al querer edificar su casa, lo van a hacer en su lugar de origen, la mayoría elige por construir en Ilobasco ciudad. Las áreas rurales han quedado relativamente solas. Se manifiesta en muchas partes del país un abandono de las tierras agrícolas. Son relativamente pocos los migrantes que han edificado casas en los cantones. De

veinte campesinos entrevistados en Ilobasco, y a la pregunta sobre el ¿porqué decidían construir la casa en "el pueblo"?, siete manifestaron que por las comodidades que la ciudad presenta; bancos, luz eléctrica, médicos, centros de salud, tiendas, iglesia, diversiones, etc.

Curiosamente solo dos de ellos se refirieron a las facilidades para la educación.

La realidad, año 2013 en que lleve a cabo este recorrido, es que muchos cantones de Ilobasco han quedado solos ya que un buen porcentaje de sus pobladores han emigrado a la ciudad lo que no significa que muy pronto emigren principalmente a los Estados Unidos. Un informante me manifestó que solo en el cantón Las Huertas serán unas tres familias las que no tienen familia en los Estados Unidos.

Es como que lo más importante es que los niños crezcan rápido para que luego partan a los Estados Unidos. La otra cuestión es que en los últimos veinte años los sucesivos gobiernos no le apuntaron a la agricultura. El campesino sin apoyo decide también emigrar. Es por este hecho que en los últimos veinte años, así de paradójico como se lee, pero el principal producto de exportación de este país ha sido su misma población joven.

Así, volviendo, la migración también esta ha trastocado hasta el entorno arquitectónico. Lejos ha quedado aquella estampa del pasado y los estilos de construcción importados se ven por todos lados. Ilobasco es otro y el recuerdo de las calles empedradas y las casas de adobe es solo algo ahora impregnado en la memoria de los que lo vieron.

Es interesante para reflexionar el hecho que si uno observa las fotos de los primeros años de la década de los noventa, precisamente cuando recién había terminado la guerra, la fisonomía de las calles y las casas aún no había cambiado. Ilobasco, hasta 1980, se caracterizaba por sus casas en fila construidas de ya sea paredes de adobe o de ladrillo. Y es que hasta 1980, quien construía con ladrillos, era porque "trataba de modernizar su casa". Los techos, en su mayoría, eran de teja y los colores eran blancos por fuera y los interiores eran pintados de celeste claro. Eran, casas de una sola sala, la que a su vez servía de sala familiar.

En el mayor de los casos, el área de habitación era dividida por uno o dos "canceles" hechos de madera o simplemente de tela, plástico o papel de periódico. En la parte de adentro, las casas tenían corredor y una cocina en alguna esquina. Los pisos, en su mayoría, eran de ladrillo de cemento, de bonitos y variados colores, pero también había casas con pisos de ladrillo de barro. Una minoría de las casas en la ciudad tenían pisos de tierra y estas, por lo general, eran de paredes de bahareque. "Estas eran las casas de los pobres", me reafirmó un informante. Sin embargo, estas sobrias y sencillas casas mantenían una agradable armonía urbana.

Cuando a principios de la década de los setenta comenzaron a construirse las casas con paredes de ladrillo de cemento, los que tenían facilidades económicas, repellaban las paredes de arena y cemento y las pintaban. Algunos pintaban ya esas casas con variados y llamativos colores. Muchas de estas casas ya eran construidas para que las ventanas fueran de vidrio, tipo "solaire", lo que venía a reemplazar las casas con ventanas de madera. Esto constituyó el inicio de las transformaciones arquitectónicas en estos conjuntos urbanos tradicionales.

En Ilobasco, solo las casas grandes —por lo general las de los pudientes— eran las que disponían de puerta principal de entrada y en la parte de a lado o la esquina, la "entrada grande" era protegida por un zaguán de maderas con imponentes candados de hierro que era donde antaño entraban las carretas.

Y es que desde 1972, el gobierno central, por medio de la alcaldía municipal local, decidieron adoquinar las calles principales de la floreciente ciudad. En Ilobasco, solo las calles principales eran adoquinadas, las otras eran empedradas o simplemente de tierra. Hasta 1980 no había casa construida de dos plantas en la ciudad. Es precisamente, durante esos años que los migrantes que se habían ido a inicios de la década de los ochenta y noventa, vuelven y lo hacen, ya sea de paseo o para volverse a radicar de una sola vez.

En la realidad son pocos los que volvieron para quedarse. En Ilobasco, constatamos en base a una muestra de 25 entrevistados que de cada 7 migrantes que volvieron, se quedaron, los otros diez y ocho regresaron a los lugares de emigración, principalmente los Estados Unidos. Ese pequeño porcentaje de los que se quedaron derribaron de una vez su "casa vieja" y la construyeron a su manera, por lo general copiando estilos fuera de lo común. Los otros, que regresaron, se fueron con la idea de radicarse de una vez en el país de acogida, en este caso, los Estados Unidos. Otros, como es el caso de un migrante de un cantón aledaño a la ciudad radicado con toda su familia en Los Estados Unidos es diferente y más dramático.

Un amigo personal del migrante, quien se encargó de edificarle el inmueble cuenta: "La pensada de él es volver cuando se pensione. Él dice que ya radicados aquí a fuerza tienen que

venir los hijos y los nietos. Es que fíjese que yo veo que una condición que por lo menos se ve en las familias es, mantener siempre el núcleo familiar constituido y aunque estén dispersos regresar algún día a un punto común. Y esto puede ser esta casa, así piensan ellos y así pienso yo. Por lo menos así piensa él también. Para esto ha hecho él esta casa, El visita la casa una vez al año nada más. El resto del año esta cerrada y como ve los muebles tapados para que no se arruinen. Viene por tres o cuatro días solo a ver la casa, hacer limpieza y se va. Una vez vinieron todos y la señora, cuando él le preguntó que si le gustaba la casa ella le dijo que sí pero que mejor hubiese sido que la casa se hubiera construido en los Estados Unidos. A los hijos no les gustó. Es que no conocen a nadie por aquí, ya son de ese país, ya no son de estos lugares".

Pero lo interesante del caso es que, desde esa época, es decir; desde los primeros años de la década de los noventa hasta el día de hoy, es que se va a constatar la construcción desmedida de casas por parte de gente que ha migrado. Se trata, por lo general de casas grandes, edificadas con la idea de "algún día volver" pero la realidad demuestra que muchas de estas casas se encuentran ya por muchos años desocupadas. Esto se da en el área urbana como en el área rural. Son precisamente aquellos migrantes que han legalizado su estadía en el país de acogida, los que han tenido la oportunidad de hacer prestamos para la construcción de inmuebles en su lugar de origen, pero en porcentajes, este es un grupo muy reducido. Se constata de las entrevistas, que la gente que ha construido se las ha tenido que ingeniar, trabajando hasta triples jornadas y en diferentes trabajos para cumplir con el sueño de edificar una casa.

Hay migrantes que construyen inmuebles, vienen una vez por año, y cuando lo hacen traen suvenires que han recolectado a

largo de meses, adornan las casas y cuando se van —cuando termina la vacación— guardan lo que trajeron. Así, hay casas, a lo largo y ancho del país, que son verdaderos museos de curiosidades. El migrante cada año empaca y desempaca. Son recuerdos. Son muestras de lo que han visto, lo que han vivido.

Encontré, en Ilobasco, 20 casos de gente que ya lleva siete o más años construyendo pues el dinero que se invierte en la construcción "ha sido ganado poco a poco". "Entonces, —manifestaba un informante— se construye por poquitos, con lo que mandan pero hay meses que no alcanza para los materiales pues lo que llega se gasta en otras cosas; comida, uniformes o útiles para los cipotes".

El sueño de estos que construyen, poco a poco, es que un día van a terminar la edificación y a lo mejor cuando terminen ya será el momento que el migrante decida volver para radicarse de una vez. La realidad, está demostrando otra cosa. Un buen número de migrantes construye solo por ver realizados sus sueños, su obligación, su meta impuesta, pero ni los hijos, que ya viven en los Estados Unidos, ni la esposa, desea volver a una realidad "insegura", y a un ambiente del que ya no están acostumbrados. Las casas se quedan construidas y se convierten en una especie de trofeos vacíos que el migrante visita, cuando se puede una vez por año. Pero el sueño persiste que algún día van a volver. Aquí muchas casas han sido construidas con la esperanza de que quien las edificó volverá para vivir su "pensión" y mientras tanto los muebles se protegen cubiertos contra el polvo. Sí, se ha comprobado que algunas casas han sido construidas, con el dinero de las remesas, para ser alquiladas mientras se llega el momento del regreso del que las edificó.

Del Ilobasco antropológico

Hablar de comercio en Ilobasco no es nada nuevo, ya que sus orígenes se remontan hasta los años de la Colonia. Ilobasco era punto de encuentro para añileros y centro de producción de artesanía utilitaria: ollas, sartenes, comales, picheles, porrones, cántaros y hasta algunos objetos decorativos, destacándose las macetas, los pitos y los nacimientos, todos de barro. En cierto tiempo, el comercio floreciente se daba los días domingo y durante las diversas romerías, de las que se hacían muchos en el pueblo.

Caravanas de indígenas hondureños atravesaban con sus cacasques a cuestas repletos de frutas y otros productos agrícolas que aquí no se producían, como granadillas, ocote, resina en polvo; y algunos hasta traían totopostes. Luego estos indígenas volvían a sus lugares de origen, pero ya con sus cacasques repletos de loza y hasta telas que compraban de los achines que llegaban al pueblo desde Guatemala. Era un comercio floreciente en el que los que vendían, compraban y hasta los espectadores, disfrutaban. Manadas de ganado de cuando en cuando eran arreadas y pasaban por el centro del pueblo rumbo a la fiesta de todos los santos o para ser vendidos en la feria de Cojutepeque. Burros y carretas repletas

de leña, maíz, maicillo, frijoles y canastos topados de gallinas y jolotes llegaban de los cantones y entraban por las bocacalles del pueblo donde eran recibidos por los comerciantes que allí les compraban el producto.

Era un comercio local, y a la gente le bastaba con eso. Con el inicio de la guerra a finales de los setenta, y ya en lo más álgido durante la década de los ochenta, con miles de desplazados de las zonas conflictivas adyacentes al departamento y hasta de lugares remotos en algún confín del país hizo que el sentido comercial de antaño transformara de una vez lo coloquial, gracioso y hasta típico de un comercio que había caracterizado a la zona por cientos de años. De la noche a la mañana este comercio rebasó la capacidad de aquel pequeño mercado municipal y comenzó a expandirse por las calles y avenidas adyacentes.

Hoy en día Ilobasco es un gran mercado en donde vendedores y compradores de todo el país pululan por doquier, lo que no es malo. El problema es que ese ambiente desordenado ha creado un caos de inseguridad de orden peatonal, y la suciedad aflora por doquier. En ese desorden comercial transitan borrachos, tranceros y todo tipo de antisociales, ante la indiferencia de las autoridades responsables de mantener el orden. En ese tipo de mercado, es conocido que el dinero aflora por doquier; y prueba de ello es que en esta ciudad se encuentran los principales bancos del sistema financiero. Los prestamistas han proliferado, lujosas residencias de dos y hasta tres plantas se ven por todos lados, y lo miles de ilobasquenses en Estados Unidos mes a mes mandan las respectivas remesas familiares.

La gran mayoría de este floreciente comercio es manejado por aquellas personas que fueron desplazadas por la guerra. En cambio, los ilobasquenses originarios emigraron.

Lo curioso, en una floreciente ciudad como esta, es que haya tanto dinero pero que no se vea que se invierta en el desarrollo sociocultural de su población. Todo parece indicar que aquel deseo de acaparar más y más dinero es la filosofía imperante.

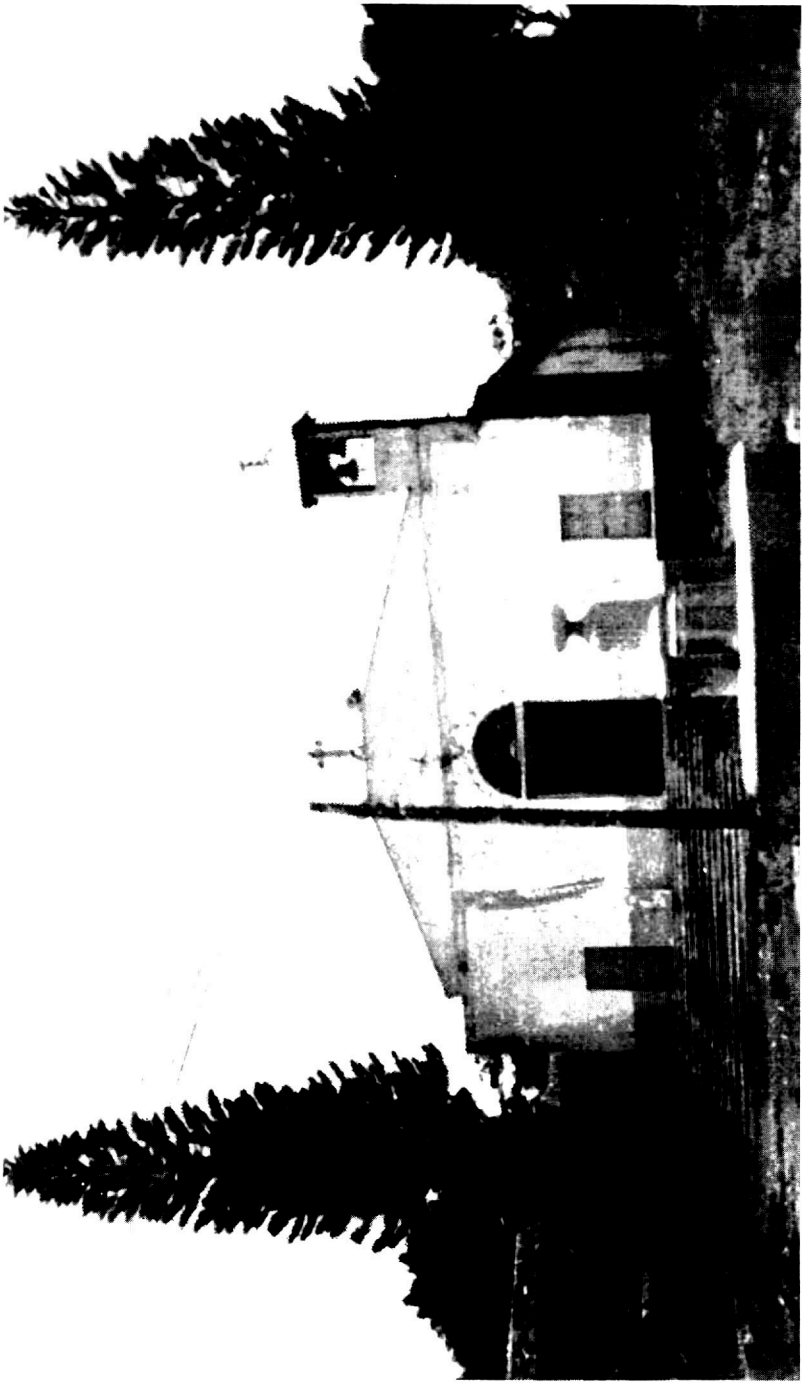
Los espacios de esparcimiento colectivo son importantes en toda sociedad, contribuyendo al desarrollo de mentes sanas y creativas; y lo que menos hay en esta ciudad son esos espacios de progreso social y cultural. Los artesanos de Ilobasco ahora se ven afectados por este comercio desordenado. Este —se ha dicho— corre a los turistas, que no llegan para comprar ropa o verduras, sino con ese deseo de recorrer el pueblo y apreciar las tiendas de cerámica, que es el patrimonio de la ciudad.

Panorámicas de Ilobasco



Barrio Los Desamparados en 1970.

Foto proporcionada por: Iván Montesinos.



Iglesia del barrio El Calvario en 1970.

Foto proporcionada por: Iván Montesinos.

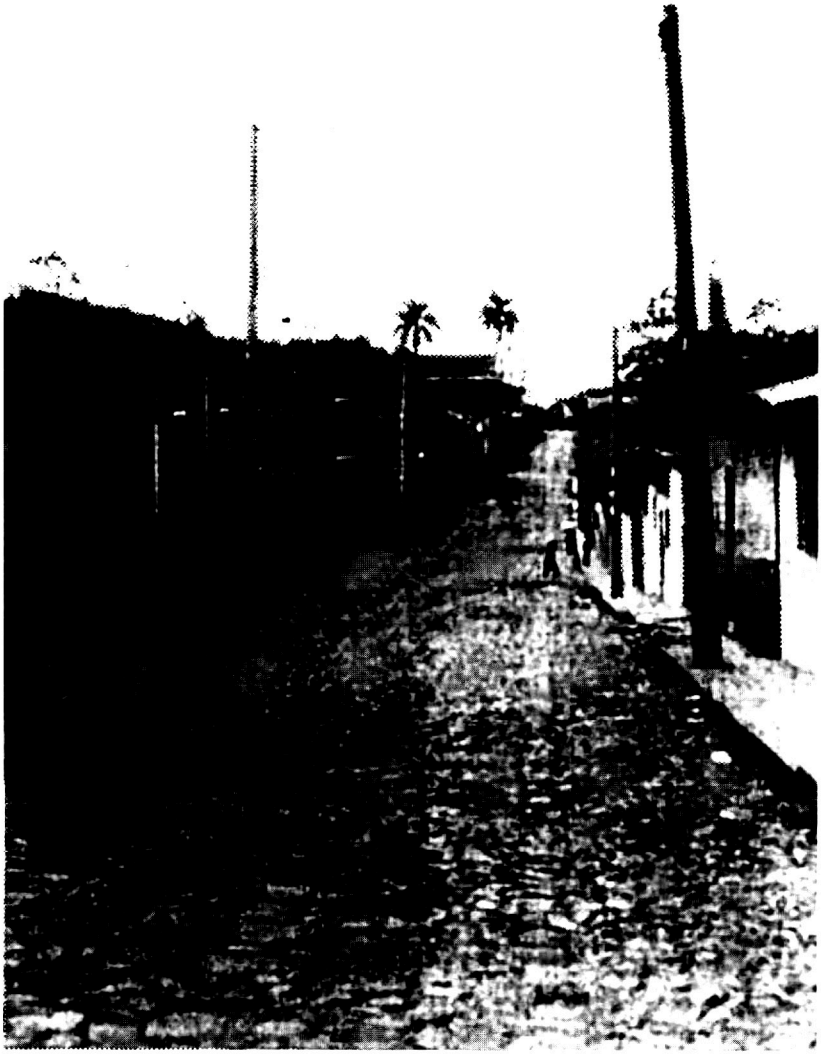
A la izquierda, se encuentra lo que ahora es el Estadio Municipal "Mauricio Vides" de Ilobasco en 1976. La flecha indica la ubicación del entonces campo de fútbol. En la actualidad, todo este espacio marcado en círculo y más..., es un mar de colonias y residenciales.

Foto proporcionada por: Iván Montesinos.

Calle hacia el estadio municipal «Mauricio Vides» en 1993. La flecha indica los potreros valdíos que se ubicaban frente al campo municipal de fútbol y que se conocía por los pobladores como El Maracaná.

En la actualidad, todo este espacio marcado en círculo y más..., es un mar de colonias y residenciales.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Calle desde el centro del pueblo hasta el cantón Azacualpa.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



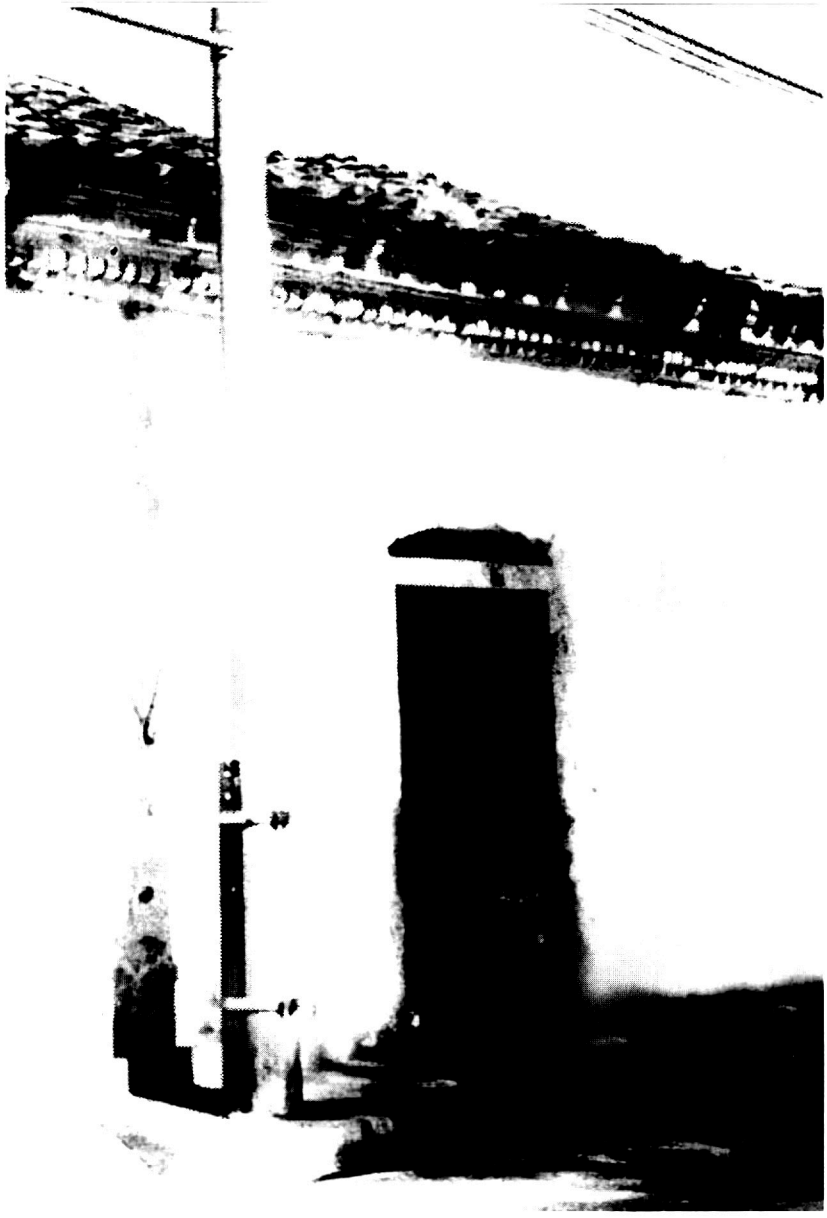
Panorámica de la 2.ª calle Poniente. 1995.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Hasta 1996, la oficina de Antel, antes El Telégrafo, se ubicó en esta casa en la avenida Carlos Bonilla. 1995.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.

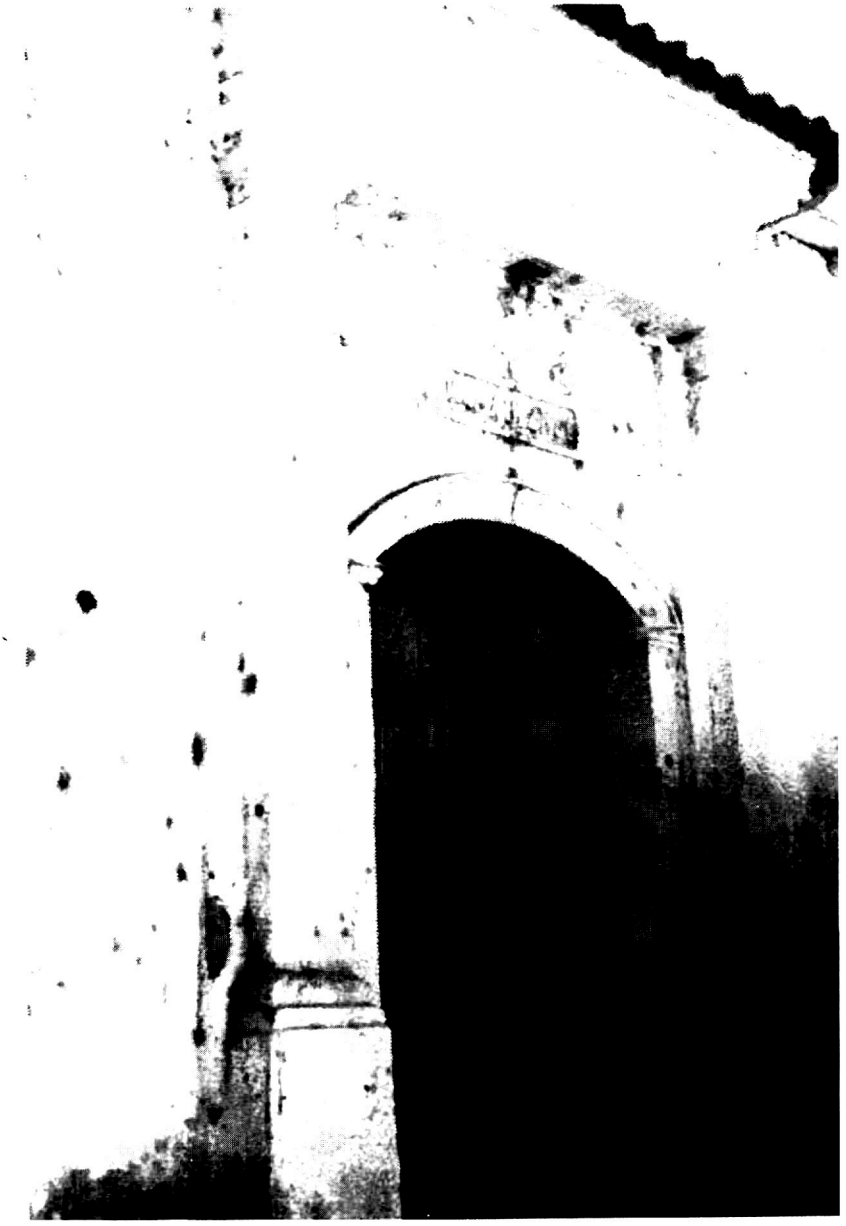


Gruesas y altas paredes de adobe blanqueadas con cal y techos entejados fueron las construcciones que se edificaron a mediados del siglo XVIII. Inmueble en el barrio El Calvario. Muchos de estos inmuebles han sido demolidos o simplemente transformados sin tomar en cuenta los referentes arquitectónicos de la época. 1993.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.

Gruesas y altas paredes de adobe blanqueadas con cal y techos entejados fueron las construcciones que se edificaron a mediados del siglo XVIII. Inmueble frente al parque Los Desamparados. 1993.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Gruesas y altas paredes de adobe blanqueadas con cal y techos entejados fueron las construcciones que se edificaron a mediados del siglo XVIII. Muchos de estos inmuebles han sido demolidos. 1993.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Gruesas y altas paredes de adobe blanqueadas con cal y techos entejados fueron las construcciones que se edificaron a mediados del siglo XVIII. En este inmueble, en 1970, estuvo el recordado cafetín–restaurante El Atardecer. Este inmueble fue hace algunos años completamente demolido. 1993.

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Vista de la calle de entrada principal de Ilobasco, avenida Carlos Bonilla y 2ª calle Poniente..

Foto proporcionada por: Luis Abarca.



Entrada principal de Ilobasco en el barrio El Calvario, avenida Carlos Bonilla, Noviembre de 1992.

Foto proporcionada por: Ramón Rivas.

El padre Domingo Pazzuelo, procedente de Italia, llegó a Ilobasco con toda su familia a quedarse para siempre.

La foto muestra su entierro en 1956.

Foto proporcionada por: Joel Acevedo Herrera.

"Se gana y se pierde, se sube y se baja, se nace y se muere.
Y si la historia es tan simple, ¿por qué te preocupas tanto?"

—Facundo Cabral—

Referencias bibliográficas

Dawson, J. Guillermo: *Geografía Elemental de la República de El Salvador.* París. Librería de Hachette y Co. 1890.

Delgado, Jesús: *Sucesos de la hitoria de El Salvador I. Introducción a la historia de la iglesia en El Salvador (1525-1821).* Edición Sesquincentenaria. Colección Nueva Evangelización. Arquidiócesis de San Salvador, El Salvador. Imprenta Criterio. 1991.

Documento: *Gratos Recuerdos.* Folleto adicional publicado en marzo reciente, con ocasión de los 58 años del sacerdocio del Presbítero Domingo Bartolomé Pazzuelo, TF. Bodas de Oro. (Pro Tempore) 1905-1955. Ilobasco 14 de julio de 1955. *(Folleto).*

Lardé y Larín, Jorge: *El Salvador: Historia de sus pueblos, villas y ciudades.* Ministerio de Cultura. Departamento Editorial. San Salvador C.A. 1957.

López, Lorenzo: *Estadística General de la República de El Salvador. 1858.* Tercera Edición. Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador. (La primera edición se publicó en 1858. Imprenta de Gobierno. San Salvador). Segunda Edición. Imprenta Nacional. San Salvador. 1926. 1974.

López Vallecillos, Ítalo: *El Periodismo en El Salvador.* UCA Editores. San Salvador, El Salvador, 1987.

Montes, Santiago: *Etnohistoria de El Salvador.* Tomo II. *Cofradías, hermandades y guachivales.* Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones. San Salvador. El Salvador, C. A. 1977.

Navarrete, Vicente: *Discurso y algo más... 1962.* San Salvador, El Salvador C.A. Tipografía y ediciones "El Sol". 1962.

Rivas, Ramón D.: *Ilobasco. Una aproximación histórica y antropológica.* Tecnoimpresos. San Salvador, El Salvador, 2000.

Stone, Samuel: *El Legado de los Conquistadores. Las clases dirigentes en la América Central desdes la Conquista hasta los sandinistas.* Editorial Universidad Estatal a Distancia. San José, Costa Rica. 1993

Torres, Fidel: Nuestro padre Luis Torres. Crónica familiar. Imprenta Los Ángeles. San Salvador. (Sin fecha de edición).

Glosario

atol shuco o **chuco** Bebida caliente típica compuesta de masa de maíz fermentado, agua, sal y alguashte. La receta original es con frijoles negros conocidos como varillas o monos enteros con caldo y un pellizco de sal. Se sirve en un huacal de morro y se toma sin cuchara. Casi siempre se acompaña de pan francés y se le puede añadir chile al gusto.

aguacatero Perro callejero de raza que por mestiza es indefinida.

agarrar camino Irse del lugar.

agua florida agua perfumada usado para varios propósitos, necesidades diarias y múltiples aplicaciones.

aceituno Árbol de la familia de las Simarubáceas, cuya corteza se emplea en infusión como febrífugo.

aguacate Fruto comestible del aguacatero *(Persea americana)*, árbol de la familia de las Lauráceas originario de América.

amate *Ficus insipida* Especie de árbol del género *Ficus*, que mantiene varios usos entre diferentes pueblos indígenas de América.

achinero Vendedor ambulante de objetos de poco valor.

anís Semillas aovadas, verdosas, menudas y aromáticas del anís, planta anual de la familia de las Umbelíferas.

bolo Embriagado por la bebida.

boca o **boquita** Pequeña porción de comida corriente o fruta que se ingiere antes del trago.

barbiquejo Pañuelo usado por los hombres en el cuello.

bufo cómico y que raya en lo grotesco y burdo.

batido Miel de molienda endurecida en forma circular rociada de anís en la superficie.

boli Pequeño refresco de sabores artificiales envasado en bolsita plástica larga sellada.

bicho, bicha Muchacho, muchacha.

burra Una especie de pez, popularmente conocido con ese nombre.

banda de guerra Grupo musical escolar con instrumentos propios de bandas militares.

bofe El pulmón de las res preparado para cocinarse.

corvo Herramienta metálica afilada, larga y algo curva, utilizada en la labranza y a veces como arma.

cuma Cuchillo ancho y corvo para rozar y podar.

cipote Niño.

carrocero Fabricante de carrocerías.

Ciguanaba Mujer misteriosa de las leyendas salvadoreñas.

cemita Pastel formado por dos capas de pan dulce, con relleno de jalea de piña, guayaba u otras frutas tropicales.

celebrar la Flor Actividad religiosa centrada en la virgen María.

cucurucho Hombre vestido con un relumbrante gabán morado de pies a cabeza, miembro de una hermandad católica.

coyol Palmera de mediana altura, de cuyo tronco, provisto de espinas largas y fuertes, se extrae una bebida que fermenta rápidamente.

céfiro Tela de algodón casi transparente y de colores variados.

cuatro ojos Una especie de pez, popularmente conocido con ese nombre.

conacaste *Enterolobium cyclocarpum* Árbol tropical de la familia de las Mimosáceas, de fruto no comestible, con forma de oreja, de semillas, pequeñas y durísimas. La madera se utiliza para la ebanistería y la construcción.

copinol Árbol de la familia de las Papilionáceas, propio de América tropical. Su madera, dura y rojiza, se emplea en ebanistería.

culantro (cilantro) Hierba aromática de la familia de las Umbelíferas y de uso medicinal para el estómago.

cuche Cerdo.

cusuco Armadillo.

cangrejear Atrapar cangrejos moviendo las piedras de los ríos, sacándolos de sus cuevas.

con qué Alimento sustancial con el que se complementan las tortillas o el pan.

chorro Pila pública.

chenga Tortilla de maíz más grande y gruesa que las normales.

chelear Pintar con cal disuelta en agua.

chichipate Bolo callejero consuetudinario.

chapina Guatemalteca.

chichuiza Una especie de piojo que se aloja en las partes íntimas.

chicha Bebida refrescante preparada con azúcar y cáscaras de piña fresca que se han dejado fermentar en agua dos o tres días.

chaparro Bebida alcohólica ilegal de fabricación artesanal a base de maiz y caña de azúcar.

chibola Bebida carbonatada.

chacalín Camarón pequeño.

chilamate Árbol euforbiáceo que posee una savia que irrita la piel y que es muy común en la zona occidental de El Salvador.

chupamiel Vejuco que entrado el verano produce una flor amarilla de sabor dulce, muy apetecida por las abejas.

chimbolear Pescar chimbolos.

chimbolo Pez pequeñito.

diente picado Diente erosionado del esmalte por el efecto de bacterias.

dormir Seducir a alguien con persuasiva para robarle sin que lo discierna en el momento.

estreno Ropa y zapatos nuevos.

esquiniar Perder el tiempo vacilando en la esquina de una calle.

goma Malestar por haber bebido en exceso, por lo general el día anterior.

guarizama Cierto diseño de machete.

guacalada Cantidad de líquido que cabe en un guacal.

guayaba Fruto del guayabo, que es de forma aovada, del tamaño de una pera mediana, de varios colores, y más o menos dulce.

guanaba Es un fruto recubierto de una cáscara fina y espinosa de tono verde oscuro, y su pulpa blanca y blanda es de sabor agridulce. De su pulpa se elaboran mermeladas, postres y licores. Proviene del Caribe y de otras zonas cálidas de América, Filipinas y Australia.

guarumo Árbol artocárpeo cuyas hojas producen efectos tónicos sobre el corazón.

grulla Grupo de personas que inesperadamente se presenta, de una vez y sin orden, en un lugar o en un evento.

gordo Premio mayor de la lotería.

henequén Especie de pita.

hilo dental Forma vulgar y de doble sentido que se usa para referirse a un estilo de ropa íntima femenina.

horchata Bebida hecha de arroz, semilla de morro, ajonjolí y otras, machacadas, exprimidas y mezcladas con agua y azúcar.

Ilobasco Del náhuatl, "Lugar de las helotaxcas" (tortilla de elote tierno). Proviene de las raíces *hilofaxo* = "tortilla de elote tierno" y *co* = sufijo de lugar. (www.isdem.gob.sv)

ijillo Emanación que se desprende de los cadáveres de las personas.

jugueteras Mujeres dedicadas a elaborar pequeños muñecos de barro.

jiote *Bursera simaruba* Árbol de hasta 20 m de alto, de corteza rojiza, que se descascara en láminas como papel.

juilín Pez bagre.

Lislique Municipio del departamento de La Unión.

leche de burra Dulce hecho a base de leche de vaca, dulce panela, mantequilla, crema de leche, cacao molido y tostado, extracto de vainilla y canela, que se espolvorea con azúcar pulverizada o harina.

lona Tela fuerte de algodón o cáñamo, para velas de navío, toldos, tiendas de campaña y otros usos.

molienda Cantidad de caña de azúcar que se muele de una vez o el sitio donde se realiza esto.

melcocha Miel que, estando muy concentrada y caliente, se echa en agua fría, y meneándola después, queda muy chiclosa.

matate Bolsa de cuerda de pita que usan los campesinos para transportar alimentos u objetos.

mango indio Mango autóctono de clase indefinida.

miniaturas Muñecos y representaciones de la vida cotidiana hechos de barro a escalas milimétricas originales de Ilobasco.

mal de ojo Creencia popular supersticiosa según la cual una persona tiene la capacidad de producir mal a otra solo con mirarla.

mascón Juego de fútbol informal y en cualquier espacio apropiado.

maiceros Vendedores de maíz.

manta Tela ordinaria de algodón.

mano Cinco unidades.

mengala Clase media en Ilobasco —comerciantes en pequeño—, hasta la década de los 70.

magayazo Escupir lo amargo del tabaco.

mazacuata Una especie de culebra.

masapán Fruto de un árbol del mismo nombre.

montarrascal Abundancia de plantas silvestres

manguear Cortar mangos.

niña Trato que se le da a una persona soltera, aunque tenga muchos años.

nixtamal Maíz ya cocido en agua de cal, que sirve para hacer tortillas después de molido.

ocote Nombre genérico de varias especies de pino americano, aromático y resinoso, nativo desde México a Nicaragua.

ojushte *Brosimum alicastrum* Árbol nativo de Izalco; su semilla es apreciada porque a partir de ella se obtiene harina, con más contenido proteico y vitamínico que el maíz, con la que se pueden elaborar diversos alimentos; era parte fundamental de la dieta de nuestros ancestros.

palenque Valla de madera para cerrar un espacio.

petate Estera de palma, que se usa como cobertor del marco de la cama cruzado por pitas.

pita Cordel de cáñamo.

putiada Injuria con palabras soeces.

pichinguitos Nombre con el que se conocían los muñequitos de barro en Ilobasco.

pan francés Pan blanco para acompañar las comidas que por costumbre es llamado así, pero que su fórmula no es estrictamente francesa.

Posadas Fiestas populares que recuerdan el peregrinaje de María y José desde su salida de Nazaret hasta Belén, donde buscan un lugar para alojarse y esperar el nacimiento del niño Jesús.

piquete Un toque de licor en otras bebidas que no sean alcohólicas.

pupusa Tortilla de maíz o arroz, rellena de chicharrones, queso u otros alimentos.

perol Vasija de metal, de forma semejante a media esfera, que sirve para cocer diferentes cosas.

penca Hoja, o tallo en forma de hoja, craso o carnoso, de algunas plantas, como el nopal y la pita.

pepa Pedúnculo grueso y duro en forma de pera, de cubierta cáustica y almendra comestible, que sostiene el fruto del árbol de marañón.

platada Período del servicio militar obligatorio.

porrón Vasija de barro de vientre abultado para agua.

palón Árbol grande.

palo Árbol.

pito *Erithryna rubrinervia* Árbol cuyas flores, que tienen propiedades somníferas, se usan la dieta tradicional salvadoreña, como en la sopa de frijoles rojos.

ponche Bebida alcohólica hecha en casa a base de huevo, fruta y licor.

paterna Una especie de vaina que contiene varias semillas verdes envueltas cada una por una capa blanca y sedosa.

quinina Alcaloide de la quina, principio activo de este medicamento febrífugo. Es una sustancia blanca, amorfa, sin olor, muy amarga y poco soluble, que se emplea en forma de sales.

reventazón Hora pico de la quema de pólvora.

sacadera Fábrica clandestina de aguardiente.

sobador Persona hábil en tratar dislocaciones de huesos.

sapuyulo *Pouteria sapota* Fruto comestible más conocido como zapote; sus semillas son utilizadas con fines medicinales (extracción de aceite para evitar la caída del cabello y grasa para la cosmética).

tecomate Vasija portable, generalmente para agua, hecha de una especie de calabaza de cuello estrecho y corteza dura.

tanate Fardo grande de ropa u otra cosa, muy apretado, para poder llevarlo de una parte a otra.

turcos Inmigrantes de diferentes nacionalidades (sirios, iraquíes, afganos, libaneses y árabes) que habían llegado del Oriente al país con pasaporte turco después de finalizar la primera guerra mundial, y a los que el Estado les negó la nacionalidad salvadoreña.

tijera Cama plegadiza de madera y lona.

torrejas Postre hecho de pan envuelto en huevo y miel de dulce de panela o atado.

tamal Especie de empanada de masa de harina de maíz, envuelta en hojas de plátano o de la mazorca del maíz. Las hay de diversas clases, según el manjar de relleno y los ingredientes que se le agregan.

trapiche Molino para extraer el jugo de algunos frutos de la tierra, como la aceituna o la caña de azúcar.

trompada Puñetazo.

trompo Juguete de madera, de forma cónica y terminado en una púa de hierro, al cual se arrolla una cuerda para lanzarlo y hacerle bailar.

tiangue Mercado de ganado.

topoyiyo Boli más pequeño.

ticuro renacuajo ya un poco grande.

totopostes Aperitivos salados hechos de masa de maíz.

trancero Comerciante de dudosa reputación.

tigüilote Árbol cuya madera se usa en tintorería.

tapazón Estreñimiento.

tacuacín Zarigüeya.

torogoz Pájaro muy vistoso, de cola larga y colores verde y azul.

tecomasuche *Coclospermum vitifolium* Árbol favorito de las abejas. La miel que se produce con su fruto es de una fragancia especialmente delicada.

trago Bebida alcohólica.

talpetate Tierra caliza y arenosa que se emplea para pavimentos de carreteras.

vialidad Impuesto municipal para tener derecho a transitar en la vía pública.

yagual Argolla de tela enrollada que usan las mujeres para llevar pesos sobre la cabeza.

zafado Dislocado, descoyuntado de un hueso.

(Nota: Algunas definiciones han sido tomadas o son en base al *Diccionario de la Lengua Española online*, de otros sitios de internet; otras son de elaboración propia.)

ILOBASCO

Pancho Lara

Ilobasco, pueblito soñado
que palpitas con un corazón,
de la tosquedad de tus barriales
reviven prodigios de la inspiración.

Muñequitos que son un encanto,
fabricados con rara emoción;
chiquititos y tan pintaditos,
tan bellos y lindos como una canción.

Casamientos y bautizos,
va el entierro de Patricio;
hay tunquitos y chuchitos,
gallinitas y viejitos...

De tu barro brota la esperanza
en figuras de gracia y candor,
tus artistas son seres humildes
que ignoran sin duda lo que es el blasón.

Son muñecos con fibras de su alma
amasados con llanto y dolor,
que al conjuro de los desengaños
surgieron tornados en canto de amor.

Casamientos y bautizos
va el entierro de Patricio;
hay tunquitos y chuchitos,
gallinitas y viejitos...

Alma de Cuscatlán,
Segunda Edición, 1967.
Lud Dreikorn S.A.
San Salvador, El Salvador, C.A.



Ilobasco

Los orígenes de Ilobasco se remontan a finales de 1600, en un humilde y empinado rancherío rodeado de riachuelos a escasos kilómetros de su ubicación actual. Nos referimos al lugar que un siglo atrás había sido designado como "pueblo de indios", en lo que hoy es el Sitio Viejo. El poblado estaba conformado solo por un pequeño grupo de indígenas asentados alrededor de una iglesia y custodiado por un par de soldados, llamados lanceros, probablemente estacionados en un destartalado edificio público, de construcción sencilla, para celar el orden y frenar posibles alzamientos. Se trataba, en primer lugar, de pacificar esa región que en potencia tenía mucho que ofrecer, como punto de paso y ordenamiento del comercio de la naciente producción del añil al resto de la región, principalmente al punto de encuentro, que era San Vicente de Austria y Lorenzana.

ISBN 978-99961-48-71-2

9 789996 148712

Editorial UTEC